

Alfonso López Quintás

**LA JUVENTUD ACTUAL  
ENTRE EL VÉRTIGO Y EL ÉXTASIS**  
Creatividad y educación



***LA JUVENTUD ACTUAL  
ENTRE EL VÉRTIGO Y EL ÉXTASIS***

*Creatividad y educación*

2ª edición, muy ampliada

## PARA LA FORMACION

**JOSE FELIX VALDERRABANO**, *El acompañamiento espiritual de los religiosos*

**EMILIO V. MATEU**, *Envíame. Práctica de la pastoral vocacional.*

**MARIANO MARTINEZ**, *El discernimiento. Teoría y práctica.*

**CONGREGACION PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA**; *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos.* (3ª ed.).

**JAVIER GARRIDO**, *Educación y personalización. Reflexiones sobre la formación en la vida religiosa.* (2ª ed.).

**VARIOS**, *Crecimiento en Cristo. Formación permanente del religioso.*

**ALFONSO LOPEZ QUINTAS**, *El encuentro y la plenitud en la vida espiritual.*

**GUILLERMO RANDLE**, *La guerra invisible. El discernimiento espiritual como experiencia y como doctrina en Santa Teresa de Jesús.*

**ANGEL SANZ y OTROS**, *Camino de formación. Texto y comentario de la instrucción "Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos"*

**VARIOS**, *Formar hoy para la vida religiosa de mañana.*

**NICOLÁS TELLO INGELMO**, *Y la Palabra se hizo grito. Susurros de Dios en el clamor de la historia.*

### Publicaciones Claretianas

Juan Álvarez Mendizábal, 65, dpdo. 3º  
Teléf.: (91) 541 31 65 - Fax: (91) 248 21 01  
28008 Madrid

Alfonso López Quintás

***LA JUVENTUD ACTUAL  
ENTRE EL VÉRTIGO Y EL ÉXTASIS***

***Creatividad y educación***

2ª edición, muy ampliada

  
MADRID  
1993

© Publicaciones Claretianas, 1993  
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dpdo., 3.º  
28008 MADRID. Tfno. (91) 547 05 02

ISBN: 84-7966-049-X  
Depósito Legal: M. 13.904-1993

---

Imprime: Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

## INDICE

Prólogo.....	9
Prólogo a la segunda edición.....	11
1. El problema de la juventud y la teoría de la creatividad.....	13
– Tratamiento superficial de un problema de fondo.....	18
– Creatividad y desarrollo personal.....	21
2. Situación del joven universitario en el marco de la psicología evolutiva.....	25
– Orientaciones básicas de la adolescencia.....	26
– Características fundamentales de la juventud.....	30
Valoración de lo personal.....	31
Autenticidad y espontaneidad.....	31
La “autorrealización” como criterio último de justeza.....	31
La desvalorización de los criterios “objetivos”.....	32
Tendencia manipuladora.....	33
Aversión a lo tradicional.....	33

Exaltación de lo novedoso.....	33
Denuncia de todo cuanto se muestra inauténtico, egoísta, hipócrita, represivo .....	34
Movimiento contestatario.....	37
Voluntad de reforma.....	39
Confusión de trascendencia y vértigo .....	41
– Características peculiares de la juventud universitaria .....	43
– La unidad fusional como recurso salvador .....	46
Vagabundeo, nomadismo, aventurerismo, amor a la vida en riesgo, a la existencia incierta, novedosa, espontánea, original y flexible, siempre abierta a un juego diferente, en un eterno volver a comenzar.....	46
Marginación.....	47
Primitivismo .....	48
Utopismo.....	49
Hedonismo.....	50
Superación dionisiaca de límites .....	51
Pasotismo.....	57
– El poderío aparente de la manipulación .....	58
Supervaloración de los modos de conocimiento exactos y comprobables.....	59
Sentimiento de independencia respecto a los mayores y su mundo .....	59
Afirmación de sí exclusivista y desarraigada.....	60
– Ídolos y mitos de la juventud.....	62
– Valores vigentes entre la juventud universitaria .....	66
3. La sociedad contemporánea y su nuevo rostro.....	69
– Características del cambio experimentado por la sociedad contemporánea.....	71
Vertiginosidad .....	71
Universalidad e interdependencia .....	71
Posible asincronía.....	71
– Vertientes a las que afectó el cambio .....	72
Primacía del pensamiento desarraigado, liberal.....	74
Secularización de las creencias religiosas.....	74
Subjetivismo y pragmatismo en la valoración ética.....	77

Democratización de las formas de convivencia política y social.....	77
Alteración de las formas de vida familiar .....	80
Politización de la vida cultural y académica.....	81
<b>4. La juventud, objeto de manipulación .....</b>	<b>83</b>
– Meta de la manipulación.....	84
– Formas diversas de manipulación.....	85
– Quien manipula a la juventud .....	86
– Formas en que se produce la manipulación.....	86
– Orientar hacia el hedonismo agosta las fuentes de la creatividad.....	88
– Consecuencias de la manipulación .....	92
– Cómo puede defenderse la juventud de la manipulación.....	93
<b>5. Tareas fundamentales que la situación actual plantea al educador.....</b>	<b>95</b>
<b>6. La formación de la juventud en una sociedad manipuladora y desconcertada.....</b>	<b>107</b>
– Formación y ajuste a la realidad .....	109
– El encuentro y la lógica de la creatividad.....	110
– Formación y encuentro .....	112
<b>7. Fundamentación filosófica de la tarea educativa.....</b>	<b>115</b>
– La experiencia de instalación en lo real .....	115
– Hacia una “psicología lúdica” .....	126
– La lógica de la creatividad.....	127
– Confrontación sistemática de las experiencias de vértigo y de éxtasis .....	130
– La creatividad en la vida cotidiana.....	141
<b>8. Creatividad y retorno a los valores.....</b>	<b>149</b>



– La masificación y la falta de creatividad.....	149
La rebeldía de las masas .....	154
Desmasificación y creatividad.....	157
– Las dos revoluciones de la juventud contemporánea .....	162
– La inversión de los valores .....	172
Violencia y audacia en la demolición de valores.....	176
Impugnación de cuanto colabora a la experiencia de éxtasis .....	181
Valoración estratégica de las experiencias de vértigo .....	184
Experimentalismo, vértigo dionisiaco y nihilismo .....	185
– La formación en los valores.....	187
9. Creatividad y apertura optimista al futuro .....	193
EPÍLOGO. El joven actual y su poder de decisión: ....	199
– Aplicación concreta al tema vocacional.....	199
– I. Actitudes generales del joven actual .....	199
– II. Carácter ambivalente de las características del joven actual .....	206
– III. Causas de la ambivalencia de la conducta juvenil .....	213
1. La escisión del pensamiento contemporáneo.....	213
2. La falta en la sociedad actual de coherencia en las actitudes y de precisión en el lenguaje.....	216
3. La falta de una concepción sólida de los valores.....	216
4. La tendencia actual a confundir los dos tipos básicos y opuestos de experiencias humanas: las de vértigo o fascinación y las de éxtasis.....	217
– IV. Cómo orientar la tarea pastoral en orden a superar la ambivalencia de la conducta juvenil.....	218
– V. La capacidad de responder a la llamada vocacional.....	225
1. El relativismo y el poder de decisión .....	225
2. Decisión y captación de valores .....	227
3. Decisión para la vida religiosa y experiencias de éxtasis ...	229
Bibliografía.....	237

## PRÓLOGO

*Este breve trabajo tiene un carácter programático: ofrece un diagnóstico de urgencia acerca de la situación de la juventud actual y muestra una vía para fundamentar sólidamente –a mi entender– la acción educativa. Una trama compleja de causas –uso estratégico del lenguaje, manipulación del hombre a través de los medios de comunicación, creciente libertad de maniobra por parte de los jóvenes, ambiente hedonista, etc.– dificulta en la actualidad sobremedida la tarea pedagógica. Tanto más urge ofrecer a los jóvenes recursos suficientes para llevar adelante su desarrollo personal a través de campos minados de obstáculos. En un momento histórico en el cual la juventud se ve anegada por toda suerte de estímulos y zarandeada por apelaciones de muy diverso signo, los errores de enfoque se pagan a muy alto precio. Más que nunca debe hoy el pedagogo ser realista, ajustar con implacable precisión los medios a los fines. Si la meta es formar a los jóvenes, llevar su ser a madurez, y el ser humano es progrediente por no venir dado del todo hecho, el*

*medio por excelencia de la formación será, obviamente, la creatividad.*

*Actualmente se consagra atención desde vertientes diversas a este concepto. Desde la estética filosòfica he intentado, por mi parte, concederle la debida profundidad y amplitud en orden a mostrar las virtualidades creadoras que alberga la vida humana cotidiana, aparentemente anodina y repetitiva<sup>1</sup>. Si este concepto amplio de creatividad es analizado con un pensamiento filosòfico depurado por una metodología extremadamente cuidadosa, tenemos una clave decisiva para la elaboraci3n de una pedagogía adecuada a las exigencias del momento actual.*

*Para que el lector pueda someter la tesis esbozada en estas páginas a su personal juicio y realizar las correcciones y ampliaciones que estime necesarias, me permitiré remitir su atención a diversos pasajes de otros trabajos míos que complementan la presente exposici3n, que por diversas circunstancias ha debido reducirse a dimensiones telegramáticas.*

---

<sup>1</sup> L3PEZ QUINTÁS, A.: *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*. Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1987<sup>2</sup>.

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

*Reedito este libro a los diez años de su publicación porque, si bien la actitud espiritual de la juventud ha cambiado un tanto, la tesis fundamental aquí sostenida no ha hecho sino confirmarse durante este tiempo.*

*Esta pequeña obra determinó en buena medida la orientación de mi actividad intelectual: suscitó llamadas a dar cursos en España y el extranjero (Italia, Portugal, Francia, Hispanoamérica...), me inspiró otros trabajos y aumentó mi preocupación por las tareas formativas.*

*Los libros que prologan la investigación aquí iniciada son: Análisis estético de obras literarias, Narcea, Madrid 1982; Análisis literario y formación humanística, Escuela Española, Madrid 1986; Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora, Edit. San Pío X, Madrid 1984, 1992; El conocimiento de los valores, Verbo Divino, Estella 1989, 1992<sup>2</sup>; El encuentro y la plenitud de vida espiritual, Publicaciones Claretianas, Madrid 1990; Cuatro filósofos en busca de Dios, Rialp, Madrid 1989,*

1990<sup>2</sup>; La experiencia estética y su poder formativo, *Verbo Divino, Estella 1991*; El amor humano. Su sentido y su alcance, *Edibesa, Madrid 1992<sup>4</sup>*; Liberdade e manipulação, *Valadares 1990*.

*La dedicación a las tareas formativas tomó cuerpo en el "Proyecto Líderes", que tuvo como primer apoyo dos libros (El secuestro del lenguaje, PPC, Madrid 1987, 1991<sup>2</sup>; Vértigo y éxtasis, PPC, Madrid 1987, 1991<sup>2</sup>) y cuatro cassettes. La experiencia adquirida a lo largo de numerosos cursillos impartidos para difundir este proyecto educativo me llevó a sustituir el título "Proyecto Líderes" por "Escuela de pensamiento y creatividad", que responde perfectamente a la meta perseguida y no suscita los malentendidos que provocaba el vocablo "líderes". Para suplir la falta de profesores que conozcan bien el proyecto y puedan dirigir grupos de trabajo, he decidido presentar los materiales de esta Escuela en vídeo. Saldrá en breve el primer curso con el título "El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa".*

*Todos estos trabajos desarrollan y ahondan puntos de vista ya sugeridos germinalmente en la obra que ahora sale de nuevo a la luz. Pero no la sustituyen como análisis global de la situación actual de la juventud y de la vía óptima para orientar sus pasos de modo fecundo.*

*El texto original aparece enriquecido en esta edición con tres nuevos estudios, que figuran en los capítulos cuarto y sexto y en el Epílogo.*

*Confío en que este esfuerzo investigador y docente contribuya a otorgar a la práctica educativa el carácter creativo que propugnaba en esta obra hace un decenio.*

*Madrid, 21 de Abril de 1993.*

# 1

## EL PROBLEMA DE LA JUVENTUD Y LA TEORÍA DE LA CREATIVIDAD

“Se cultiva al hombre solicitando su creatividad.”

SAINT-EXUPÉRY

De los 5.600 millones de hombres que habitan la tierra, la mitad han nacido tras la última guerra mundial. Media humanidad está constituida por gente joven. Todo problema relativo a la juventud adquiere, por este simple hecho, una vibración universal.

En los últimos decenios, la juventud, como grupo social, empezó a convertirse en problema. Debido, entre otros factores, al mayor cultivo de las facultades corpóreas, se exalta el “espíritu deportivo” y la fortaleza física. Lo joven es glorificado como un valor. Se desea ser joven, parecer joven, actuar como joven, vestir con soltura y espontaneidad de joven. La juventud adquiere así, el rango de algo *modélico*.

Los jóvenes, bien aleccionados por la moderna tendencia a subrayar la diferencia y lucha de clases, se apresuran a sacar partido de la situación privilegiada que les concede la sociedad

actual, y no dudan en tomar la delantera e imponerse en diversos aspectos a unas generaciones adultas que parecen temer y depreciar lo excelente y se esfuerzan por situar los criterios de valoración en un nivel de notoria banalidad. La “aristofobia” –aversión a los más aptos–, unida a la “neofilia” –amor a lo nuevo–, degenera en frívola adulación de lo joven, entendido como meramente *novedoso*.

Este criterio superficial de valoración se ve descalificado en la actualidad por ciertos fenómenos patológicos que afectan a los jóvenes cuando consideran el hecho de tener pocos años como patente de autenticidad. La experiencia diaria da testimonio de una creciente marea de violencia, rebeldía, alcoholismo, drogadicción, indiferencia e inhibición ante los valores que dignifican la existencia, depresión, cansancio de la vida, exaltación del absurdo, falta de sólidos proyectos existenciales, desorientación vital, caracteropatías de todo orden.

Bien estudiada la situación, se advierte que este grave deterioro no es –como a veces se afirma– el tributo ineludible que exige el proceso cultural y económico, así como el sistema democrático de vida; responde en buena medida a un plan sistemático de modelación de conciencias y actitudes. La vida de los hombres y los pueblos es muy compleja y sigue rutas marcadas por la confluencia de un sinnúmero de causas entreveradas. Dentro de esta trama –nunca del todo transparente– de elementos impulsores de la historia juegan un papel decisivo los grupos humanos que conocen con precisión de especialista las leyes que rigen los cambios sociales y se entregan con decisión a la tarea de modelar la vida de las gentes conforme a los dictados de ciertas ideologías. La juventud actual –numerosa como nunca, consciente de la fuerza que le otorga su constitución en grupo social, dispuesta a jugar un papel nada secundario en la configuración del futuro– no se encuentra sola ante la magna empresa que desea acometer. Está mediatizada en un grado tal que –de saberlo– sentiría gravemente quebrantados su natural orgullo y su prepotencia.

La vertiente del joven que ofrece un flanco más vulnerable es la relativa a la formación. Todo influjo realizado en este aspecto contribuye a troquelar la figura definitiva de ese ser humano en

camino hacia la madurez que es el joven. No sin motivo se está convirtiendo la enseñanza desde hace poco más de un decenio en un campo de lucha tenaz, orientada e impulsada por razones extra-académicas.

Este doble tema interconexo –juventud y educación– presenta hoy día una complejidad abrumadora. En diversos países se está afrontando su análisis de modo pormenorizado. Cada punto es digno de máxima atención.

Mi intento en estas páginas no es sumarme a esta investigación, sino destacar algunas ideas que estimo decisivas para abordarla desde la perspectiva adecuada, que es –a mi entender– la de la creatividad, el juego bien entendido, el diálogo, el encuentro riguroso con las realidades del entorno humano.

Centraré el análisis en el joven universitario para conferir al estudio un carácter concreto y denso. Por diversas razones, la juventud universitaria se ha convertido últimamente en protagonista de los movimientos contestatarios y en portavoz de las reivindicaciones juveniles. Los resultados de mi investigación –que quiere ser radical– afectarán a toda la gama de modalidades que presenta la juventud de nuestros días.

Me moveré fundamentalmente en la línea de la *pedagogía personalista creativa*<sup>1</sup> e intentaré abordar las cuestiones básicas del problema educativo con una metodología filosófica muy aqulilataada que permita deslindar con toda precisión los diferentes fenómenos (por ejemplo, el *vértigo* y el *éxtasis*), y guardar el debido equilibrio entre un dirigismo casi coactivo, poco o nada promotor de la libertad creadora del joven, y un liberalismo extremo que se ahorra el esfuerzo de ofrecer al educando pistas fecundas para orientar su existencia.

*Educ*ar es formar la capacidad creadora. La capacidad creadora sólo se configura al hilo del diálogo con la realidad. Este

---

<sup>1</sup> Existe una bibliografía muy amplia y una selección de textos en las obras siguientes: ROBERTS, TH.: *Cuatro psicologías aplicadas a la educación*. I. *Freudiana, Transpersonal*. II. *Behaviorista, Humanística*. Narcea, Madrid, 1978; JUIF, P. y LEGRAND, L. P.: *Grandes orientaciones de la pedagogía contemporánea*. Narcea, Madrid, 1980; ROGERS, C.: *el proceso de convertirse en persona*. Paidós, Buenos Aires, 1974; ROGERS, C.: *Libertad y creatividad en la educación*. Paidós, Buenos Aires, 1976; MARTÍNEZ BELTRÁN, J.M.: *Pedagogía de la creatividad*. Bruño, Madrid, 1976.



intercambio activo-receptivo con las realidades del entorno humano es, en todo rigor, un *juego*. Para ser auténticamente humanista, formador de hombres maduros, cada género de actividad lúdica tiene que realizarse conforme al tipo de lógica que le es propia. Por *lógica* entiendo aquí el conjunto de normas y leyes que articulan la relación del hombre con las realidades que constituyen sus compañeros de juego, sea una persona, una comunidad, una obra de arte, un estilo artístico, un paisaje, una lengua, un valor ético o religioso. Adiestrarse en el conocimiento teórico y práctico de las diversas formas de lógica que rigen la acción creadora del hombre en sus diferentes vertientes es condición básica para ser auténticamente libres y aprender a conjugar la autonomía personal con la aceptación de realidades, valores y criterios que, siendo *distintos* de uno, pueden dejar de sernos *distintos* y convertirse en *íntimos*, en una especie de *voz interior*.

Cuando el hombre consigue que lo *externo-valioso* se le haga íntimo, aun siendo *distinto*, da un paso decisivo hacia la madurez. Para realizarse, el ser humano debe establecer nexos muy íntimos con las realidades valiosas del entorno —“créer des liens”, en frase de Saint-Exupéry— sin *alienarse*. Para abrirse al exterior sin perderse, necesita el hombre *hacer juego*; no limitarse a tratar las realidades que lo rodean como si fueran objetos, sino comprometerse en el juego a que ellas lo invitan. Su formación la lleva a cabo el hombre a medida que crea relaciones de encuentro. El fenómeno del encuentro supera años luz a la mera vecindad física. El hombre actual —como subraya Heidegger<sup>2</sup>— ha suprimido las distancias pero no sabe crear auténtica cercanía. ¿En qué consiste el encuentro del hombre con las diversas realidades que constituyen su integral circunstancia? Que la circunstancia nos pertenece como algo constitutivo de nuestro ser resulta hoy día evidente. Hay que ir más allá y determinar con toda precisión si la circunstancia auténtica del hombre está for-

---

<sup>2</sup> Ver HEIDEGGER, M.: *Vorträge und Aufsätze*. Neske, Pfullingen, 1959, pág. 163.

mada por *objetos* o más bien por *ámbitos*<sup>3</sup>, y si la relación con éstos ha de ser manipuladora o más bien creadora. La creatividad no se reduce a la actividad espectacular de los artistas, científicos, técnicos y estadistas. Anida en el núcleo mismo de la existencia cotidiana del hombre cuando éste no se repliega sobre sí mismo y se compromete en el juego de la vida.

*Educación significa, básicamente, enseñar a jugar.* Hay múltiples formas de juego, tantas como campos de posibilidades le ofrece al hombre su entorno. Cada forma de juego –la deportiva, la estética, la ética, la litúrgica, etc.– plantea unas exigencias peculiares; ostenta una lógica propia.

Captar la articulación interna de cada una de estas formas de lógica y experimentar su eficacia en uno mismo, a la luz que brota en el juego de la experiencia personal, constituye la base y el impulso de toda labor educativa. A mi entender, la filosofía contemporánea nos ofrece elementos muy valiosos para elaborar una *lógica de la creatividad* verdaderamente sólida. Mostrar, aunque sea en esbozo, sus rasgos fundamentales es tarea que no admite dilación en la actualidad, pues el ingente esfuerzo que en materia de educación están realizando a porfía investigadores, instituciones docentes y gobiernos puede quedar baldío en no escasa medida debido a la imprecisión con que suelen utilizarse los términos y conceptos que deciden el sentido de los procesos creadores.

El retraso en que se halla la investigación acerca de la creatividad y la falta consiguiente de una metodología filosófica rigurosa explican la actitud de vacilación e inseguridad que adoptó la sociedad occidental frente al problema planteado por el afán protagonista de la juventud contemporánea.

---

<sup>3</sup> “Ambito”, por contraposición a mero objeto, es una realidad no delimitable, no mensurable, no ponderable. Constituye un *campo de posibilidades de juego* que puede vincularse a otros de modo creador y dar lugar a nuevos ámbitos. El hombre, la comunidad, un instrumento musical, una partitura, un libreto de teatro, un barco, el mar, el lenguaje, una casa, una red vial... son entidades que a la vertiente objetiva –mensurable, delimitable, ponderable...– agregan una vertiente ambital. La integración de ambas vertientes hace posible la actividad lúdica. Más amplias precisiones pueden verse en mis obras *El triángulo hermenéutico. Introducción a una filosofía de los ámbitos*. Madrid, 1977, págs. 55, 69, 119, 176, 185-212, 340, 407-408, 435-499, 501-567; *Estética de la creatividad*, págs. 163-288.

## Tratamiento superficial de un problema de fondo

El tema de la juventud en general y de modo particular el de la juventud universitaria se convirtió hace unos años en un problema urgente e inquietante. Profesionales muy diversos – psicólogos, sociólogos, filósofos, médicos...– se apresuraron a estudiarlo con objeto de someterlo a los cuadros de una racionalización científica, por cuanto diagnosticar un fenómeno significa en cierta medida controlarlo. Desde perspectivas distintas se plantearon una serie de interrogantes básicos: ¿A qué razones y líneas de fuerza responde el protagonismo adquirido súbitamente por la juventud actual? ¿Se debe a virtualidades insospechadas que alberga el ser humano, o arranca, tal vez, de una confluencia de circunstancias especialmente propicias? En todo caso, ¿cuál es el sentido profundo del cambio operado en la juventud y cuáles son sus consecuencias previsibles a corto y medio plazo?

Los numerosos estudios que intentaron responder a estas graves e ineludibles cuestiones partieron de una posición de desconcierto, y muestran, en general, una andadura vacilante. La rebelión estudiantil que se inició en la universidad de Berkeley (California, USA) y prosiguió en Tokio, Praga, Buenos Aires, Madrid, Belgrado, Caracas, Roma, Londres, Berlín, México y Varsovia adquirió en el Mayo del 68 francés una virulencia suficiente para poner a políticos e intelectuales en situación de máxima alerta. Durante siglos se consideró la juventud como una época transitoria de la vida humana, mero período de formación, anodino compás de espera, indispensable para el desarrollo del ser humano pero de por sí irrelevante en el juego de las fuerzas sociales a tener en cuenta. De repente, sin embargo, el término “juventud”, además de ocupar un capítulo en la Psicología evolutiva, pasó a ostentar un sentido sociológico de *grupo humano*, bullente de potencialidades –todavía no bien conocidas y controladas–<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Este giro responde, entre otras causas, al crecimiento vertical del número de niños y jóvenes escolarizados, a la democratización de la enseñanza y a la convicción, cada día más compartida, de que la fuerza para presionar y promocionar la propia situación radica en la unión que implica el agrupamiento.

Los técnicos de la psicología, la sociología, la ética y la pedagogía vieron superados de momento sus cuadros mentales por este fenómeno sorpresivo y apabullante. Sus explicaciones y diagnósticos producen a menudo una impresión penosa de balbuceo e inseguridad. Sin duda, la irrupción decidida y brusca de la juventud como grupo social y fuerza de choque los encontró desprovistos de una metodología adecuada. Para elaborar un método de análisis adaptado a una realidad, sobre todo si es muy compleja, se requiere poseer un conocimiento *genético* de la misma, penetrar en sus raíces, seguir por dentro su proceso de configuración, adivinar su alcance y su más profundo sentido. ¿Cuáles son las raíces del fenómeno denominado “rebelión estudiantil”, y cómo se fraguaron los acontecimientos de 1968?

Estas preguntas exigen ahondar en la formación del pensamiento actual y en el sentido cultural y espiritual que tuvo para el hombre contemporáneo la primera gran guerra, con la quiebra consiguiente del “mito del eterno progreso” y la acerba lucha entre Espiritualismo y Vitalismo que tensionó al máximo el período de entreguerras. El estudio de la década del 20 al 30 —uno de los períodos más fértiles de la Historia de la Filosofía— constituye una clave ineludible para la recta interpretación de los acontecimientos actuales<sup>5</sup>.

Este análisis radical se echa de menos en la mayoría de los estudios consagrados a la juventud contemporánea. Se describen los hechos, se los etiqueta y ficha, y se esbozan diversos ensayos de interpretación, sin apenas adentrarse en el campo arriesgado de las valoraciones y las vías de posible solución a los problemas planteados.

Tales deficiencias respecto al estudio de las conmociones provocadas últimamente por la juventud resultan poco sorprendentes si se tiene ante la vista el tratamiento superficial y unilateral que suele darse al estudio de la edad juvenil en buen número de tratados y monografías. Tras unas ligeras pinceladas acerca del lugar que ocupa el joven en el proceso evolutivo del

<sup>5</sup> Pueden verse sobre estos temas mis obras: *Diagnosis del hombre actual*. Cristiandad, Madrid, 1966; *Romano Guardini y la dialéctica de lo viviente. Estudio metodológico*. Cristiandad, Madrid, 1966; *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*. Guadarrama-Labor, Madrid, 1972; *Pensadores cristianos contemporáneos*, BAC, Madrid, 1967.

ser humano, se limitan muchos autores a destacar la importancia de la sexualidad y la voluntad de autonomía. Pero ni siquiera estos puntos concretos son estudiados en todo su alcance, su articulación interna —tan rica de matices—, su honda significación en el conjunto del ser humano, su capacidad de hacer entrar en vibración a todos los estratos del hombre. La interpretación superficial del método fenomenológico como “mera descripción” de fenómenos parece haber inspirado una técnica de análisis que más se parece a una catalogación de datos inconexos que al descubrimiento de las tramas de interrelaciones que constituyen la estructura nuclear de los acontecimientos humanos. Para dar cuenta de un fenómeno o acontecimiento real, debe hacerse la experiencia viva de su génesis y, a la luz que esta experiencia alumbraba, mostrar cómo se articula con otros y se potencia, cobra fertilidad, adquiere una significación nueva, o bien se contamina, adultera y anula.

Resulta difícil de comprender el silencio sistemático que se guarda a menudo acerca de los apasionantes fenómenos que implica la *lógica de la creatividad* y que están a la base del proceso de adaptación activa del hombre a lo real. Cómo se inmerge el joven de modo receptivo y activo a la par en las realidades del entorno que le ofrecen campos de posibilidades de acción; qué modo peculiar de juego creador es el deporte, la interpretación musical, la creación artística, la experiencia poética, la contemplación del paisaje, la fundación de ámbitos de convivencia interpersonal, la participación en modos comunitarios de existencia, la asunción de valores éticos, la inserción en el entramado de una vida profesional, la relación de encuentro con realidades religiosas —forma de inmersión que los antiguos denominaban con vocablo insuperable “entusiasmo”—: éstos y otros temas decisivos para el acceso del joven a la realidad y el logro consiguiente de su identidad personal apenas son objeto de alusión en estudios que consagran amplios espacios al análisis de diversas cuestiones psicológicas relativas a las relaciones sexuales, a la elección de cónyuge y profesión y a las anomalías que pueden entorpecer la marcha normal de la existencia.

A la vista de estos planteamientos unilaterales, queda de manifiesto que ni la Psicología ni la Sociología —sobre todo en la acepción y tratamiento que a menudo se les da— pueden arrojar-

se el monopolio en la elaboración de diagnósticos certeros sobre la cuestión de la juventud. Sin depreciar en modo alguno la labor investigadora que estas disciplinas vienen desarrollando, estimo que sus análisis necesitan el complemento de una teoría de la creatividad que analice los procesos de interacción “hombre-realidad” en todos los órdenes y en toda su envergadura, sin los reduccionismos y parcialidades que se cometen demasiado a menudo por razones ideológicas que no hacen sino frenar el impulso investigador<sup>6</sup>.

## Creatividad y desarrollo personal

La teoría de la creatividad se halla, por razones internas, inserta dinámicamente en diversas disciplinas: psicología, antropología, teoría del conocimiento, ética, teoría de los valores, sociología, estética, teoría del lenguaje... Sucede, sin embargo, con frecuencia que el cultivo de las mismas tiene un carácter más descriptivo de fenómenos que *recreador de su génesis*. Con ello tales ramas del saber adquieren un aspecto de *disección naturalista de realidades del todo hechas*, y dejan de ser la *experiencia humanista de fenómenos que deben ser recreados en cada momento*.

La ciencia actual nos enseña que el hombre se constituye, desarrolla y perfecciona en relación activa con la realidad. Qué diversos modos de realidad configuran el entorno del hombre; qué tipos de inmediatez, distancia y presencia se dan en la inmersión creadora del hombre en tales modos de realidad; cómo se articulan la receptividad y la actividad humana respecto a cada tipo de realidad y a los diferentes modos de juego que el hombre lleva a cabo con las entidades de su entorno... Estas y otras cuestiones semejantes, no menos fecundas, deben ser objeto de muy amplios análisis si se quiere comprender con alguna aproximación lo que significa en la formación de la juventud

---

<sup>6</sup> Sobre la gravedad de la tendencia reduccionista y la vigencia de la misma en el pensamiento freudiano, neopositivista lógico y estructuralista, ver LÓPEZ QUINTÁS, A. (ed.): *El neopositivismo, el estructuralismo y la psicología profunda. su carácter reduccionista en relación con el materialismo*. BAC, Madrid, 1978.

actual el movimiento objetivista contemporáneo, la tendencia a buscar en la actitud de *relax extremo* –o falta de creatividad que *fusiona* al hombre en el entorno– la solución a los temibles problemas que plantea al hombre el advenimiento del espíritu como fundador de la distancia entre el ser humano y lo real<sup>7</sup>.

Si no se sigue de cerca este tema en la historia del pensamiento contemporáneo –filosofía, literatura, arte...–, todo cuanto se diga –en la línea psicoanalista– sobre el conflicto entre el *ello*, el *yo* y el *super yo*, la “huida del padre” y el “regreso a la madre”, no hará a lo sumo sino etiquetar de forma más o menos basta los fenómenos, pero se hallará lejos de ofrecer rutas eficaces para un conocimiento radical de los mismos y un acercamiento realista a posibles soluciones. En diversos manuales universitarios de Psicología evolutiva se consagra amplio espacio al estudio de la crisis actual de identidad en la juventud, se exponen en pormenor los desequilibrios de la personalidad que tienen lugar por la prevalencia superfetaria, unilateral, del *ello*, del *ego* o del *super yo*, pero apenas se dedican dos líneas al tema decisivo de cómo pueden y deben integrarse estas diversas vertientes de la personalidad a través de una actitud de apertura dialógica al entorno. A este tipo de tratados se debe que los estudiantes –llamados en corto plazo a desarrollar una labor formativa con la juventud– salgan de las aulas con cierto bagaje erudito, pero sin una orientación pedagógica eficaz.

La pedagogía debe ser inquebrantablemente realista, pues el ajuste a lo real estructura al hombre, y la estructura es fuente de solidez y dinamismo a la par<sup>8</sup>. Si queremos una juventud activa

---

<sup>7</sup> Una amplia exposición de esta experiencia de *relax* la realicé a propósito del análisis de la obra de SARTRE: *La náusea*, en mi *Estética de la creatividad*, págs. 367-409. En su conocida obra *El arte de amar*, Eric Fromm analiza diferentes modos posibles de vinculación del hombre a lo real y subraya la fugacidad y superficialidad de las formas orgiásticas de unión. Investigaciones de este género son de máxima urgencia y han de ser realizadas con el utillaje metodológico depurado que nos facilita la Hermenéutica filosófica actual. Ver FROMM, E.: *El arte de amar*. Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 17 y ss.

<sup>8</sup> Xavier Zubiri polariza todo su pensamiento filosófico en torno al concepto de estructura, elaborado en vecindad fecunda con la ciencia actual –Filología, Biología, Física...–. Ver ELLACURÍA, I.: *La idea de estructura en la filosofía de Zubiri*, en “Realitas I”, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1974, págs. 71-139.

y arraigada, creadora y firme, abierta al futuro y vinculada a los campos de posibilidades que fundó el pasado, debemos ayudarle a ver por cuenta propia la fecundidad que encierra la adecuación a la realidad en todas sus vertientes, sobre todo las más relevantes. En esta labor mayéutica juega un papel decisivo —a mi entender— la Estética filosófica, en cuanto analiza la articulación interna de los procesos creadores. Son insospechadas las posibilidades que abre en orden al tratamiento del tema juvenil la vinculación de la Psicología evolutiva y la Estética de la creatividad. Intentaré mostrarlo un poco más de cerca en los últimos capítulos.

Seguidamente, con el fin de tener ante la vista una serie de datos significativos, expondré de modo sucinto algunos rasgos sobresalientes de la juventud actual, o, más exactamente, de los grupos que parecen caracterizarla ante la opinión pública y que le confieren de hecho un rostro peculiar. Es sabido que no todos los jóvenes participan de las ideas y actitudes que suelen atribuirse en general a la juventud de una época determinada. Pero no es menos cierto que tales actitudes e ideas forman como un cierto oleaje de fondo al que no puede sustraerse ningún joven y respecto al cual la sociedad entera debe tomar opción tras una labor de análisis sereno y concienzudo.



# 2

## SITUACIÓN DEL JOVEN UNIVERSITARIO EN EL MARCO DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

La edad normal de los estudiantes universitarios suele moverse en una franja que oscila entre los 18 y los 25 años. El joven universitario se halla situado al final del período denominado “adolescencia” y al comienzo de la primera fase de la adultez.

Los límites fronterizos entre la adolescencia y la edad adulta son fluidos, por tratarse de un cambio relativo a grados de madurez personal, no a mutaciones fisiológicas perceptibles de modo preciso –como sucede en el paso a la adolescencia–. De ahí la diversidad de clasificaciones presentadas por los tratadistas de psicología evolutiva. Unos encuadran la adolescencia entre la pubertad –alrededor de los 11 años– y el comienzo de la primera adultez (período que va de los 20 a los 40 años). Si la adultez se inicia cuando el joven aborda tareas tan responsables como elegir pareja y fundar una familia, comprometerse con una ocupación profesional y tomar opción política, parece poco acorde con

la realidad social adelantar a los 20 años el promedio del comienzo de la vida adulta. Por una u otra causa, la mayoría de los adolescentes necesitan varios años desde el final del período de desarrollo personal denominado técnicamente “adolescencia” para estar en condiciones de abordar las tareas antedichas. Ello ha motivado a diversos psicólogos a introducir –bajo la denominación técnica de “juventud”– un período de diez años (de los 20 a los 30 años) entre la adolescencia y la primera adultez.

Sea cual fuere la delimitación de edades que se adopte, resulta incuestionable que el período de los estudios superiores suele coincidir con la edad “juvenil” –entendida de modo restringido– y actúa de gozne entre la adolescencia y la adultez.

Para comprender en su génesis el dinamismo propio de este momento crucial del desarrollo del ser humano, se deben analizar a fondo las orientaciones básicas que articulan internamente la personalidad en el período de la adolescencia.

## Orientaciones básicas de la adolescencia

La estructura de la personalidad se configura a través de un proceso de *convergencia de diversas vertientes de lo real*: la vertiente biológica, la psicológica, la sociocultural. Las experiencias que cada ser humano va realizando desde el período de gestación presentan una significación determinada en cada caso. Al entrecruzarse distintas experiencias y confrontarse entre sí, la personalidad del hombre va tomando una determinada configuración según el tipo de significatividad que prevalezca.

En el período de la primera infancia (desde el nacimiento hasta la edad de 3 años) las experiencias del ser humano presentan una significación predominantemente *biológica*: se trata de acabar de troquelar el organismo en vinculación con el medio –sobre todo con la madre– y aprender a controlar el propio cuerpo. La infancia es la “etapa de la supervivencia”<sup>1</sup>. El matiz biológico que ostenta esta fase de la personalidad humana no indica una prevalencia *absoluta* de los fenómenos corpóreos so-

---

<sup>1</sup> Ver ROBERTS, Th.: *Ob.cit.*, vol. II, pág. 265.

bre los psicológicos y sociales. Cada día subraya con más energía la ciencia biológica que el desarrollo del recién nacido está condicionado a la fundación de relaciones afectivas con los seres del entorno. Al relacionarse con la madre, el niño colabora a crear una “urdimbre afectiva” (Rof Carballo) que será el germen y en buena medida el módulo de las diferentes formas de encuentro que el ser humano deberá realizar para conducir su personalidad a pleno desarrollo<sup>2</sup>.

Dotado de un sistema motor autosuficiente —una vez troqueado el sistema inmunológico, el enzimático y el neurológico—, el niño inicia la “etapa de la estabilidad”<sup>3</sup>, de la configuración de la vertiente afectiva. De los 4 años a los 10, multiplica las experiencias de adaptación al medio social, de seguridad personal, de aceptación de los demás, de tensa interrelación. La vertiente biológica y la social se hallan aquí en juego, pero parece cobrar cierta primacía la vertiente *psicológica*.

En la adolescencia (de los 11 a los 20 años) el niño inicia la “etapa de la sociabilidad”<sup>4</sup>, del descubrimiento del sentido específico de las experiencias comunitarias y sociales. En forma reflexiva, el joven adolescente va haciendo la multiforme experiencia de su vinculación al medio, de la existencia del yo —ansioso de autonomía— y de la constitutiva menesterosidad del mismo que lo hace gravitar hacia las realidades del entorno. Esta interacción entre el llamado mundo “interior” y el “exterior” presenta a los ojos del adolescente un singular atractivo y un peculiar dramatismo. Poco a poco, a golpes de experiencia, el adolescente va entreviendo la posibilidad de que este equilibrio tenso se rompa a favor de dos modos de extremismo:

1. La *fusión* en lo externo (fenómeno de seducción, fascinación, vértigo).
2. La *retracción* en la interioridad del yo crispado en sí mismo.

La madurez del adolescente se produce de modo gradual a medida que éste va descubriendo con entusiasmo que la plenitud

<sup>2</sup> Ver J. ROF CARBALLO: *El hombre como encuentro*. Alfaguara, Madrid 1973.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

humana se da siempre por vía de *integración*, no de fusión ni de retracción. Los tres modos de realidad cuya confluencia teje el entramado de la personalidad humana —la realidad somática, la psicológica y la social— se logran de forma *relacional*:

1. La realidad biológica se sostiene mediante la *entreveración* fecunda de los organismos y su correspondiente “medio” (*milieu*, *Umwelt*).
2. La vertiente psicológica<sup>5</sup> de la realidad humana se configura merced a la *interacción* de la capacidad humana de iniciativa y los seres del entorno vistos como “campos de posibilidades”.
3. La vertiente social viene constituida por realidades que más que objetos son “ámbitos” y, al relacionarse entre sí, fundan ámbitos de superior envergadura.

La personalidad de un hombre se desarrolla conforme éste se hace cargo de la *condición relacional* de las tres vertientes de su ser y experimenta la fecundidad que encierra la creación de campos de juego entre él y lo real. Al llevar a cabo esta experiencia del carácter relacional, abierto, dialógico, del propio ser, el adolescente gana una idea muy equilibrada de sí mismo. Este género de equilibrio es fuente de fecundidad porque la verdadera eficacia no se deriva tanto del poder que tienen las causas de producir efectos cuanto el dinamismo interno que late en los campos de la realidad fundados por la interacción de diversas realidades<sup>6</sup>.

Esta condición ambital, distensa, del ser humano no viene dada de una vez por todas, al modo de los caracteres genéticos; debe irse configurando y precisando a lo largo del tiempo. Nada extraño que la adolescencia, como hito decisivo en el proceso de configuración integral de la personalidad, muestre unas orienta-

---

<sup>5</sup> Este término debe entenderse aquí en un sentido amplio que abarque también lo “espiritual”.

<sup>6</sup> Tres filósofos españoles contemporáneos —E. D’Ors, A. Amor Ruibal y Xavier Zubiri— sostienen una idea de causalidad “campal” o “situacional”. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *el pensamiento filosófico de Ortega y D’Ors*, pág. 52; *Filosofía española contemporánea*. BAC, Madrid, 1970, págs. 43 y ss.

ciones básicas caracterizadas por el rasgo común de la *apertura co-creadora*.

El adolescente tiende a desbordar los límites de su individualidad para realizar experiencias interpersonales y grupales que incrementen su capacidad de iniciativa, afirmen su poder decisonal, amplíen su radio de acción e influjo sobre los demás y robustezcan su conciencia de seguridad. Entre la comunicatividad y los efectos que produce en el dinamismo personal media una relación circular. A mayor comunicación lograda, más seguridad ante sí mismo y los demás, mayor poder de tomar decisiones, más amplia irradiación personal. A su vez, este fortalecimiento del yo se traduce en un incremento de la aspiración a modos de comunicación más frecuentes, intensos y variados. La práctica de la comunicación —entendida con esta complejidad— aparece vinculada al incremento del equilibrio personal, de la confianza en los demás, de la constancia y la estabilidad emocional en la persecución de las metas propuestas.

Una vez que ha descubierto su interioridad, el adolescente procura configurarla y fortalecerla mediante una actividad comunicativa responsable, coherente, reflexiva, inmune a los vaivenes del sentimiento y, como tal, creadora. Cuando el joven adivina que la configuración de su yo no se lleva a cabo a través de las distintas formas posibles de soledad y desarraigo, por heroicas y contundentes que en principio puedan parecer, sino mediante la entrega a modos generosos de colaboración con los demás, amplía su horizonte vital de forma insospechada. La propensión hacia la soledad, el ensueño romántico, el ensimismamiento y la rebeldía sólo puede ser considerada como una característica peculiar del adolescente en cuanto responde al deseo radical de conferir solidez a la interioridad recién descubierta. Al hacerse cargo de que la afirmación de la interioridad no se consigue aferrándose a ella, concediendo libre curso a la afectividad, ocluyéndose en sí frente a los demás, sino abriéndose confiadamente a éstos, vistos como colaboradores de un género de actividad fecundo y controlado, el adolescente encauza su impulso existencial hacia el campo del diálogo creador.

En virtud de esta orientación básica, el adolescente tiende a incrementar sus relaciones interpersonales más bien en el aspec-

to *cualitativo* que en el *cuantitativo*. A la vez que procura fundamentar su yo, se esfuerza por abrirlo a nuevas posibilidades y horizontes de realización. De hecho, la tarea de fundamentación se realiza —como hemos indicado— por vía de apertura. Si el adolescente ansía independencia y autonomía, ello no responde básicamente —lo sepa y reconozca él o no— a un deseo de romper amarras con el entorno, sino a la voluntad de posibilitar experiencias inéditas, planteamientos nuevos. Este afán de cambio, al ir tensionado por el ansia de conceder al yo la máxima amplitud de despliegue y el más alto grado de firmeza, no se reduce a mera curiosidad frívola, versatilidad inconsistente, exaltación incoherente de lo novedoso.

La *inquietud* del adolescente presenta el valor positivo de búsqueda incesante de posibilidades fecundas de acción, tanto en el nivel práctico como en el teórico. A medida que la actividad se eleva de grado, la inquietud ostenta una mayor serenidad, sin perder su eficacia primera.

Estas son algunas de las tendencias básicas que orientan e impulsan la personalidad adolescente. Resalta en ellas su condición *positiva* frente al carácter más bien pesimista de ciertas descripciones —demasiado frecuentes— en las que se esboza un perfil de la adolescencia como edad “crítica”, “conflictiva”, “problemática”, “rebelde”, “independiente”, “evasiva”... Estos aspectos más bien negativos no son los decisivos para una psicología evolutiva atenta a descubrir los puntos nucleares de los que arranca el dinamismo de la personalidad. Bien analizados tales puntos, se abren perspectivas fecundas en orden a la comprensión de la estructura y dinámica de grupos, las metas y métodos del aprendizaje escolar, la orientación vocacional y otros temas parejos.

Con esta voluntad de valoración positiva pasamos revista crítica seguidamente a varias actitudes básicas de la juventud.

## Características fundamentales de la juventud

Cuando se habla en general de “los jóvenes” —en contraposición a las personas de edad—, suelen destacarse en los mismos diversas características que adquieren un perfil neto en el perio-

do denominado técnicamente “juventud”. Analicemos algunas de ellas a la luz de una metodología un tanto rigurosa, con el fin de ir clarificando los hechos y abriendo perspectivas fecundas a la tarea educativa.

### *Valoración de lo personal*

El vocablo “persona” ostenta en la actualidad un rango de término “talismán”. Produce adhesiones automáticas cuando es movilizado en el curso de una reivindicación. Todo cuanto se oponga a los derechos personales del hombre queda descalificado ante la juventud. Piénsese, por ejemplo, en fenómenos tales como la masificación, la manipulación, la censura, la falta de coestión, etc.

### *Autenticidad y espontaneidad*

El joven tiende a valorar de modo más positivo una conducta “sincera” –que responda a los sentimientos íntimos del que la adopta– que una conducta “recta” –ajustada a un sistema objetivo de valores–. Considera a la persona humana como fuente legítima de *valoración* –en el doble sentido de enjuiciamiento y de normatividad–. A su entender, una acción es auténtica cuando es sincera, espontánea, ajustada al modo de ser de una persona por responder a un impulso interior y no a presiones exteriores. No siempre los jóvenes se preocupan de averiguar si esta “autenticidad” personal justifica radicalmente una acción, o si ésta debe mostrar un peculiar tipo de ajuste con una realidad que trasciende a cada una de las personas actantes.

### *La “autorrealización” como criterio último de justeza*

De forma imprecisa pero decidida, el joven actual suele aducir como fuente de valoración ética la necesidad de “autorrealizarse”. “Sentirse realizado” mediante una acción implica para él un refrendo moral. La experiencia personal alcanza así en el plano de las valoraciones éticas el prestigio que desde la baja Edad Media ostentó la experimentación empírica en el campo del conocimiento filosófico y científico.

## *La desvalorización de los criterios “objetivos”*

El joven siente aversión en principio a aceptar los argumentos de autoridad, pues todo cuanto ejerce un poder se le aparece como externo, extraño, lejano, impositivo, alienante, opuesto a la iniciativa personal<sup>7</sup>.

Las instancias o realidades trascendentes –normas éticas, preceptos institucionales, realidades religiosas–, que a primera vista se imponen al hombre *desde fuera* –al no depender de su voluntad y arbitrio individual–, sólo pueden ser objeto de experiencia por parte del hombre si éste adopta ante ellas una actitud de acogimiento activo, de reverente aceptación. Como la reverencia implica humildad, la actitud acogedora parece contradecir la tendencia humana a la autoafirmación. Ello predispone a muchos jóvenes a favor del encapsulamiento en su “interioridad” –“my home, my castle”– y en contra de las realidades e instancias “trascendentes”; los incapacita para hacer la experiencia personal de las mismas y los insta –en consecuencia– a calificarlas expeditivamente de “abstractas” e “idealistas” –términos vejatorios en una época que glorifica lo concreto experimentable.

La religión llega a ser considerada por el joven como un grave obstáculo al propio desarrollo cuando se le aparece como opuesta a tendencias básicas e irrenunciables. En realidad, las creencias religiosas no anulan ningún tipo de dinamismo humano; postulan su integración en un conjunto dotado de sentido. Si se carece de experiencia suficiente para distinguir entre el “significado” de un fenómeno –tomado aisladamente– y su “sentido integral” –que surge al insertarse coherentemente en un entramado de realidad–, se corre peligro de sentenciar expeditivamente que la religión bloquea la vitalidad humana y el dinamismo creador.

---

<sup>7</sup> Téngase muy en cuenta la función perturbadora que ejercen los esquemas mentales “dentro-fuera”, “interior-exterior” en la obra de Kant: *Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*. Versión castellana: *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.



### *Tendencia manipuladora*

El joven muestra alta estima hacia todo cuanto potencia a ojos vistas la propia personalidad, entendida de modo casero como la capacidad de despliegue, de acción, de disponibilidad inmediata. De aquí arranca la fascinación que ejercen sobre los jóvenes las relaciones sociales, los bienes económicos y culturales, los viajes, los utensilios y objetos que incrementan el poder de disposición y manipulación.

### *Aversión a lo tradicional*

El joven suele rechazar cuanto se manifiesta falto de sentido, inoperante, vinculado a tradiciones carentes de vigencia en la actualidad.

Un sistema de pensamiento o una ordenación litúrgica no son aceptados por la juventud simplemente en virtud del prestigio histórico de la escuela filosófica o la religión a que responden. Deben tener capacidad de *apelar* a la libertad personal de los jóvenes si quieren suscitar la adhesión de éstos. Los jóvenes quieren “interiorizar” los valores heredados, hacer la experiencia personal de los mismos, re-crear por propia cuenta el sentido de la existencia.

### *Exaltación de lo novedoso*

Por la contaminación semántica que se produce entre los términos “antiguo”, “no vigente”, “regresivo”, “autoritario” y otros semejantes cuando se les somete a una torsión estratégica, la época actual suele depreciar lo “tradicional” y exaltar lo “novedoso”. Muchos jóvenes tienden a justificar sus actitudes con el pretexto de que ellos son *distintos*, de que pertenecen a una generación nueva. Olvidan que lo decisivo en la vida humana no es la semejanza o la disparidad de unas generaciones respecto a otras sino el ajuste creador de cada generación y cada hombre a las posibilidades que le ofrece la realidad. Este ajuste y la eficacia que entraña deben ser la piedra de toque definitiva para determinar la coherencia y legitimidad de una conducta.

Para desarraigarse de la realidad y desvincularse de toda entidad envolvente que en alguna forma pueda significar un cauce

que limita y condiciona la libertad humana, suele calificarse estratégicamente lo instituido en épocas anteriores como *convencional* y *esclerosado*. En cuanto la revolución, como fenómeno social, implica un proceso de racionalización política e institucionalización de la rebeldía, los jóvenes suelen impugnarla y rechazarla. Aun aquellos que se entregan a movimientos contestatarios suelen mirar con sospecha las formas de revolución configuradas por generaciones pasadas y transmitidas en herencia a las actuales como un legado. A menudo se confunde lo permanente con lo esclerosado, lo sustancial con lo inmóvil, la estructura como organización externa con la estructura como principio dinámico de vida. Este segundo tipo de estructura debe ser asumido como algo interno, de igual modo que un intérprete musical asume las formas de una obra para volver a crearlas en cada nueva interpretación. Dar por supuesto —según acontece en Ortega— que la transmisión de usos y costumbres presenta necesariamente un carácter mecánico, no creador, meramente convencional, es un malentendido que torna inviable la comprensión cabal de los valores radicales de la vida humana, en su doble carácter histórico y comunitario.

*Denuncia de todo cuanto se muestra inauténtico, egoísta, hipócrita, represivo*

El joven tiende espontáneamente a vincularse a los movimientos de protesta porque la oposición suscita en su ánimo cierto sentimiento de autoafirmación y prepotencia. Ello explica que, al rebelarse contra las diferentes formas de violencia, no se recate a menudo de ser violento e intransigente. Ataca con virulencia toda relación interhumana que aparezca ante sus ojos como manipuladora, pero apenas repara en los múltiples fenómenos sutiles de manipulación represiva que se dan en la propaganda, en los manifiestos liberalizadores, en los criterios hedonistas. Esta falta de radicalidad en la toma de posición crítica frente al entorno provoca multitud de inconsecuencias y convierte a la juventud en “problema”.

Por razones de cambio generacional —que tiene lugar aproximadamente cada quince años, cifra que en casos se reduce debido a la aceleración creciente que están experimentando los

cambios sociales<sup>8</sup>—, los jóvenes suelen diferir no levemente de sus padres en cuanto a actitudes y opiniones. Con frecuencia, la disparidad de criterios es menos profunda de lo que parece, pues los hijos no hacen de ordinario sino sacar de modo exabrupto las consecuencias de las premisas puestas por los mayores. Debido entre otras razones al instinto de conservación, éstos rehuyen enfrentarse con las tormentas intelectuales provocadas por sus experimentos ideológicos. Los jóvenes, más impetuosos y poco propicios a la indulgencia con toda posible manifestación de hipocresía por parte de los mayores, sienten una peculiar emoción al dejar al descubierto —en la pantalla de su conducta— los graves fallos cometidos en diversos órdenes por las generaciones precedentes<sup>9</sup>.

Obviamente, la relación de hijos a padres no es sencilla. Entre un hijo y sus progenitores puede darse una relación *inmediata* —no mediacionada apenas por nadie— en la edad infantil. A partir del comienzo de la edad escolar, entre padres e hijos se interponen diversas realidades poderosamente influyentes que determinan en alto grado la relación de vecindad o lejanía en que se hallan los niños y jóvenes respecto a la generación anterior. Muchos padres manifiestan con amargura que no comprenden cómo sus hijos rechazan decididamente los principios de la educación que han recibido. No reparan en la mediatización que ejercen sobre el espíritu del joven la sociedad, la cultura, los medios de comunicación. En un momento como el actual, caracterizado por una inflación de promesas de ayuda a la institución familiar, debería someterse a muy sincera revisión crítica la lucha diaria que, con fuerzas desiguales sostienen los padres y educadores con los manipuladores de los medios de comunicación social. Cuando se observa cómo caen en el vacío de la desatención las protestas justificadas de tantos padres y formadores contra el cultivo de la violencia y el erotismo en la panta-

---

<sup>8</sup> Incluso en el plano de los graduados universitarios —que por su elevada formación deberían disponer de un horizonte histórico más amplio, menos sometido al tiempo del reloj que el común de las gentes— se observa que bastan a veces dos o tres años de diferencia para que los recién titulados motejen a sus antiguos compañeros de “anticuados”, “fósiles”, “reaccionarios”.

<sup>9</sup> Pueden verse más amplias precisiones sobre esta cuestión en LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*. Narcea, Madrid 1988<sup>4</sup>, pág. 286.

lla omnipresente de la televisión, no puede uno sino alarmarse ante la capacidad que tiene la sociedad actual de realizar un doble juego, aunque la puesta mínima en el mismo sea la salud moral de las gentes. Es impropio aducir como excusa el hecho de que en un sistema democrático no cabe regular y menos configurar piramidalmente las corrientes de ideas, opiniones y actitudes. No hace falta recurrir a simplistas métodos autoritarios para establecer un mínimo de racionalidad en algo tan decisivo como es la nutrición espiritual de los jóvenes. Las democracias –lentas por naturaleza en sus movimientos– muestran una insospechada capacidad de reacción cuando se convencen de que está en juego su existencia.

Para que los dirigentes, en un sistema democrático, lleguen a convicciones eficaces en materia educativa, deben analizar a fondo las raíces últimas de cada fenómeno, tarea sólo factible si cuentan con especialistas sinceros que prefieran la solidez de la verdad al halago de la brillantez banal de la demagogia.

Una de tales raíces es la mentalidad “vitalista” que impera en grandes áreas de la existencia contemporánea. Los padres de familia pueden ser creyentes, piadosos incluso, y esforzarse en transmitir a sus hijos la riqueza del mundo espiritual en que ellos participan. Este empeño no podrá evitar que su actitud pedagógica se realice en un clima cultural configurado en buena parte por el *vitalismo*, movimiento de entreguerras que provocó a través de múltiples medios –que van del tratado filosófico a la obra cinematográfica– un sentimiento difuso de aversión hacia el espíritu y toda manifestación de vida espiritual. Buen número de reacciones de los jóvenes responden a orientaciones culturales desconocidas por ellos pero que gravitan inexorablemente sobre la sociedad actual. Esta circunstancia nos revela que los diagnósticos acerca de la juventud deben tomar las aguas muy arriba si han de ser radicales y eficaces.

Las generaciones adultas han consagrado como modélico el tipo de racionalidad científica y han depreciado como “irracional” el conocimiento por fe; han exaltado y supervalorado el saber que se traduce fácilmente en poder y, consiguientemente, en seguridad y confort. ¿Cómo pueden sorprenderse si los jóvenes actuales estiman poco razonable aceptar y vivir una fe que no

presenta sus credenciales a la razón?<sup>10</sup>. Si el hombre moderno fundó el sentido de su existencia en el mito del eterno progreso —basado en el saber científico— y éste mito hizo quiebra en las trincheras de las dos grandes guerras, no puede considerarse extraño que la juventud encuentre vacío el mundo de los mayores —pese a su alto desarrollo técnico—, sienta vértigo ante la nada-desentido que muestra la actitud existencial utilitarista, y busque sus propios ídolos en las cisternas rotas del sexo banalizado, de la contracultura comercializada, del arte superficial y agresivo. Sería interesante estudiar el influjo que ejercen sobre el espíritu de los jóvenes las corrientes artísticas de vanguardia, con su disolución de las formas, su voluntad demoledora de muchos géneros de orden, su actitud vocinglera, su ritmo agitado y hosco.

La ruptura o, al menos, el alejamiento generacional responde, asimismo, en cierto grado a la mayor preparación que en muchos casos poseen los hijos respecto a sus padres debido al progreso realizado en cuanto a escolarización. Pero aquí conviene advertir muy enérgicamente que la mayor formación no escinde a las generaciones sino cuando se trata de mera ilustración libresca o saber que se traduce en poder y prepotencia. Si la mayor extensión y democratización de la enseñanza facilitara a los jóvenes auténtica cultura (cultivo de las virtualidades del espíritu), y no mera *civilización* (entendida como manipulación de los frutos del saber), suscitará entre ellos, a no dudar, las cualidades que fundan unidad por encima de las diferencias de edad y formación académica.

### *Movimiento contestatario*

La campaña de protesta juvenil contra la sociedad viene impulsada por el afán de lograr unos valores nuevos, capaces de

---

<sup>10</sup> Sobre la necesidad de descubrir un modo específico de racionalidad en la experiencia artística y en la religiosa, y superar la cómoda tendencia a considerar la racionalidad científica como única y modélica, pueden verse amplias precisiones en LÓPEZ QUINTÁS, A.: *La experiencia estética y su poder formativo*. Verbo Divino, Estella, 1991, págs. 125-145. Debido a múltiples causas interconexas, hoy nos hallamos en situación óptima para mostrar la racionalidad específica de la experiencia religiosa. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Silencio de Dios y libertad del hombre*. Narcea, Madrid, 1981; *Cuatro filósofos en busca de Dios*. Rialp, Madrid 1990<sup>2</sup>, págs. 19-43.

conferir un sentido cabal a la existencia. A una mirada profunda no se oculta, sin embargo, que los valores que persiguen los jóvenes están lastrados a menudo por los graves malentendidos y errores que ellos mismos delatan y flagelan. Piden *libertad*, y entienden este concepto como opuesto a *cauce*, con lo cual lo acercan peligrosamente a *libertinaje*. Solicitan *autonomía*, y al contraponerla dilemáticamente a *heteronomía*, la privan del carácter dialógico que la torna fecunda. Autonomía se contamina entonces con *autarquía*, y acaba significando reclusión en el campo cerrado de un yo egolátricamente ocluido en sí mismo. Proclaman, como un lema, la decisión de ser auténticos, de actuar en virtud de convicciones propias, y al tiempo consideran todo lo distinto del sujeto como *distante*, *externo*, *extraño* y —en consecuencia— *alienante*. Con ello, toda instancia, norma o mensaje que no procedan de la propia “interioridad” —entendida en sentido restrictivo, individualista, desvinculado— son anatematizados como causa de alienación y vida inauténtica.

Al actuar de este modo, los jóvenes creen llevar a cabo una revolución frente al mundo de los mayores. En realidad, no hacen sino recaer en los errores metodológicos de buena parte de la filosofía occidental, y agravarlos. Para verificarlo, basta analizar un tanto de cerca la sorprendente afinidad que media entre los esquemas mentales que deciden la marcha del pensamiento de Kant en la vertiente ética y la actitud secularista de autores, como John A.T. Robinson, que han ejercido una influencia decisiva en las generaciones jóvenes más convencidas de hallarse en la cresta de la ola revolucionaria y vanguardista<sup>11</sup>.

Los movimientos de protesta juvenil suelen llevarse a cabo con el apoyo de términos estratégicamente seleccionados, vocablos “talisman” que albergan una incontenible fuerza de seducción sobre las mentes poco avisadas. Hoy día se esgrimen locuciones y términos como *democracia*, *autonomía*, *independencia*, *libertad de expresión*, *derechos humanos* y otros semejantes con cierto carácter agresivo como si se tratara de un

---

<sup>11</sup> En su conocida obra *Sinceros para con Dios*, Robinson no tiene reparo en declarar que el esquema modélico para afrontar los temas básicos de la Ética es el esquema “autonomía-heteronomía”, tal como fue utilizado por Kant en su *Crítica de la razón práctica*. Ver ROBINSON, .A.T.: *Sinceros para con Dios*. Ariel, Barcelona, 2ª ed., 1967, pág. 182.

hallazgo reciente, monopolizable por los movimientos más “progresistas”. Cuando un joven se hace cargo de que este poder estratégico del lenguaje tiene una larga historia llena de torsiones extremadamente violentas, sufre una saludable decepción y empieza a corregir la ingenuidad de pensar que la *contundencia* de la expresión significa sin más *autenticidad*. Los *slogans* de la revuelta juvenil contra los mayores poseen la fuerza explosiva que les confiere la estrategia del lenguaje elaborada a lo largo de años y siglos por los afanosos del poder. Los mayores —tras cultivar distintas formas de abuso estratégico del lenguaje— acaban cayendo en la trampa que ellos mismos han montado. Los jóvenes —al utilizar esa temible arma arrojadiza que es el lenguaje trucado— no se rebelan contra las generaciones maduras; prosiguen su juego destructor de la personalidad humana.

Para defender su ansia de independencia, suelen hablar los jóvenes de la necesidad de adquirir personalidad, de realizarse autónomamente. Pero su manera de entender el desarrollo personal es innegablemente afín a las corrientes culturales que están a la base de la sociedad cuya configuración intentan ellos mismos superar.

### *Voluntad de reforma*

La juventud proclama su voluntad de reformar la sociedad utilitarista, funcionalizante y deshumanizada de nuestros días y otorgarle un carácter rigurosamente personal. En esta línea sanamente reformista, los jóvenes suelen subrayar la importancia de las relaciones interpersonales, de la formación de grupos, del cultivo de formas nuevas de convivencia, opuestas a la rigidez de la existencia compartimentada de las generaciones adultas. Apenas analizan, sin embargo, los distintos modos de unidad que pueden darse entre personas y las exigencias que cada uno de tales modos plantea. Al cultivar casi en exclusiva géneros de unidad basados en tendencias biológicas, la proyección comunitaria de los jóvenes no florece en una mayor humanización de la vida social, sino en una intensificación del riesgo de “unidimensionalidad”.

La acción reformista de los jóvenes encierra peligros graves por basarse en un desajuste básico. Su proclividad al rechazo drástico de las formas de existencia a su juicio injustas, anacrón-

nicas, desfasadas o decrepitas no suele ir unida d una comprensión profunda de los fenómenos degenerativos que están a la base de la crisis actual. El *objetivismo* –con su tendencia a la manipulación de realidades que de ningún modo cabe reducir a la condición de objetos útiles–; el *vitalismo* –con su exaltación de lo biológico y su hostilidad abierta hacia lo espiritual y las formas superiores de creatividad–; el *racionalismo cientifista* –polarizado en torno a un concepto de racionalidad alicorto que cierra la vía a la comprensión del modo específico de racionalidad del arte y la religión–; el *reduccionismo* –método que propende a definir lo superior por lo inferior, lo complejo por lo simple, siguiendo la pauta de la conocida expresión empirista: “That is nothing but...”, “esto no es más que...”–; el *relativismo* –actitud mental que confunde lo racional con lo meramente relativo, el estar en relación con una realidad y el depender totalmente de ella; por lo cual, a su juicio, todo cuanto pende en alguna medida del hombre y de la sociedad queda sometido a su arbitrio–; el *subjetivismo* –orientación que interpreta la capacidad creadora del hombre como algo *absoluto*, no dialógico, no abierto a la realidad de modo activorreceptivo, y rechaza la actitud de apertura a los valores del entorno como una forma injustificada de alienación–; *estas y otras tendencias afines del pensamiento contemporáneo constituyen la raíz de las precariedades que muestra la configuración actual de la sociedad.* ¿Se ha observado alguna vez que la protesta juvenil se dirija a delatar las deformaciones que provocan en la vida social estas corrientes de pensamiento? Lamentablemente, los movimientos de protesta suelen orientarse por cauces superficiales, a veces banales y frívolos, como el atuendo, el cultivo de formas de arte enfrentadas a las tradicionales, el desorden escolar, la proclamación a ultranza del cambio por el cambio, la exaltación de cuanto a una mirada precipitada aparece como progresista. La frivolidad, llevada a grados muy elevados, puede adquirir una potencia destructora capaz de conmover los pilares de la vida social. Pero este desmoronamiento revolucionario está muy lejos de conducir al logro de un mundo mejor. Para operar una revolución fecunda, se requiere una paciente labor de rastreo de las fuentes del deterioro social, pues los giros eficaces se realizan en niveles muy hondos, de modo no espectacular.



## *Confusión de trascendencia y vértigo*

La superficialidad de las medidas tomadas de ordinario por los jóvenes procede del hecho de confundir el acceso a la *trascendencia verdadera* con la simple entrega a diferentes modos de *vértigo*. El vértigo es un vacío que atrae, fascina, succiona y sume en la nada. En principio exalta, por el placer que siente el ser humano al dejarse llevar por un ímpetu poderoso. A la postre, el hombre paga esa fugaz sensación placentera al precio de la propia identidad. El vértigo es el principal promotor de la alienación humana. Los jóvenes actuales se rebelan instintivamente contra toda instancia alienante. Hacerles comprender por sí mismos y a su debido tiempo que los modos más envilecedores de alienación proceden del cultivo de formas de actividad que ellos suelen considerar como altamente creadoras –confundiendo lo *intenso* en plan psicológico con lo *fecundo* en nivel personal– es una tarea pedagógica sumamente clarificadora.

El estudio de los diferentes géneros de vértigo es una clave eficaz para comprender el mundo de valores de la juventud, sus nobles impulsos y sus devastadoras decepciones. El estudio del vértigo de la prisa, de la ambición, el poderío, el placer, las impresiones sensibles, el relax extremo y otros semejantes constituye la base ineludible del análisis de la situación juvenil. El joven es un ser humano en período de crecimiento. El ser humano se desarrolla por vía de diálogo y encuentro. Confundir el encuentro dialógico –fenómeno complejo, exigente y plenificante– con la experiencia alienante del vértigo –fenómeno de intensidad conmovedora pero anulador de la capacidad de crear campos de libre juego con las realidades del entorno– es un error de consecuencias trágicas, por el radical desajuste que provoca entre el hombre y la realidad. De aquí arranca básicamente, y no de simples diferencias de opinión con los mayores, la tan decantada inadaptación del joven.

La adaptación que está en juego no es de hombre ya constituido a hombre ya constituido. Se trata, más bien, del ajuste dinámico entre cada ser humano en vías de configuración y las realidades del entorno que le ofrecen campos de posibilidades de acción con sentido. Si el joven no descubre o no reconoce en el entorno campo alguno de posibilidades, no puede adoptar una actitud de inmersión activo-receptiva y se siente frenado en su

impulso creador. Al abrirse al mundo, no logra entreverarse fecundamente con él; sencillamente, se une tangencialmente o choca. La reacción lógica del joven frente a tal situación consiste en replegarse a su interioridad individual, convertirla en fortaleza, y desde ella iniciar la contraofensiva. Es el proceso de “alteración” y “ensimismamiento” que –según Ortega– sigue todo hombre en su relación con la realidad por el hecho ineludible y primario de estar “arrojado” en el mundo.

La mejor antropología actual –en la línea del pensamiento dialógico y del existencial– parte, en cambio, de la convicción de que el ser humano está “instalado” en el mundo y encuentra en cada realidad de éste un campo potencial de posibilidades de acción dialógica. Posibilitar este encuentro es la gran tarea de quienes contribuyen a configurar el carácter del entorno humano y de quienes se sienten cada día instados a dar respuesta a sus apelaciones.

Sólo en esta dialéctica de apelaciones y respuestas logra el joven perfilar una *imagen coherente* de sí mismo. El entorno sociocultural que rodea a nuestros jóvenes ¿favorece este género de interacción creadora en el que logra el hombre su identidad personal? La respuesta a este grave interrogante no es fácil ni simple. Habrá que realizar numerosas distinciones. En todo caso, puede adelantarse que la tarea formativa consiste en despertar la capacidad creadora del joven *incluso en las circunstancias más adversas*.

Constituye una simplificación abusiva afirmar que la sociedad actual, por presentar un aspecto en alto grado tecnificado, agosta la creatividad, masifica, aliena, produce desajustes automáticos entre el hombre y lo real. Si Sófocles hizo proclamar al coro de su *Antígona* que hay muchas cosas admirables en el universo pero ninguna tan portentosa como el hombre, ello se debió sin duda a haber adivinado el poder que alberga el ser humano de ejercitar su creatividad en las situaciones menos propicias. En un reportaje ofrecido por radiotelevisión española sobre la larga marcha emigratoria de una tribu del Alto Volta podía verse a los negros sedientos, casi exhaustos, caminar pesadamente sobre una tierra resquebrajada por la sequía. Se temía en cada momento que iban a desplomarse al suelo. Tanto más impresionante era verles en tal situación límite recoger sus últimas fuerzas para susurrar un canto o hacer sonar breves notas

melancólicas en pequeñas flautas que se entretejían con sus dedos sarmentosos. En verdad, lo último que parecían dispuestos estos despojos humanos a perder era su capacidad de juego, su poder creador de ámbitos de expresividad y belleza.

Se está sacando hoy demasiado partido a las adversidades y amenazas del mundo actual para explicar ciertos fenómenos característicos del momento presente, como la filosofía y literatura del absurdo, el arte de vanguardia, la desorientación, protesta y delincuencia juvenil. Esta razón se asemeja demasiado a una excusa. Época amenazada, y en mayor grado que la nuestra, fue la Edad Media, con los tres jinetes del *Apocalipsis* desatados con harta frecuencia, y en ella se cultivó, sin embargo, el arte musical por excelencia sereno y transfigurador: el canto gregoriano. Mozart sintió en su existencia la garra diaria de la diferencia de clases y la penuria económica. Pero supo legarnos obras musicales de simpar belleza y equilibrio.

La interpretación determinista que vincula insalvablemente las influencias del entorno y las formas de creatividad humana, como si el hombre se redujera a un mero campo de juego de fuerzas impersonales, constituye una reducción inaceptable de las posibilidades humanas. El hombre tiene una capacidad sorprendente para convertir los *espacios* en *ámbitos*, campos de juego en que desplegar sus potencialidades. En este proceso creador logra la unidad de sus diferentes vertientes personales y confiere a su ser una interna coherencia.

En el capítulo octavo explicaré los temas de este último párrafo, con vistas a clarificar el nexo que media entre *vértigo*, *derelicción* y *absurdo*, *éxtasis*, *instalación en lo real* y *plenitud de sentido*.

### Características peculiares de la juventud universitaria

Expuestos algunos caracteres propios de la “juventud”, se impone ahora estrechar un poco más el cerco en torno al tema del estudiante universitario. Sobre la base de la información facilitada por diversas encuestas recientes, apuntaré algunos datos especialmente relevantes en orden a la elaboración de un programa educativo riguroso, atento a las cuestiones nucleares.

Debido a su consagración al estudio y a la falta de recursos económicos, el joven universitario se siente frenado en su posi-

ble ansia de iniciar las actividades propias de la vida adulta. La etapa de los estudios universitarios presenta un aspecto negativo si se la ve como una franja ambigua, intermedia entre la adolescencia y la primera adultez, y otro positivo si se la considera como una especie de prórroga de la adolescencia destinada a prepararse para el desarrollo de altas tareas personales y sociales. El universitario dispone de una ocasión espléndida para profundizar en el sentido de sus tendencias básicas y poner en forma su capacidad de diálogo en todos los órdenes.

Esta labor no puede realizarla a solas. Si el joven no encuentra un entorno propicio, sentirá una frustración radical, y orientará, en casos, su dinamismo personal por cauces de rebeldía e inadaptación.

A partir de la década de los 60, los jóvenes estudiantes se sienten dotados del poder que les confiere el agrupamiento. A menudo, se consideran incluso dueños de la situación porque confían en su capacidad de crear conflictos y son conscientes de la poca decisión de los adultos en orden a defender sus derechos y hacer respetar el reglamento de las instituciones docentes. Este poder de la juventud estudiantil alienta sentimientos de prepotencia en ciertos grupos y les inspira actitudes dominadoras y beligerantes.

Por otra parte, el joven universitario actual tiene amplio poder de disposición sobre múltiples objetos e instrumentos de todo orden que le conceden amplias posibilidades de desplazamiento y diversión. Esta capacidad de maniobra quiere el joven con frecuencia extenderla a cuestiones de la vida que no son manipulables: el proceso formativo, las relaciones interhumanas, la vida ética y religiosa, la inserción profesional en la sociedad. Tal pretensión injustificada y desmesurada produce serios desequilibrios en la conducta de los jóvenes cuando éstos logran de alguna manera imponer sus criterios, y les inspira en caso contrario actitudes claras de resentimiento contra toda realidad o instancia que parezca hacer frente a su voluntad de dominio. De ahí la aversión profunda de tantos jóvenes hacia las “instituciones”, las “estructuras”, las diversas formas de cultura establecida, el Estado, la religión. Frente al mundo cultural configurado por los mayores, intenta hacerse valer la “subcultura juvenil”, un modo agresivamente distinto de ver las cosas y acontecimientos,

un entramado nuevo de símbolos y mitos, una escala diferente de valores, incluso un lenguaje específico esotérico<sup>12</sup>.

Lo decisivo para comprender de modo profundo este giro realizado por los jóvenes es averiguar si en sus actitudes y modos de comportamiento se revela una voluntad reciamente creadora o un deseo de entregarse a una forma de relax que los fusione con el entorno. En la experiencia de la raíz, el protagonista de la obra de Sartre, *La náusea*, hace la experiencia extrema de relax, se fusiona con las realidades circundantes y pierde, en consecuencia, el mundo de las significaciones y de la creatividad. Meursault, protagonista de la obra de Camus, *El extranjero*, vive atendido a la vertiente sensorial del entorno en un plano infracreador, a-ético, ajeno al mundo del lenguaje humano. Los cuatro protagonistas de *Esperando a Godot*, de S. Becket, se hallan bordeando el grado cero de creatividad. El mundo de estos personajes literarios, representativos de una vertiente de nuestra época, se mueve en nivel objetivista, nivel de manipulación de meros objetos, seres asibles, mensurables, ponderables<sup>13</sup>.

Es revelador observar que las características más llamativas<sup>14</sup> de la juventud universitaria vienen determinadas en buena parte por dos factores:

- 1) La vaga presunción de que la plenitud se da únicamente a través de la *fusión* infracreadora con lo real, de forma que la

---

<sup>12</sup> En un reciente estudio de las constantes lingüísticas propias del argot utilizado por los estudiantes universitarios de Madrid se destacan más de cincuenta términos y locuciones peculiares. Ver SÁNCHEZ, E.: "El lenguaje del joven universitario", investigación perteneciente al trabajo inédito: *Psicología del universitario actual*; F. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (ed.): *Comunicación y lenguaje juvenil*. Edit. Fundamento, Madrid, 1989.

<sup>13</sup> Puede verse un amplio comentario de estas obras en mis libros: *Estética de la creatividad*, págs. 367-454; *Análisis estético de obras literarias*, págs. 267-313.

<sup>14</sup> Naturalmente, los rasgos más llamativos no siempre coinciden con los más representativos. Ciertos movimientos juveniles espectaculares son demasiado minoritarios para poder ser exhibidos como signo de lo que es y significa la juventud actual. Ello supondría hacer el juego a sus pretensiones de protagonismo exclusivista. Sin embargo, no puede negarse que en ciertos momentos la habilidad estratégica de tales grupos contestatarios les permite ejercer un influjo determinante sobre la mayoría de los estudiantes. La revolución de Mayo del 68 fue proyectada, dirigida y realizada por un número relativamente corto de estudiantes, pero el influjo que ha ejercido hasta el presente de modo solapado y artero se extiende a toda la población estudiantil. Piénsese, por ejemplo, en la primacía concedida al estudio de ciertos autores y corrientes.

entrega a modos de unidad fusionales, indiferenciados, empastantes, es considerada como *vía de salvación*.

- 2) La sensación de poder que produce el dominio de las realidades manipulables, meramente “objetivas”.

## La unidad fusional como recurso salvador

Con el primero de los dos factores señalados se hallan estrechamente conectadas las características siguientes:

*Vagabundeo, nomadismo, aventurerismo, amor a la vida en riesgo, a la existencia incierta, novedosa, espontánea, original y flexible, siempre abierta a un juego diferente, en un eterno volver a comenzar*

Por la tendencia a valorar el cambio vivido en tensión incesante, los jóvenes proclaman con frecuencia la necesidad de regir la conducta por la noción de *juego*, entendido como una actividad extremadamente móvil y repetible, sugestiva y brillante, inútil e intrascendente<sup>15</sup>, fuente de realizaciones sorprendidas y en el fondo azarosas, carentes de una justificación racional.

La supervaloración de la vida lúdica –entendida de modo superficial, banalmente casero– inspira a la juventud actitudes hostiles hacia los conceptos que sugieren una idea de orden, normatividad, seguridad, inmovilidad, firmeza, inquebrantabilidad<sup>16</sup>. Para encarnar plásticamente tal hostilidad, los estrategas

<sup>15</sup> En mi *Estética de la creatividad* muestro con amplitud el sentido altamente positivo que encierra el carácter “desinteresado” del juego frente a toda instancia ajena al mismo. Confundir el sentido específicamente estético del “desinterés” con el sentido casero de “inutilidad” e “intrascendencia” constituye una torsión violenta de la esencia del juego. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estética de la creatividad*, págs. 58-66.

<sup>16</sup> Es sintomático que autores tan sutiles como Jaspers y Merleau-Ponty hayan sentido temor de que la fe religiosa bloquee la búsqueda filosófica debido al sentimiento de confianza y seguridad que inspira. No han sabido, evidentemente, distinguir el “estar en la verdad” y el “poseer exhaustivamente la verdad”. el lúcido lema medieval “credo ut intelligam” responde a una concepción más aquilata de lo que es el “obsequium rationabile” de la fe. Como ha subrayado una y otra vez G. Marcel, el pensador creyente es un hombre itinerante, siempre en camino hacia la verdad en la que ya se halla instalado y que le impulsa a proseguir la búsqueda. Recuérdense los dramáticos interrogantes de San Agustín al comienzo de sus *Confesiones*. Ver GUARDINI, R.: *Anfang*. Kösel, Munich, 3ª ed., 1953.

del lenguaje han seleccionado un calificativo en principio neutral –“burgués”– y lo han dotado de un significado despectivo. Independientemente de su originario sentido histórico, hoy día se esgrime este vocablo como un insulto contra quienes otorgan valor al orden y sus derivados.

La interpretación reductora del juego, que la juventud actual asocia a la figura hoy revalorizada de Nietzsche –hombre que, como subrayó Jaspers, vivió en la soledad atormentada de la “excepción”– es sobrepasada por la hermenéutica existencial –Heidegger, Gadamer, Coreth...–, preocupada por lograr una existencia *altamente creadora y sólidamente vertebrada* a la par.

El nexa profundo de la movilidad creadora y la solidez existencial sólo puede lograrse si no se oculta estratégicamente que todo juego auténtico implica unas reglas y normas que enmarcan un campo de acción. Para el que quiere jugar –es decir, crear de modo solidario campos fecundos de actividad y no imponerse arbitrariamente a los demás– tales normatividades no son instancias coactivas que se imponen desde fuera. Son *cauces de libertad creadora* que el jugador asume internamente como una especie de voz interior<sup>17</sup>.

### *Marginación*

Aunque las realizaciones de todo orden –culturales, urbanísticas, políticas, religiosas...– están sostenidas por un dinamismo interno y han sido elaboradas a través de un sinfín de luchas e indecisiones, a la mirada rápida del joven que accede a la existencia posteriormente y las contempla como objetos del todo hechos se le presentan fácilmente como productos *estáticos*, rígidos, inflexibles, irritantes en su pretendida seguridad, “burgueses”. Inclinado por naturaleza a lo móvil y predispuesto contra lo inmutable, el joven se automargina respecto al mundo que le ofrecen sus mayores en lo que atañe a usos y costumbres, criterios éticos, creencias y prácticas religiosas. No se trata sólo ni principalmente de que los padres hayan intentado someter las voluntades de los hijos a los estrechos criterios valorativos de

---

<sup>17</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estética de la creatividad*, págs. 72-81.

una ética superada. Puede haberse dado el caso. Pero el problema está planteado en un plano más hondo<sup>18</sup>.

El joven marginado intenta elaborar una contracultura que haga posible la realización de auténticos valores. La intuición de que la cultura establecida se halla asentada sobre principios falsos y lleva necesariamente al caos otorga a la voluntad juvenil de protesta una fundamentación racional y la dota de entusiasmo; le confiere una “mística” —en el vago sentido popular del término, que alude a un empeño decidido por el logro de metas que se supone insuperables—.

Esta adivinación certera de los jóvenes no aboca, sin embargo, necesariamente a un conocimiento preciso de las precariedades de la cultura elaborada por los mayores y mucho menos del camino a seguir para superarla positivamente. Los jóvenes, desazonados ante el problema de configurar el futuro, se limitan de ordinario a adoptar posturas testimoniales de ruptura que los mayores malinterpretan a menudo como simples rarezas. Al sentirse incapaz de provocar un cambio radical de situación, el joven presiente que sólo podrá realizarse en alguna medida como ser humano si encarna el papel de *antagonista sistemático e implacable del mundo adulto*.

### *Primitivismo*

Esta oposición es llevada a cabo con los precarios medios de que dispone un joven. A una civilización carente de cultura le opone el cultivo lúcido y reflexivo de un modo de existencia *primitivo*, espontáneo, descuidado, acorde a los ritmos primarios de la existencia natural. A ello responde el desaliño en el arreglo

---

<sup>18</sup> Frente al abuso de simplificaciones abusivas —demasiado frecuentes a partir de Freud—, se está demostrando en la actualidad que no se da una relación directa entre las formas de educación liberal, que dejan absoluta franquía a la espontaneidad del educando, y la estabilidad psicológica de éste. Parece observarse que los jóvenes educados en climas de total apertura se destacan por su inestabilidad afectiva, su ansiedad e inseguridad. El rechazo del autoritarismo no implica automáticamente la defensa de un liberalismo extremo. Ver *Los dos polos del planteamiento de la educación*, en “Boletín de la Comisión Española de la Unesco”, vol. VIII, núm. 52, 1969. Ver, asimismo, la sugestiva obra de ROF CARBALLO, J.: *Violencia y ternura*. Prensa Española, Madrid, 3ª ed., 1977.



personal y el uso de vestidos rudimentarios y exóticos; el abandono a ritmos frenéticos que provocan una entrega dionisiaca a modos de unión fusional con la naturaleza; la práctica expeditiva del amor, sin ritos de ningún género, sin ordenación alguna que venga predeterminada por la cultura dominante; la utilización de un lenguaje directo, nivelador de diferencias sociales, tosco, incluso grosero, revelador de la vuelta agresiva a estadios de la vida poco evolucionados en el sentido personal, muy próximos a la fusión biológica con el ser materno<sup>19</sup>.

### *Utopismo*

La tensión nostálgica e imprecisa hacia formas de vida comunitaria más perfectas, menos injustas, toma cuerpo en orientaciones y actitudes utópicas, en el triple sentido de nobles, esperanzadoras e irreales, no realizables del todo en el espacio y tiempo concretos de la existencia humana. La ambigüedad del término “utopía” salva a la actitud utópica de la acusación de irrealismo, pues, aun siendo consciente del carácter *irrealizable* de la empresa, persiste en ella como medida eficaz para liberar a los hombres de la caída en modos de realismo “burgueses”. Romper los límites que otorgan una configuración precisa a las realidades estables se considera como una meta a perseguir; sin duda un hito superable, pero de momento lo único factible.

El término “utopía” —del que tan amplio uso y abuso se hace actualmente en diversas vertientes culturales— debe ser sometido a una rigurosa clarificación y utilizado con la precisión que exigen los graves temas a cuyo análisis se aplica. El hombre es, ciertamente, un ser tenso hacia situaciones futuras no susceptibles de fijación rígida. Pero esta proyección hacia lo “indelimitado” no significa una renuncia a la responsabilidad creadora del mo-

---

<sup>19</sup> La conexión entre la violencia humana y el desajuste que provoca en el ser del hombre la falta de una auténtica relación personal con el entorno —sobre todo con la madre— es destacada ampliamente desde el plano biológico y psiquiátrico por J. Rof Carballo en su obra ya citada *Violencia y ternura*. Ver, sobre el mismo tema, la posición de otro psiquiatra, Juan José López Ibor, que a la influencia traumatizante que produce la separación del hijo respecto a la madre, subraya la que pueden ejercer en las conductas juveniles “la salud física del niño, su capacidad integradora y otras cualidades del yo”. Ver LÓPEZ IBOR, J.J.: *Rebeldes*. Rialp, Madrid, 4ª ed., 1969, págs. 106-107.

mento presente y la disolución de la identidad personal, sino el intento de llevar ésta a madurez del único modo posible: a través del encuentro dialógico creador con las realidades del entorno.

### *Hedonismo*

Una de las vertientes humanas que ofrecen al joven más posibilidades inmediatas y drásticas de ruptura de límites es la sexual. La sexualidad es una potencia ordenada a integrarse en el proceso de desarrollo personal. El dinamismo interno del amor humano postula la vinculación estrecha de la sexualidad con la amistad, y la de ambas con la proyección comunitaria. La inserción del amor personal en la vida comunitaria implica ciertas regulaciones y da lugar a fenómenos originarios, como son las realidades que llamamos *familia* y *hogar*<sup>20</sup>. Un tanto de espaldas a estas exigencias intrínsecas del fenómeno integral del amor, muchos jóvenes tienden a desintegrar la sexualidad del entramado personal en que está llamada a jugar su papel específico. La sexualidad autonomizada se torna perturbadora, se convierte en fuente de inquietud espiritual. Este radical desasosiego inflama todavía más el fuego juvenil de la protesta. Cada característica de la psicología juvenil se halla en relación circular con las demás. Procede de ellas, y las somete, a su vez, a su influjo.

Por la necesidad de buscar cierta forma de justificación a las propias actitudes, se considera pomposamente la *autonomización* de la sexualidad como la forma perfecta de *liberación sexual*, superación –por una parte– de tabúes, de normas impuestas coactivamente de fuera adentro, y adopción –por otra– de actitudes espontáneas, sinceras, expresivas exclusivamente de un sentimiento interior. Al hablar con aire triunfalista de “liberación”, están lejos los jóvenes de adivinar que este vocablo debe su fuerza expresiva y su contundencia al hecho bien comprobado de haber sido convertido en “vocablo talismán” a lo largo de los dos últimos siglos por la cultura “burguesa” que ellos impugnan.

Durante largo tiempo se ha martilleado el espíritu de los jóvenes con *slogans* bien perfilados, conceptos estratégicos, o-

---

<sup>20</sup> Sobre estos temas, ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, págs. 68-138.

pacos, contundentes, hechos a la medida de ánimos belicosos, amigos de lo drástico, lo implacable y efectivo —al menos en apariencia—. El joven —que suele confundir el “tener personalidad” con la dureza de actitudes— se muestra muy sensible al carácter efectista de los recursos demagógicos. ¿Qué enigmática ingenuidad hizo esperar a las generaciones adultas que su virtuosismo en el manejo de las astucias demagógicas no iba a ser imitado, igualado e incluso superado por los jóvenes? El hecho de que éstos se rebelen, resentidos, contra la manipulación de que son objeto no indica en principio que renuncien a montar su estrategia defensiva y agresiva con un tipo de armas tan probablemente eficaces como éstas.

### *Superación dionisíaca de límites*

La disolución de límites la llevan a cabo, asimismo, los jóvenes a través de otros tipos de actividades muy a su alcance. La entrega al vértigo de la velocidad y del ruido mediante el uso de la “moto”; la inmersión en ambientes psicodélicos, sobrecargados de impresiones sensibles que saturan la sensibilidad, superan todo poder de autocontrol y producen la emoción de la salida de sí, en una especie de frenesí orgiástico, de vértigo sensorial; la participación en espectáculos musicales agitados hasta la violencia tanto en el ritmo como en la gesticulación corpórea; la sumisión pasiva a la cascada de impresiones visuales y auditivas que facilitan la televisión y el cine; la salida evasiva hacia el “viaje” sin fronteras de la droga y, en menor grado, del alcohol y el erotismo banal. He aquí algunas de las formas de borrar fronteras entre un ser personal y su entorno.

En la línea del afán superador de límites —pero con espíritu constructivo— se halla el sentimiento de simpatía que se ha detectado entre la juventud hacia diversas formas de misticismo oriental, y que se ha concretado en el auge de ciertos géneros literarios (piénsese en el éxito insospechado de *Siddharta*, de H. Hesse<sup>21</sup>, en la práctica creciente del yoga, y en los viajes a tumba abierta a la India. La actitud de relajamiento interior, de no

---

<sup>21</sup> Un amplio comentario a esta obra se halla en mi libro *Análisis literario y formación humanística*. Págs. 25-43.

competitividad, puede tener efectos benéficos para el perfeccionamiento del ser humano cuando significa anulación del afán de poder y cultivo de la serenidad contemplativa. Sin embargo, la entrega sosegada a ciertas formas de contemplación puede perseguir, en casos, el logro de formas de unidad de *fusión*, de nivelación amorfa, en las que se diluye la identidad personal. Tal disolución hace cuestionable en última instancia la fecundidad de una actitud que ostenta características muy positivas y nobles. El recogimiento, la serena paz, la flexible actitud receptiva del espíritu que exige la actividad contemplativa no deben tener como función la ruptura de límites sino la fundación –por vía integradora– de formas de unidad eminentes.

Los límites son, en un aspecto, *delimitaciones*, y, en otro –no menos importante–, constituyen el *punto de unión* de unos seres con otros, unión no fusional sino integradora. Dos seres que son distintos porque están configurados por sus delimitaciones respectivas pueden unirse a distancia, crear entre sí campos de libre juego y fundar ámbitos de envergadura superior. Al diluir los límites, se cree en principio lograr modos de unión muy intensos, definitivos, pero, en rigor, se hacen con ello inviables las formas de unión más fecundas, que son las de *integración*. El ataque a los límites, a las formas, a la distancia que engendra entre los seres su mutua distinción y cualificación afecta frontalmente a la creatividad humana. Llevarlo a cabo bajo pretexto de liberar al hombre es una de las falacias más peligrosas que ha puesto en juego la estrategia del lenguaje.

En la representación teatral que se hizo durante años en una sala londinense del celebrado musical *Jesus Christ Super-Star* el volumen del sonido era tan fuerte que causaba daño físico al oído. El espectador se sentía invadido desde el primer momento por oleadas sucesivas de sonido que lo forzaban a dejarse ir, a perderse en el océano anegante de impresiones sonoras y ritmos electrizantes. No se le concedía el menor espacio a la reflexión, a la consideración silenciosa –abarcadora, sinóptica– de las realidades hondas a que aludía el texto. Este desequilibrio entre la hondura de los acontecimientos que se toman como hilo conductor de la trama argumental y la imposibilidad real de entrar en una relación mínima de diálogo con ellos produce una conmo-

ción penosa en todo espíritu que sepa distinguir las *emociones fuertes* que perturban y los *sentimientos serenos* que construyen.

Es aleccionador recordar en este contexto que la conmoción social provocada por la revuelta estudiantil de Mayo del 68 comenzó en forma de simple protesta contra una medida disciplinaria que intentaba contener la marea de libertad sexual desatada en el campus de una universidad parisina. El movimiento de rebelión desbordó todo límite y se convirtió en una grave cuestión de Estado. Podría parecer desmesurado este proceso. Pero, en rigor, la desmesura no radica primordialmente en los desórdenes callejeros sino en la autonomización de ciertos fenómenos complejos —en este caso, la sexualidad—, ya que tal autonomización implica una *des-integración*, un desgajamiento, la delimitación abusiva de una parte integrante de un todo complejo —el amor humano— y un desbordamiento de los límites que vienen impuestos por el dinamismo interno de los fenómenos humanos. Considerar como *liberación sexual* la práctica sin trabas del erotismo constituye un sarcasmo, un atentado nada leve contra las leyes de la creatividad humana.

Examinadas a fondo estas leyes, no resulta ilógico que de la actividad de contestación libertaria, llevada a cabo por los llamados “rebeldes sin causa” con el propósito de golpear la cultura diluyendo límites, se haya pasado —a través de los *hippies* y otros movimientos de retorno al naturalismo más desenfrenado— al fenómeno del *pasotismo*. Aparentemente, se cambia una actitud comprometida por una actitud indolente de indiferencia integral. En realidad la táctica de demoler la cultura mediante la entrega a distintas formas de vértigo, que producen una “delicuescencia de límites”, no constituye —vista desde el plano humano— una *lucha* sino una *capitulación*. La agitación y el desorden violento pueden parecer formas de actividad poderosas, pero, cuando están inspiradas por la seducción de un cierto tipo de vértigo, constituyen un modo de inhibición no creadora, opuesta a toda positiva acción lúdica.

Por otra parte, y en virtud de la misma lógica, los movimientos pacifistas que no se dirigen tanto a la creación esforzada de modos de unidad cuanto a la disolución de fronteras son, en su raíz, *violentos* debido a su carácter *reduccionista*. La práctica de

la agresividad entre los hombres arranca de un modo de violencia anterior y más honda: la que se hace a la realidad cuando no se respetan sus estructuras, sus órdenes, normatividades y leyes. El dinamismo constructivo procede del orden que late en las estructuras de lo real. El dinamismo destructivo tiene su origen en la disolución violenta de tales estructuras. Proclamar al mismo tiempo el pacifismo y la indisciplina —o desintegración de los órdenes naturales— es un sinsentido que la realidad se cuida muy pronto de poner a descubierto. A impulsos de una lógica interna ineludible, el pacifismo que va unido con la entrega a formas de sexualidad meramente eróticas —no integradas en un movimiento personalizador, comprometido—, que cultiva modos de existencia infra-éticos, no creadores de ámbitos relevantes, y se niega a participar en forma alguna de trabajo —actividad creadora en uno u otro grado— lleva en sí el germen de la violencia aunque se presente orlado de flores y arrullado por canciones que hablan, con ritmos insinuantes, de “paz, amor y libertad”.

Entre este tipo de pacifismo que exalta las formas de relax extremo y la agitación violenta media el mismo nexo que entre el erotismo de la violación y la crueldad del asesinato. En multitud de obras cinematográficas y teatrales se suceden sin apenas solución de continuidad escenas de erotismo y de violencia, de unión arrebatada y de odio<sup>22</sup>. Sólo puede sorprenderse de ello quien malinterprete el erotismo como una forma de ternura. La ternura auténtica es una actitud de acogimiento de un *ser personal*; el erotismo es mera manipulación de un *objeto atractivo*. Toda acción manipuladora es violenta por ser reductora, por reducir la persona a objeto, lo cual constituye, en todo rigor, la finalidad última del sadismo. Si, en la línea de ciertos movimientos vitalistas, se considera como una meta el descenso a niveles infracreadores y a modos fusionales de unión con el entorno, es fácil llegar a experimentar sentimientos de fruición al realizar mecánicamente, en una especie de frenesí orgiástico, acciones sin sentido como la agresión gratuita, la agitación inmotivada, la velocidad arriesgada fuera de competición... El “absurdo” presenta a veces el atractivo del “vértigo”, que succiona

---

<sup>22</sup> Recuérdese el final de la obra teatral *A puerta cerrada*, de J.P. SARTRE y la película *La naranja mecánica*, de Stanley KUBRICK.

al hombre violentamente y le inspira, a su vez, actitudes de violencia. El gozo en destruir responde a un tipo de vértigo nihilista que se une, en su raíz, con la manipulación erótica y la indolencia desarraigada e infracreadora.

Esta interconexión de fenómenos explica la grave decepción que suelen experimentar a la postre quienes de buena voluntad, pero con escaso conocimiento de los trasfondos de la existencia humana, intentan combatir la guerra y el odio cultivando modos *fusionales* de unión. Las leyes de la creatividad no pueden infringirse impunemente. Conviene tener muy presente que el ser humano es libre y tiene capacidad de superar el atractivo elemental de las realidades *fascinantes* que lo ponen en situación límite de vértigo, pero, cuando siente nostalgia hacia la vida de espontaneidad infracreadora y cultiva los modos de unión fusional con el entorno, se torna extraordinariamente sensible al halago de la caída, del dejarse arrastrar, despojándose como de una camisa de fuerza de toda conciencia de responsabilidad y toda tensión de iniciativa. No se hace justicia a la capacidad humana de creación y dominio de las circunstancias si se entiende la conducta del hombre como sometida de modo fatal a las influencias del entorno. Tal sumisión absoluta se da, sin embargo, cuando el hombre inicia procesos de vértigo que lo lanzan por el plano inclinado de la defeción.

En la raíz de los movimientos juveniles de protesta laten —como fuerza propulsora— ciertas intuiciones valiosas, pero su fecundidad es agostada pronto por malentendidos muy graves. Se vincula la vuelta a la sinceridad y espontaneidad preculturales con el alejamiento de la ciudad, la permisividad total, el culto a la belleza, el amor y el placer. A primera vista, parece darse cierta coherencia entre estos aspectos de la vida. Pero un análisis riguroso nos muestra:

1. Que la única forma válida de espontaneidad y sinceridad está *mediacionada* en el hombre por los grandes valores, de modo que sólo es en verdad espontáneo y sincero el que entra en relación creadora con realidades e instancias relevantes que apelan a una vida de compromiso y esfuerzo.
2. Que los modos de belleza auténticos son fruto de una *ordenación* (la belleza se define de antiguo como *splendor ordinis*), y ésta

exige disciplina, amor a las estructuras, a la fecundidad de la entreveración de realidades que se potencian entre sí.

3. Que el amor y el placer no son sinónimos, y, si no debemos despreciar por prejuicios maniqueos el halago sensible, mucho menos podemos reducir la vinculación personal amorosa a uno de los resortes biológicos que moviliza.
4. Que la ciudad es de por sí y desde su origen lugar privilegiado de encuentro, fenómeno que plantea al hombre, para darse, múltiples exigencias<sup>23</sup>.

El camino hacia la autenticidad radica en apresurarse a cumplir estas condiciones, no en organizar la huida en masa hacia modos de unión imprecisos, inarticulados, desordenados. Este tipo de fugas constituyen más bien un modo de vértigo que de lúcida y libre *actividad creadora*. Uno de los grandes teóricos del fenómeno de la ciudad, Agustín de Hipona, advirtió tempranamente que la fundación de auténticas comunidades humanas debe asentarse en el *amor*, y de éste, a su vez, arranca un género integral de libertad. “Ama et quod vis fac”. “Ama, y lo que quieras hazlo”. Pero amor implica para Agustín la más exigente disciplina, la asunción esforzada de las estructuras instauradas por la persona a quien debe dirigirse en principio el amor: el Ser Supremo. Este género de amor que compromete a la persona entera con toda su capacidad creadora es piedra angular en el proceso del desarrollo humano. Reducido a mero erotismo, fenómeno parcial, gravemente unidimensional, el amor aísla, desgaja, y al escindir pone las bases para toda forma de violencia.

En virtud de razones muy hondas, los movimientos contestatarios violentos y las actitudes de rebeldía anticompetitiva, no intervencionista, se hallan en la misma línea demoledora que ciertas corrientes contraculturales. La “contracultura” –según afirma el modelador de este término, Th. Roszak– es una especie de cruzada medieval que lucha por operar un giro en la conciencia de las gentes. Para llevarlo a cabo, intenta alejar a los jóvenes del conocimiento científico y alterar su modo de pensar,

---

<sup>23</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: “Elogio de la ciudad”, en *Hacia un estilo integral de pensar*. BAC, Madrid, 1967, vol. II, págs. 297-307.



de valorar, de sentir, de expresarse, de relacionarse. Es muy expresivo que el movimiento contracultural se oriente hacia la confrontación de *generaciones* y no de *clases*. Dentro de una misma clase, se engendran así movimientos de agitación ideológica que albergan una fuerza subversiva colosal.

### *Pasotismo*

La actitud indolente del pasota actual –que está de vuelta de todo– puede fácilmente ser interpretada como opuesta a la actitud agresiva del joven libertario de los años 60, que intentaba alcanzar un mundo “utópico”, más justo y humano que el presente. Ambas orientaciones están, sin embargo –como acabamos de apuntar– vinculadas por la tendencia radical a diluir los límites y anular las formas. Las manifestaciones externas de esta actitud básica son algo secundario. Al observar con cierta perspectiva la sucesión de diversos movimientos juveniles de protesta y su ineficacia frente a la degeneración creciente de la sociedad –incapaz de solucionar problemas tan graves como la inflación y el paro, fenómeno que afecta a los estudiantes de modo especialmente intenso–, los jóvenes optan por enfrentarse a la civilización actual mediante la negación de su característica más espectacular: la voluntad creadora, entendida reductivamente como afán de dominio, de transformación de las realidades del universo, de configuración del mundo humano a través de las instituciones culturales de todo orden.

Los jóvenes anarquistas desean configurar la sociedad al margen de toda institución que parezca presentar un aspecto coactivo. Los jóvenes pasotas prescinden de toda preocupación configuradora y se entregan a una actitud de *total indiferencia* ante las cuestiones básicas de la vida. En el fondo, estamos en la línea infracreadora, a-ética, del “hombre absurdo”, que –según la descripción de A. Camus– hace las paces con el sinsentido de la existencia y rehúsa elevarse al plano de la tensión creadora en el cual surge el mundo de las significaciones, del lenguaje, de la fundación de ámbitos interpersonales –por ejemplo, el matrimonio–, y de la responsabilidad –por ejemplo, ante un homicidio–.

Se discute hoy si el pasotismo es un fenómeno nuevo o se reduce, más bien, a un movimiento de revisión, de replantea-

miento táctico. Estimo que, prescindiendo de las mil matizaciones que se imponen en cada caso, el pasotismo es un brote más del tronco común del vitalismo antiespiritualista que ve en la actitud de relax el recurso por excelencia para el logro de la autenticidad humana<sup>24</sup>. Se advierte una semejanza muy acusada entre los rasgos de Meursault, el hombre que se siente “extranjero” en el mundo de la sociedad de su tiempo<sup>25</sup> y las características del pasota: incompreensión de los criterios valorativos e incluso del lenguaje de la sociedad, despreocupación por el sentido de las acciones, resistencia a comprometerse en actividades que implican creatividad personal, rechazo de normas y doctrinas estables, cultivo de sensaciones placenteras, atención a lo sensorial, voluntad de ser objeto de contemplación, sobre todo a través de la mirada<sup>26</sup>. La fenomenología concedió suma importancia al hecho de *mirar* (Husserl) y *ser mirado* (Sartre). La filosofía existencial (Heidegger, Marcel, Jaspers) subrayó preferentemente la importancia que, en orden al conocimiento de los demás, encierra el compromiso personal. Los movimientos nihilistas retornan a la táctica de autonomizar la mirada, dejando en sombra el hecho de que los sentidos, para tener plena significación personal, deben integrarse en los procesos de creatividad humana.

## El poderío aparente de la manipulación

Del segundo factor determinante de las principales características de la juventud —la sensación de poder que produce el dominio de objetos y utensilios manipulables— penden en alto grado las condiciones siguientes:

---

<sup>24</sup> En el ítem 11 de la encuesta realizada por el psicólogo Enrique Sánchez entre más de dos mil estudiantes universitarios de diversos países aparecen manifestaciones claras de nihilismo. Ver *La psicología del universo actual*, trabajo multicopiado.

<sup>25</sup> Ver CAMUS, A.: *El extranjero*. Alianza Editorial, Madrid, 2ª ed., 1972 (edición original: *L'étranger*. Gallimard, París, 1942).

<sup>26</sup> El sociólogo Amando de Miguel califica a los pasotas de “narcisos”. Ver DE MIGUEL, A.: *Los narcisos*. Kairós, Barcelona, 1979.

## *Supervaloración de los modos de conocimiento exactos y comprobables*

Depreciación de toda forma de acceso intelectual a la realidad que no sea controlable con un método científico.

## *Sentimiento de independencia respecto a los mayores y su mundo*

La *libertad de maniobra* es confundida fácilmente con la *libertad personal*. Para llegar a comprender la libertad no como mera falta de trabas sino como apertura activo-receptiva a los valores, se necesita todo un proceso de comunicación personal con las realidades más valiosas del entorno. Cuando no se ha hecho la experiencia de los distintos modos de comunicación posibles entre el hombre y lo real, resulta tentador confundir la *ruptura de vínculos* con la *independencia*.

Por ley natural, el adolescente tiende a independizarse a fin de ir superando el modo de inmediatez casi biológica con los padres que caracteriza la edad infantil. Por implicar cierta ruptura, este trauma de crecimiento no se realiza sin cierta violencia. Ello no encierra gravedad alguna si el adolescente, y sobre todo, el joven se hacen cargo en su momento justo de que la verdadera independencia significa una *distancia de perspectiva* y no una *distancia de alejamiento* o *escisión*. Si consideran banalmente que el derecho de voto, la libertad de maniobra, el desparpajo en la defensa de los propios criterios y la creciente disponibilidad de recursos de todo orden equivalen a la definitiva *afirmación en sí mismos* y al *logro cabal de la mayoría de edad* —en sentido de madurez personal—, correrán el riesgo de no comprender que esa forma de distanciamiento tiene por fin hacer posible el salto a un modo de unidad superior a la biológica: la unión de amistad, fenómeno que implica una interacción libre de ámbitos. Si se toma el distanciamiento como una meta y se lo autonomiza, el *trauma de crecimiento* se trueca en *ruptura*, se anula el campo de libre juego entre hijos y padres, y se bloquea la marcha hacia la madurez humana, que viene medida por la capacidad de crear formas relevantes de unión.

Para suplir de algún modo esta pérdida, tienden los jóvenes a agruparse con otros de mentalidad semejante, a fin de fundar una unión de camaradería, impulsada por propósitos, actitudes y lenguaje comunes<sup>27</sup>. Estas “pandas” de amigos adquieren el carácter agresivo de “bandas” cuando la ruptura con la sociedad se radicaliza y traduce en oposición violenta, manifestada a través de actos delictivos.

### *Afirmación de sí exclusivista y desarraigada*

El proceso normal de despego psicológico respecto a los progenitores que tiene lugar en la adolescencia se traduce en un sentimiento de afirmación de sí y en conciencia de seguridad. Cuando el *despego* desemboca en ruptura, la conciencia de seguridad degenera en *crispación sobre sí mismo*, y el sentimiento de afirmación de sí inspira una actitud violenta de *imposición sobre los demás*.

Tras este proceso, el joven —impulsivo e idealista por naturaleza— suele mostrarse contundente en sus juicios, duro hasta la crueldad en su valoración de los demás, sobre todo de los mayores, tajante en las medidas de reforma a que deben ser sometidas las instituciones sociales, emotivo en sus reacciones, imaginativo en la configuración de mundos ideales. Su tan decantada solidaridad con los problemas de los demás y su preocupación por implantar la justicia se dan con frecuencia en el reino del ensueño y desempeñan el papel de mero recurso dialéctico en la confrontación con las generaciones adultas.

Al enfrentarse en la lucha diaria con el mundo entorno —campo implacable de realización de sí mismos y de sus personales empeños—, los jóvenes sienten todo el peso y la firmeza de lo real. Esta experiencia doblega hasta cierto punto su excesiva confianza en el propio valer y provoca en su interior una dolorosa ambivalencia e indecisión. Ello explica que los jóvenes

---

<sup>27</sup> Sobre el deterioro de las relaciones de comprensión y afecto entre hijos y padres, y el incremento del grado de consenso de los jóvenes con sus amigos —en quienes creen encontrar la sinceridad y espontaneidad que echan de menos en la familia— ofrecen datos muy expresivos la segunda y la tercera *Encuesta Nacional a la juventud* realizadas por el Instituto de la Juventud (Madrid).

nos sorprendan a menudo con ramalazos de brusco independentismo, para recurrir seguidamente a nosotros con cierto talante infantil. Esta mezcla, a primera vista paradójica, de autarquía y desvalimiento forma parte de un ser que se halla en período de desarrollo y que, al no tener sentido del pasado y del futuro, intenta dar como ya configurada en el presente una personalidad que es todavía una promesa. En el joven andan a la par la falta de *experiencia* y de *paciencia*, es decir, la incapacidad para asumir el pasado y proyectar el futuro. Esta tarea de proyección y asunción implica una dosis elevada de poder creador. Cuando el joven se siente desposeído de creatividad o renuncia a ejercerla, adopta actitudes de hedonismo, de entrega relajada (no tensionada por una voluntad creadora) a un *presente sin relieve*, sin la carga de posibilidades que ofrece el pasado y la trama de proyectos que sugiere el futuro.

La tendencia del joven a fortalecer sus defensas interiores frente a toda injerencia del entorno, que suele interpretar expeditivamente como agresión, se acrecienta cuando debe habérselas con un medio sociocultural poco cualificado espiritualmente, incoherente en sus planteamientos, poco o nada permeable a la comunicación, escasamente comprensivo o incluso hostil. A menudo la retracción de los jóvenes es una medida impuesta por el complejo de inferioridad que les provoca la intransigencia, el despego o la altanería de las personas que forman su ámbito natural de despliegue.

En esquema, podríamos describir el dramático proceso formativo del modo siguiente.

Durante la adolescencia, el ser humano orienta todas sus energías al logro de la identidad personal. Conseguida ésta en medida satisfactoria, el joven siente impulsos de compartirla con otra persona y fundar un ámbito de *intimidad*. Si este movimiento de autoabandono y entrega es entendido y realizado en nivel infracreador, meramente fusional, instintivo, la forma de unidad que se logra es en extremo precaria. Al serlo, no alumbrará luz suficiente para que el joven comprenda que las formas más valiosas de unidad se dan a cierta distancia. Esta falta de comprensión afirma al joven todavía más en su tendencia a considerar de modo simplista la *independencia* como *escisión*.

Para evitar este nefasto círculo vicioso, lo decisivo es mostrar al joven la posibilidad de realizar actos de entrega que no empujan a quienes se unen, antes los vinculan en la unidad eminente de un *campo de juego* común y los llevan a lo mejor de sí mismos. En este ámbito de creatividad se logra una lúcida conciencia de *seguridad* que, lejos de degenerar en *crispación*, se traduce en capacidad de fundar intimidad sin entrar en situaciones de vértigo que ponen en riesgo la identidad personal.

Este modo de unidad eminente que enriquece y potencia a quienes se unen se da en todas las formas de apertura del hombre al entorno: la amorosa, la ética, la profesional, la deportiva, la estética, la religiosa... Nada más fértil para la formación de los jóvenes que descubrirles tempranamente la riqueza que albergan las distintas formas de entreverarse el ser humano de modo receptivo-activo con las realidades del entorno, vistas en toda su complejidad de “ámbitos” o campos de posibilidades<sup>28</sup>. El sentido y la articulación interna de las diversas formas de unión integradora es puesta al descubierto por la *lógica de la creatividad*, cuyas tareas básicas analizaremos más adelante en pormenor.

## Ídolos y mitos de la juventud

La revisión de valores que lleva a cabo la juventud y el establecimiento de nuevos mitos se realizan en buena parte a impulsos de los dos factores determinantes de las características de los jóvenes; factores que actúan como módulos no siempre conscientes de valoración, al lado de un vago anhelo de un orden social más justo y de la fascinación ejercida por diversos movimientos norteamericanos (el llamado fenómeno de “californización”).

---

<sup>28</sup> Es muy significativa a este respecto la descripción en dos niveles que hace Heidegger del cántaro en su artículo *La cosa*: 1. el cántaro como *objeto* delimitado por las cuatro causas aristotélicas; 2. como nudo de relaciones, lugar viviente de entreveramiento de “los cuatro” –cielo, tierra, dioses y mortales–. Ver HEIDEGGER, M.: *Vorträge und Aufsätze*. Neske, Pfullingen, 2ª ed., 1959, págs. 163-187. Esta forma *relacional* de pensar es expuesta en mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*. Págs. 50-73.

El joven valora en forma positiva todo aquello que ofrece una gratificación verificable personalmente de modo inmediato. Como queda ya apuntado, el joven bascula de lo concreto-palpable a lo utópico-ideal, en virtud de su falta de pasado y de futuro. El joven proyecta sus ensueños e ideales más bien en el *porvenir* que en el *futuro*, si por éste se entiende la parte del porvenir que está siendo proyectada desde el presente mediante la asunción realista de los campos de posibilidades que ofrece el pasado. De ahí la ambigua situación del joven entre su tendencia a lo particular concreto, lo que le puede procurar emociones inmediatas y tangibles, y su propensión a evadirse ensoñadoramente hacia un más allá lejano que supere las deficiencias del momento actual. Por no encontrar en el presente satisfacción plena a sus apetencias personales y a su ideal de libertad, justicia y amor, el joven se rebela abruptamente contra los valores que encarna la cultura de su tiempo, pero, al vivir proyectado hacia el mero porvenir, todavía no estructurado en modo alguno, presiente que sus proyectos de reforma son del todo ineficientes. Esta doble experiencia negativa es raíz de múltiples decepciones para el joven que desea jugar un papel activo en la existencia.

El vacío abierto por tales experiencias de fracaso procura colmarlo el joven con valores sucedáneos. La "personalidad" que le otorga el vestir descuidado, exótico o abiertamente agresivo, así como las formas extrañas, rasgadas, de lenguaje coloquial que utiliza, el aire altivo o achulado que adopta a veces ante los mayores, las libertades que se toma en lo referente al orden familiar, a la forma de relacionarse con los adultos, etc., no son tanto valores que el joven cultive para vertebrar la existencia y darle sentido cuanto modos expeditivos de afirmar su yo ante las personas ya establecidas en la vida. La dureza, rayana en crueldad, con que a menudo imponen los jóvenes sus gustos en cuestiones de por sí intrascendentes viene sin duda provocada por el *resentimiento* que les produce el verse dependientes de quienes disfrutan de una posición estable. Tampoco aquí tienen los jóvenes sentido del pasado; simplemente prescinden del largo proceso que debió preceder al logro de tal estabilidad. Carecen, asimismo, de paciencia para proyectar el futuro. Quieren quemar etapas y vivir en situación de presente. No aceptan géne-

ro alguno de escalafón ni jerarquía por razón de experiencia y edad.

La insatisfacción interna que produce esta actitud explica que buen número de jóvenes universitarios sientan predilección por todo cuanto de alguna forma se vincula positivamente con el cambio social, la revolución, la inversión de la escala de valores, la introducción de formas distintas de vida, la apertura de campos nuevos de experiencia. De aquí arranca la importancia de los “ídolos” y “mitos” en la vida del joven.

En la ya citada encuesta, realizada recientemente en medios universitarios de diferentes naciones, se han puesto de manifiesto datos sobremanera elocuentes a este respecto.

Che Guevara es considerado por diversos grupos de estudiantes españoles, franceses y portorriqueños como un personaje “mítico” y “modélico”. Los estudiantes de Japón y Zambia, en cambio, muestran desinterés por su figura.

La significación de Camilo Torres es subrayada por numerosos estudiantes, sobre todo hispanoamericanos.

Como raíz de la cultura juvenil y precursor de su peculiar mundo de valores aparece profusamente citado Herbert Marcuse, en su papel de “filósofo de la rebelión”. No es destacada su figura en todas las universidades, pero su influencia sobre la juventud universal queda patente en un amplio arco que va desde España, Puerto Rico, China y Japón hasta Zambia. Vinculando diversos temas de Marx —singularmente el de la alienación del hombre— y de Freud (sobre todo el de la represión sexual), Marcuse defiende la tesis de que el hombre actual padece, sin tener de ello conciencia lúcida, una letal dominación por parte de la sociedad capitalista, que lo aliena y le impide todo gesto liberador. Debido al cultivo exclusivista, unidimensional, de la razón científico-técnica, la sociedad contemporánea rechaza como ajena a su estructura racional y, por consiguiente, como subversiva toda manifestación de vida que no muestre un pragmático carácter funcional. Recluida ella misma en su racionalismo angosto, constituye para el hombre un campo de asfixia, no de libertad. Marcuse se erigió en portavoz de quienes no tienen posibilidades de comunicar la sensación de angustia que les produce ver convertida la sociedad en el contrapolo de lo que estaba



llamada a ser. Esta condición de “desenmascarador” de la sociedad opresora confirió a Marcuse el sentido de “figura profética” ante los ojos de los jóvenes.

Se advierte una neta preferencia por parte de los jóvenes:

1. Hacia las figuras que denuncian situaciones de injusticia y se comprometen en algún tipo de lucha a favor de un cambio radical.

2. Hacia los “filósofos de la sospecha” (en frase de Paul Ricoeur) que taladran el velo de la ignorancia e hipocresía que recubre con frecuencia a instituciones, sociedades y sistemas de pensamiento, y delatan sus ocultas falsedades, su vacía grandilocuencia, su voluntad egolátrica de opresión. Esta labor de desenmascaramiento seduce a la juventud porque le da una impresión de poderío, de dominio sobre los falsarios, de estar en el secreto de los procesos culturales, de poseer sutileza hermenéutica suficiente para leer entre líneas los grandes movimientos sociopolíticos, ideológicos, incluso religiosos. Con un golpe de mano, y sin perder la compostura, el desenmascarador desmonta entramados secularmente reconocidos como pilares de la vida cultural, ética y religiosa. Este derrumbamiento de ídolos produce, a la vez, la sugestión de los malabarismos circenses y la emoción sobrecogedora de las grandes tragedias. (Los protagonistas de *Esperando a Godot*, una de las mayores tragedias de la literatura del siglo XX, unen en su figura los caracteres del vagabundo y del payaso). La lectura de estos autores, que no intentan sólo *criticar* sino *desmontar*, dejar al descubierto el verdadero núcleo de los fenómenos sociales, culturales y religiosos siguiendo el método reduccionista del empirismo<sup>29</sup>, produce a los jóvenes una cascada de emociones al ir viviendo apasionadamente y de cerca una especie de crepúsculo de los dioses y derrumbamiento de fetiches. Realidades tan imponentes en principio como la sociedad actual, con sus inmensas posibilidades de diverso orden, la religión y su halo de hondura, trascendencia y misterio, el arte, con su carga de sugestividad, de expresión de los enigmas del hombre, y otras entidades semejan-

---

<sup>29</sup> Este método tiende a mostrar que un fenómeno o realidad, en apariencia valiosos —una obra de arte, una actitud ética o religiosa...— no son sino la fachada espectacular que oculta una circunstancia inconfesable —una represión moral, la voluntad de poder, etc.

tes son objeto de análisis aparentemente serenos, objetivos, “científicos”, pero en el fondo apasionadamente demoleedores.

El atractivo de este refinado método explica la peculiar fascinación que siguen ejerciendo sobre la juventud actual autores como Marx, Nietzsche, Freud, Unamuno y algunos estructuralistas y neopositivistas lógicos.

Suelen afirmar los psicólogos que los *ídolos* y *mitos* son indispensables en la sinuosa marcha del joven hacia la adultez pues forman parte de su proceso de “individualización”. Desde la figura admirable, modélica, de los padres, hasta la imagen idolatrada de los mitos deportivos, artísticos, políticos y de otros órdenes que llenan la imaginación del adolescente y del joven, el ser humano en formación calma su ansia de grandes realizaciones proyectándose dinámicamente en seres privilegiados. La “juventud” es el momento justo de ensamblar en la propia personalidad, “internalizándolos”, los aspectos más nobles y valiosos de las míticas e idolatradas figuras de la infancia y la adolescencia.

He aquí una encrucijada decisiva en la que fácilmente se desorienta el joven que no dispone de bagaje formativo suficiente para distinguir netamente los líderes y los demagogos, los auténticos guías y los falaces depredadores. En muchos casos, la admiración de los jóvenes hacia las grandes figuras del pensamiento y la acción política se mueve en un plano de evasión pseudorromántica y apenas se traduce en el cultivo del espíritu de sacrificio que exige toda labor reformista seria y eficaz.

## Valores vigentes entre la juventud universitaria

De la encuesta antedicha y de su confrontación y complementación con otras fuentes documentales, se desprenden ciertas constantes sociológicas y psicológicas referentes a la juventud universitaria. Las reproduzco aquí porque refrendan las tesis expuestas en este trabajo.

1. La actitud inconformista y revolucionaria se da en proporción directa al desarraigo familiar y es más frecuente en los estudiantes de Humanidades que en los de Ciencias. Disminuye entre los

postgraduados y tiende a desaparecer al adentrarse estos en el ámbito del trabajo profesional y del matrimonio. Como regla general, el título universitario es considerado por los estudiantes como el documento de acceso a la tríada capitalista del dinero, el consumo y el *status* social.

El trato con grupos marginados o, al menos, proletarizados produce en los estudiantes –sea cual fuere su posición social– un fuerte y duradero impacto que, en casos, los impulsa progresivamente a la radicalización.

2. Se observa un afán incontenido, casi agresivo, por independizarse y alcanzar las cotas profesionales de los adultos con lo que ello implica de posición social y posibilidades de todo orden.
3. Se rechaza la cultura recibida y el sistema social establecido por juzgarlo abotargante, violento, injusto, deshumanizante y doloroso, pero no se presentan alternativas viables.
4. La actitud antibelicista, abiertamente pacifista, es unánime.
5. Suelen los estudiantes considerar inevitable el ser incomprendidos por las generaciones adultas (padres y educadores), que utilizan –a su juicio– un lenguaje vacío y carecen de capacidad de mantenerse a la escucha.
6. La soledad, el dolor y el amor son temas considerados como de particular relevancia.
7. Las cuestiones sexuales son abordadas de modo directo y desenfadado, con clara tendencia al desarraigo ético. Sondeos de opinión realizados en 1979 arrojan los siguientes porcentajes. De cada diez jóvenes, nueve se pronuncian en favor del divorcio y se muestran muy tolerantes con las relaciones sexuales prematrimoniales, que –a su entender– deben estar sometidas exclusivamente a condicionamientos privados, como la atracción y el amor. Un 31% admiten el matrimonio civil y un 26% la cohabitación.
8. El recurso a la droga es considerado como una forma de evasión, de contestación, de búsqueda de una salida feliz ante las presiones de la existencia cotidiana. Se reconoce que el consumo de drogas no soluciona ningún problema, ni social ni personal, y priva al hombre de lucidez.

9. Se considera que la cultura europea ha frenado durante siglos el progreso de otros pueblos con la excusa de realizar una “misión espiritual”.
10. Se valora muy alto la experiencia personal en el proceso de formación y desarrollo humanos.
11. Por lo que toca al comportamiento en sociedad tienen prevalencia las actitudes de radicalismo, anarquismo, libertinaje y utopismo.

Esta escueta enumeración de datos referentes a la juventud universitaria actual da testimonio elocuente de una brusca inflexión en el estilo de pensar y de vivir. ¿A qué poderosas razones obedece este fenómeno sorprendente?

# 3

## LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA Y SU NUEVO ROSTRO

Para determinar con cierta precisión cómo debe orientarse la tarea educativa de los jóvenes, conviene seguir de cerca previamente el proceso que dio lugar al cambio de actitudes y a la inversión de valores en la juventud.

Este proceso presenta diversas vertientes –filosófica, sociológica, religiosa, artística, política...– y puede ser analizado en distintos planos de profundidad. Numerosos comentaristas –sobre todo los que se mueven en el campo profesional de la psicología, la sociología y la política– suelen limitarse a consignar los datos cuantificables del cambio. A base de encuestas y estadísticas, intentan respuntar las coordenadas que orientan la nueva situación, sin cuidarse apenas en muchos casos de poner al descubierto las raíces profundas de la conmoción espiritual detectada. Parecen, incluso, de ordinario dar por supuesto que el *cambio* implica *progreso*, en sentido positivo, y que la clave del éxito radica en adaptarse incondicionalmente en cada momento a los signos de los tiempos.

Por diversas razones concurrentes –valoración del fluir histórico, tendencia hegeliana a considerar los estadios posteriores como más logrados que los precedentes, identificación precipitada de lo *establecido* con lo *esclerosado*–, se tiende en los últimos tiempos a exaltar el cambio por el cambio, sin detenerse a precisar el signo –positivo o negativo– del mismo. Una de las características más peligrosas del hombre actual es su inclinación a la estrategia de autonomizar fenómenos y vertientes de la realidad que sólo en un conjunto estructurado cobran pleno sentido.

Esta superficial exaltación del fenómeno del cambio, visto de modo desarraigado, parece responder al olvido de que en el ser humano se dan ciertas constantes que garantizan su desarrollo y su ascenso a niveles de mayor madurez. Una de tales constantes, sin duda la fundamental, es la tensión hacia el *juego creador*, entendido en sentido riguroso. Desde la fundación del protoámbito entre el niño recién nacido y la madre hasta las más altas producciones científicas, artísticas y sociales, el hombre tiene la prodigiosa capacidad de orientar su connatural poder creador hacia las realizaciones que considera más relevantes según módulos de valoración que no están sometidos sino en parte a la erosión del tiempo y a la dialéctica social de modas y gustos arbitrarios o convencionales. Es innegable, sin embargo, que los cambios y alteraciones sociales pueden incidir en la capacidad valorativa y creadora del hombre, en el modo de relacionarse con los valores y de plasmarlos en la existencia cotidiana.

Para precisar en cada momento el alcance de tal incidencia y salir al paso a posibles consecuencias negativas de la misma, se necesita determinar las características del cambio, las vertientes de la vida humana afectadas por el mismo y las causas que lo han provocado.

El desarrollo de estos puntos requiere la adopción de un ángulo de mira profundo y complejo que aúne las perspectivas peculiares de la psicología, la sociología, la antropología cultural y la filosofía.

## Características del cambio experimentado por la sociedad contemporánea

### *Vertiginosidad*

Hoy día, la Humanidad vive a un ritmo trepidante y está sometida a diversos efectos de reverberación. El hombre produce inventos con el fin de mejorar las condiciones de vida. La alteración que esta mejora implica reobra a su vez sobre el hombre y altera sus hábitos y actitudes. El mundo cultural está provocando en la actualidad verdaderos torbellinos de acciones y reacciones en los cuales el hombre se comporta como juez y parte, verdugo y reo. Esta agitada dialéctica de interacciones da lugar a innumerables cambios que se suceden en forma de oleaje inquieto. “El cambio ocurrido en sólo diez años, 1960-1970 –escribe el sociólogo Amando de Miguel–, equivale en magnitud relativa al que en conjunto experimentó el país en los sesenta años anteriores”<sup>1</sup>.

### *Universalidad e interdependencia*

Debido a ese movimiento turbulento de la sociedad actual, el cambio afecta *en todo instante a todos los sectores de la humanidad* que comprometen su existencia en proyectos comunes. Dentro de la sociedad occidental –integrada en un proyecto existencial bastante afín y coherente– el cambio se ha observado en los jóvenes de uno y otro sexo, de cultura ciudadana y de ambiente rural, de posición acomodada y de niveles sociales proletarizados.

### *Posible asincronía*

Por razones de aislamiento o de fidelidad a un proyecto existencial peculiar, puede mitigarse la interdependencia de las alteraciones sociales y darse el caso de que un país progrese notablemente en cultura, economía e industria, y permanezca

---

<sup>1</sup> Ver DE MIGUEL, A.: *Manual de estructura social de España*. Tecnos, Madrid, 1974, pág. 305.

inalterable en la configuración política. La experiencia confirma a diario, sin embargo, que esta alteración de ritmo –o asincronía– en el cambio no persiste durante largo tiempo. De hecho, se observa en la actualidad que el ascenso de nivel cultural y económico suscita casi automáticamente en el pueblo mayores aperturas de protagonismo social y, consiguientemente, de libertad de expresión y movimiento en todos los órdenes. Esta mayor libertad, a su vez, parece orientar la vida religiosa de la sociedad hacia formas secularizadas.

## Vertientes a las que afectó el cambio

Los cambios últimamente operados no han hecho sino agudizar las características de la llamada “Edad Moderna”, que se inició con la configuración del método científico (siglo XVI) y alcanzó su apogeo merced a la Revolución industrial (siglo XIX).

El método científico inspiró la tendencia a conceder primacía al estudio de las vertientes de la realidad susceptibles de un conocimiento exacto. Esta unilateralidad, afirmada metódicamente por una voluntad de poder, dio lugar a las características fundamentales de la Edad Moderna:

1. Empobrecimiento de la vida creadora.
2. Atención a vertientes de la realidad que, por ser poco cualificadas, son susceptibles de un conocimiento exacto.
3. Desvinculación de las realidades profundas, altamente relevantes, que no se dejan dominar por un modo de conocimiento comprometido, parcelado, dominador.
4. Pérdida de la *imagen* –vista como un rostro expresivo de realidades valiosas, apelantes– y de los *símbolos* –lugares vivientes de encuentro de realidades que se entreveran, se plenifican y clarifican su sentido cabal.
5. Masificación y alienación del hombre, debido a la entrega de éste a la superficialidad de los seres del entorno que no le permiten fundar un *campo de juego* y le privan de la *dimensión dialógica*, indispensable para el desarrollo humano.



6. Cuantificación de lo cualitativo, lo incanjeable, irrepitable, intransferible, en virtud del lema “la extensión lo es todo” (Cecil Rhodes).
7. Necesidad de adoptar un ritmo vital obsesionado e intenso a fin de obtener una vaga impresión de plenitud mediante la sucesión ininterrumpida de imágenes sin relieve.
8. Tendencia a hacer de necesidad virtud y convertir el cambio en *morada fluyente*, lo que equivale a huir de lo profundo hacia la vaciedad de lo superficial.
9. Pérdida del *ethos de verdad*, de la actitud de sobrecogimiento ante la hondura de los seres reales, y cultivo del *pathos dominador* del conocimiento analítico.
10. Propensión a buscar la plenitud personal en experiencias de inmediatez instintiva que fusionan al hombre con lo real y parecen devolverle la unidad perdida a causa del distanciamiento provocado por el conocimiento analítico.
11. Carencia del sentido de reverencia, de apertura contemplativa y acogedora respecto a las realidades valiosas que apelan al hombre a una tarea de creación.
12. Reducción de las densas realidades comunitarias a meras relaciones contractuales, regidas más bien por el interés que por la decisión de fundar modos eminentes de unidad.
13. Dispersión y desintegración psíquicas, motivadas por la entrega a vertientes superficiales de lo real que no fundan auténtica unidad.
14. Desinteriorización, descenso de nivel en las ocupaciones fundamentales de la vida, incapacidad para actuar de modo creadoramente responsable frente a la presión externa de los diferentes modos de estrategia manipuladora<sup>2</sup>.

Estas características del hombre de la “Edad Moderna” se agudizaron a impulsos del “mito del eterno progreso”, sostenido y magnificado por los éxitos espectaculares del saber técnico

---

<sup>2</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Diagnos del hombre actual*, págs. 30-55. Ofrece una exposición más amplia de estos temas.

que hizo posible el vertiginoso movimiento industrial. Esta creencia entusiasta en el poder de la ciencia fue violentamente quebrantada por la experiencia trágica de las dos guerras mundiales. Incapaz de convertir este colapso moral en un trauma de crecimiento hacia una concepción equilibrada de la existencia, el hombre occidental sufrió en la postguerra un proceso de “americanización”. Concluida la lucha contra el invasor “nazi”, las sociedades occidentales se vieron enfrentadas a un género de invasión menos violenta pero más artera, por cuanto operaba en connivencia con la tendencia del hombre a la laxitud y al *confort*.

Afectado espiritualmente por la medida sobrehumana de sufrimientos que debió afrontar a causa de la contienda bélica, el hombre contemporáneo se consagró febrilmente al logro de bienestar y a todas las formas de cultura que se traducen inmediatamente en poder. Pareció sentir prisa en dominar todos los recursos de la existencia para sentirse a resguardo. La tendencia básica a la seguridad y el temor al riesgo impulsan al hombre a refugiarse en actitudes de soberanía y dominio, y avivan su deseo de configurar la existencia desde posiciones de poder sin arriesgarse a colaborar con realidades o instancias que trasciendan el área de la propia iniciativa. Tal empeño lleva al hombre a reducir su entorno existencial a una trama de objetos manipulables, sometibles a cálculo y control.

Este planteamiento unilateral de la existencia humana en el plano objetivista decide las notas más significativas de la situación a que abocó el cambio operado en los últimos años.

### *Primacía del pensamiento desarraigado, liberal*

Pensamiento “liberal” significa, en este contexto, el no comprometido incondicionalmente con doctrinas y actitudes firmes, enraizadas en regiones de la realidad que se sustraen al dominio del hombre.

### *Secularización de las creencias religiosas*

Con el fin a primera vista razonable y benemérito de salvar el hiato entre el hombre y el “más allá” donde la tradición parecía

situar al Ser Trascendente, se empieza reduciendo la divinidad a los estratos *profundos* del ser humano. Para evitar que la condición *misteriosa* de las realidades religiosas se entienda negativamente como inaccesibilidad de las mismas al hombre, se realizan arriesgadísimas adaptaciones del lenguaje revelado que en ocasiones parecen convertir lo humano en medida de lo divino y reducir la experiencia religiosa a un modo de fidelidad última a los valores de la vida: justicia, amor, solidaridad, trabajo...<sup>3</sup>. Con el pretexto de purificar el mensaje revelado de revestimientos místicos que lo alejan de la mentalidad del hombre contemporáneo, diversos autores han propuesto modos de lectura que implican una drástica “reducción” del sentido de los dogmas religiosos. Ello conduce a una interpretación de la fe como fenómeno puramente humano, sometido a la lógica del conocimiento racional de realidades meramente “objetivas” –en el sentido de mensurables, asibles, experimentables, verificables.

Dentro del plano humano, el acontecimiento religioso suele ser recluso en la esfera *privada* de cada persona, como un fenómeno que afecta más al sentimiento que a la razón, más a las experiencias particulares internas que al impulso creador que se traduce en actos e instituciones sociales. La Iglesia queda con ello reducida a una forma de organización impuesta al hombre creyente de modo forzado, artificioso y, en definitiva, represivo. Esta cadena de reducciones, lejos de acercar lo divino al hombre, lo aleja, incrementa el indiferentismo, el descenso de la práctica religiosa, incluso el ateísmo.

Por ir vinculado de ordinario con los términos *cambio, progreso, modernización, desarrollo y racionalización*, que gozan de un singular prestigio en la Edad Moderna y Contemporánea, el término “secularización” adquiere una coloración positiva y se pone estratégicamente al abrigo de las severas objeciones que puede plantearle toda filosofía de la cultura que quiera ser mínimamente rigurosa. El lenguaje tiene un poder tal de convicción que, si no se repara cuidadosamente en los fenómenos de conta-

---

<sup>3</sup> En los protagonistas del movimiento secularizador (P. Tillich, J.A.T. Robinson, D. Bonhoeffer...) se advierte un desnivel peligroso entre la nobleza de la intención que los anima –acercar la experiencia religiosa a la mentalidad y talante del hombre actual y la precariedad de la metodología que vertebra su pensamiento y sus escritos.

minación semántica que se producen al entrar los términos en vibración mutua, corre uno riesgo de falsear gravemente el sentido de los acontecimientos decisivos de la existencia y de la historia.

En su conferencia *El cambio de actitudes en la juventud española*, Carmela García Moreno, ex-Directora General de Promoción de la Juventud (Ministerio español de Cultura), escribe:

“Por la vía de la modernización España se ha industrializado y desarrollado económicamente. Por la vía de la secularización España ha intentado, pero tal vez no ha logrado, una desmitificación del mundo por la racionalidad y la ciencia”<sup>4</sup>.

Al hablar, en 1975, de “los nuevos españoles”, L. González Seara afirmaba:

“Nos encontramos, pues, con que España, estructuralmente ha cambiado. No somos un país agrario, feudal, analfabeto, hambriento y supersticioso, sino un país industrializado que come tal vez con exceso para su “línea”, con unas tasas de escolaridad crecientes y unas formas secularizadoras de vida. Y, sin embargo, en el orden político nos hallamos en pleno subdesarrollo, con los derechos y libertades fundamentales limitadas, al margen de la vida democrática del mundo occidental en el que por ahora estamos insertos. Se impone, pues, un cambio en el orden político que se corresponda con los demás cambios habidos”<sup>5</sup>.

En el primer texto, la expresión “desmitificación del mundo por la racionalidad y la ciencia” va emparejada con el desarrollo industrial y económico. Tal vecindad constituye un recurso sutil de valoración implícita altamente positiva. En el segundo texto, la expresión “formas secularizadoras de vida” va contrapuesta a los conceptos de *subdesarrollo*, *feudalismo*, *analfabetismo*, *superstición*, *penuria económica*, *cultura rural*, y es puesta en paralelo con el desarrollo industrial, cultural y económico, y con la “vida democrática”, concepto “talisman” en la actualidad. Sin

---

<sup>4</sup> GARCÍA MORENO, C.: *El cambio de actitudes en la juventud española*. Ed. multicopiada, Ministerio de Cultura, Madrid, 1980, pág. 3.

<sup>5</sup> Ver *Estudios sociológicos sobre la situación social de España*. Euramérica, Madrid, 1975, pág. XXX.

realizar valoración alguna expresa, sólo mediante este juego de contraposición y emparejamiento el autor exalta el movimiento secularizador. Esta toma de posición —en principio muy legítima, como toda opción personal libre— resulta extremadamente arriesgada cuando no lleva en su base un análisis profundo de lo que significa e implica el fenómeno de la secularización en la vida concreta de los hombres, en el plano de la seriedad última donde se juega el destino de cada persona, independientemente de los artificios dialécticos de los ensayistas.

### *Subjetivismo y pragmatismo en la valoración ética*

El modo de conocimiento “positivista”, atenido casi en exclusiva a las realidades dominables exhaustivamente mediante el conocimiento racional de corte científico, siente aversión a toda realidad, instancia o valor que sólo se revele a un modo de conocimiento comprometido, íntegramente personal, vinculado internamente al amor, la reverencia y la fidelidad.

Por la tendencia a considerar todo lo *no-subjetivo* como *exterior al sujeto, procedente de fuera*, se considera que la entrega a los valores “objetivos” (en sentido de independientes del sujeto humano) provoca ineludiblemente un fenómeno de alienación; saca al hombre de sí, lo enajena, lo priva de su autenticidad personal. Como los términos *persona* y *autenticidad* están actualmente en alza, la ética de orientación objetivista queda rodeada de un aura de descrédito, lo que lleva a orientar la valoración ética según criterios utilitaristas, basados en los dictados de la razón humana desvinculada de instancias trascendentes a la misma.

### *Democratización de las formas de convivencia política y social*

El hombre contemporáneo desea protagonizar la vida social, sentirse libre ante los acontecimientos básicos de la existencia, y entiende que la única forma de libertad posible es la participación. En diversas vertientes —política nacional, dirección de empresas, orientación de la enseñanza, vida familiar—, se esfuerza por lograr posibilidades de actuación decisoria, en la conciencia

de que limitarse a cumplir órdenes significa quedar fuera del juego social. Para que el trabajo adquiera la alta condición creadora propia del juego, debe el trabajador estar inserto activa y conscientemente en la trama de líneas de fuerza y de sentido que constituyen una organización laboral<sup>6</sup>.

La tendencia democratizadora hace sentir su influjo en el mundo de la actividad política, del trabajo, del estudio, de la vida familiar. Este acelerado cambio en las estructuras de la vida humana provoca un trauma en la existencia de los jóvenes. Si este trauma es de *crecimiento* —de elevación a un plano superior de realización personal—, o de *disolución*, no puede decidirse de antemano. Pende de la capacidad creadora del joven para colaborar en la fundación de modos de existencia *auténticamente libres*. La mera *liberación* de ciertas formas rígidas o autoritarias de vida social no confiere *libertad* a los jóvenes. Dar por supuesto que el cambio político hacia la democracia “era lo único que faltaba para que los nuevos españoles sean de verdad nuevos del todo”<sup>7</sup> no pasa de ser un abuso estratégico del término “nuevo”. No clarifica el signo —positivo o negativo— que presenta la conmoción social y personal que late en el fondo de tal cambio y tal novedad<sup>8</sup>.

La gravedad de las cuestiones que están aquí en juego nos insta a no valernos de los recursos estratégicos que facilita el lenguaje y a enfrentarnos directamente con la realidad de las cosas. Este abordaje valiente y realista nos llevará a mostrar que el mero hecho de ser distintos de las generaciones anteriores no implica en los jóvenes ningún valor positivo. Los valores surgen en el encuentro creador —esforzado y lleno de riesgos— del hombre con lo real. El que tiene el arrojo de enfrentarse con esta tarea diaria y cumplir las exigencias que le plantea cada modo de realidad gana madurez personal, realiza valores, alumbrá sen-

---

<sup>6</sup> Qué condiciones deben cumplirse para otorgar a todo tipo de trabajo una condición lúdica se desprende de la teoría del juego y de los ámbitos. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estética de la creatividad*, págs. 90-94.

<sup>7</sup> GONZÁLEZ SEARA, L.: *L.cit.*

<sup>8</sup> Algunos de los recursos estratégicos que se utilizan hoy profusamente para manipular la opinión de las gentes, son expuestos con amplitud en mi obra *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, págs. 140-234.

tido y enriquece el universo. El que se consagra en exclusiva a cerrar filas contra los hombres de otra generación o de otro *status* social, cultural o religioso, y no hace la experiencia dura de escuchar las apelaciones de la realidad y darles una respuesta personal, originaria, irrepetible, creadora, queda fuera del juego humanístico en que se alumbran los valores, el conocimiento y la libertad. Esta situación de asfixia lúdica lleva al hombre a un estado de total descualificación y desamparo, porque la única forma de amparo posible para un ser personal se da en el riesgo del diálogo creador con lo real en torno.

Si es auténtica, la vida del joven presenta un carácter personal, y todo lo personal es creador, porque la persona no viene dada a modo de objeto ni es mero producto de la confluencia de diversas causas. No sin gran peligro de malentendidos perturbadores puede afirmarse que “los jóvenes son un producto social en elaboración”, y que “cada tipo de sociedad” produce “su específica juventud” pues “cada momento y cada espacio generan sus singulares productos”. La influencia del entorno sobre el proceso de configuración de la personalidad humana es innegable, pero no se realiza de modo *determinista*. Sugerirlo veladamente, al tiempo que se oculta con calculada estrategia que la *recepción* de influjos externos por parte del hombre es *activa*, tiene efectos devastadores en la formación del joven. No se adapta a lo real dar por consabido que el hombre se halla *sujeto* al entorno, sin salida propiamente creadora, originaria, como el animal se halla “enclasadado” en los cauces de la especie. La experiencia histórica y la cotidiana dan testimonio de la capacidad sorprendente que tiene el hombre para instalarse en lo real *a distancia de perspectiva y soberanía*, transfigurando las circunstancias y creando configuraciones originarias que desbordan cualitativamente las posibilidades ofrecidas por el entorno. La interpretación determinista que concibe al joven como un “producto” de las condiciones sociales de cada momento reduce al extremo sus posibilidades creadoras, engendra sentimientos de pesimismo y provoca actitudes de defección. En la misma medida ejerce un papel netamente *deformador*, por cuanto la forma-

<sup>9</sup> GARCÍA MORENO, C.: *L.cit.*, pág. 4; MARTÍN BARROSO, C.: *Una aproximación a la realidad de los jóvenes*. Cáritas, Madrid, 1975, ed. multicopiada.

ción consiste primariamente en despertar, avivar y acrecentar al máximo las virtualidades creadoras del ser humano.

El planteamiento objetivista es *deformante* por no ser *realista*, por no adecuarse a lo que la realidad muestra de sí. A esta mentalidad objetivista responde el lenguaje utilitarista y manipulador utilizado a veces al analizar la actitud de los padres respecto a la planificación familiar. Aplicar a este tema las reglas sobre la devaluación o supervaloración consiguientes a la abundancia o escasez de un producto, y afirmar que los hijos han pasado de ser una “inversión rentable” a “símbolo del *status* y prestigio familiar”<sup>10</sup> constituye una extrapolación ilegítima de planos de realidad. Ni la vida personal se reduce a un “producto” –Heidegger incluso muestra que ni siquiera las “cosas”, por ejemplo una jarra, pueden ser reducidas a ello–, ni cabe hablar de las personas en términos de utilitarismo bursátil o de cotización social. Nada hay más perturbador del proceso formativo que este género de distorsión operada con la realidad. Formar significa situar al hombre en realidad, ponerlo en ruta hacia la verdad, hacerle experimentar por sí mismo que el hombre se perfecciona si tiene dinamismo, y éste arranca del hecho de estar estructurado, engarzado en lo real, debidamente ordenado, instalado en la verdad. Instalar la propia existencia en la mentira es el contrapolo de la formación.

### *Alteración de las formas de vida familiar*

Las precisiones realizadas en los puntos anteriores pueden servir de clave en orden a comprender la verdadera significación y relevancia de las alteraciones operadas últimamente en la ordenación y vida familiares.

Por razones muy diversas –transformación de la sociedad rural en sociedad industrializada, con la consiguiente emigración a las ciudades, pluriempleo del padre y trabajo extrafamiliar de la madre; anticipación de la edad laboral de los hijos y emancipación económica de los mismos, etc.–, la institución familiar fue sometida al trauma de un cambio brusco que podría alterar en breve su estructura y sentido. Por añadidura, la vida familiar recibe incesantemente el impacto de instancias exteriores y aje-

<sup>10</sup> GARCÍA MORENO, C.: *L.cit.*, pág. 7.



nas a la misma que interfieren de modo poderoso, a veces incluso violento, la acción educadora de padres y profesores. Estas dos circunstancias confieren una complejidad y gravedad tal al tema de la familia que todo tratamiento superficial del mismo está condenado por principio al fracaso. La superficial se agrava cuando se movilizan los recursos estratégicos del lenguaje para prestigiar el resultado del cambio. Todo tratadista imparcial debe cuidar con esmero el lenguaje para no precipitar las valoraciones dejándose arrastrar ingenuamente por el poder expresivo de los términos y esquemas mentales. Si, al describir la coexistencia en el momento actual de dos modelos familiares, se designa al más antiguo como “residual”, “tradicional” y “arcaico”, y al más reciente como “emergente”, “moderno” y “nuevo”<sup>11</sup>, se realiza una valoración implícita en favor de éste<sup>12</sup>. Ello no impide –por chocante que resulte al lector– que seguidamente se ofrezcan datos que contradicen a todas luces este juicio latente en los modos expresivos del lenguaje<sup>13</sup>.

### *Politización de la vida cultural y académica*

De modo creciente se advierte en España una supeditación de muy diferentes y nobles vertientes de la vida a intereses políticos. Esta ilegítima reducción implica una relativización y depotenciación de valores muy altos. Encubrir esta operación reductora con astucias dialécticas –proclamando, por ejemplo, que la enseñanza tiene carácter de “servicio público” y debe por tanto ser sólo *estatal*– constituye un caso modélico de lo que quiere anatematizar la juventud con la flagelante expresión de “hipocresía burguesa”<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> Ver *Estudios sociológicos sobre la situación social de España*, pág. 346; COSTA PINTO, J.A.: *Desarrollo económico y transición social*. Madrid, 1969, pág. 61.

<sup>12</sup> El mero hecho de aplicar etiquetas brillantes a un fenómeno (hablando, por ejemplo, del “nuevo talante juvenil” para designar el conjunto de actitudes de los jóvenes actuales respecto a la vida familiar) ya implica en principio una culturización del fenómeno, un grado bastante elevado de atención al mismo y cierto matiz de benevolencia en su enjuiciamiento.

<sup>13</sup> Leer desde esta perspectiva: GARCÍA MORENO, C.: “El cambio de actitudes familiares en los jóvenes”, en *L.cit.*, págs. 6-13.

<sup>14</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, págs. 197-204.

Las formas bastardas de politización degeneran rápidamente en *nepotismo* y amenguan la capacidad de sacrificio y el espíritu de superación de los jóvenes, que observan a diario cómo la militancia en ciertos grupos o partidos se convierte en llave mágica de éxito, con escandalosa independencia de la valía real de las personas.

# 4

## LA JUVENTUD, OBJETO DE MANIPULACIÓN

Actualmente, se habla sin cesar de libertad, se exaltan las libertades, se proclama el sistema democrático como el reino de la libertad, pero de hecho las gentes están sometidas al peor de los vasallajes: el de la inteligencia. Se lo hace de modo taimado y doloso mediante la movilización abusiva de los recursos estratégicos que ofrece el lenguaje. Se están ganando batallas decisivas en cuestiones fundamentales de la existencia humana sin entrar en discusión, merced a la fuerza sugestiva de tales recursos. Es urgente saber a punto cierto qué significa manipular a los hombres a través del lenguaje.

Manipular es tratar a una persona o a un grupo de personas como si fueran meros objetos. Esta forma de envilecimiento de los demás está en el origen de los diversos tipos de violencia que hoy ensombrecen las páginas de los diarios. La meta del *sadismo* es tratar a las personas de tal forma que queden envilecidas incluso a sus propios ojos.

Deberíamos estudiar muy seriamente la relación que existe entre los diversos géneros de violencia –terrorismo, atracos, violaciones, genocidios, politización abusiva de los ciudadanos o reducción de los mismos a medio para el logro de los fines políticos– y los diversos modos de “reduccionismo” practicados actualmente por ciertos grupos intelectuales. Cuando a la persona humana se la desconecta de los grandes valores, queda a merced de los afanosos de poder. Considerar pomposamente como “humanistas” ciertas doctrinas que reducen abusivamente el alcance y la hondura y las posibilidades creadoras del ser humano constituye un auténtico sarcasmo.

## Meta de la manipulación

Al hombre se lo trata como objeto para dominarlo. Las gentes, cuando se les permite desarrollarse como tales, tienen poder crítico, albergan ideales firmes, se estructuran en comunidades. La persona humana se desarrolla y afirma como tal mediante el ejercicio de sus virtualidades creadoras en diferentes vertientes: humana, ética, estética, religiosa... Esta actividad creadora le confiere una estructura firme, y la estructura –como explican la Ciencia y la Filosofía actuales– es principio a la vez de solidez y dinamismo. Una persona bien estructurada –asentada en ideales nobles y valiosos, abierta a tareas comunitarias relevantes, entregada libre y conscientemente a la realización de metas constructivas– es inexpugnable. Una persona des-estructurada, reducida a mero objeto, desposeída de todo poder auténticamente creador, ofrece blanco fácil a todo tipo de depredadores.

Lo mismo cabe decir, correlativamente, de la comunidad humana. Una sociedad que confunde la verdadera creatividad con la manipulación de objetos, de cosas poseíbles, está a merced de los demagogos, los profesionales de la conversión de las comunidades en simples “masas”. Cuando no se entiende el poder político como un medio de servir al pueblo sino como un instrumento para dominarlo, se practican toda suerte de reduccionismos y estrategias. Al manipular a los hombres para dominarlos con todo género de piruetas verbales, se cree alcanzar un gran poder. Es un craso error, porque lo que al fin se tiene en la mano

no es un pueblo, sino una masa amorfa, descualificada, inerte, desvertebrada. El pueblo queda con ello envilecido, pero también sus dominadores.

En esta situación de envilecimiento no es posible configurar ese “campo de juego en libertad” que es la democracia rectamente entendida. El sistema democrático no orienta sus pasos a la luz que proyecta una sola persona, por excepcional y carismática que sea. Confía en la capacidad de todos los ciudadanos para crear un “campo de iluminación”, en el cual se clarifiquen los problemas que en cada momento plantea la vida de la sociedad. Un conjunto de ciudadanos degradados por la manipulación demagógica es incapaz de crear ese ámbito clarificador, y la democracia se convierte en una dictadura larvada donde unos pocos dictan soberanamente y —de hecho— coactivamente a la mayoría sus leyes, sus normas morales, sus criterios de conducta. Para velar dolosamente esta circunstancia a la opinión pública ofrece el lenguaje recursos eficacísimos. Delatarlos es un deber fundamental de ciudadanía, pues en estas situaciones de confusión sistemáticamente fomentado el pueblo resulta siempre el gran perdedor.

## Formas diversas de manipulación

Hay tantas formas de manipular como medios de coaccionar la libertad. Esta coacción puede realizarse de dos formas: la dictatorial, violentamente coactiva, y la “democrática”, solapada, astuta, artera. Para manipular al hombre haciéndole creer al mismo tiempo que se respeta su libertad, se necesita una técnica, una estrategia. La estrategia de la manipulación es un arte de luchar, de vencer sin necesidad de convencer.

Un elemento decisivo en esta forma de manipulación soterrada es el lenguaje. Actualmente se está influyendo decisivamente sobre las gentes en el campo ético, económico, político, religioso... con sólo movilizar sin escrúpulos algunos de los recursos estratégicos que ofrece el lenguaje debido al poder que tiene en orden a modelar el pensamiento de los demás.

En cada época suele haber “palabras talismán” que, debido al prestigio que han adquirido, ejercen un especial conjuro sobre

quien las oye si no está muy sobreaviso. (Por ejemplo, el término “orden” en el siglo XVII; “razón” en el siglo XVIII; “revolución” en el XIX; “libertad”, “progreso”, “independencia”, “democracia” en el XX). Todos los términos que se muestran en alguna manera afines a los términos “talismán” se orlan automáticamente de prestigio, que nadie osa poner en tela de juicio. A la inversa, los términos que aparecen contrapuestos a los términos “talismán” quedan fatalmente depreciados. De esta depreciación y de esa exaltación de términos se derivan mil posibilidades de manipular a las gentes y forzar su modo de pensar y actuar.

## Quien manipula a la juventud

A la juventud la manipulan los que desean alcanzar a todo precio el poder político, económico, cultural. Dominar a la juventud es poseer la llave de la sociedad en un inmediato futuro y ejercer ya desde el presente un poderoso influjo sobre los acontecimientos sociales, porque los jóvenes de hoy tienen mayor voluntad de *protagonismo* que los de generaciones anteriores y disponen de mayores posibilidades y medios. La juventud es un campo propicio para ejercitar las diversas formas de manipulación demagógica, debido a la prontitud de reflejos de que dispone el joven para responder a todo tipo de apelaciones aparentemente nobles y a la falta de experiencia para adivinar posibles segundas intenciones.

## Formas en que se produce la manipulación

La manipulación de la juventud se lleva a cabo a través de los diferentes medios de propaganda y adoctrinamiento. El lenguaje, con su espléndida y temible plasticidad, es el vehículo nato de toda acción manipuladora. Resulta sarcástico que, mediante el don más alto que tenemos los hombres se nos esté sometiendo al peor de los vasallajes, que es el de la inteligencia.

Es tal el poder del lenguaje que en muchos casos el uso de un determinado vocablo puede decidir la orientación de toda una

disciplina tan importante como es, por ejemplo, la ética. Si al comienzo de un curso sobre ética se da por hecho que el esquema “autonomía-heteronomía” constituye un “dilema”, de tal forma que o somos autónomos o somos heterónomos, y los alumnos lo consideran como algo obvio por la tendencia contemporánea a confundir los “contrastes” con las “contradicciones”, estos alumnos quedan totalmente a merced del profesor. Puede durante el curso orientarlos hacia una doctrina ética del todo disolvente. Lo mismo podríamos decir de los esquemas “libertad-cauce”, “libertad-obediencia” y otros afines.

La regla fundamental del demagogo manipulador es no matizar los conceptos, sino utilizarlos de modo abrupto para poder así contraponerlos dilemáticamente y provocar la escisión de la vida personal. Si a un joven se le acostumbra a pensar que los esquemas antedichos constituyen un dilema, de forma que debe escoger entre *ser libre* o *aceptar obedientemente un cauce o norma* de acción, cercena de raíz su capacidad creadora, porque el ser humano no puede ser creativo a solas, necesita vincularse a otros seres y complementarse con ellos. Esta vinculación supone un ajuste, y todo ajuste implica un sometimiento a las condiciones de la realidad a la que uno se acomoda. Tal sumisión limita la propia “libertad de maniobra” pero ensancha la *libertad para ser creativo*. Entre libertad y cauce, libertad y obediencia no hay una relación de *oposición* sino de *contraste*.

En nuestros días se está incitando una vez y otra a niños y jóvenes a interpretar, por ejemplo, la libertad sexual como *absoluta*, totalmente desligada de toda traba, norma o cauce. En millones de folletos repartidos gratuitamente en colegios de Primera y Segunda Enseñanza se los incita a tomar el cuerpo como una fuente de placer y a no preocuparse de nada, excepto de evitar problemas, es decir embarazos prematuros y engorrosos.

Como siempre, el manipulador opera a favor de corriente, halaga las tendencias instintivas de niños y adolescentes y les promete una libertad sin fronteras. La consecuencia de esta falaz promesa será la anulación precoz de la capacidad creadora de estos pequeños. Debemos estudiarlo con la mayor atención.

## Orientar hacia el hedonismo agosta las fuentes de la creatividad

Según la ciencia actual, el hombre es un ser dialógico, un “ser de encuentro” (Rof Carballo) que se constituye, desarrolla y perfecciona fundando relaciones de encuentro con cuantas realidades le rodean. El encuentro es un acontecimiento que plantea muy serias exigencias. Las plantea porque no se reduce a una simple yuxtaposición tangencial de dos o más seres. Es, en todo rigor, un entreveramiento de diversos “ámbitos” de vida, cada uno dotado de un modo de ser propio, de poder de iniciativa, de tensión interna hacia la comunicación y al intercambio. Entre dichas exigencias se cuenta la apertura de espíritu, la disponibilidad, la generosidad, el respeto, la libertad interior. Si no te respeto en lo que eres y te reduzco a medio para mis fines, podré dominarte pero no encontrarme contigo. Si digo que amo a una persona y en realidad lo que amo es el halago que me producen algunas de sus cualidades, a quien amo de verdad es a mí mismo, no a la persona cuyas son las cualidades.

Toda relación personal emprendida con el mero afán de satisfacer un deseo o una apetencia instintiva constituye una relación de sujeto a objeto, objeto todo lo maravilloso y adorable que se quiera, pero objeto al fin. No es un entreveramiento de ámbitos de vida; no constituye un encuentro. Es una reducción injustificada del verdadero ser del hombre y de una de las actividades más altas a que éste se siente llamado.

La mera satisfacción del instinto sexual entre dos personas que actúan por interés no es sino un *canje de dos soledades*. Cada una está recluida en su mundo. Si sale al exterior, no es para fundar un modo de unidad valioso, estable, relevante en muchos aspectos. Va en busca de una satisfacción que no la sacará de su actitud egocéntrica, y, al no hacerlo, no fomentará ni siquiera en grado mínimo su creatividad.

Es creativo el hombre que asume las posibilidades de acción que le ofrecen las realidades del entorno y hace surgir algo valioso. Este tipo de posibilidades las ofrecen las realidades que no son meros objetos, antes constituyen *centros de iniciativa* en algún aspecto. Por eso, reducir una persona a objeto, a medio



para los propios fines es anular la creatividad. Tal reducción envilecedora no responde a un impulso creador sino a la tendencia facilona a dejarse llevar por la fuerza de gravitación de los instintos. De ahí que no dé lugar a nada nuevo valioso. Produce sencillamente un goce privado y fugaz.

La creatividad auténtica sólo tiene lugar cuando hay entreveramiento de dos o más ámbitos que se respeten en su valer, se ofrecen mutuamente posibilidades y dan origen a algo que en cierto modo las supera. Un diálogo, un hogar, una obra artística o literaria, una institución... son el fruto de un encuentro. Nada extraño que en la actualidad muy diversas disciplinas consideren el fenómeno del encuentro como el eje de su interpretación de la vida humana.

A la vista de lo antedicho, tomemos en las manos alguno de los millones de ejemplares de ciertos folletos sobre "educación sexual" que están siendo repartidos en centros de enseñanza primaria y secundaria. Advertiremos fácilmente que en ellos se tiene buen cuidado de no hacer la menor alusión a cuanto decide que una relación íntima sea auténticamente personal. Se incita a los niños y jóvenes a mantener relaciones sexuales, entendidas en un plano puramente corpóreo. Hoy día, todos los autores que estudian en serio desde diversos ángulos el fenómeno del amor subrayan la complejidad y riqueza del mismo, la diversidad de planos de realidad que implica y que debe integrar para ser equilibrado, auténtico, fecundo. Ni una brizna de tal riqueza se deja traslucir en los folletos que ahora se ofrecen copiosamente como alimento espiritual a quienes todavía no han tenido tiempo de adquirir madurez espiritual y poder de discernimiento suficientes para distinguir quién es un maestro y quién un embaucador, quién muestra el camino de la plenitud y quién sugiere la vía de la disolución y el caos.

Este ofrecimiento es realizado casi al mismo tiempo en auto-nomías y centros muy distintos a lo largo y ancho de la geografía española. No se trata de una acción esporádica, más o menos despistada. Parece responder a un plan prefijado y a unos propósitos bien definidos. No me toca a mí, que no soy ni político ni sociólogo, investigar estos propósitos y aquel plan. Desde mi perspectiva de estudioso de la filosofía, quiero tan sólo indicar,

con toda la serenidad del mundo pero no con menor firmeza, que esta manera de orientar la concepción y la práctica de las relaciones sexuales supone un empobrecimiento temible de la persona humana. Los niños y jóvenes que son objeto de esta forma banal, primitiva, de adoctrinamiento pueden sufrir graves daños en lo que toca a su poder creador de formas auténticas de intercomunicación. Lanzar a esas criaturas por la vía de la mera utilización del cuerpo como recurso placentero es privarlos de una de las fuentes más altas de plenificación personal, y, consiguientemente, de verdadera felicidad. Causa por ello, honda pena ver que a niños y jóvenes sólo se les presenta ante sus ojos el horizonte del mero erotismo, que es años luz más pobre que el del auténtico amor.

Figurémonos por un instante que tales folletos “educativos” hubieran caído en manos de los autores que en Europa más y mejor han escrito acerca del amor humano: Kierkegaard, por ejemplo, o Scheler. Se sentirían abrumados al observar que toda su luminosa e ingente obra no había logrado evitar estas recaídas en el pozo de la frivolidad y de la miseria. Porque la interpretación que se ofrece aquí del amor no es pobre, es mísera, se halla bajo mínimos en el aspecto antropológico, psicológico y ético, pues ni alude siquiera a lo que hay de creatividad en el amor.

Es ésta una cuestión muy grave que debiera preocupar por igual a personas creyentes y no creyentes, conservadoras y revolucionarias, pues lo que aquí está en juego es el desarrollo personal de niños y jóvenes. Si tal desarrollo se bloquea, no queda la menor posibilidad de llevar una vida digna como simples ciudadanos.

Una vez más ha de evitarse pensar que estamos ante una pugna entre la Iglesia católica –afanosa de mantener en la sociedad su concepción del mundo y la vida– y un gobierno laico que orienta su actividad con plena independencia de toda norma de inspiración religiosa. El problema se plantea en un nivel más hondo, en el cual no se decide todavía la orientación ética y religiosa de las gentes sino su apertura básica a la creatividad.

Un dispendio tan considerable de medios económicos como el que supone la operación divulgadora a que estoy aludiendo debe de responder a una voluntad decidida de conseguir bienes

correlativos. ¿Qué tipo de bienes? Un estudio detenido de este asunto me permite deducir que la reducción al máximo de la creatividad de niños y jóvenes sólo podrá beneficiar a quien desee masificarlos y dominarlos. La teoría de la creatividad nos muestra actualmente cómo las personas creativas se agrupan en comunidades y son inexpugnables, mientras las poco creativas se mantienen aisladas y no forman sino masas, que son fácil objeto de posesión.

Lo dicho acerca de los folletos de “información sexual” podría extenderse a otros medios y modos de propaganda ideológica que no resisten un mínimo análisis crítico. Uno puede defender un sistema de ideas u otro, ser creyente o incrédulo, pero en ningún caso está autorizado a ser frívolo en cuestiones muy serias. Por encima de los intereses partidistas se halla el bien de los ciudadanos, sobre todo los más indefensos, por menos preparados.

Para defender con éxito este bien, debemos conocer a fondo y respetar incondicionalmente las leyes de la vida personal. Una de ellas nos dice que, para desarrollarse cabalmente como persona, el hombre debe poner en forma y en juego su capacidad creadora de modos relevantes de unidad. Afirmarlo frente a quienes parecen no conocer otro modo de unidad que el empastamiento propio de las experiencias fascinantes no es dejarse llevar por la nostalgia del pasado —como a veces se afirma banalmente—; es hacerse eco de los resultados de la mejor investigación actual en Biología, Antropología y Ética. Hacer caso omiso de tal investigación y lanzarse a una remodelación despiadada de la vida espiritual de las gentes es una aventura descabellada, porque todo atropello de las leyes de la realidad acaba pagándose a muy alto precio.

Hoy día se subraya insistentemente que los universitarios deben servir a la sociedad con su saber. En esta línea de obligado servicio, quiero dejar constancia clara de que es del todo impropio empeñarse en modelar la vida social sobre la base de ideas y teorías que están pulverizadas por la investigación hace más de medio siglo. Las cuestiones éticas y antropológicas han sido objeto en los últimos decenios de estudios muy amplios y profundos. Todo el que intente cambiar el rumbo de la vida

social deberá tener muy en cuenta tales investigaciones. De no hacerlo, orientará al pueblo hacia un fracaso inevitable, perfectamente previsible.

Cuando uno ha estudiado a fondo ésta y otras cuestiones afines, no puede menos que sentir gran preocupación al ver que se está llevando al pueblo, de forma indeliberada o por razones estratégicas, hacia estados de penosa sordidez, cuando no de asfixia espiritual.

## Consecuencias de la manipulación

Al ser tomados como medio para el logro de propósitos en buena medida ocultos, los jóvenes —en principio entusiasmados, debido a su idealismo innato— acaban siendo presa de una profunda decepción. No se sienten inmersos en una labor personal creadora, libre, consciente. Se ven arrastrados hacia metas aparentemente nobles sin saber en qué contexto están situadas. Acciones llenas de alto *significado* les van apareciendo, poco a poco, como desprovistas de auténtico *sentido*. Al verse manipulados, se revuelven contra la sociedad en movimientos de protesta y rebeldía, que tampoco contribuyen a conferirles la debida estructura.

Como sólo la estructura es fuente de auténtico dinamismo, el joven acaba sintiéndose bloqueado en su desarrollo personal pese a encontrarse situado en un torbellino de acciones agitadas. Ello explica la irritación de los jóvenes frente a los mayores y el arrojito con que a menudo sacan las consecuencias de los planteamientos arriesgados que de la existencia humana han hecho las generaciones anteriores. A partir de 1918, fecha crucial en que hizo crisis el “mito del eterno progreso” que había exaltado al hombre occidental durante los últimos siglos, diversas corrientes intelectuales han defendido, sin ambages, concepciones del hombre extremadamente peligrosas, pero se han inhibido hipócritamente a la hora de sacar las conclusiones de tales premisas. Al observar que la juventud actual no tiene reparo en hacerlo, se esfuerzan por conservar un mínimo de orden en defensa de sus intereses particulares; pero esta actitud inconsecuente no hace sino agravar la ruptura entre las generaciones jóvenes y las adultas.

## Cómo puede defenderse la juventud de la manipulación

La primera medida que debe tomar el joven es descubrir las técnicas manipuladoras y los diversos modos de abuso estratégico del lenguaje. Ello le ayudará a fomentar su poder de discernimiento y adoptar una actitud crítica ante los slogans, los tópicos intelectuales, los planteamientos estratégicos y las modas intelectuales de cada momento. Sólo un conocimiento pormenorizado de la relación que media entre manipulación y estrategia del lenguaje permitirá a los jóvenes conservarse en cierta medida libres frente a la marea de confusionismo intelectual en que de forma sistemática y pretendida son envueltos.

El verdadero antídoto contra el envilecimiento provocado por la manipulación es la creatividad en todos los órdenes: deportivo, humanístico, estético, ético, religioso. Para contrarrestar las fuerzas destructoras de la manipulación se requiere poner al joven en situación de desplegar todas sus virtualidades creadoras. Este despliegue lleva al hombre a plenitud. La plenitud despierta un sentimiento de gozo, y la medida colmada de gozo es el entusiasmo. El sentimiento de *entusiasmo* constituye el contrapolo del sentimiento *angustioso* de *decepción* que se advierte cuando de forma lúcida se asoma uno al abismo de la propia nada, y advierte que la agitación no constituyó sino un vano desgaste de energías.

De lo antedicho se desprende que la actitud de los jóvenes ha de ser sencillamente *realista*. Lo que procede en la situación actual no es ser optimista o pesimista a ultranza, sino atenerse fielmente a la realidad y analizar las cuestiones hasta el fondo, superando toda consideración frívola de las mismas.

Es urgente e ineludible que los centros formativos y los padres orienten su labor educativa de forma creadora, que enseñen a los jóvenes a descubrir qué doctrinas les abren horizontes de plenitud personal y cuáles se los cierran para encapsularlos en actitudes de autodestrucción. En el tipo de sociedad abierta en que vivimos no hay otra forma de amparo que una sólida formación. Cuando un joven logra ver por propia cuenta –guiado por las claves metodológicas y las pistas que puedan facilitarle los mayores– las múltiples posibilidades de manipulación que otor-

ga el lenguaje a los que dominan los medios de comunicación —prensa, radio, televisión, espectáculos...— ha dado un paso decisivo hacia la madurez y la estabilidad personales.

Para defender a la juventud y la familia hay que tomar la debida perspectiva, encuadrar los diversos fenómenos en su contexto real y atacar los problemas en su raíz. Es un hecho bien sabido que actualmente se concede en política importancia extraordinaria a los estudios de estrategia. Un militante dotado de conocimientos estratégicos domina fácilmente a miles de personas ingenuas. En el campo de batalla no cuenta la buena voluntad, sino el arte de combatir. Frente a la estrategia dirigida a la destrucción, se requiere la estrategia de la construcción. Una sociedad que no investigue a fondo las diferentes formas de estrategia —sobre todo la del lenguaje— se halla en estado de total desvalimiento. Podrá ser sometida a toda suerte de ataques destructuradores sin apercibirse apenas de ello. Esta ingenuidad culpable resulta a la postre muy cara a las comunidades humanas.

En definitiva, *los jóvenes deben defenderse ellos mismos*. La tarea de los mayores consiste en facilitarles elementos de juicio para que puedan discernir, con fina intuición, cuál es el camino que los lleva a plenitud personal y cuál es la vía que los despeña fascinadamente hacia la destrucción.

# 5

## TAREAS FUNDAMENTALES QUE LA SITUACIÓN ACTUAL PLANTEA AL EDUCADOR

El cuadro que acabo de diseñar configura una situación multiforme, rica en perspectivas, bullente de posibilidades y desbordante de riesgos nada leves.

La instalación en un clima que glorifica la actitud de desenfado, de liberación de todo género de trabas, y ofrece un sinnúmero de oportunidades de realización puede resultar en definitiva benéfica para los jóvenes si se acierta a transmitirles una idea exacta de lo que implica, exige y aporta una *vida auténticamente creadora*.

Cuando los especialistas se limitan a consignar que los graves desajustes provocados por el cambio —con la secuela inevitable de la delincuencia juvenil— son sencillamente “un coste social necesario” debido a la desorganización que se origina a causa de la resistencia de ciertos grupos a alterar su estructura, no se hace luz sobre la nueva situación creada, se sumen todos los fenómenos en una atmósfera brumosa de ambigüedad y se ciega toda vía de solución. Esa falta de coordinación en el proceso de cambio puede ocasionar cierta *asincronía*, pero parece excesivamente unilateral y reduccionista erigirla en causa única de los graves desequilibrios y tensiones que toda alteración social implica, sobre todo respecto a los jóvenes.

En momentos cruciales como el actual se hace ineludible clarificar a fondo las exigencias del proceso de formación y las posibilidades concretas que le abre la coyuntura presente, más allá de su apariencia esquiva, poco propicia a labores arduas de edificación personal.

Tales posibilidades y exigencias deben ser descubiertas en su experiencia diaria por los jóvenes a fin de ganar una visión realista de su instalación en lo real y cobrar la indispensable confianza en sí mismos.

Para ello debe el formador tomar la iniciativa y mostrar a la juventud la necesidad de operar un giro drástico en la orientación metodológica del pensar. Frente a la orientación *objetivista* de gran parte del pensamiento actual, se impone cultivar un modo de pensamiento *dialógico* que se abra al entorno de modo activo-receptivo y lo considere como una trama orgánica de “ámbitos” y no como una suma amorfa de objetos. Si el joven logra hacerse cargo personalmente de la fecundidad de este cambio en el estilo de pensar, dispondrá de una clave certera para comprender la lógica de la creatividad. Esta comprensión concede al joven perspectiva adecuada para juzgar lo que encierra valor y lo que no es sino emboscada tendida a su inexperiencia por la demagogia cultural.

Los jóvenes que carezcan de una formación adecuada no podrán resistir las presiones traumatizantes del entorno<sup>1</sup>. Lamentablemente, los jóvenes no están solos ante su gran problema de configurar la personalidad. Son objeto de ataques sistemáticos, frontales, dolosos, bien articulados. Ello hace particularmente complejo el análisis del problema educativo. Con tanto mayor empeño deben facilitarse a los jóvenes claves de orientación para que ganen la debida perspectiva ante los problemas específicos de la situación actual.

El hombre se halla instalado en un entorno que le ofrece posibilidades de todo género pero le somete a normas, órdenes, estructuras, delimitaciones, instituciones; lo ordena, lo clasifica,

---

<sup>1</sup> En una entrevista concedida al periódico alicantino “Información”, el psiquiatra José Antonio Vallejo Nájera manifestó que muchas jóvenes acuden a su consultorio acosadas por la duda de si constituye un rasgo de anormalidad—frigidéz neurótica, represión, etc.—el deseo de conservar el estado de virginidad hasta el matrimonio. Esta duda traumatizante es provocada por las manifestaciones de quienes—con pretexto de ponerse al día en cuestiones de *liberalización*—intentan crear un clima que satisfaga sus intereses individuales.



frena sus impulsos e iniciativas, le impone deberes, tareas, opiniones, costumbres... He aquí la “imagen del padre”, ante la cual cabe reaccionar de modos diversos:

1. Volviéndole la espalda con resentimiento y entregándose a la “madre” como elemento acogedor de carácter fusional, no ordenador-delimitante. Es el tipo de hombre “venusino”.
2. Alejándose de ella para consagrar todas sus potencias al dominio del mundo considerado como materia sometible al cálculo racional. Es el tipo del hombre “yoico”, que se esfuerza por mantener las riendas del propio equilibrio y poder.
3. Aceptándola con toda energía y sometiendo las virtualidades del yo a los dictados del “superyo”. Estamos ante el tipo de hombre “superyoico”, que sacrifica sus intereses individuales al servicio del ideal que considera supremo.

La meta de la formación humana consiste en integrar estos tres modos de reacción frente a la imagen del “padre” y de la “madre”. Sin perdernos en la maraña de consideraciones de corte psicoanalítico acerca del tema, debemos simple y radicalmente clarificar los diversos modos de unión que puede el hombre fundar con las distintas realidades e instancias del entorno, a fin de comprender de modo bien articulado la posibilidad de asumir sin alienarse todo cuanto encarna la imagen del “padre” e inmergirse en el mundo de valores que simboliza la imagen de la “madre” sin diluirse en una unidad de *fusión*. Los órdenes, las normas, las instituciones, las obras culturales... son realidades “envolventes” que apelan al hombre a inmergirse en ellas de modo activo-receptivo, creando un campo de libre juego, que es el contrapolo del mero empastamiento fusional. El análisis de la experiencia de interpretación musical<sup>2</sup> nos permite ver de cerca que la contraposición entre las figuras de la “madre” y del “padre” no constituye un *dilema* —que desgarraría los términos que lo fundan— sino un *contraste* —que complementa y potencia los elementos que lo forman.

El desconocimiento de las distintas formas como pueden articularse los diversos modos de inmediatez y distancia para dar

---

<sup>2</sup> En *El triángulo hermenéutico* puede verse una descripción amplia de esta experiencia y de las enseñanzas metodológicas que de la misma se desprenden. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *El triángulo hermenéutico*, pág. 132.

lugar a acontecimientos de presencia provoca graves problemas en la vida de los jóvenes. El planteamiento superficial que considera las normas como instancias externas coactivas y la unión amorosa como entrega fusional hace pendular al joven de lo “racional” a lo “irracional”, porque restringe abusivamente el campo del conocimiento racional y relega a la condición desprestigiada de “irracional” todo lo que no presenta las condiciones de la racionalidad científica, considerada —en virtud de graves e inveterados prejuicios— como la única rigurosa.

Estos conceptos de *racionalidad e irracionalidad, interioridad y exterioridad, inmediatez, distancia y presencia* deben ser finalmente clarificados si intentamos lograr que los jóvenes alcancen un difícil equilibrio dinámico entre la trama de impulsos, ideales, actitudes e influencias de todo género a que aluden los términos técnicos “ello”, “yo” y “superyo”.

1. Por voluntad de autonomía, el joven tiende a alejarse de las normatividades, tradiciones, instituciones, ideales vinculantes, instancias y valores suprapersonales, por cuanto parecen exigir al hombre una actitud de sumisión y servidumbre.
2. En busca de plenitud y autenticidad personales, el joven cultiva modos de unión con otras personas que, cuando son inmediatos, espontáneos —en el sentido de que no están transfigurados, “*mediacionados*” por ideales, normas y valores que desbordan a cada una de las personas afectadas—, presentan tal vez cierto grado de intensidad psicológica pero poca fecundidad en orden a crear formas de unidad estables y valiosas. Tras un primer estadio de exaltación sentimental, el joven lúcido siente la precariedad de este tipo de relaciones “fascinantes” que empastan, fusionan, embriagan, arrastran, producen la emoción del vértigo y anulan con ello la posibilidad de crear entre el hombre y lo real un campo de libre juego<sup>3</sup>. La prevalencia del “ello” sobre el “yo” y particularmente sobre el “superyo” constituye una de las características que

---

<sup>3</sup> Es sumamente instructivo confrontar esta tendencia hacia los modos de unión fusionales, indiferenciados, amorfos, con los movimientos “anticulturales” contemporáneos. La “literatura del absurdo”, al plasmar la figura que ofrece el hombre cuando carece de creatividad, nos ha facilitado una clave para interpretar buen número de fenómenos vanguardistas en todos los órdenes.

distinguen la generación actual de jóvenes respecto a otras anteriores. De ahí la tendencia a *vivir fruitivamente* en el momento presente, lo que implica un modo de temporalidad pobre y provoca el tedio.

3. El afán de conseguir un mínimo de amparo y seguridad lleva al joven a incrementar su poder sobre los objetos del mundo a través del saber técnico y el cálculo racional. Pero éste género de dominio manipulador anula la posibilidad de *encontrarse* con las realidades del entorno y agota las fuentes del conocimiento más alto que puede adquirir el hombre: la *sabiduría*, el saber acerca de lo no-manipulable.

Esta triple decepción deja al joven en un peligroso desamparo y desconcierto espirituales. Para abrirlo a horizontes de realización personal, debe ponerse al joven directa y llanamente –al margen de teorías y fantasías más o menos negativas– ante las posibilidades concretas de *ajuste creador con la realidad*, es decir, de *juego*. La múltiple y apasionante experiencia de vinculación lúdica con el entorno redime al joven del pesimismo depresivo y lo eleva a cotas de entusiasmo, sana confianza en sí mismo y equilibrio interno, al hacerle descubrir por experiencia propia que, frente al *ello fusionante*, al *superyo alienante* y al *yo manipulador*, existe la alternativa del “yo ambitalizado”, que se une al entorno sin fusionarse, asume instancias *distintas* de él sin alienarse porque las convierte en *íntimas*, cultiva el saber técnico sin convertir el dominio que reporta en un fin. El “yo ambitalizado” no es un ser tiránicamente crispado sobre sí; es abierto, flexiblemente relajado, entregado confiadamente a la actividad lúdica, imaginativo y sensible, receptivo por todos sus poros a cuanto puede enriquecerle; no rechaza la *herencia* del pasado, las *apelaciones* del presente y las *exigencias* del futuro, porque empieza aceptando la realidad y la vida como un gran campo de juego en el cual, a través de sorpresas y riesgos, se despliega la capacidad creadora y se alumbra el sentido de la existencia y el gozo de vivir y se alcanza la identidad personal –que es, en el hombre, fruto de un movimiento integrador.

Desde la satisfacción que se siente al aspirar el aire del campo y tomar contacto con el oxígeno en las últimas cavidades de los pulmones, hasta la exultación que produce entreverar la pro-

pia intimidad con la de otra persona –distinta pero ya no distante, ni externa ni extraña–, vibrar activamente con una obra musical al recrearla sobre un instrumento, potenciar la capacidad de pilotar un avión con el campo de posibilidades que éste ofrece para lograr esa tercera realidad que es un “avión en acto de volar”, el hombre está afirmando gozosamente la multiplicidad de experiencias plenificantes que hacen posible su instalación en el entorno real<sup>4</sup>.

Por estar abierto a los campos de posibilidades del entorno, el “yo ambientalizado” es fuerte y flexible a la vez, arriesgado y confiado, alejado por igual de las inhibiciones represivas y de la extroversión alienante, de las utopías evasivas y de la repulsa desesperada de la existencia. Este equilibrio le permite estimar sobremanera los valores de la espontaneidad, la autenticidad, la autonomía e identidad personal *sin absolutizarlos*. El gran riesgo del joven actual consiste en dejarse fascinar por la apariencia brillante de tales valores, autonomizarlos con actitud de desarraigo, y avergonzarse de estructurar la vida en función de realidades e instancias que parecen romper ese cerco dorado de autarquía. De esta retracción anti-dialógica procede la tentación siempre acechante en nuestros días de entregarse a la actitud de *cinismo y nihilismo*.

Descubrir las indefinidas posibilidades de juego que abre el hecho de estar en el mundo de modo receptivo-activo, hacerse cargo de las exigencias que debe el hombre cumplir para convertirlas en realidad, poner en forma la capacidad lúdica a fin de poder asumir de modo activo las oportunidades que ofrece el entorno, es la triple tarea de la pedagogía.

La investigación filosófica y teológica más recientes destacan con firmeza la importancia de la aceptación por principio de lo real, la opción confiada a favor de la realidad que nos circunda, nos envuelve nutriciamente y sostiene en cuanto nos abre indefinidas posibilidades de acción. En la juventud se lleva a cabo con carácter definitivo la decisión humana respecto a lo real: decisión a favor de una relación de confianza, de trato mutuo, creador de ámbitos de

---

<sup>4</sup> Pueden verse amplias descripciones de modos diversos de vinculación lúdica con el entorno en LÓPEZ QUINTÁS, A.: *La experiencia estética y su poder formativo*, págs. 145-181.

convivencia; o bien a favor de una relación de reserva, que se traduce en hostilidad y afán de dominio. De esta decisión —expresa o tácita, en todo caso sobremanera eficiente— pende la actitud futura del hombre ante las distintas vertientes de la realidad y, de modo especial, respecto a las cuestiones últimas de la existencia.

Los estudios sobre la juventud actual aportan diversos datos acerca de la actitud religiosa de ésta. Los jóvenes actuales desean modos de experiencia religiosa más espontáneos, creadoramente personales —es decir, fácilmente asumibles con plena lucidez por cada uno—. En la práctica de la vida religiosa el joven quiere disponer de cierta iniciativa y liberarse del sentimiento agobiante de ser conducido desde fuera por potencias *extrañas*. Llevado de su poder intuitivo, rehúye las aglomeraciones masivas que, por ser poco aptas para llegar a la intimidad y al compromiso personal del encuentro, ofrecen el aspecto estático y abotargante de muchedumbres solitarias.

La teoría de la creatividad y la fenomenología del encuentro aportan precisiones del mayor interés en orden a clarificar las fecundas intuiciones germinales que laten en esta manera de sentir de los jóvenes. Para poner al descubierto todo su alcance y su poder transformador de la vida humana, deben realizarse las tareas siguientes:

1. Elaborar una teoría rigurosa de la afectividad, hasta ahora incomprendiblemente relegada en buena medida por la investigación filosófica y teológica<sup>5</sup>.
2. Ampliar el concepto de *experiencia*, potenciándolo con el de *encuentro*, de *presencia*, de inmersión activo-receptiva en realidades “envolventes” que ofrecen al hombre posibilidades diferentes de juego.
3. Clarificar el tipo de experiencias que cabe hacer de las realidades que no son “ob-jetivables” —proyectables a distancia del sujeto—

---

<sup>5</sup> Hay obras que constituyen beneméritos intentos de colmar esta grave laguna. Ver ROLDÁN, A.: *Metafísica del sentimiento*. CSIC, Madrid, 1956; HAECKER, Th.: *Metaphysik des Fühlens*. Kösel, Munich, 2ª ed., 1955; MOURoux, J.: *L'expérience chrétienne*. Aubier, París, 1954 y VON HILDEBRAND, D.: *Afectividad cristiana*. Fax, Madrid, 1968.

por comprometer al mismo que se propone conocerlas. ¿Cómo vive el hombre el “misterio” que alienta en el fondo de su realidad personal por el hecho de participar activamente en el ser? ¿Qué lógica rige la asunción humana de los valores, las costumbres, las instituciones, las tradiciones de diverso orden? ¿Qué criterios orientan su conducta frente a este tipo de realidades que se elevan a un modo de conocimiento exacto, verificable, controlable y son, no obstante, ineludibles en una existencia integral? ¿Qué papel juegan el conocimiento, la voluntad, la afectividad, la capacidad creadora en este género complejísimo de relaciones humanas con lo real?

El escueto planteamiento de estas cuestiones –que trato ampliamente en la *Estética de la creatividad*– nos revela que la aceptación gozosa de la realidad y la vida en toda su misteriosidad, hondura y extraordinaria complejidad no es tarea que pueda realizarse espontáneamente, de una vez para siempre. Exige, más bien, todo un esforzado proceso de maduración que debe ocupar y preocupar la existencia entera del hombre. Las formas más altas de unidad –como muy bien expuso Kierkegaard<sup>6</sup>– han de ser fundadas cada día por ser fruto de un diálogo ininterrumpido, de modo semejante a como el acto de volar implica un constante equilibrio tenso de fuerzas contrastadas, y la airosa belleza de una cúpula ha de ser conquistada en cada momento mediante la solución de los problemas que plantea la fuerza de gravedad.

Todas las cuestiones que imprimen a la pedagogía su peculiar dramatismo ofrecen una riqueza de matices tal que desbordan por principio y fundamentalmente las posibilidades clarificadoras de las corrientes intelectuales inspiradas en un estilo de pensar *mecanicista, reductor, objetivista, cientifista* –limitado al análisis de los objetos de conocimiento que permiten un conocimiento exacto, incomprometido–. Las objeciones que desde este campo unilateral se hagan a la experiencia religiosa, ética y estética son lógicas, pero su punto de partida las descalifica de antemano.

---

<sup>6</sup> KIERKEGAARD, S.: *Dos diálogos sobre el primer amor y el matrimonio*. Guadarrama, Madrid, 1961.

Igualmente descalificadores son los procedimientos que minimizan la importancia de los valores religiosos y morales al someter su valoración al cambiante sentir de la mayoría, al poder de voto, a la tiranía del número, sin exigir que se fundamenten las opiniones de un modo incondicionalmente sincero. Esta relativización de los criterios religiosos y morales abre la vía a todo género de manipulaciones de la opinión pública mediante el uso estratégico del lenguaje. Con ello, las raíces de cuanto hay en la existencia humana de noble y respetable quedan al aire, expuestas a toda suerte de vendavales ideológicos. La pérdida de lo inquebrantable, de lo que ejerce función de roca sobre la que asentar el edificio de la vida es un acontecimiento sobrecogedor para el joven que busca afanosamente una razón sólida para vivir. El pensamiento relativista comienza su andadura con aire juvenil y desenfadado, parece dominarlo todo y estar en el secreto de los más diversos enigmas. A la postre, se convierte en fuente de decepción y pesimismo, pues el único entusiasmo posible en el plano humano viene dado por el encuentro con realidades valiosas, firmemente estructuradas y, como tales, dinámicas. Afectados por el estancamiento espiritual del clima relativista, los jóvenes llegan pronto a la desolada convicción de que los mayores apenas tienen capacidad de legarles nada serio en qué creer. Es éste un momento sombrío que abre una brecha de incredulidad entre los jóvenes y los mayores. Como contrapolo del encuentro —que es origen de luz y dinamismo creador—, esta decisión constituye una fuente de confusión y decadencia.

A menudo, los comentaristas atribuyen la causa de los fenómenos decadentes a las estructuras de la sociedad capitalista. Convendría no aclimatar el espíritu a este tipo de diagnósticos gruesos, echar pie a tierra y analizar los fallos concretos que hacen inviable un desarrollo normal del hombre. Dentro de este plano concreto, el análisis debe concentrarse directamente en los fenómenos de creatividad. Poco importaría, en definitiva, que la generación adulta sintiera un desajuste interior entre los principios que le inculcó en su infancia una sociedad rigorista y el ambiente más liberal que arropó su juventud y adultez si actualmente estuviera en condiciones de mostrar a los jóvenes de forma teórica y práctica la posibilidad de una vida auténticamente creadora, su articulación interna y su fecundidad. En rigor, no es

tanto fidelidad a unos principios lo que exigen los jóvenes de los mayores, sino claves de actuación eficaces y coherentes. El criterio de coherencia y eficacia es interno, se basa en la luz que alumbra el juego mismo de la existencia<sup>7</sup>. Los jóvenes tienen intuición suficiente para captar, al hilo de la vida, qué normas y pautas de acción se muestran fecundas.

Esta fecundidad infunde admiración y respeto, y constituye para el joven una apelación, una invitación a dar respuesta creadora en libertad. Al no ser automática la respuesta, caben dos iniciativas fundamentales por parte del joven: la aceptación o la repulsa. El rechazo de una apelación que se muestra cargada de sentido se realiza siempre con poca convicción, lleva dentro el germen de labilidad que es la mala fe. En cambio, el ataque a una imposición carente de sentido posee la firmeza de la seguridad interior. De hecho, lo que más teme un joven —en condiciones normales— no es el sacrificio sino el absurdo, el sinsentido de una vida sacrificada. Ofrecer a los jóvenes una existencia muelle y vacía es poner las premisas para la forma más tenaz de contestación.

Desde esta perspectiva pueden sin duda comprenderse en su génesis algunas de las preferencias manifestadas por los jóvenes en consultas recientes. Desde 1975 a 1979 se advierte en España una oscilación de la juventud hacia posiciones políticas de izquierda. La estrategia propagandística ha sabido presentar últimamente las orientaciones de izquierda como portadoras de un mensaje neto de justicia social, de igualdad y libertad, de ordenación equitativa de bienes, de seguridad laboral y ciudadana, incluso de rectitud moral. En encuestas realizadas últimamente<sup>8</sup>, los jóvenes reclaman justicia (un 45%), socialización de los bie-

---

<sup>7</sup> Según expuse ampliamente en la *Estética de la creatividad*, el juego —toda forma de juego— se realiza a la luz que él mismo alumbra. De esta espléndida propiedad que ostenta la actividad lúdica se deriva la luminosidad de fenómenos tan significativos en la vida humana como el diálogo, el encuentro, el símbolo, la fiesta, la interpretación poética y musical, la representación dramática, el deporte, etc. Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estética de la creatividad*, págs. 29 ss.

<sup>8</sup> Ver TORREGROSA PERIS, R.: *Orientaciones sociopolíticas de la juventud española de los años 70*. Moneda y Crédito, Madrid, 1972; *III Encuesta Nacional a la juventud 1975*, en "Revista del Instituto de la Juventud", núm. 64, 1976, págs. 1-301; *Informe de la Encuesta sobre la juventud 1977*, en "Cuadernos de Documentación", núm. 1, 1978, págs. 1-207 y GARCÍA MORENO, C.: *L.cit.*, págs. 25-30.



nes de producción (48%), participación en las decisiones de la empresa (41%), trabajo para cada joven (48%), enseñanza gratuita (62%), paz y orden (19%), libertad (9%).

La orientación de la juventud hacia estos valores no tendría sino efectos positivos en caso de poseer una formación adecuada. Pero la lectura entre líneas de diversas encuestas permite descubrir en los jóvenes graves lagunas culturales, sobre todo respecto a las cuestiones básicas de sociología, antropología y ética<sup>9</sup>. La civilización montada sobre la libre circulación de ideas está acosada por el riesgo que entraña el confundir la manipulación de términos y la asimilación rigurosa de conceptos. A diario se sorprende uno al observar que incluso líderes políticos de izquierda desconocen, por ejemplo, los límites exactos que separan el socialismo del comunismo, y carecen de un conocimiento riguroso de los vínculos que unen los conceptos de orden, socialización, libertad de iniciativa, participación... El manejo superficial de tales términos hace inviable la fundación de una forma estable de democracia, entendida como un campo de juego y de iluminación. En tales condiciones, la vida democrática se convierte en caldo de cultivo para toda suerte de demagogias y demás formas larvadas de violencia.

---

<sup>9</sup> Las respuestas dadas a la ya citada encuesta realizada por el psicólogo Enrique Sánchez revelan con frecuencia actitudes vacilantes e incluso contradictorias, lo que pone de manifiesto una falta de perfiles culturales precisos. Así, por ejemplo, hay grupos para los cuales se da una relación negativa entre la actitud religiosa, por una parte, y, por otra, la actitud responsable, la estabilidad emocional y la sociabilidad.

# 6

## LA FORMACIÓN DE LA JUVENTUD EN UNA SOCIEDAD MANIPULADORA Y DESCONCERTADA

La formación de los jóvenes presenta hoy día muy serias dificultades por diversos motivos. El motivo básico radica en la desorientación espiritual que sufre la sociedad contemporánea. para orientarse hay que tener una meta, un ideal claro, y la sociedad occidental perdió el ideal que la propulsaba desde el comienzo de la Edad Moderna en las trincheras de la primera guerra mundial.

En ésta hizo quiebra el “mito del eterno progreso”, la convicción de que si un poco de saber teórico se traduce en una medida proporcional de saber técnico, de dominio de la naturaleza, de seguridad, de confort y felicidad, un saber sin fronteras daría lugar a una felicidad ilimitada. Esta supervaloración del saber que se convierte en poder no abocó a un estado de suprema dicha de la humanidad, sino a la programación racional del exterminio de millones de inocentes. El *Humanismo de la manipulación* se mostró viciado de raíz.

Desde 1918, ningún hombre de buena fe puede acoger el mito del eterno progreso como un ideal por el que vivir. En virtud de la inercia, y a falta de un ideal nuevo que dar a la existencia, la sociedad contemporánea sigue persiguiendo metas de dominio, pero no puede desvanecer la conciencia de hallarse en una vía equivocada y peligrosa. De ahí la desazón espiritual difusa que impregna la cultura actual y que brota a modo de erupción en ciertos fenómenos sociales, como la rebelión de la juventud.

Una sociedad que entiende el humanismo como una cota elevada de poder y asume al mismo tiempo como forma modélica de convivencia el sistema democrático considera indispensable hacer uso constante de la manipulación, del uso estratégico del lenguaje, que permite vencer al pueblo sin necesidad de convencerlo, llevarlo a donde quieren los afanosos de poder y persuadirlo, sarcásticamente, de que se le están concediendo dosis nunca logradas de libertad.

El que desea dominar a las gentes y ser aclamado por ellas como un paladín de la libertad dispone hoy día de un medio sorprendentemente eficaz, siniestro pero contundente: el *lenguaje*. Mediante un lenguaje modelado conforme a las leyes de la estrategia —leyes que urge poner a plena luz cuanto antes para salvaguarda de la mayoría indefensa—, el tirano, el afanoso de dominar a ultranza, puede inducir a las gentes poco avezadas a cuestiones metodológicas a pensar que *todo tipo de libertad hace al hombre libre*. Al amparo de tal equívoco, concede al pueblo los tipos de libertad que facilitan la entrega a modos diversos de vértigo, de fascinación alienante, y le sugiere con aire paternalista que le ha devuelto las libertades. El pueblo, inocente y agradecido, asiente, y encauza su vida por una vía que amengua al máximo su capacidad creadora y su poder de discerniendo. Con ello se hace en extremo vulnerable porque pierde su capacidad de estructurarse en comunidades firmes.

Por esta profunda razón, la primera medida del tirano es fomentar todo aquello que merma la capacidad creadora de las personas y grupos en cuanto los lanza a procesos de fascinación que no unen al hombre con la realidad, antes lo empastan con las realidades seductoras y no le permiten hacer auténtico juego.

El fomento de las diferentes formas de vértigo –juegos de azar, erotismo banal, pornografía, droga, violencia, entrega pasiva a ríos de impresiones sensoriales...– es hoy el arma más eficaz para subvertir los valores de la cultura occidental bajo el señuelo de la restauración plena de las libertades. En la actualidad, las palabras “talisman” –aquéllas ante las cuales todas las capas sociales, incluso las más preparadas, parecen sentir un cierto sobrecogimiento que las inhibe y les impide reflexionar y discernir con seguridad– son la palabra “libertad” y sus concomitantes: *autonomía, independencia, cogestión...* De aquí arranca la dificultad que sienten tantas personas, sobre todo jóvenes, para distinguir debidamente *libertades y libertad personal*. La libertad que desarrolla al ser humano como persona es la *libertad para la creatividad*. Las libertades para entregarse a diversas formas de vértigo destruyen, en mayor o menor grado, la capacidad creadora del hombre, su posibilidad de entrar en juego creador con las realidades valiosas del entorno.

## Formación y ajuste a la realidad

¿Qué hacer para formar a los jóvenes en un clima lastrado de tan graves equívocos que comprometen la posibilidad misma de configurar la personalidad de modo cabal? No hay otra vía que conocer bien la realidad personal –cómo está estructurada, cuáles son sus leyes, sus exigencias, sus posibilidades de desarrollo– y atenerse a ella de modo creador. La realidad es la que manda, y quien se ajusta a su estructura ve coronado su esfuerzo con el éxito.

Este ajuste a la realidad exige al hombre actual todo un cambio de mentalidad. De la mentalidad cerrada, objetivista –que tiende a considerar todas las realidades del entorno como objetos dominables, manipulables– debe pasar a una mentalidad abierta, lúdica, que ve respetuosamente las entidades circundantes como posibles compañeros de juego. Este giro mental opera una profunda transformación en la vida humana. En vez de pretender dominar, se tiende a crear ámbitos de convivencia y encuentro, con lo cual la vida entera se convierte en un campo de fiesta y se llena de sentido.

La mejor biología y antropología actuales no enseñan que el hombre es un *ser de encuentro* que nace prematuramente a fin de acabar de troquelar su ser fisiológico y psicológico en diálogo con los seres del entorno, sobre todo con la madre. El hombre es un ser dialógico que se constituye, se desarrolla y se perfecciona por vía de encuentro. El encuentro es un acontecimiento tan exigente como fecundo. Hay personas que conviven durante una vida entera y no se encuentran, en sentido riguroso, ni una sola vez.

## El encuentro y la lógica de la creatividad

Cuando se comprende a fondo el complejo fenómeno del encuentro, se descubre la *lógica de la creatividad*, la articulación interna de los fenómenos creadores, y se gana una singular madurez espiritual porque se pone uno en situación de clarificar una serie de equívocos y descubrir la relación fecunda que media entre los fenómenos básicos de la vida humana auténtica. Si no se enseña a los niños y jóvenes a comprender de modo experiencial, al hilo de su propia vida, las diversas relaciones que existen entre los momentos que tejen su experiencia de hombres, toda su formación humanística –y, en su culmen, la formación religiosa– estará edificada sobre arena, de suerte que un sencillo golpe de mano, bien asestado por un manipulador que movilice sin escrúpulos los recursos estratégicos del lenguaje, puede anular en un momento la labor educadora de años.

Para inmunizar al joven contra la manipulación debemos hacerle comprender por sí mismo, a base de su experiencia, que lo *distinto*, si es asumido por el hombre como un campo de juego creador, se convierte en impulso de obrar y se hace *íntimo*, sin dejar de ser distinto. Pierde el carácter de distante, externo y extraño, y, por tanto, impositivo, coaccionante, alienante, promotor de inautenticidad. Cuando lo distinto, lo dado desde fuera, lo propuesto al hombre, deja de ser distante, externo y extraño para convertirse en íntimo, en una especie de *voz interior*, promotor de las mejores virtualidades creadoras del hombre, éste traspassa el umbral de la vida estética, ética y religiosa.

Mi experiencia estética de Mozart comienza cuando éste deja de ser para mí un ser lejano en el tiempo y en el espacio para

entrar conmigo en un campo de juego común y hacerse íntimo. Darse cuenta por propia experiencia de que tal forma de intimidad sólo se logra a través de la creatividad, no de la anulación de las distancias físicas, y comprenderlo de forma articulada significa dar un paso decisivo hacia la madurez personal, por cuanto implica descubrir las leyes básicas que rigen la relación del hombre y el entorno y deciden el proceso del desarrollo humano.

Tales leyes podrían formularse esquemáticamente en esta forma: 1) las realidades externas al hombre pueden llegar a formar parte de su intimidad sin que ésta se diluya; 2) lo propuesto y dado al sujeto no se opone siempre a lo proyectado por éste, antes lo lleva con frecuencia a su máximo desarrollo; 3) el hombre se hace *autónomo* cabalmente al consentir en ser *heterónomo*, aceptando de modo activo las posibilidades lúdicas que le ofrecen las realidades de su entorno.

Comprender por propia cuenta que la *libertad* y el *cauce* no se oponen, antes se complementan, es decisivo para la formación porque disipa multitud de malentendidos que debilitan la voluntad creadora del joven y lo lanzan por vías de protesta y desarraigo, a cuyo término se hallan las diversas formas de absentismo y pasotismo.

Un joven empieza a estar formado en el aspecto espiritual cuando logra captar la relación de complementariedad que media entre los fenómenos humanos básicos, tales como vida interior y diálogo con realidades valiosas, desarrollo de la personalidad y vinculación comprometida a la trascendencia, lenguaje y silencio, realización personal y vinculación a estructuras comunitarias, agradecimiento y teísmo, resentimiento y ateísmo, recogimiento y sobrecogimiento...

*Recogerse*, en el aspecto artístico, es *sobrecogerse* ante la grandeza de la obra que nos apela a recrearla asumiendo sus posibilidades lúdicas. Recogerse, en el plano religioso, es dejarse sobrecoger por la riqueza inexhaustible del misterio, que no debe ser definido como lo que no puede ser visto, sino como lo que ofrece al hombre posibilidades inagotables de juego creador y se le revela claramente –si bien no exhaustivamente– al hilo del compromiso existencial. El recogimiento implica una actitud de distensión y relax, pero no del relax que significa *fusión* con

un objeto fascinante, sino del que anula la crispación del yo en sí mismo y lo torna disponible para el encuentro, pronto para la escucha, sensible a toda apelación o llamada a una actividad creadora. El relax que *empasta* es la actitud que conduce al *vértigo*. El relax que *integra* es la actitud que lleva al éxtasis. La diferencia abismal que media entre ambas formas de distensión espiritual es la misma que existe entre la exaltación violenta de la entrega a lo fascinante-orgiástico y la exultación serena de la vinculación a lo valioso.

Comprender de forma aquilatada el sentido de todos estos fenómenos y su mutua relación no es competencia exclusiva de los estudiosos de la filosofía. Es el punto de partida ineludible de toda existencia lúcida que desee tener un norte en la vida y un poder de discernimiento suficiente para distinguir los procesos que llevan a la plenitud personal y los que despeñan al hombre en el envilecimiento.

Este modo de comprensión no pende tan sólo del ejercicio de la inteligencia; implica la puesta en juego de toda la persona. Cuando se adopta en la vida una actitud abierta, dialógica, creadora, se transforma el estilo de pensar y de expresarse. El que hace la experiencia creadora del juego estético, interpretando por ejemplo una obra musical, siente que la obra, en principio distinta, externa y extraña a él, llega a hacersele *íntima*, sin dejar de ser distinta. En la experiencia de encuentro religioso, el Dios trascendente pasa de ser visto como una realidad lejana a convertirse en algo “más íntimo que la propia intimidad” (San Agustín), pues nada hay más íntimo para el hombre que aquello que impulsa su actividad, la orienta y plenifica.

Al descubrir que ciertas realidades valiosas que nos vienen propuestas *desde fuera* pueden convertirse en *íntimas* merced a la acogida creadora que les dispensamos, quedamos en actitud de apertura hacia multitud de instancias valiosas que nos salen al encuentro.

## Formación y encuentro

*Formar es enseñar a hacer posible la fundación de espacios de encuentro en los diferentes aspectos de la vida.* El encuentro

desborda límites, libera al hombre del encapsulamiento egoísta en sí mismo, abre un campo de *trascendencia*, que es el ámbito nato de despliegue de la personalidad humana.

El joven actual desea vivir con intensidad y en plenitud. La propaganda manipuladora lo insta a confundir la *exaltación* abotargante del vértigo con la *exultación* luminosa del éxtasis. El joven acaba desbordado de información, tan agresiva como confusa, y corre peligro de entregarse a la indiferencia. Necesita urgentemente claves de orientación que le enseñen a distinguir quién frena su dinamismo personal y quién lo impulsa. Las claves decisivas radican en varios fenómenos mutuamente conexos: *juego creador, asunción activa de valores, encuentro, fundación de modos relevantes de unidad.*

Toda escuela de formación debe ser, por ello, un ámbito de encuentro, no una mera escuela de adoctrinamiento. Sólo entonces será un *campo de proclamación* del mensaje cristiano, ya que el sentido brota en el encuentro. En éste las palabras son fuente de luz y de vida en el espíritu.

El joven actual se niega a quedar fuera de juego; desea vivir la vida con ardor y dotarla de pleno sentido. Para lograr este noble propósito no tiene sino un camino: estar a la escucha de toda palabra que le invite a una forma de encuentro riguroso, y responder a su apelación con generosidad. Si se acostumbra a hacerlo en la vida diaria, estará en situación de comprender la insospechada fecundidad de la experiencia cristiana, que consiste nuclearmente en escuchar la palabra de Dios y adentrarse en el ámbito de amor y encuentro del que es, a la vez, mensajera y promotora.

Las palabras no son fugaces transmisoras de contenidos de los que hayamos de hacernos cargo. Son como *moradas* en las que hemos de inmergirnos para nutrirnos de su misterio. La comprensión a fondo del alcance de la palabra, el encuentro, el juego creador y otros fenómenos conexos exige una profunda investigación filosófica.

En buena medida, la filosofía contemporánea ha realizado ya este arduo quehacer. Debemos apresurarnos a recoger sus mejores frutos y ponerlos a disposición de la tarea formativa. En la actualidad, quienes estimamos los valores cristianos que se ha-



llan en la base de la cultura occidental y deseamos formar en ellos a la juventud debemos plantear los problemas con la mayor hondura. Si lo hacemos de modo banal o permitimos que otros lo hagan, tenemos la batalla perdida de antemano. Por eso, hoy más que nunca, la filosofía y la pedagogía deben potenciarse mutuamente.

## FUNDAMENTACIÓN FILOSÓFICA DE LA TAREA EDUCATIVA

La complejidad creciente de la vida contemporánea hace de día en día más necesaria una labor educativa *realista*, ajustada flexiblemente a las exigencias de cada situación. En un clima como el actual, tan desenfadadamente abierto a todo género de vendavales ideológicos, no cabe otro género de amparo que una sólida formación filosófica. Diagnosticar es casi dominar. Un joven que tiene capacidad de discernir en qué nivel de la realidad se mueve un autor, qué metodología tiene en la base de su discurso, qué actitud adopta frente a lo real, se halla bastante a resguardo de las estrategias manipuladoras. Esta capacidad de discernimiento la adquiere el joven si los mayores le enseñan a reflexionar sobre la experiencia creadora que ya posee –y que tal vez ignora en gran medida– y tematizarla, en orden a comprender cómo se halla articulada, cuál es su sentido más hondo y cómo puede ser promocionada a niveles superiores.

### La experiencia de instalación en lo real

Del acervo de experiencias que ha realizado todo joven, debe analizarse en primer lugar la experiencia nuclear de instalación

en lo real. De ella parten todos los caminos de la vida. ¿Cuál es mi relación primaria respecto a lo real: de aceptación o de repulsa, de confianza o de sospecha, de apertura o de retracción? Y, dando un paso más hacia lo profundo, ¿está *instalado* el hombre en lo real, o se halla, más bien, *arrojado*? El lenguaje tiene un gran poder expresivo y orienta al pensamiento por vías muy precisas de investigación. Al decir *arrojado*, se prejuzga que el entorno humano es inhóspito y no ofrece al hombre campos de posibilidades de creación y fecundo despliegue. Al decir *instalado*, se acepta que el entorno se presenta al hombre como algo *envolvente*, es decir, como un campo de juego en el que puede inmergirse de modo activo-receptivo, asumiendo las posibilidades que le otorga. Tal asunción funda entre el hombre y el entorno un ámbito de participación que ilumina gradualmente el sentido cabal de ambos, entorno y hombre. La hermenéutica contemporánea –siguiendo rutas abiertas por Dilthey– ha llegado a la convicción firme de que *el sentido brota en el encuentro*. Tomando este hallazgo como punto de partida, se inicia una orientación filosófica que podríamos denominar *antropología del sentido*.

Los pensadores que no advierten la posibilidad de fundar con el entorno campo alguno de inmersión co-creadora no aceptan la posibilidad de alumbramiento de sentido y se orientan hacia una *antropología del absurdo*, entendiendo *absurdo* en sentido técnico, al modo, por ejemplo, de A. Camus<sup>1</sup>. La desconfianza radical respecto a la posibilidad de crear con el entorno campos de juego procede con harta frecuencia a la suposición acrítica de que lo *distinto* es inevitablemente *distante, externo y extraño*<sup>2</sup>. Al estar dotado de espíritu, el hombre gana poder de distanciarse del entorno y deja de hallarse ajustado en él de modo ineludible, como lo está el animal merced a sus “instintos seguros”. Esta *distancia* respecto a lo real ¿implica fatalmente *alejamiento*, o puede dar lugar a formas de unidad? El Vitalismo se inclina a pensar que la forma modélica de unidad es la que no entraña

<sup>1</sup> Ver CAMUS, A.: *Le mythe de Sisyphe*. Gallimard, París, 1942<sup>59</sup>.

<sup>2</sup> Las graves consecuencias que este punto de partida acarrió al pensamiento de Ortega son puestas de manifiesto, de forma sistemática, en mi obra *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*.

riesgo alguno de escisión. La condición racional del hombre es comprada –a su entender– al precio excesivo de la inseguridad. La irrupción del espíritu en el sereno mundo animal provoca un desajuste irreparable entre el hombre y el entorno. Esta interpretación de la *distancia de perspectiva* como *distancia de alejamiento* lleva al Vitalismo a considerar despectivamente el espíritu como “tumor que le ha salido a la vida” (L. Klages), la despega del entorno y la abandona en una indecisa tierra de nadie.

En su línea de confianza básica, la antropología del sentido advierte, gratamente sorprendida, que en la relación *hombre-entorno* surgen posibilidades inéditas, sorprendentes. La antropología del absurdo tiende a limitar por principio las posibilidades humanas, al estimar que éstas deben ser observables como algo que viene dado a modo de objeto.

La antropología del sentido concibe las realidades envolventes del entorno como promocionadoras de la libertad humana. Por eso no teme correr el riesgo de entregarse a la aventura de la creatividad, que eleva al hombre a lo mejor de sí mismo. La antropología del absurdo interpreta la entrega a lo envolvente como una *salida de sí* en falso que conduce a la *alienación* humana, a la pérdida de la libertad e identidad personales.

La antropología del sentido se asienta en la concepción básica de que la auténtica cercanía respecto a lo real la consigue el hombre cuando funda una forma de inmediatez-a-distancia, inmediatez mediacionada. (Recuérdese la exultante experiencia de la canción en *La náusea* de Sartre). Este modo relevante de inmediatez se alcanza cuando el hombre establece una relación creadora con las realidades del entorno a las que toma como centros de iniciativa, lugares de vibración de diversas líneas de sentido, no como meros objetos, entidades opacas, rígidamente delimitadas.

La antropología del absurdo tiende a buscar la vecindad con lo real en formas de inmediatez *fusionales* a las que se aboca mediante una experiencia de relax extremo, de descenso a niveles de no creatividad, de no compromiso personal. (Recuérdese la oprimente experiencia de la raíz en *La náusea* de Sartre<sup>3</sup>). El

---

<sup>3</sup> Un amplio análisis de esta obra puede verse en mi *Estética de la creatividad*, págs. 367-409.

deseo de liberarse de la creatividad responsable lleva al intento desesperado de explicar al hombre por lo inconsciente, lo involuntario, lo irracional. Desde el período de entreguerras se observa en Occidente una nostalgia irreprimible por el mundo infrahumano, infracreador, infrarresponsable. Ser “responsable” significa primordialmente mostrarse capaz de *responder* a las *apelaciones* del entorno, es decir, a la invitación que nos hacen ciertas realidades valiosas a asumir los campos de posibilidades que nos ofrecen y crear un campo de juego común. Este campo de juego es un ámbito de encuentro. Al rehuir la responsabilidad, el hombre contemporáneo se aleja del plano de creatividad en que se da el encuentro. El encuentro, en sus diversas formas, es la “urdimbre” que vertebra la vida del hombre a lo largo del proceso de desarrollo personal. La nostalgia por el mundo a-ético, pre-ético, no-creador de ámbitos, obedece al afán de liberarse, de no comprometerse con las responsabilidades humanas que implican abisales riesgos. Al comprobar el desajuste que se da en el hombre actual entre el poder que posee sobre la realidad y la falta de una sólida ética del poder, los pensadores actuales sienten temor ante la vertiente del hombre que funda la racionalidad, la capacidad creadora y la responsabilidad: el *espíritu*. Pero, al renunciar a la vida en el espíritu —con sus graves exigencias, sus peligros y sus inmensas posibilidades—, el hombre bloquea el desarrollo de su ser personal y provoca el deprimente fenómeno del cretinismo espiritual. La conciencia lúcida de este estado anormal suscita en el ser humano sentimientos de tristeza, angustia y desesperación. Ello explica como perfectamente lógica la aparente paradoja de que, al exaltar la vida y depreciar el espíritu para rehuir el riesgo de la creatividad, se anule de raíz la fuente del amparo humano<sup>4</sup>.

La antropología del sentido percibe cada día con mayor claridad que la figura auténtica del hombre únicamente puede ser

---

<sup>4</sup> Ver BOLLNOW, O.F.: *Neue Geborgenheit. Das Problem einer Ueberwindung des Existentialismus*. Kohlhammer, Stuttgart, 1955. Es aleccionador recordar a este respecto que para Rilke y, con ciertas diferencias de matiz, también para Heidegger, la única forma de amparo auténtico que puede encontrar el hombre se da en el campo de “lo abierto”, es decir —a mi entender—, de los campos de juego que el hombre funda en vinculación activo-receptiva con el entorno.

clarificada a medida que se descubren las grandes posibilidades experienciales del mismo en todos los órdenes: científico, moral, estético, deportivo, político, religioso. El hombre perfila su figura de modo dinámico-relacional, en diálogo creador con las entidades más relevantes de su circunstancia. Este diálogo constituye una trama extraordinariamente vivaz de apelaciones y respuestas. La persona, en cuanto tal, sólo existe cuando responde positivamente a las apelaciones que se le hacen en orden a poner en juego sus posibilidades creadoras.

Esta figura humana deviniente, fruto de una interrelación creadora, no puede ser captada de modo puramente especulativo. Lo que una persona da de sí se conoce en el trato, en la interacción de su ámbito de realidad con el nuestro y con todos los ámbitos que integran su entorno.

Se alumbra aquí un modo “ambital”, relacional, dialógico, de realidad y de verdad. Al hacerse cargo de ello, el pensamiento contemporáneo operó un cambio en el estilo de pensar: del pensar objetivista, modelado sobre el análisis de las cosas u objetos, al pensar relacional, constelacional, ambital, lúdico, modelado más bien sobre el trato creador con entidades que son “ámbitos” de realidad, no limitan como los meros objetos, presentan un carácter “envolvente” y ofrecen al hombre campos inexhaustibles de posibilidades de acción.

En virtud de este giro metodológico, lo que suscita hoy el máximo interés de la antropología del sentido no es tanto descubrir la “arqueología” del hombre —los estratos más profundos y originarios de su complejo dinamismo personal— sino, por así decir, su “escatología”: cómo debe llegar a ser, qué figura debe alcanzar, cómo ha de realizarse, cuál es la lógica que articula su proceso de realización. Esta orientación exige una gran flexibilidad en el modo de pensar. No es ilógico que la antropología del sentido se esfuerce por superar clisés estereotipados, romper las barreras artificiosas que escinden las diferentes vertientes del ser personal, conseguir una visión integradora del hombre, superar la visión fijista, cosista, del ser humano, orientándose hacia formas de interpretación dinámicas, interaccionales, “ambientales”, que no sean ni optimistas ni pesimistas, ni espiritualistas —en el sentido de angelicalmente desligadas de lo corpóreo— ni materia-

listas –atenidas unilateralmente a la vertiente del ser humano mensurables, asibles, científicamente analizables–. La antropología del sentido quiere ser sencillamente *realista*, hacer justicia a esa realidad compleja, creadora, espléndidamente ambigua y cambiante que es el ser humano.

A principios de siglo se emprendió con talante de cruzada la tarea de “desenmascarar” las concepciones del hombre que parecían derivar hacia actitudes optimistas por ignorar la existencia de vertientes de la realidad humana no accesibles a simple vista pero temiblemente operantes. Tras la conmoción –en parte saludable– que produjo este aldabonazo, la antropología actual se cuida de que la actitud cautelosa impuesta por “los filósofos de la sospecha” no degeneren en afán reduccionista a ultranza. Se reconoce de buen grado que las antropologías elaboradas “de arriba abajo” pecaban a menudo de apriorísticas y un tanto ingenuas, y necesitaban el saludable correctivo de la investigación empírica, concreta, cultivada por las antropologías que proceden “de abajo-arriba”. Pero se pone en claro, asimismo, que estas últimas cometen un error metodológico nada leve cuando confunden lo *primero* con lo *primario*, lo *ineludible* con lo *fundamental*. El hombre no es un edificio del todo hecho cuyos fundamentos se trate de descubrir y analizar y someter a revisión. El hombre es un ser itinerante, que debe ir troquelando su figura en vinculación creadora a las realidades del entorno. Este proceso configurador engendra virtualidades nuevas que abren al hombre posibilidades insospechadas. En virtud de esta condición perfectible del ser humano, una visión “arqueológica” del mismo –al modo de ciertas corrientes psicoanalíticas– se presenta como inevitablemente parcial y puede tener efectos perturbadores sobre el desarrollo del hombre si quiere erigirse en árbitro absoluto de la existencia humana, de lo que el hombre es y puede ser y del sentido de su vida.

Toda orientación reduccionista suele ejercer un especial conjuero sobre quienes desean soluciones fáciles y drásticas, pero desazona gravemente a quien no ignora que la única solución verdadera arranca siempre de la verdad *integral*.

La antropología filosófica debe clarificar cómo se estructura el ser complejo del hombre, qué vínculos y dependencias existen

entre sus diferentes planos o estratos, y con no menor empeño ha de estudiar las leyes del desarrollo del hombre: cómo se perfecciona, cómo evita la alienación, la angustia y desesperación, cómo se libera del absurdo y del tedio, cómo convierte el trabajo en juego creador, qué tipo de relación sostiene con los valores, con las realidades éticas, estéticas y religiosas.

Esta vertiente “teleológica”, “utópica”, “escatológica” —o como quiera llamarse—, vertiente que mira al futuro con esperanza de alcanzar cotas más elevadas, es dejada de lado, es puesta de hecho fuera de juego por las diversas formas de *reduccionismo*, procedimiento estratégico de reducción de realidades complejas, originarias, a algunos de sus elementos integrantes. Este proceso reduccionista suele llevarse a cabo merced a la ambigüedad que presenta el lenguaje cuando se lo manipula con fines estratégicos. El reduccionismo responde a una actitud de violencia y dominio. Las máximas formas de violencia política arrancan de procesos reduccionistas más o menos larvados, como es la reducción del *tú* a *ello*. Si se quiere someter a un pueblo a total vasallaje convirtiéndolo en manipulable a modo de objeto, la medida primera a tomar es reducir su condición *comunitaria* a condición *colectiva*, rebajando las personas al nivel de meros individuos. La clave para ello consiste en anular la relación fecundante del hombre con lo valioso a fin de que viva entregado a lo banal y amengüe al máximo su capacidad creadora. No sin hondas razones se desconfía hoy de ciertas posiciones filosóficas adoptadas por antropólogos que en principio se ganaron un bien merecido prestigio en el campo acotado de una especialidad. (Freud, Lévi-Strauss, Foucault son nombres bien conocidos a este respecto).

Pese a toda la cautela que nos impone la visión denominada “profunda” del hombre, podemos confiar en la fecundidad sin límites de la dimensión creadora del ser humano, ya que la creatividad de éste no pende sólo de sus *potencias* sino de la integración de éstas en diversos *campos de posibilidades*, y la existencia y calidad de estos campos no puede ser delimitada de antemano. Si ciertos fenómenos humanos son provocados por acontecimientos de represión, muchos otros —no los menos valiosos— son fruto espléndido de la inmersión creadora, activo-receptiva, del hombre en realidades valiosas. La lógica de la



creatividad personal está en buena parte sin elaborar y nos tiene reservadas sin duda muy consoladoras sorpresas.

Actualmente, se registra un amplio movimiento científico y filosófico que no toma como módulo de realidad los casos patológicos o degenerativos de la existencia. Para saber con cierta aproximación lo que es en verdad el hombre, cuál es su alcance, hasta dónde llegan sus posibilidades de todo orden, no basta analizar la figura que ofrece el ser humano cuando es víctima de una alteración patológica. Se debe, sobre todo, estudiar a fondo lo que implican las experiencias cumbre (experiencias de "éxtasis") que realiza el hombre en sus momentos de máxima efectividad. Esta orientación eminentemente positiva da razón cumplida de la amplia audiencia y el profundo eco que han obtenido las obras de psicólogos como C.R.Rogers y A.H.Maslow.

Se advierte hoy día cierta prisa por elaborar esta *lógica de los procesos creadores*. Aquí y allá se realizan esfuerzos por descubrir la interna articulación del nexo entre el hombre y los seres del entorno, sobre todo los demás hombres, los valores de todo orden, las instituciones. A mi entender, es hora ciertamente de ponerse a trabajar en esta tarea de modo sistemático, a fin de clarificar a fondo qué implica y cómo se realiza el dinamismo creador humano, qué virtualidades hace surgir, qué nuevos horizontes abre, a qué niveles de experiencia eleva al hombre. (Limitarse a analizar *estáticamente* la figura que el ser humano presenta en un determinado momento da lugar a una antropología extremadamente precaria).

A esta tarea se viene aludiendo en Europa desde la importante década que va del 20 al 30 cuando, en numerosos escritos, se anuncia un cambio de mentalidad. *Das neue Denken* (H. Herrigel), *Umbruch des Denkens* (Th. Steinbüchel), *Vers le concret* (J. Wahl), *El tema de nuestro tiempo* (Ortega y Gasset) son títulos expresivos de una especie de clima de aurora cargado de *tensiones*. La tensión procedía fundamentalmente de un desajuste, del desnivel entre la fecundidad de la intuición del carácter relacional de la realidad y la precariedad del método que se aplicaba en su estudio. No se poseía un método de pensamiento apto para descubrir la firmeza peculiar de las realidades *relacio-*

nales. El espectro del *relativismo* se alza como un telón de fondo tras los diferentes movimientos contemporáneos hacia lo concreto, lo relacional y móvil.

Desde Dilthey y Husserl, el dramatismo del pensamiento contemporáneo procede en buena medida de la necesidad de superar el relativismo sin renunciar a la movilidad y flexibilidad de lo relacional. La antropología actual intenta resolver este problema de la única forma adecuada: poniendo al descubierto toda la riqueza y densidad de lo relacional, y cultivando, correlativamente, un modo de “pensamiento en suspensión” (Jaspers), estilo sinóptico de pensar que tiende a captar en bloque los fenómenos, acontecimientos y realidades irreductibles, sin intentar reducirlos a alguno o algunos de sus elementos integrantes.

El estilo de pensar logra modos de *vecindad eminente* respecto a lo real entorno y permite al hombre fundar con éste campos de juego en que florece la libertad y se alumbraba el sentido.

El estilo de pensar dialógico mostrará todo su alcance y su fuerza clarificadora cuando se elabore una teoría rigurosa de las realidades relacionales (del “entre”, en expresión de Martin Buber), y los pensadores adapten su mente a la orientación dialógica y al concepto relacional de realidad que lleva a su base<sup>5</sup>.

Tal adaptación sólo podrá realizarse cuando el hombre actual se libere de la fascinación que ejerce sobre su ánimo el estilo de pensar objetivista. Los hombres tendemos a asirnos a lo objetivo por lo que tiene de confiado, manipulable, asible, delimitado. Creemos estar con ello a resguardo, pero corremos peligro de tomar indiscriminadamente las realidades todas del entorno como *medios para* nuestros intereses manipuladores<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Sobre la fecunda alteración operada en el concepto básico de realidad y —correlativamente— en el de verdad, puede verse mi obra *Cinco grandes tareas de la Filosofía actual. La ampliación de la experiencia filosófica*. Gredos, Madrid, 1977, págs. 120-134. A la amplia bibliografía aducida en la página 134, procede añadir las obras siguientes: VAN PEURSEN, C.A.: *Wirklichkeit als Ereignis*. Alber, Friburgo, 1965, y SCHULZ, W.: *Der Philosophie in der veränderten Welt*. Pfullingen, 1972.

<sup>6</sup> JASPERS, K.: *Der philosophische Glaube*. Piper, Munich, 2ª ed., 1954, pág. 20: “Como cae el gato sobre las cuatro patas, caemos nosotros una y otra vez en la objetividad asible (...). Quisiéramos, por así decir, conservarnos sanos asiéndonos a nuestros objetos: quisiéramos evitar el renacimiento de nuestro ser que se opera en el trascender”.

Esta reducción injusta parece en principio incrementar nuestro poderío personal, pero pronto muestra su capacidad disolvente. Con realidades depauperadas el hombre no puede crear campos de juego y, como en éstos se alumbra el sentido y florece la libertad, queda sometido a una situación de *asfixia lúdica*, envarado y en tinieblas. Ese estado de asfixia es plasmado de modo impresionante por la “literatura del absurdo”.

La mentalidad objetivista anula de raíz la posibilidad de crear el juego de la vida comunitaria. De ahí su temible poder destructivo. La mentalidad relacional-ambital descubre las posibilidades ilimitadas del juego interpersonal e impulsa al hombre a la aventura diaria de crear formas de *existencia en unidad*. Desde la perspectiva relacional-ambital, la unidad que es fruto de una esforzada labor creadora se presenta como una *meta*, no como mero medio para adquirir fuerza.

La filosofía actual, bien secundada por el pensamiento científico, está descubriendo de día en día con mayor nitidez las virtualidades que posee la unidad y las riquezas de todo género que hace surgir la apertura a la alteridad y la vida de convivencia.

Desde antiguo se adivinó un nexo enigmático y fecundo entre la unidad, la verdad, la bondad y la belleza. La belleza –se afirma desde Platón incesantemente– es el “esplendor del orden”. La filosofía se halla hoy en una cota de madurez intelectual suficiente para descubrir que el tipo de orden fundador de bondad, belleza y verdad tiene un carácter dinámico y sorprendente y es fruto en buena parte de la capacidad creadora –configuradora de órdenes– que adquiere el hombre cuando vive hasta sus últimas consecuencias su instalación básica en lo real.

La vida del hombre es buena, verdadera y bella cuando se halla debidamente estructurada. La estructura constituye la fuente radical del dinamismo configurador. La configuración es el género de orden que confiere a los seres solidez y belleza. En el plano humano, la ordenación estructuradora debe lograrse creadoramente por vía de comunicación. Comunicarse los seres personales no es una actividad *consecutiva* a la formación del propio ser. Es un momento *constitutivo*. He aquí la razón profunda por la cual la significación de la vida comunitaria se acrecienta al máximo cuando se entiende al hombre no como un

*objeto* sino como un *ámbito de realidad* que se desarrolla relacionándose con otros ámbitos y dando lugar a ámbitos de envergadura superior.

Esta relación mutua de ámbitos se lleva a cabo en el campo viviente de la palabra, vista en todo su poderío creador. El pensamiento relacional logrará su plena eficacia cuando sea puesto en estrecha conexión con la teoría de la creatividad, de los “ámbitos” y del lenguaje. En frase sugestiva de Urs von Balthasar, “no se pone impunemente en el centro de la filosofía al hombre real y vivo”<sup>7</sup>.

Uno de los mayores servicios que la filosofía puede prestar a la cultura actual radica en consolidar el giro iniciado a buen paso hace unos decenios hacia un modo de pensar dialógico, constelacional, relacional, que supere años luz la temida labilidad del pensamiento relativista. Las bases para esta superación están siendo firmemente establecidas en el pensamiento actual. Por lo que toca a España, destacan en esta labor el “correlacionismo” de Angel Amor Ruibal, el “realismo respectivista” de Xavier Zubiri y la metafísica experiencial de Luis Cencillo<sup>8</sup>.

Sobre la fecundidad de la relación interpersonal —uno de los grandes temas de la filosofía contemporánea— se encuentran precisiones muy valiosas en los pensadores existenciales y personalistas. Que este filón investigador no está exhausto sino abierto a horizontes de gran alcance lo prueba la orientación filosófica de un pensador hebreo inspirado en la gran escuela de diálogo que es la palabra bíblica: E. Levinas<sup>9</sup>.

Para asumir de modo creador las amplias posibilidades que dichas orientaciones filosóficas ofrecen en orden a la elabora-

---

<sup>7</sup> VON BALTHASAR, H.U.: *El problema de Dios en el hombre actual*. Guadarrama, Madrid, 1960, pág. 108.

<sup>8</sup> Ver AMOR RUIBAL, A.: *Los problemas fundamentales de la filosofía y el dogma*. Santiago de Compostela, 10 vols., 1914-1922, 1933-1936; ZUBIRI, X.: *Sobre la esencia*. Madrid, 1962, e *Inteligencia sentiente*. Alianza, Madrid, 1980. De la amplia bibliografía de Luis Cencillo encierran singular interés en este contexto las obras siguientes: CENCILLO, L.: *Experiencia profunda del ser. Bases para una ontología de la relevancia*. Gredos, Madrid, 1959; *Tratado de las realidades*. Madrid, 1971; *Tratado de la intimidad y de los saberes*. Madrid, 1971, y *Método y base humana*. Madrid, 1973.

<sup>9</sup> Ver LEVINAS, E.: *Totalité et infini. Essai sur l'exteriorité*. M. Nijhoff, La Haya, 1961.

ción de un sólido sistema educativo, se deben someter ambas corrientes a una revisión metodológica radical. Por falta de una metodología aquilatada, los escritos personalistas y existenciales presentan a menudo una andadura ambigua, poco precisa, a medio camino entre la filosofía, la sociología y la literatura piadosa. Esta posición oscilante encubre en no leve medida las valiosas aportaciones de tales sistemas filosóficos al problema educativo<sup>10</sup>.

Poniendo en juego una metodología filosófica cuidadosa, se puede ahondar en la intención nuclear de diferentes concepciones filosóficas, psicológicas y pedagógicas actuales, advertir su afinidad de base e integrar sus aportaciones más relevantes.

### Hacia una “psicología lúdica”

En su conocida obra *El hombre autorrealizado*<sup>11</sup>, Abraham H. Maslow señala la conveniencia de superar la psicología humanista –“Tercera Fuerza Psicológica”– hacia una “cuarta psicología”, “psicología transpersonal, transhumana, centrada en el cosmos más bien que en el bien y necesidades del hombre, que trascienda la naturaleza del hombre, su identidad, autorrealización, etc.”.

Para que la valiosa intuición latente en la obra de Maslow y la gama de buenas intenciones que guían a los promotores de la pedagogía creativa, no-dirigida, autorrealizadora del hombre, impulsora de una “Escuela Nueva” basada en la “pedagogía del asombro”<sup>12</sup> se concreten en una orientación pedagógica ajustada a la realidad integral del ser humano, es ineludible realizar una labor filosófica de clarificación radical de términos, esquemas

---

<sup>10</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *El triángulo hermenéutico*, págs. 371-415.

<sup>11</sup> MASLOW, A.H.: *El hombre autorrealizado*. Kairós, Barcelona, 3ª ed., 1979, pág. 12.

<sup>12</sup> Ver LEGRAND, L.: *Pour une pédagogie de l'étonnement*. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1972. Sobre la relación entre “creatividad” y “educación nueva”, ver BEAUDOT, A.: *La creatividad en la escuela*. Studium, Madrid, 1973; WITTNER, J.: *Pour une révolution pédagogique*. Universitaires, París, 1968; MIALARET, G.: *Education nouvelle et monde moderne*. PUF, París, 1966, y BLOCH, M.A.: *Philosophie de l'Education Nouvelle*. PUF, París, 1948.

mentales y niveles de pensamiento. Si se utilizan expeditivamente los términos *fusión* y *fusional* para designar formas de *integración* que implican una *unión a distancia*, unión funcional dentro de un campo de juego; si se interpreta la filosofía de la vida como un posible “sustitutivo de la religión”; si se consideran como sinónimos *individuo* y *persona*, *colectividad* y *comunidad*, y se vinculan indiscriminadamente los fenómenos de *vértigo* y de *éxtasis*, será inviable mostrar el sentido rigurosamente *humanístico* de esa entrevista psicológica “lúdica” que no polariza su atención en el hombre considerado como “individuo que intenta realizarse”, sino en el campo de juego que se funda entre la realidad y el hombre que desarrolla sus virtualidades específicas.

Al ser relacional, lúdica, ambital, esta forma de psicología no es “transpersonal” y “transhumana” –como sugiere Maslow–, no se centra en el cosmos, visto como un complejo de realidad situado en una región exterior al hombre. El juego es un acontecimiento creador de ámbitos en los que se desborda felizmente el esquema “interior-exterior”. La vida estética y ética y –consiguientemente– la existencia humana auténtica comienzan cuando el hombre da el salto de la actitud de manipulación egoísta de objetos a la de creación altruista de ámbitos en vinculación a lo real.

Lograr una comprensión adecuada de lo que implica dicho *salto* –concepto decisivo en la filosofía existencial de Kierkegaard, Heidegger y Jaspers–, y realizar la conversión espiritual a que alude es el presupuesto básico de una psicología y una pedagogía auténticamente *realistas*, plegadas a la condición creadora del hombre. Cuál es el sentido y alcance de la creatividad, en qué circunstancias de la vida se realiza, a qué experiencias da lugar, cómo se articula internamente, qué exigencias plantea y qué fecundidad ostenta en orden a la realización plena del hombre; estas sutiles cuestiones deben ser analizadas en pormenor y con extremada finura si se quiere ofrecer a la juventud un programa de acción atractivo, coherente y sólidamente fundado.

## La lógica de la creatividad

Para comprender la articulación interna de los procesos creadores, deben clarificarse las cuestiones siguientes:

1. Cuándo y bajo qué condiciones entra el hombre, al relacionarse con el entorno, en lo más noble y logrado de sí mismo. La intimidad verdadera se alcanza cuando se crean, en vinculación con otras realidades, ámbitos fecundos de interacción, en los cuales las categorías objetivistas “mío” y “tuyo”, “dentro” y “fuera”, “interior” y “exterior” dejan de enfrentarse dilemáticamente para entrar en relación de “contraste” y complementación. Al darse esta interacción complementaria, el hombre se libera de la crispación en el propio yo y empieza a cultivar una mentalidad relacional.

“La intimidad llega cuando un individuo es capaz de equilibrar el dar y el recibir y puede proponerse satisfacer a otro en lugar de buscar meramente la propia plenitud y realización”<sup>13</sup>.

La intimidad no es un fenómeno privativo de las relaciones interpersonales. Se da cuando hay entreveración de dos o más ámbitos de realidad que crean un campo de juego común. Piénsese en las formas de unión funcional que se establecen entre el avión y el piloto, el pianista y el piano, y fundan dos campos de juego: el del volar y el del interpretar. Estos *espacios lúdicos* o *ámbitos* presentan virtualidades sorprendentes. El conocimiento temprano de las mismas confiere agilidad y hondura a la tarea formativa.

2. Papel que juegan en esta fecunda apertura del hombre al entorno las diversas realidades “envolventes”, campos de posibilidades que son *distintos* del que se inmerge en ellos de modo activorreceptivo pero pueden llegar a serle *íntimos*, de modo que, en vez de *alienarlo*, promocionan su identidad personal.
3. Condición *libre* y a la vez *relegada* –sometida a normas– de esta apertura lúdica del hombre al entorno. Todo juego crea ámbitos –campos de posibilidades de acción– bajo el cauce de ciertas normatividades. La verdadera creatividad humana no viene dada por el vagabundeo desarraigado y amorfo, sino por las formas rigurosas de juego (en todas sus vertientes: deportiva, estética, laboral, interpersonal, ética, religiosa...). Si se reduce la amplia

---

<sup>13</sup> Ver LIDZ, TH.: *La persona. Su desarrollo a través del ciclo vital*. Herder, Barcelona, 1973, pág. 435.

gama de posibilidades lúdicas del hombre a una sola de ellas, por importante que sea, se contrae su relieve personal, se lo desambitaliza en alto grado y desequilibra, acercándolo peligrosamente al estado de asfixia lúdica.

4. Nexo profundo entre el carácter personal, existencialmente comprometido de la instalación humana en la realidad y la actitud de entrega acogedora a realidades valiosas que apelan a una labor creadora. Necesidad de no contaminar entre sí los conceptos de *experiencia personal* y *subjetividad desarraigada*, *poder de iniciativa* y *desvinculación autosuficiente*.
5. Vínculo que media entre la adultez y la capacidad de abrirse de modo libre, lúcido y co-creador a las entidades más relevantes del entorno a fin de crear ámbitos de realidad cada vez más valiosos, campos de juego donde se pone en acto la libertad, se alumbra el sentido y brota la belleza.
6. Razón profunda por la cual esta forma de interacción del hombre con el entorno da lugar a los modos de inmediatez eminente que llamamos “presencia”. *Independizado* de los padres en medida creciente a lo largo de la infancia y adolescencia, el joven se *vincula* a otras realidades del entorno sin perder la *distancia de perspectiva*. Esta integración de modos de inmediatez y distancia funda modos de *unidad* relevantes que constituyen para el joven *campos vivientes de despliegue* y *madurez personal*. El logro de un género de inmediatez superior exige la superación de modos de inmediatez inferiores. Ello explica que el joven luche denodadamente por superar la unidad simbiótica con sus padres y no dude en vincularse a una persona ajena a la familia –a las fuentes primarias de vida–, totalmente desconocida hasta un momento determinado y en buena parte enigmática. El joven renuncia a la seguridad de la unión biológica para correr el riesgo de la creación de ámbitos, de campos de juego. A medida que adquiere experiencia, el joven gana la perspectiva necesaria para ver los acontecimientos en su contexto y hacerse cargo de que la libertad no radica en la entrega al halago fácil de impresiones placenteras, huidizas, carentes de creatividad, sino en el compromiso esforzado con realidades que pueden ser para uno auténticos compañeros de juego. Este descubrimiento confiere al joven gran libertad res-



pecto a las formas fusionales de unión con el entorno y de exaltación individual a través de todos los tipos de vértigo. Tal libertad se traduce en mayor control afectivo, perseverancia en la marcha hacia metas elevadas, claridad de juicio en cuestiones relativas al sentido de la existencia.

#### 7. Oposición polar entre las experiencias de *vértigo* y de *éxtasis*.

### Confrontación sistemática de las experiencias de vértigo y de éxtasis

Pocos recursos pedagógicos se muestran tan eficaces como el de ayudar a los jóvenes a ver con claridad la articulación interna de las experiencias de *vértigo* y las de *éxtasis*, las de entrega no-creadora a lo *inmediato* y las de relación creadora a lo *profundo*. Conviene, por ello, ampliar y profundizar aquí algunas precisiones ya esbozadas anteriormente.

En diferentes escritos, Kierkegaard describió morosamente “los tres estadios en el camino de la vida”<sup>14</sup>. “Estadio” significa aquí un modo de concebir y realizar la propia existencia. Cada tipo de *actitud ante la vida* presenta una lógica peculiar, una articulación interna que engrana los diversos momentos de la actividad humana y lleva al hombre a situaciones de máxima degeneración o de plena autenticidad.

El primer estadio es constituido por el hombre “estético”<sup>15</sup>, el hombre que autonomiza la sensibilidad y se atiende primordialmente a las vertientes de la realidad sensibles, manipulables, poseíbles, susceptibles de ser captadas de modo espontáneo, instintivo, inmediato. Cuando Kierkegaard habla del “hombre inmediato” —en oposición al hombre reflexivo, éticamente creador— y destaca su actitud pasiva y desesperada ante la existencia, se refiere al hombre entregado a lo superficial y cerrado a lo

---

<sup>14</sup> KIERKEGAARD, S.: *Etapes sur le chemin de la vie*. Gallimard, París, 1948 (trad. del danés por Paul Petit), y *Diario de un seductor. Temor y temblor*. Guadarrama, Madrid, 1976 (trad. del danés por Demetrio G. Rivero).

<sup>15</sup> Este calificativo es utilizado por Kierkegaard en un sentido restringido, estrechamente ligado al verbo griego del que procede (*aisthanomai*, sentir).

profundo-relevante, lo que sólo se da “a cierta distancia”, a distancia de respeto, creatividad, disponibilidad, voluntad de compromiso<sup>16</sup>.

Esta peculiar forma de distancia que no implica alejamiento permite al hombre fundar campos de juego con las realidades valiosas. Estos *campos de juego* se convierten en *campos de iluminación y de presencia*. En estos campos se alumbra el sentido de los seres que juegan y se fundan relaciones de inmediatez eminente entre los mismos. El hombre que toma como meta el logro de modos de inmediatez superficial con las realidades del entorno y adopta respecto a las mismas una actitud de manipulación y no de creación, suele considerar los seres que lo rodean como distintos y distantes, externos y extraños, pues sólo en la interacción que tiene lugar en el juego creador resulta posible que lo distinto deje de ser distante y se torne íntimo. Lo distinto no pasa nunca del “exterior” al “interior”; entra —merced a la creatividad— en un campo de *interacción ambital* donde se desbordan los precarios esquemas espaciales “interior-exterior”, “dentro-fuera”, “aquí—allí”. Si no se funda tal campo de juego, la escisión entre el hombre y las realidades exteriores permanece. Respecto a éstas, el hombre que no adopta una actitud lúdica no puede sino separarse del todo, o yuxtaponerse, o empastarse a través de la entrega fascinada propia de todo acontecimiento de vértigo.

Lo distante, externo y extraño puede dominar al hombre o ser dominado por él, puede empastarse con él —como dos trozos de cera— o alejarse, puede chocar o mantenerse indiferente a distancia. No puede, sin embargo, entreverarse con él. El entreveramiento es propiedad exclusiva de las realidades capaces de instaurar un campo de juego común y fundar entre sí relaciones de inmediatez lúdica.

Cuando posee un gran atractivo, lo externo al hombre puede ejercer sobre su espíritu fascinante, seductor. La fascinación arrastra, empasta, succiona. Esta función succionante es la propia del fenómeno del vértigo. Si desde una torre muy alta miramos al suelo, el vacío parece imantarnos y sentimos vértigo. El de-

---

<sup>16</sup> Ver KIERKEGAARD, S.: *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*. Guadarrama, Madrid, 1969 (trad. del danés por Demetrio G. Rivero).

jarnos llevar pasivamente de la poderosa realidad que nos fascina produce en nuestro interior una peculiar exaltación. Dejarse arrastrar enardece en principio. Es el gozo espontáneo que suscita el viajar y sentirse llevado sin esfuerzo venciendo el espacio y dejando atrás, como sometidos y humillados, multitud de objetos inertes que contemplan impotentes nuestra fácil marcha deslizante. Pero este exaltante enardecimiento primero se trueca bien pronto en devastadora decepción, porque lo fascinante nos saca de nosotros mismos, parece conducirnos a experiencias de sorprendente riqueza, pero súbitamente nos empasta con él, no nos deja libertad para mantener cierta distancia en la unión, la distancia que es necesaria para fundar un campo de juego. En este campo de interacción lúdica, creadora de toda suerte de ámbitos, florece la libertad del hombre y con ella se desarrolla y madura la personalidad<sup>17</sup>. Al sentirse fuera de sí, ahormado en la realidad seductora y a merced de la misma, el hombre cobra conciencia de estar *alienado*, enajenado, alejado del campo de realización personal, asfixiado en el aspecto lúdico. Por intensa y conmovedora que sea en el aspecto psicológico, la experiencia de fascinación deja al hombre inmediatamente en vacío, lo vacía de todo cuanto necesita el ser humano para ejercitar sus virtualidades creadoras y configurar su realidad personal. Al asomarse al vacío de sí mismo, el hombre siente esa forma de vértigo existencial que llamamos *angustia*. La angustia es, en una de sus vertientes, la medida colmada del sentimiento de tristeza, fenómeno que sigue como la sombra al cuerpo a todo acontecimiento degenerativo que bloquea el dinamismo personal.

Si no es posible superar el plano infracreador al que arrastra el vértigo y ascender a un nivel de auténtica creatividad, la angustia desemboca en *desesperación*, “enfermedad de muerte”

---

<sup>17</sup> La Biología contemporánea pone de manifiesto con toda firmeza que el ser humano se constituye, incluso en el aspecto fisiológico, por vía de encuentro, de tal forma que sin la fundación de una “urdimbre afectiva” entre la madre —o quien haga sus veces— y el niño recién nacido, éste pertenece ineludiblemente. Ver ROF CARBALLO, J.: *El hombre como encuentro*. Alfaguara, Madrid, 1973; *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Labor, Barcelona, 1961, y “El futuro del hombre”, en *La evolución*. BAC, Madrid, 1966. Pueden verse precisiones muy valiosas respecto a esta cuestión en las obras de A. Portmann, Th Dobzhansky, F.J.F. Buytendijk, H.E. Hengstenberg, M. Klein, M. Mahler, R. Spitz y J. Bowlby.

que no mata —según Kierkegaard—, sino que prolonga la situación de asfixia<sup>18</sup>.

El *éxtasis*, por su parte, es un acontecimiento que se produce cuando una realidad atrae poderosamente al hombre sensible a los valores, afanoso no tanto de dominar las realidades del entorno cuanto de crear con ellas ámbitos de interacción lúdica. Merced a esta actitud de apertura co-creadora, la atracción ejercida por una realidad no arrastra al hombre, no lo seduce y fascina; apela, más bien, a su libertad en cuanto le ofrece campos de posibilidades de juego. Cuando el hombre acepta esta apelación y se inmerge de modo receptivo-activo en la trama de posibilidades lúdicas que le ofrece la realidad extasiante, siente en su ser el vigor que le produce convertir tales posibilidades en el impulso mismo de su obrar. Al obedecer a esta “voz interior”, el hombre no sale de sí, no se aliena o enajena; se eleva a lo mejor de sí mismo. Esta plenificación personal produce en su ánimo un sentimiento de gozo. La medida colmada del gozo es el *entusiasmo*, la sensación de plenitud desbordante que se experimenta cuando uno se inmerge creadoramente en una realidad que ofrece grandes posibilidades de realización personal. El éxtasis es un modo especialmente logrado de entreveramiento de ámbitos que fundan un campo de libre juego y dan lugar a un acontecimiento *festivo* lleno de luz y de vitalidad.

El vértigo no plantea exigencias al hombre, pues responde a una actitud facilona de entreguismo. Le invita simplemente a dejarse arrastrar; le exalta y enardece, le da una primera impresión de poder, parece prometerle una conmovedora plenitud, pero al fin lo pone fuera de juego y lo adentra en un estado de *desesperación* —sentimiento polarmente opuesto al *entusiasmo*.

El éxtasis, en cambio, plantea al hombre muy altas exigencias, le introduce en una noche de largas y pacientes purificaciones que parecen vaciarlo de sí, anonadarlo. Al perder el apoyo de cuanto suele considerar en su vida cotidiana como fundamental e indispensable, el hombre siente angustia —sensación difusa de desmoronamiento existencial—. Este sentimiento angustioso

---

<sup>18</sup> KIERKEGAARD, S.: *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Guadarrama, Madrid, 1969.

de inestabilidad se trueca finalmente en una impresión exultante de seguridad eminente cuando el hombre, tras superar los modos fusionantes de unidad, crea con las realidades valiosas que le apelan formas elevadas de *unidad de integración*, nexos lúdicos sobremanera fecundos<sup>19</sup>.

El vértigo saca al hombre de sí para alienarle, sometiéndole a poderosas fuerzas gravitatorias que le impulsan a la unidad de fusión y, consiguientemente, al vacío de la soledad. El éxtasis le libera de las formas inferiores de interrelación para adentrarle en modos muy exigentes y valiosos de unidad, elevándose así a cotas eminentes de realización personal.

El vértigo es *alienante*, exige la dispersión del espíritu y provoca actitudes de indiferencia respecto a lo altamente valioso. El éxtasis, por su parte, pide *recogimiento* para despertar *sobrecogimiento* ante lo profundo. En la medida en que crea vínculos entre el hombre y las realidades relevantes, el éxtasis configura la identidad personal del ser humano. Las experiencias de éxtasis constituyen los jalones del proceso de desarrollo del hombre. Las experiencias de vértigo son momentos degenerativos que bloquean el despliegue de la personalidad.

El éxtasis provoca en el ánimo del hombre una sana *inquietud* porque lo “envuelve” y dinamiza, le ofrece campos de posibilidades que impulsan su acción. El vértigo no hace sino *agitar* al hombre, por cuanto lo arrastra y succiona. La inquietud propia del éxtasis no engendra desasosiego pues el hombre extático tiene lúcida conciencia de estar en todo momento nutrido por la realidad que busca esforzadamente. La apasionada entrega del vértigo, en cambio, va vinculada con la honda desazón de sentirse fuera del juego de la vida auténticamente personal.

El éxtasis es un acontecimiento *dialógico*, sereno, reverente. El vértigo es un acontecimiento *monológico*, reductivo y –de consiguiente– violento.

El éxtasis *ampara* al hombre, al abrirlo a formas auténticas, tan arriesgadas como fecundas, de encuentro. El vértigo, tras la

---

<sup>19</sup> Sobre las dos actitudes que puede adoptar el hombre frente a una situación de angustia, ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *El triángulo hermenéutico*, págs. 435-446 y 447-483.

exaltación eufórica del primer instante, dejar al hombre en situación de desmantelamiento espiritual, con las raíces al aire.

El éxtasis, por fundar modos elevados de unidad a través del encuentro, pone al hombre en verdad, alumbrando luz y es fuente de la más honda belleza. El vértigo, al hacer inviable la creación de campos de juego, desplaza al hombre de su verdadero lugar, lo sume en tinieblas y lo enfrenta con la fealdad que engendra el desorden.

El éxtasis aviva en el hombre la *melancolía*, sentimiento profundo de añoranza por realidades valiosas, todavía no del todo alcanzadas, tan solo entrevistas. El hombre extático vive *en esperanza*. El vértigo despierta *pasión*, por cuanto embriaga con el halago efímero del momento presente. El hombre del vértigo es un obseso de ganancias inmediatas. Vive *a la espera* del instante gozoso, y exclama con Lamartine: “O temps, suspend ton vol”.

El vértigo engendra *decepción* debido al desnivel que media entre la magnitud de las expectativas que despierta en quien se rinde a su hechizo y la condición catastrófica del resultado que aboca. El éxtasis suscita *gozo desbordante* por lo que implica de plenitud.

El vértigo fomenta actitudes de *resentimiento* frente a las realidades que, debido a su interna riqueza, no provocan fáciles actitudes de entrega fascinada, antes apelan a la libertad creadora. El éxtasis, por el contrario, suscita *agradecimiento*, pues el hombre que responde creadoramente a la apelación de las realidades que producen entusiasmo tiende a interpretar éstas como un *don*.

El éxtasis fomenta la actitud de generosidad y respeto. El hombre extático se abre a los demás para ofrecerles, en un campo de juego común, sus posibilidades creadoras. Esta ofrenda significa, en el fondo, un obsequio al poder creador de los otros, que uno recoge y acoge. El respeto a los valores de las realidades que nos rodean constituye la actitud de “reverencia” de la que Goethe —en sus *Años de peregrinaje de Wilhelm Meister*— afirmaba que nadie trae consigo al nacer pero es necesaria para ser plenamente hombre. El hombre reverente no practica forma alguna de coacción reduccionista sobre los seres, no los envilece, les deja ser lo que son y les ayuda a convertirse en aquello que

deben llegar a ser. Esta voluntad de perfeccionamiento enriquece, a una vez y en el mismo grado, el ser propio y el ajeno, por la decisiva y simple razón de que en el campo de juego creador los límites que dividen lo “ajeno” y lo “propio” quedan felizmente superados. Este proceso ascendente –polarmente opuesto a la gravitación del vértigo hacia el relax infracreador– desborda por elevación la actitud minimizante, decadente, que da lugar a los fenómenos degenerativos que envilecen al ser humano.

El vértigo, en cambio, es fuente a la par de *sadismo* y *masoquismo* porque arrastra al hombre que lo sufre como si fuera un *mero objeto*, y lo impulsa a no ver en los demás seres sino su condición de objetos manipulables. El hombre que es presa del vértigo tiende por igual a dominar y a dejarse dominar, a absorber en sí las realidades del entorno, negándoles toda independencia, y a perderse él en ellas, anulando de raíz su capacidad personal de iniciativa. El vértigo convierte al hombre en un ser dominador e indolente a la vez. De ahí que el vértigo del *totalitarismo* y el del *gregarismo* sean, en rigor, dos vertientes de un mismo fenómeno. Sentirse a resguardo e incluso en posición de dominio porque se está al día y “todos piensan igual que uno” constituye la ingenuidad radical del hombre gregario, que interpreta como energía personal la fuerza de arrastre que ejerce sobre él el vértigo del gregarismo.

Cuando la experiencia del vértigo se realiza de modo lúcido, provoca en el espíritu del hombre un violento contraste entre la conciencia de lo que está llamado a ser y la observación del estado degenerativo en que ha caído. Este desajuste se traduce en un estado de profundo desgarramiento interior que, por lo que implica de anulación existencial, puede con razón denominarse *trágico*. La experiencia de éxtasis se realiza siempre en estado de lucidez porque ella misma, como forma de juego eminente, es fuente de luz. Esta luminosidad permite al ser extático seguir con toda precisión el proceso de su perfeccionamiento personal, que lo adentra en un estado de *felicidad*.

Sería sobremanera instructivo analizar en pormenor las diversas experiencias posibles de vértigo y éxtasis, y confrontar, por ejemplo, el vértigo erótico y el éxtasis amoroso, el vértigo competitivo y el éxtasis deportivo, el vértigo de la embriaguez

rítmica electrizante y el éxtasis de la inmersión en una obra musical valiosa, el vértigo de la entrega a oscuros poderes ocultos y el éxtasis de la unión personal con la divinidad<sup>20</sup>.

Esta confrontación dejaría en claro la diferencia cualitativa que media entre los fenómenos de vértigo y los de éxtasis por cuanto aquéllos responden a una quiebra de la capacidad creadora y éstos significan el florecimiento de la misma. Vértigo y éxtasis constituyen un dilema, que obliga al hombre a tomar opción neta en cada caso.

Esta abrupta oposición parece venir desmentida por el hecho de que en ciertos fenómenos humanos –por ejemplo, el amor conyugal– hay una vertiente que implica a primera vista un movimiento de vértigo y otra que constituye un acontecimiento extático. Indudablemente, el ser personal humano, con su espléndida ambigüedad y riqueza de vertientes, ofrece la posibilidad y presenta la exigencia de integrar experiencias pertenecientes a diversos planos. Es el conocido problema de la posible coordinación de los dos primeros “estadios en el camino de la vida” de S. Kierkegaard: el estadio estético y el ético. En la obra *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*<sup>21</sup> mostré con cierta amplitud –siguiendo al Kierkegaard de *Dos diálogos sobre el primer amor y el matrimonio*– que en el amor conyugal cabe integrar actitudes pertenecientes a los tres estadios –estético, ético y religioso– cuando se adopta una sana postura de aceptación activa de las distintas virtualidades humanas. Lo que convierte al instinto en una fuerza promotora de vértigo es la decisión de tomarlo como una potencia autónoma, autárquica, di-soluta, desarraigada, desgajada del dinamismo integral de la persona. La fuerza

---

<sup>20</sup> Para realizar esta confrontación ofrecí diversas claves metodológicas en las obras siguientes: *Estética de la creatividad*, págs. 284-288, y *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, págs. 68-138. En estas páginas analizo diversas formas de experiencia humana –experiencia de obligación moral, de inserción histórica, de actividad artística, de expresión, de afirmación, de apertura al prójimo– que pueden dar lugar a acontecimientos de éxtasis. En la *Estética de la creatividad* utilicé el término *éxtasis* en su sentido etimológico de “salida de sí”. Actualmente prefiero usarlo en el sentido riguroso de “elevación a un plano superior de realización de sí mismo mediante la entreveración activa con una realidad valiosa”.

<sup>21</sup> LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, págs. 62-84, 109-124 y 135-138.



instintiva que arrebató al hombre y lo lanza por el plano inclinado del frenesí sexual cobra un valor peculiar al ser asumida por la persona e integrada en el proceso de creación de un campo de juego amoroso, ámbito de convivencia que perfecciona a quienes lo fundan. Lo que en principio presentaba un *significado* de vértigo ostenta ahora un *sentido* de éxtasis. Esta transformación obedece a un giro radical en la actitud básica del hombre; de la actitud de entrega fascinada se pasa a la actitud de creación libre.

Nada más importante para la formación ética que prestar atención a estos matices decisivos. Si se confunde la mera exaltación con el entusiasmo, la inmediatez fusional con la unidad de integración –inmediatez a distancia que se logra en el campo de juego–, se corre riesgo de considerar el éxtasis y el vértigo como dos formas análogas de salida de sí. Pero, a una visión rigurosa, la exaltación orgiástica producida por los diferentes géneros de embriaguez es polarmente opuesta al entusiasmo sereno de la transfiguración extática. Hacer pasar ante los ojos de los jóvenes las experiencias de vértigo como experiencia de éxtasis, para que identifiquen la conmoción psicológica con la fecundidad personal, es la mayor trampa que se puede tender a la juventud. Este colosal fraude, este gran timo filosófico puede dejar a la juventud descolocada para siempre en el ambiguo juego de la vida, en el cual resulta fácil, si no se está sobreaviso, considerar como idénticos –o, al menos, de la misma especie– dos fenómenos polarmente opuestos<sup>22</sup>.

Hasta qué punto se confunden hoy los fenómenos de vértigo y de éxtasis puede verse en la utilización que hizo el cineasta

---

<sup>22</sup> Como ejemplo de esta facilidad léanse los siguientes párrafos de Ortega en su célebre estudio sobre el amor: “El deleite del “estado de gracia”, dondequiera que se presente, estriba, pues, en que uno está fuera del mundo y fuera de sí. Esto es literalmente lo que significa “ex-tasis”: estar fuera de sí y fuera del mundo”. “El afán de salir “fuera de sí” ha creado todas las formas de lo orgiástico: embriaguez, misticismo, enamoramiento, etc. Yo no digo con ello que todas “valgan” lo mismo; únicamente insinúo que pertenecen a un mismo linaje y tienen una raíz calando en la orgía. Se trata de descansar el peso que es vivir sobre sí, trasladándonos a otro que nos sostenga y conduzca. Por eso no es tampoco un azar el uso coincidente en mística y amor de la imagen del rapto o arrebató”. “Diríase que el sueño normal, como el éxtasis, son autohipnosis”. Ver ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*. Revista de Occidente, Madrid, 5ª ed., 1961, págs. 591-592.

Stanley Kubrick de la *Novena Sinfonía* de Beethoven para ilustrar las escenas de extrema violencia que forman el núcleo de la película *La naranja mecánica*. La Novena Sinfonía es un canto a la solidaridad humana, alta cota que debe conquistar el hombre a través de una lucha difícil, a veces desigual pero siempre esperanzada. En virtud de esta esperanza, la energía que despliega la obra beethoveniana en sus dos primeros tiempos no raya ni en violencia, como tampoco su vivacidad desemboca en frenesí. Lo vivaz y lo enérgico se hallan aquí domeñados, en definitiva, por la intuición del clima de serenidad augusta que halla expresión inigualable en el tema del *adagio*, eje que polariza las dos grandes partes de la obra.

Por no haber entrega a actitudes de frenesí y violencia, la lucha primera florece al final en desbordante alegría, que es el fruto natural del éxtasis. La intensidad de vida humana que irradiaba esta sinfonía –código excepcional, a una con la *Misa Solemnis*, la última sonata pianística y los últimos cuartetos, para descifrar el enigma del Beethoven de la madurez– se halla en los antípodas del fenómeno del vértigo.

Como hombre y como artista, Beethoven se mantuvo sin cesar en diálogo respetuoso con la realidad y luchó por abrirse paso ante las dificultades que le planteó el destino, pero no rompió nunca su vínculo nuclear con el Creador. Su testamento de Heiligenstadt lo prueba elocuentemente. La fe –como forma de encuentro personal– constituyó para este hombre acosado por el infortunio una fuente de consuelo en los momentos más sombríos de la existencia.

Esta inmovible actitud dialógica lo llevó a reaccionar ante su poderoso genio artístico –del que era plenamente consciente– con actitud de agradecimiento y no de altanería. En todo momento consideró su arte como un *don*, lo interpretó con suma reverencia como el medio expresivo privilegiado con el cual debía revelar a los hombres el universo de belleza y elevación inigualable en el que le había sido dado vivir.

Esta participación en un mundo superior es la fuente de inspiración de la que fluyó la música beethoveniana. Sea enérgica o tierna, dolorida o gozosa, vivaz o reposada, la música de Beet-

hoven no podrá nunca, sin grave torsión, ilustrar la entrega fascinada del hombre a modos infracreadores de existencia.

La confusión de vértigo y éxtasis encierra suma gravedad por cuanto compromete la instalación del hombre en lo real. El hombre se instala en lo real, se vincula creadoramente con las realidades del entorno al crear con ellas formas diversas de “urdimbre” o campos de encuentro. El encuentro es un modo de exigente y esforzado juego creador que debe realizarse durante toda la vida de forma cada vez más perfecta en orden a fundar modos más calificados de unidad. La unidad de inmediatez eminente o presencia se logra a través de un acontecimiento de *éxtasis*. Es sorprendente la calidad que pueden alcanzar los modos de unión que el hombre logra respecto a diversas vertientes de la realidad a través de la entrega extática. Estos modos de unidad son los que instalan rigurosamente al hombre en lo real, lo estructuran y –consiguientemente– le confieren firmeza y dinamismo. Este arraigo estructurador es fuente de un radical gozo y optimismo ante la vida, actitud de apertura radicalmente opuesta al *resentimiento*.

El vértigo, por el contrario, no instala en lo real. Aleja de él, porque anula la posibilidad de crear campos de presencia y deja con ello al hombre en vacío, con las raíces existenciales al aire, desambitalizado, desestructurado, entregado a una “tristeza asfixiante” (G. Marcel).

Cuando un joven se hace cargo por propia experiencia de la relación profunda que media entre creatividad, inmersión en realidades valiosas, entusiasmo y éxtasis, por una parte, y, por otra, entre los fenómenos opuestos de relax extremo, indiferencia, entrega a modos de inmediatez fusionales, vértigo, tristeza y desesperación, gana un poder muy elevado de discernimiento. ¡Qué iluminación tan intensa se produce en el espíritu del joven cuando advierte que la fulguración del vértigo es, en rigor, una llamarada fugaz que no responde a una eclosión de poder creador sino a una forma de entrega masiva a instancias irrelevantes! A esa luz, la justificación racional de las diversas experiencias de vértigo –ambición, poder, ira, velocidad, lujuria, etc.– se desmorona. Este vacío de racionalidad puede ser en principio fuente de angustia espiritual, pero la desazón que la misma implica se

trueca rápidamente en seguridad y gozo cuando el joven advierte la existencia de una forma de racionalidad eminente en los acontecimientos de éxtasis.

Esta racionalidad se extiende a todo acontecimiento creador, es decir, a toda actividad humana –sobresaliente o anodina– que dé lugar a la fundación de un ámbito nuevo, un campo de posibilidades de acción dotada de sentido.

## La creatividad en la vida cotidiana

Para comprender de cerca y en forma experiencial cómo los acontecimientos de éxtasis no constituyen una ruptura de la marcha normal de una existencia humana auténtica, antes pueden y deben formar la trama de la vida *cotidiana* a fin de liberarla de su banalidad amorfa, conviene analizar, a la luz de la teoría del juego y de los ámbitos, diversos fenómenos de interacción funcional como es conducir un coche, pilotar un avión, tocar un instrumento musical. Veamos la realidad interaccional que se va formando al hilo del proceso de aprender a conducir<sup>23</sup>.

El principiante se siente *extraño* ante el cuadro de mandos. Tiene que pensar en cada momento lo que debe hacer y cómo ha de realizarlo. Manipula cada objeto *desde fuera*, como a *distancia*. Va siguiendo paso a paso, con cierta expectación reverencial o incluso temerosa, la reacción de la máquina, a la que considera como un artefacto *externo* al que debe dominar a la vez que se deja llevar por él de modo un tanto pasivo. Esta pasividad se hace visible en la rigidez de la postura que adopta el conductor novel. Actúa falto de libertad. Pero, poco a poco, por vía de tanteo, va afinando la sensibilidad y tomando la medida a los distintos instrumentos, y se habitúa a la presión de cada uno, a la distancia, a los tiempos. Los mandos dejan de ser objetos externos que hayan de ser manipulados con esforzada atención, para convertirse en dóciles *recursos* que le brotan al conductor en la palma de la mano.

---

<sup>23</sup> LÓPEZ QUINTÁS, A.: *La experiencia estética y su poder formativo*, Verbo Divino, Estella, 1991, págs. 125-143.

El paso del *objeto* al *recurso* significa el salto al nivel lúdico. Merced a este salto, el automóvil se convierte de *espacio* en *ámbito*, de espacio en el cual se está más o menos bien instalado y orientado a ámbito que el hombre habita, que penetra y articula al crear vínculos de interacción<sup>24</sup>. Al entrar en juego el conductor, las condiciones espaciotemporales se alteran, ganan una nueva calidad. El cuerpo del conductor ya no es un objeto situado dentro del vehículo como un elemento externo al mismo, a modo de paquete inerte; es un ámbito o campo de posibilidades de conducir. El coche ya no es visto como un artefacto externo que hay que dominar siguiendo unas reglas y a través de unos mandos; es el *campo de juego* donde pueden desplegarse las posibilidades del hombre como conductor. El acto de conducir se convierte así en la entreveración fecunda de dos campos de posibilidades, dos ámbitos. Tal modo de interferencia da lugar a una forma elevada de *unidad de integración*. La distinción entre el conductor y los mandos no desaparece, queda asumida y elevada. Mandos y conductor siguen siendo distintos, pero ya no distantes ni extraños, pues al ensamblarse funcionalmente pasan a formar un campo de juego, en el cual se mueve el conductor con libertad.

También el tiempo experimenta una transformación. Ahora no pesa, porque la sucesión de acciones ya no es el fruto de un cálculo reflexivo, sino el resultado espontáneo de la lógica peculiar de esa forma de juego que es el conducir.

Este espacio y tiempo lúdicos ofrecen un carácter luminoso, porque toda forma de juego, al abrir unas posibilidades de acción con sentido y anular otras, da lugar a diversas formas de encuentro y de colisión que son fuente de honda expresividad y de luz. *Esa interna y fontanal luminosidad funda una atmósfera*

---

<sup>24</sup> Diversos autores contemporáneos –G. Simmel, E. Minkowsky, M. Merleau-Ponty, M. Heidegger, G. Bachelard, O.F. Bollnow, J. Rof Carballo, M. Foucault...– subrayan la importancia antropológica y ética del *habitar* humano, entendido en sentido transitivo, y se cuidan de distinguir el objetivista “habitar en un lugar” y el lúdico “habitar un lugar”. No es lo mismo “être dans le monde” y “être au monde”, “habiter dans la maison” y “habiter la maison”, “im Hause wohnen” y “das Haus bewohnen”. Este sugestivo y fecundo tema, así como el correlativo de la transformación del *espacio* en *ámbito*, es ampliamente expuesto en *Estética de la creatividad*, págs. 197 y ss., y 233-288.

*festiva*. La fiesta es un ámbito que apela al hombre y le invita a inmergirse en él y dejarse llevar de su peculiar lógica y ritmo. Tal inmersión es fuente de *entusiasmo*. El sentimiento de exultación que llamamos entusiasmo no procede del dominio del instrumento, como pudiera pensarse desde el nivel objetivista, regido por el afán de posesión. Es fruto de la instalación activo-receptiva en un ámbito o espacio lúdico (campo de juego) que permite el despliegue de las propias posibilidades.

Esta forma de instalación crea una nueva realidad que presenta dos vertientes: *el coche en acto de ser conducido, el conductor en acto de conducir*. En esta tercera realidad, conductor y coche quedan unidos dinámicamente con el tipo de vinculación interaccional que es posible entre ámbitos o campos de posibilidades. Esta especie de unidad circulatoria suscita en el hombre el sentimiento de formar un todo orgánico con el vehículo. Tal sentimiento está muy lejos de responder a un espejismo de la imaginación. La imaginación está aquí, ciertamente, en juego, pero no para fingir algo inexistente, sino para adivinar un modo de existencia “superobjetiva”, inasible, indelimitable, atmosférica, relacional, ambital. *La imaginación no es la facultad de lo irreal, sino de lo ambital*. Cuando decimos que el hombre se siente en unidad orgánica con el coche, aludimos a un modo de conocimiento peculiar, el conocimiento que sigue no a la toma de distancia frente al “ob-jeto”, sino a la inmersión en un campo de posibilidades, campo que es tanto más real cuanto más eficiente se muestra en el orden lúdico y menos sometible a cálculo y medida de tipo empírico<sup>25</sup>.

Si otro conductor colisiona su coche con el nuestro, en el momento del choque —cuando nos hallamos todavía en nivel lúdico— solemos decir: “me ha dado”. El pronombre personal “me” se refiere a la realidad conjunta “conductor-coche”. Una vez detenida la marcha, suspendido el juego del desplazamiento, procedemos a observar los desperfectos que muestra el coche. Este análisis es ya objetivo, ob-jetivo; se realiza a cierta distan-

---

<sup>25</sup> Lo ambital es *objetivo*, en sentido de real, e *in-objetivo*, por cuanto no es proyectable a distancia del sujeto, que se halla comprometido con él en un mismo campo de juego. Como este compromiso es fuente de modos elevados de unidad y conocimiento, puede afirmarse que las realidades ambitales son superobjetivas.

cia, por muy unidos que efectivamente nos sintamos a nuestro vehículo. Al hacer inventario, tratamos el coche como algo autónomo: “el coche muestra tales desperfectos...”. Cuando éstos son irreparables, el coche se distancia todavía más del conductor, del nivel lúdico en que hasta entonces jugaba su papel, y desciende al nivel de “cacharro”, de “chatarra”, mera materia informe. Ya no es capaz de ofrecer un campo de posibilidades de juego en cuanto a rodar por las carreteras. Sólo puede jugar un papel en un campo muy inferior: la compraventa como mero material. De ahí el aire de honda melancolía y abatimiento – opuesto al carácter gozoso de los momentos festivos– que rodea al desguace de un barco o a las subastas de vehículos inservibles.

Quando el hombre se mueve en plano lúdico, plano de creación de ámbitos en vinculación a las realidades del entorno –tomadas no como objetos sino como campos de posibilidades–, se une a lo real con modos eminentes de inmediatez, modos de presencia. Si el juego se hace imposible, y el hombre retorna a la actividad de mero espectador, y las realidades del entorno son vistas como objetos, a *distancia de mera observación*, la *distancia de alejamiento* se adueña de las relaciones entre el hombre y lo real. Las relaciones de inmediatez y distancia del hombre a la realidad no vienen dadas estáticamente por una medida de mayor o menor cercanía física. Penden del grado de creatividad del hombre en su actividad diaria; es decir, responden a su capacidad lúdica.

Análisis semejantes pueden realizarse de todas las formas de vinculación lúdica del hombre y las realidades del entorno. Un conductor experto se siente ambientalizado con su vehículo, orgánicamente ensamblado en él, ajustado. El coche es su campo de juego, la prolongación de su realidad personal, el medio en el que se despliega. Pero, cuando tal conductor se mueve por una red vial que desconoce, vuelve a revivir respecto a ésta un proceso de ensamblamiento parecido –si bien más rápido– al que vivió respecto al coche.

Un actor, aunque conozca bien su oficio, necesita acomodarse al ámbito propio de cada obra, al campo de juego que ésta abre. Debe tomarle la medida, ajustarse a sus dimensiones y

características de todo género, para ganar libertad de movimiento y una peculiar facilidad. La impresión de facilidad que produce la actuación segura es fuente de *gracia*.

La adaptación lúdica al campo de juego que es un lugar de trabajo, de recreo, de cura o deporte, una trama de valores éticos o normas jurídicas, una situación sociocultural, un clima, una institución, el lenguaje, las estructuras lógicas y otras realidades semejantes presenta la misma articulación fundamental que los casos antes analizados. Cada acto de ensamblamiento lúdico al entorno acrecienta el carácter ambital del hombre, lo dota de nuevas dimensiones, de todos los campos de posibilidades que asume de modo activo-receptivo. El hombre insta al entorno a transformar su figura, pasando de ser una suma de objetos a constituir una trama orgánica de ámbitos. La transformación del entorno apela al hombre a entrar en el juego que hacen posible tales ámbitos. Se establece así una mutua compenetración y potenciación entre hombre y entorno que agranda más y más sus figuras respectivas y acrecienta su capacidad de fundar modos más profundos de unidad. La relación *hombre-entorno* supera con ello indefinidamente a la relación *sujeto-objeto* en riqueza de matices de todo orden: posibilidades de unión, de creatividad, de conocimiento, etc. El hombre deja de ser mero espectador desinteresado. El entorno supera su condición de mero escenario inmutable de la acción humana. Esta superación va pareja con una mayor ambigüedad. Hombre y entorno se hallan múltiplemente entreverados. Al ser tal entreveración dinámica y creadora, se produce entre entorno y hombre un mutuo influjo gradualmente creciente que desborda la opacidad propia de los seres individuales y supera el carácter de *barreras* que tienen los *límites*. En este sentido decía profundamente Buber que “el yo no limita”.

Una de las características más sorprendentes del plano de la realidad ambital es la vinculación que en él se da entre la firmeza y la ambigüedad. El hombre se siente tanto más firmemente asentado en sí mismo y más libre cuanto más inmerso se halla en la realidad circunstante, a condición de que esta realidad ofrezca un auténtico campo de juego y la inmersión del hombre sea activo-receptiva, lúdica, no sólo pasiva. La firmeza y solidez de las realidades ambitales no procede de los límites mensurables,



localizables, sino de la capacidad co-creadora, del poder de asumir las posibilidades de juego que ofrecen las realidades del entorno.

Se adivina aquí la importancia que va a tener el conocimiento preciso de la *lógica de la creatividad* o *lógica del conocimiento por participación*. Las diferentes modulaciones de esta lógica son puestas netamente al descubierto por el análisis detenido de la experiencia lúdica cuando se la vive en un momento de plenitud, tal como viene dado por el ejemplo en un acto de interpretación musical<sup>26</sup>.

Para clarificar la lógica de la creatividad, se requiere en primer término examinar de cerca la articulación de las experiencias de interacción de ámbitos, algunas de las cuales hemos sugerido anteriormente. A la luz de éste análisis debemos estudiar la estructura de la experiencia artística en sus diversas modalidades. Ambos análisis conjugados nos permiten descubrir los diferentes modos de ajuste entre el hombre y las realidades de su circunstancia existencial, es decir, las diversas formas de *estar-en-realidad*. El hombre no está en realidad de modo uniforme, pues la relación de unidad con el entorno no acontece de forma automática; constituye una tarea. El ser humano parte —por ser inteligente— de una instalación primaria en el plano de realidad, plano superior al de los meros estímulos. Pero desde la relación básica con la realidad de la madre, el ser humano se une al entorno por vía de encuentro, y el encuentro presenta muy diversos modos y grados. La elevación del encuentro pende de la riqueza de quienes interfieren sus ámbitos y de la voluntad creadora (disponibilidad, apertura, entrega) de los mismos. En consecuencia, las formas más altas de unidad no se consiguen en el plano de los objetos y de las impresiones sensoriales autonomizadas, sino en el de las realidades artísticas, éticas, religiosas. Entre un hombre y una obra de arte, un valor ético, una persona,

---

<sup>26</sup> El estudio de la articulación interna de la experiencia de interpretación musical es una fuente de luz para comprender el carácter específico de la experiencia extática y deslindarla de la experiencia de vértigo. Una descripción del proceso de aprendizaje que sigue un intérprete hasta que logra inmersirse de modo perfecto en el campo de juego de una obra musical, a la que “domina” en cuanto se “deja dominar” por ella, puede verse en mi obra *El triángulo hermenéutico*, págs. 132 y ss.

el Ser Supremo, pueden darse formas eminentes de unión extática en el sentido más riguroso del término. De su calidad sólo puede juzgar quien haya hecho la experiencia correspondiente y la someta a detenido análisis<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Un estudio muy amplio y pormenorizado de las experiencias de vértigo y éxtasis y de la relación fecunda que media entre la asunción activa y de valores y la creatividad humana puede verse en mi obra *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid, 1987, 1991<sup>2</sup>.

# 8

## CREATIVIDAD Y RETORNO A LOS VALORES

La luz que arroja la teoría del juego, la creatividad y los ámbitos sobre los temas suscitados por el problema de la juventud permite orientar de modo fecundo el análisis de diversas cuestiones que se hallan hoy en el telar de la investigación pedagógica. Destaquemos someramente cuatro de ellas:

1. La masificación y la falta de creatividad.
2. Las dos revoluciones de la juventud contemporánea.
3. La subversión actual de valores.
4. La ejercitación en los valores.

### La masificación y la falta de creatividad

Hace aproximadamente cincuenta años, Ortega publicó un breve y enjuto libro que, de modo fulgurante, le consagró en el ámbito internacional como un auténtico vigía de los tiempos nuevos. Por su clarividencia en la denuncia de ciertos fenómenos sociales del mayor interés, esta obra se convirtió pronto en

un hito decisivo en la tarea investigadora de lo que debiera ser y de lo que amenaza, en cambio, ser la sociedad occidental contemporánea. El título *La rebelión de las masas* se convirtió en todo un programa de búsqueda.

A medio siglo de distancia, estamos lejos de haber clarificado los grandes temas que Ortega planteó temprana y agudamente en esta obra. Bien haremos en analizar de nuevo el diagnóstico orteguiano, adivinar la perspectiva intelectual a la que responde y aportar nuestra personal visión del tema a la luz de la teoría de la creatividad.

Con el tono dramático, casi patético, que solía adoptar cuando hablaba de fenómenos que provocan cambios históricos, escribe Ortega en el umbral de su obra:

“Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas”<sup>1</sup>.

Se observa a simple vista que hoy día todo está repleto de gente: las ciudades, los hoteles, los restaurantes, las playas, las aulas escolares... Encontrar sitio se ha convertido en problema inquietante. Pero el hecho de las aglomeraciones masivas no debe preocuparnos por lo que reporta de incómodo para nosotros. En principio, la afluencia de público es un dato positivo para las empresas de teatro, de ferrocarriles, de turismo... Antes de la primera Guerra Mundial, las gentes se hallaban dispersas y no se agrupaban en torno a los lugares más refinados de la cultura humana, reservados más bien a las minorías. Actualmente lo invaden todo. Si esta invasión plantea un auténtico problema, es debido a la circunstancia de que el acceso a los productos de la civilización se realizó con un ritmo tan rápido que no

---

<sup>1</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*. Revista de Occidente, Madrid, 1947, vol. IV, pág. 143.

permitió al pueblo elevarse al plano de creatividad donde surge la auténtica cultura. Las gentes, en virtud de sus derechos ciudadanos, se hacen *civilizadas*, pero no necesariamente *cultas*. Este desajuste convierte a la multitud en “masa”. Por ese carácter cualitativo del concepto de “masa”, cabe determinar cuándo nos hallamos ante una realidad “masa” sin tener en cuenta el número de hombres que está en juego.

Las minorías están formadas por hombres selectos que se exigen a sí mismos más de lo que suele hacer la mayoría y se someten a un proceso de perfeccionamiento progresivo. Los *hombres-masa* no intentan sino ser en cada instante lo que ya son, no se esfuerzan por elevar su nivel cultural y conseguir una madurez ética. Anhelan escalar la posición de las minorías selectas por lo que tiene de atractiva y noble, pero no quieren seguir el proceso de cultivo del espíritu que late en todo fenómeno de auténtico florecimiento cultural. Este doble juego de las mayorías provoca una subversión social.

“Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera”<sup>2</sup>.

Esta imposición coactiva, incualificada, da lugar al “brutal imperio de las masas”.

“La masa arrolla todo lo indiferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese “todo el mundo” no es “todo el mundo”. “Todo el mundo” era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa. Este es el hecho formidable de nuestro tiempo, descrito sin ocultar la brutalidad de su apariencia”<sup>3</sup>.

Pero esta sublevación moral de las masas ¿es un mal absoluto o un bien posible? La respuesta será positiva si las multitudes no se limitan a ocupar expeditiva y drásticamente el puesto privile-

---

<sup>2</sup> *Ob.cit.*, pág. 148.

<sup>3</sup> *Ibid.*

giado de las minorías, sino que imitan su condición “aristocrática”, selecta, exigente, briosamente esforzada.

Las multitudes manipulan actualmente con toda facilidad los utensilios inventados a costa de mil sacrificios por las minorías selectas. Son conscientes de sus derechos ciudadanos y los imponen. Reclaman todos los placeres, exigen libertad, se niegan a toda servidumbre. La conciencia del poder social que genera el agrupamiento impulsa a las gentes a imponer su ley, a sentirse señores.

La rebelión de las masas implica una nivelación, un mayor acercamiento de las diferentes clases sociales y de los distintos sexos en lo tocante a posibilidades económicas, culturales, sociales... La vida del hombre medio ha experimentado un ascenso de nivel, que a todas luces debe saludarse con alborozo por lo que implica de más justo, pese a lo que entraña de más arriesgado.

Este crecimiento de la potencialidad vital se manifiesta en la ampliación de horizontes: cada hombre vibra desde su situación con pueblos lejanos en el espacio y en el tiempo, se mueve con velocidad y triunfa de las distancias y del tiempo; dispone de amplísimas posibilidades en todos los ordenes; puede comprar todo género de objetos, emprender los viajes más azarosos, acometer empresas del mayor empuje en el orden intelectual, político, financiero, deportivo, artístico... Todo ello concede al hombre actual una insólita libertad de maniobra y despierta en su interior sentimientos de prepotencia frente al hombre de épocas anteriores.

Esta conciencia de poder y libertad no va acompañada, sin embargo, de una medida correlativa de eficacia. Aquí aflora el aspecto negativo del fenómeno de la rebelión de las masas.

“El hombre-masa es el hombre cuya vida carece de proyecto y va a la deriva. Por eso no construye nada, aunque sus posibilidades, sus poderes, sean enormes. Y este tipo de hombre decide en nuestro tiempo”<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> *Ob.cit.*, pág. 172.

Debido sin duda al carácter vertiginoso del ritmo a que ha crecido la población mundial desde 1800 a 1914, se educó a los hombres para manipular los productos técnicos, pero no se les formó de modo integral.

“Se les han dado instrumentos para vivir intensamente, pero no sensibilidad para los grandes deberes históricos; se les han inoculado atropelladamente el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no el espíritu. Por eso no quiere nada con el espíritu, y las nuevas generaciones se disponen a tomar el mando del mundo como si el mundo fuese un paraíso sin huellas antiguas, sin problemas tradicionales y complejos”<sup>5</sup>.

El siglo XIX hizo posible –mediante el saber técnico y la democracia liberal en él fundada– el ascenso de los hombres a niveles de vida antes insospechados. Es su timbre de gloria. Pero engendró –a través de múltiples conmociones sociales– los *hombres-masa* rebeldes que ponen en peligro los principios mismos a que debieron la vida. Es su gran deuda histórica.

Mentes perspicaces del siglo XIX denunciaron tempranamente esta grave circunstancia: “Las masas avanzan”, advirtió Hegel. “Sin un nuevo poder espiritual, nuestra época, que es una época revolucionaria, producirá una catástrofe”, denunció Auguste Comte. “Veo subir la pleamar del nihilismo”, profetizó F. Nietzsche. La sociedad occidental se dejó mecer, no obstante, por el “mito del eterno progreso”. Si un cierto grado de saber teórico se traduce en cierto grado de poder técnico, y éste produce una medida correlativa de *confort*, bienestar y felicidad, un grado más elevado de saber se traducirá en un grado mayor de saber técnico y dará lugar a la medida correspondiente de *confort*, bienestar y felicidad. Este aumento directamente proporcional no parecía al hombre del siglo XIX y principios del XX tener límite. Los hombres tienden a estimar que los logros ya conseguidos pertenecen a una suerte de segunda naturaleza inmutable que ningún acontecimiento puede alterar. Apenas reparan en el hecho de que los avances culturales son debidos al esfuerzo y genialidad de seres modélicos, y su conservación e incremento sigue apoyándose en las virtudes de hombres excepcionales. Al

<sup>5</sup> *Ob.cit.*, pág. 173.

faltar estas cualidades excelentes, se estanca el progreso, y la existencia humana retorna a estadios de vida elemental en todos los aspectos. Esta fue la amarga experiencia de 1914 a 1918, cuando en las trincheras de la primera gran guerra quedó patente que el progreso puede no ser continuo ni eterno.

Tal ceguera respecto al sentido y fundamento del progreso es un atributo peculiar de los hombres-masa, tan prontos para defender su estado de bienestar —que juzgan algo natural— como tardos para cumplir las exigencias que la cultura impone. La nobleza conquistó privilegios porque se entregó al riesgo de la lucha, del esfuerzo por superar posiciones ya alcanzadas hacia metas más exigentes que no vienen impuestas por necesidades perentorias. El hombre-masa recibe pasivamente un elenco de derechos comunes que no responden a su esfuerzo personal. El hombre vulgar sólo se esfuerza por resolver problemas inmediatos; carece de empuje para abordar cuestiones de mayor alcance, aparentemente desconectadas de las urgencias cotidianas. Llamamos *masa* a ese modo de ser hombre no tanto por ser multitudinario cuanto porque es inerte.

Esta actitud inercial es provocada por el desinterés frente a los aspectos más valiosos del entorno. El mundo organizado por el siglo XIX despertó en el hombre un afán de vivir intensamente y le ofreció medios para ello, pero le situó en el plano de la posesión de bienes, dejándole así al margen del camino de la plenitud humana, que radica en la entrega a realidades que trascienden el acotado mundo de los intereses individualistas. El siglo XIX abandonó al hombre a sí mismo, lo encerró en una forma de interioridad vacía, no suscitó en su ánimo la capacidad de atender a las instancias que lo trascienden y lo apelan a una vida de compromiso. Por este hermetismo e indocilidad radical, las masas se resisten a dejarse dirigir en ningún orden. De esta oclusión del hombre mediocre frente a toda apelación procedente de su entorno arranca la rebeldía connatural de las masas.

### *La rebeldía de las masas*

El *hombre-masa*, por ser hermético y rehusar confrontarse con otros tipos de hombre, no capta su propia insuficiencia. Se siente perfecto y, de consiguiente, confiado. Esta ceguera es



singularmente peligrosa por cuanto no responde a falta de capacidad intelectual, sino a la decisión de no usarla, de no vivir creadoramente a impulsos de la propia reflexión y nutrirse —en cambio— de tópicos, *slogans*, prejuicios, vocablos vacíos que circulan entre la gente inauténtica como monedas desgastadas. Lo característico de nuestra época no es que el hombre vulgar se crea sobresaliente, sino que impone sus “opiniones” vulgares como un derecho, sin preocuparse de ajustarlas al criterio supremo de la verdad. “Si alguien en su discusión con nosotros se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene la voluntad de ser verídico, es intelectualmente un bárbaro. De hecho, ésa es la posición del hombre-masa cuando habla, da conferencias o escribe”<sup>6</sup>.

La rebelión de las masas va dirigida en principio contra toda instancia normativa. Es un movimiento de retorno anticultural hacia la barbarie. El grado de cultura de un pueblo se mide por la precisión con que las normas regulan su vida. Una persona no puede ser considerada culta, aunque posea una erudición amplia, si no pone cuidado en ajustar su pensamiento a la verdad y se obstina en vencer sin convencer, imponiendo sus opiniones por la fuerza del poder o del voto manipulado. Proclamar la fuerza como razón primera y suprema de actuación es señal inequívoca de pertenecer a la condición de hombre-masa, que tiene multitud de poderes e ideas pero carece del poder básico de idear, de elaborar conceptos bajo la instancia de la verdad. El hermetismo del hombre-masa impide a éste abrirse a un diálogo que sea búsqueda en común de la verdad. Lo crispa sobre sus ideas preconcebidas y lo empuja a la “acción directa”, a la imposición violenta de ideas no contrastadas en el campo de juego de la discusión sincera. Cuando esta forma de acción expeditiva se torna *normal*, en el doble sentido de *corriente* y de *normativa* —pues se acepta como norma la anulación de toda norma, del ajuste de la propia actividad a las exigencias de valores no meramente subjetivos—, estamos ante el fenómeno social de la *rebelión de las masas*, que es en el fondo rebelión contra todo aquello que hace posible la convivencia ciudadana, es decir, las normas, la justicia, la razón, los usos, la cortesía...

---

<sup>6</sup> *Ob.cit.*, pág. 189.

Al no acertar a ver —debido a su opacidad espiritual— que la posibilidad de convivencia se basa en la sumisión activa de todos a instancias objetivas que dan razón y sentido a los propios actos, las masas actúan despóticamente, no aceptan al adversario, son tajantes y dilemáticas en sus juicios, elementales en sus decisiones, crueles en sus sentencias. Por eso se rinden dóciles a la sugestión de los *slogans*, tipo de alimento espiritual que se ajusta perfectamente a su estado de ánimo, a sus apetencias de poder, a su voluntad de dominar por la vía corta de la imposición. El demagogo moviliza las masas fácilmente porque les habla en su lenguaje, las domina con arma que ellas están ansiosas de conocer y de usar.

La simplificación drástica que implica la práctica de la “acción directa” puede tener efectos beneficiosos en cuanto prescinde de una carga muerta de elementos carentes de sentido y apunta a lo esencial. Pero esta doble labor —negativa y positiva— exige una clarificación de principios, ideas y situaciones tan profunda que rebasa ampliamente la capacidad del hombre-masa, totalmente insensible a cuanto significa fundamentación última de la cultura, cuyos frutos usufructúa bajo forma de artefactos técnicos.

Esta despreocupación respecto a los principios generales de la cultura cuestiona la posibilidad misma de la ciencia y —consecuentemente— de la técnica. Las raíces de la técnica son muy hondas, y las exigencias que plantea al ser humano no pueden sino causar sorpresa al hombre mediocre, primitivo, que considera la complejísima trama de la ciencia como algo natural que está ahí, incommovible, como la roca o la estrella. Ello explica la poca atención que el hombre-masa presta a la investigación científica de la que procede el bienestar que disfruta. La desproporción que se da entre el provecho que el hombre medio —incluso el técnico— recibe de la ciencia y el interés casi nulo que éste muestra hacia ella constituye el síntoma más evidente de la decadencia actual.

La civilización, al progresar, se torna más complicada y plantea problemas que superan la capacidad comprensiva del hombre medio. Sólo mentes superiores, capaces de asumir creadoramente la cultura, pueden salvar la civilización. Hoy

existen sin duda tales mentes privilegiadas. Pero el hombre medio que ostenta el poder rehuye suicidamente dejarse regir por ellas. Lo hace con aire de “señorito satisfecho” o “niño mimado” al que sonríe la vida y le invita a dar por bueno y suficiente su haber moral e intelectual. Esta autosuficiencia le inspira una actitud de prepotencia, de la que arranca la táctica de la “acción directa”. El carácter elemental de ese tipo de acción prueba sobradamente que la abundancia de medios y bienes heredados no eleva la calidad de la vida, antes puede más bien empobrecerla. El señorito satisfecho se entrega al arbitrio, se niega a hacer lo que *debe* hacer, deserta con ello de su destino más auténtico y se precipita por el plano inclinado de la decadencia. Pero lo hace como una travesura de niño mimado, sin plena convicción de que está poniendo en juego la existencia de la cultura y el sentido de la vida humana. De ahí el aire de farsa que Ortega cree descubrir en la vida europea. El hombre-masa no es realista, no se enfrenta con la figura de hombre que *debe realizar*. Se deja arrastrar por las diferentes corrientes que constituyen la última moda en arte, en política, en vida intelectual, en usos sociales. “El cínico, parásito de la civilización, vive de negarla, por lo mismo que está convencido de que no faltará”<sup>7</sup>. En la misma línea farsante, el hombre-masa ataca cuanto constituye el entorno que lo acoge, y se cierra ante toda instancia externa que lo apele a comprometerse en serio con su propio destino y proyectar creadoramente el futuro.

### *Desmasificación y creatividad*

La civilización es el producto de una complejísima tarea cultural que fue y es impulsada por unas cuantas mentes egregias que saben liberarse de la presión de lo inmediato para consagrarse al estudio de lo profundo, que es donde reside la clave del auténtico progreso. Estos seres excepcionales marcan en todos los órdenes de la vida la ruta a seguir para configurar una existencia verdaderamente culta. Pero ¿cómo lograr que las multitudes acrecienten su capacidad de estar a la escucha y asumir las directrices de las minorías selectas? ¿Cómo persuadir al hombre

---

<sup>7</sup> *Ob.cit.*, pág. 214.

a vivir de modo auténtico, tomar las riendas del propio destino, hacerse permeable a los valores e incrementar su capacidad creadora en todas las vertientes?

Ortega no lo indica con la nitidez deseable. Deja entrever que el movimiento contrario a la masificación es *la formación de élites*. Queda en pie –sin embargo– la gran tarea de *des-masificar* a los pueblos, de elevar su capacidad personal, abriéndolos a los grandes valores descubiertos por las minorías eminentes. Ello exige, sin duda, una *teoría de la creatividad* finamente articulada. Ortega vio muy claro la necesidad de que el pueblo se abra a las instancias normativas que el pensamiento filosófico descubre.

“El día que vuelva a imperar en Europa una auténtica filosofía –única cosa que puede salvarla–, se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. Si logra por sí mismo encontrarla, es que es un hombre excelente; si no, es que es un hombre-masa y necesita recibirla de aquél. Pretender la masa actuar por sí misma es, pues, rebelarse contra su propio destino, y como eso es lo que hace ahora, hablo yo de la rebelión de las masas”<sup>8</sup>.

El hombre se convierte en masa por cerrarse en sí y no responder creadoramente a la apelación del género de instancias superiores a que alude Ortega. Esta respuesta presupone una radical apertura del hombre, una apertura desde su misma raíz. A tal apertura se opone, sin duda, la soledad en que –según el mismo Ortega– se halla recluso el ser humano. La tarea de desmasificación de las gentes ¿no exigirá al hombre superar este estado de retracción mediante la fundación de ámbitos de convivencia y encuentro?

Los hombres –en número mayor o menor– constituyen una *masa* cuando su unión es amorfa y gregaria por carecer de la debida estructura. Para desmasificar, se requiere estructurar. La vertebración estructural de su existencia no la logra el hombre por vía de *ensimismamiento* sino de *encuentro*. El encuentro es

---

<sup>8</sup> *Ob.cit.*, pág. 222.

un acontecimiento complejo y fecundo que plantea muy diversas exigencias. Al cumplir estas exigencias, el hombre sobrepasa la soledad y se instala en un plano de apertura comunitaria que es un *campo de juego* donde florece la libertad, el conocimiento, la belleza, la plenitud y el gozo.

La fundación de este campo de juego es la meta del sistema democrático de existencia, modo de convivencia humana que debe ser instaurado de dentro a fuera por ciudadanos libres y bien preparados. Una democracia formada por masas se halla en muy peligrosa vecindad con la tiranía, pues fácilmente cae alguien en la tentación de convertirse en guía carismático y absoluto de quienes carecen de toda iniciativa elevada. El tema de la rebelión de las masas no tiene un alcance meramente sociológico; plantea graves tareas en todas las áreas de la vida humana. Es mérito grande de Ortega haberlo destacado a su debido tiempo. Pero ¿ha puesto Ortega las bases para una sólida labor de desmasificación de las gentes?

Ortega entiende al hombre como un “solitario” frente a los demás, a los que nunca accede de modo directo sino por la vía oblicua de la “compresencia”. En este contexto parece la soledad ofrecer un aspecto negativo. Pero, al tratar el tema de la autenticidad del hombre y su afirmación ante el entorno opaco y amorfo que le rodea, el concepto de soledad adquiere una neta valoración positiva. Si la esclavitud del hombre radica en la entrega a las cosas del entorno, y la independencia la logra el ser humano mediante el “ensimismamiento” o retorno sobre sí mismo —para, desde aquí, elaborar mediante la imaginación ideas y proyectos que ordenen la “materia caótica” que es en principio la realidad circunstante ante la que uno no sabe a qué atenerse—, la soledad queda orlada con un halo de prestigio.

Por una parte, Ortega sitúa al hombre en una posición primaria de *atenencia absoluta* al entorno. Por otra, no reconoce más vía de salvación que la *retracción ensimismante* a la soledad del yo, soledad poblada de ideas que en un pasaje interpreta como elaboradas aisladamente por la imaginación y en otro vincula tímidamente a la realidad externa. En este contexto, al enfrentarse con el grave fenómeno de la divinización del puro activismo, que deprecia la vida humana y “puebla el mundo de crímenes”,

Ortega exige el cultivo de la soledad... “Como el hombre es el animal que ha logrado meterse dentro de sí, cuando el hombre se pone fuera de sí es que aspira a descender, y recae en la animalidad”<sup>9</sup>.

Observa con razón Ortega que “sin retirada estratégica a sí mismo, sin pensamiento alerta, la vida humana es imposible”, y que “no es un azar que todos los grandes fundadores de religiones antepusieran a su apostolado famosos retiros”<sup>10</sup>. Pero apenas se cuida de precisar que la fecundidad de estos retiros procede de la soledad entendida no como alejamiento de lo real, sino como plenificación de las virtualidades de diálogo que laten en el hombre visto de modo integral como ser abierto constitutivamente a una *constelación de realidades valiosas*<sup>11</sup>.

La interpretación de la vida intelectual como una forma de retracción del hombre sobre sí mismo decide en parte el tratamiento que da Ortega al tema de la masa. En el plano social, por “masa” se entenderá un número elevado de individuos que no han realizado la esforzada técnica de ensimismamiento cuyo fruto es la *cultura*. El hombre se halla —según Ortega— “arrojado” en el mundo, entregado ineludiblemente a las cosas en torno. Entre estas cosas ocupan también un lugar, como objetos, los hombres. De tal inmersión infrarreflexiva en la trama incualificada, amorfa, inestructurada, de los hombres sólo se evade el individuo retrotrayéndose a su interioridad mediante un esfuerzo de concentración que le permita mantener durante algún tiempo su atención fija en las ideas que brotan dentro de sí. Dada la extrema dificultad que implica la realización de esta vuelta “antinatural” hacia la subjetividad, se explica que la mayoría de los hombres sean incapaces de someterse a esa técnica de aislamiento formativo, de tal modo que el crecimiento demográfico debe traducirse automáticamente en un proceso de masificación.

---

<sup>9</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, 1961, vol. V, pág. 312.

<sup>10</sup> *Ob.cit.*, pág. 313.

<sup>11</sup> Sobre la inserción del tema de la soledad y la comunicación interpersonal en el sistema filosófico de Ortega pueden verse análisis detenidos en mi obra *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*, págs. 256-297.

El vocablo *masa*, tomado del mundo de la construcción, ofrece flanco fácil a todo género de escamoteos categoriales provocados por el paso indiscriminado de la vertiente cuantitativa a la cualitativa. En consecuencia, el diagnóstico de la masa es realizado preferentemente con métodos cuantitativos, ya que tradicionalmente la "cultura" fue privilegio de los menos, y la vía de solución para los graves problemas planteados por la irrupción de las masas es buscada en la formación de élites culturales, no en el despliegue de la personalidad de cada uno de los individuos que integran la colectividad, que se juzga masiva. en el fondo, el tratamiento orteguiano del tema de la masa está inspirado en categorías más bien *individual-colectivistas* que *personal-comunitarias*, lo cual hace posible el logro de una descripción viva, desgarrada y dramática del problema, pero ciega en gran medida las fuentes de donde únicamente puede provenir una auténtica solución. Nada extraño que al brillante planteamiento orteguiano de los cambios operados en la sociedad por el advenimiento de las multitudes a la vida de la cultura siga un veredicto un tanto indeciso.

La filosofía posee actualmente un utillaje metodológico capaz de articular equilibradamente el "ensimismamiento" y la "alteración", la entrega a los seres del entorno y la práctica del recogimiento, la vida comunitaria y la vida personal. Esta capacidad para comprender que la vida humana está integrada por vertientes que se contrastan y plenifican mutuamente, no por dilemas que se desgarran, abre amplias posibilidades de solución al problema de la irrupción de las masas. vista a esta luz, la cultura que desmasifica no constituye un movimiento espiritual opuesto a la atencencia espontánea del hombre y a su circunstancia y entorno. Implica una actitud de apertura comprometida a las realidades que apelan al hombre a una tarea creadora de relaciones de encuentro. El fenómeno del encuentro es muy exigente. Sólo se da cuando el hombre rehuye esforzadamente dejarse llevar del halago de las diferentes formas de vértigo.

Esta renuncia puede ser llevada a cabo por personas de muy diversos niveles culturales. Lejos de ser privilegio de élites, es cometido de todo ser humano que, para constituirse en tal, pone en juego su connatural poder creador. *El antídoto por excelencia de la masificación viene dado -a mi entender- por el ejercicio*

de la creatividad en todos los órdenes: estético, deportivo, ético, religioso... El descenso de voltaje creador en los pueblos constituye un fenómeno de extraordinaria gravedad que debe suscitar alarma en todo espíritu responsable por lo que implica de regresión a estadios de inmadurez y primitivismo. De Ortega procede esta grave admonición, clave de bóveda de su análisis de la rebelión de las masas:

“Podemos perfectamente desertar de nuestro destino más auténtico; pero es para caer prisioneros en los pisos inferiores de nuestro destino”<sup>12</sup>.

### Las dos revoluciones de la juventud contemporánea

Los expertos en cuestiones sociológicas se mostraron sorprendidos ante la rebelión protagonizada en 1968 por los estudiantes de los centros universitarios mejor dotados. Se consideraba lógica cualquier erupción producida en países menesterosos. Pero se estimaba que el bienestar de las naciones más avanzadas tenía que traducirse en concordia y paz. Ante los acontecimientos del 68, los responsables de la vida política e intelectual se sintieron alarmados, asustados y decepcionados<sup>13</sup>.

Sometida a un análisis riguroso, esta reacción se manifiesta como fruto de mala fe o de ignorancia. Nada, en efecto, hay sorprendente en tal violenta agitación de masas si se examinan cuidadosamente los procesos intelectuales que configuran la imagen del hombre del siglo XX. Ante los fenómenos de turbulencia radicalizada al máximo, no procede adoptar actitudes de miedo, resentimiento e hipocresía. Las reacciones emocionales deben ceder el paso a un análisis profundo de los acontecimientos, que son, en el fondo, acontecimientos *espirituales* que hunden sus raíces en el núcleo personal de las gentes y obedecen a formas de lógica implacables.

---

<sup>12</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, 1961, vol. IV, pág. 211.

<sup>13</sup> Ver *Encuesta sobre los movimientos estudiantiles*, en “Revista de Occidente”, núm. 68, págs. 177-230.



Resulta ingenuo sorprenderse de que estos movimientos de agitación hayan tenido lugar en países desarrollados, “destribalizados” —es decir, ampliamente evolucionados en las formas de vida familiar y social—, profundamente liberales, preocupados de abrir a la juventud horizontes de desarrollo personal y profesional. Sólo en un nivel superficial de consideración se oponen estas circunstancias a la posibilidad de un movimiento revolucionario.

Para montar el análisis de esta cuestión sobre bases firmes, conviene advertir que, si el siglo XIX concedió a los adolescentes —mediante la creación de las escuelas secundarias— huelgo suficiente para el estudio y el cultivo del espíritu, el siglo XX hizo posible a gran número de adolescentes prolongar este período de formación hasta los 25 ó 30 años. En este nuevo período de la vida —la “juventud” o “primera adultez”—, el joven tiene ocasión propicia para madurar su personalidad, acrecentar su poder crítico, ampliar su capacidad de visión de las cosas, depurar su concepción moral, política, artística y religiosa. Debido a su propia generosidad, las sociedades albergan hoy en su seno una multitud de jóvenes dotados de una sólida formación y de una gama de valores morales que desearían ver realizados en la vida social. Las circunstancias socioculturales en que se mueven permiten a estos jóvenes manifestar abiertamente sus convicciones y enfrentarse, en caso necesario, a la sociedad sin asumir riesgos considerables.

Esta libertad interna y externa permite a la juventud actual observar que, pese a la profesión de liberalismo, la sociedad moderna —que se inició con la fundación de la ciencia físico-matemática y alcanzó su apogeo tras la Revolución Industrial— acabó siendo abiertamente represiva, manipuladora, autoritaria<sup>14</sup>; cultivó preferentemente el saber que se traduce en poder; caminó vertiginosamente hacia el “progreso” con el apoyo firme de un estilo de pensar “objetivista”, posesivo, dominador; promo-

---

<sup>14</sup> Sobre el final de la llamada “Edad Moderna” y el inicio de una “edad postmoderna”, ver GUARDINI, R.: *El ocaso de la edad moderna*. Cristiandad, Madrid, 1963. La polémica suscitada por esta obra es descrita en mi libro *Romano Guardini y la dialéctica de lo viviente*. Cristiandad, Madrid, 1966, págs. 120 y ss.

vió sobremanera la libertad humana de maniobra, pero sometió al hombre al peor de los vasallajes: la obsesión de dominio.

En 1914, el saber técnico altamente desarrollado permitió racionalizar en forma perfecta la aniquilación en masa de millones de jóvenes. Quebrantado el mito del eterno progreso, la parte de la sociedad contemporánea más evolucionada científicamente se adentró en la era postmoderna, postindustrial, en la cual el hombre, liberado del afán absorbente por cubrir las necesidades básicas de la existencia, empezó a sentir la necesidad de instaurar formas de vida más auténticas. He aquí el germen de la segunda revolución.

La primera revolución —que tomó cuerpo de modo singular en Francia y Norteamérica a fines del siglo XVIII— fue realizada con el ánimo de promover entre todos los hombres sentimientos de liberalidad e igualdad, y hacer extensivos a la mayoría los derechos económicos, culturales y políticos que disfrutaba una minoría. La orientación ética del hombre que vivió esta revolución industrial como un recurso de salvación concedía rango de valores fundamentales al aumento de la producción y al fomento de las cualidades personales que favorecen la eficacia: capacidad de sacrificio, severidad de costumbres, disciplina, uniformidad de pensamiento y de vida, comportamiento racional.

La primera revolución consumió felizmente su andadura en diversos países, permitiendo a los pueblos alcanzar cotas de mayor libertad y seguridad, igualdad y bienestar. Lograda esta meta, se puso pronto, sorprendentemente, al descubierto que los valores que elevan el rendimiento e incrementan la producción no garantizan la felicidad de las gentes. El *orden* puede ser utilizado, bajo pretexto de eficacia, para perpetuar privilegios abusivos de los poderosos. Esta sospecha contribuye a devaluar los valores de la *fidelidad*, la *obediencia*, la *disciplina*, la *conformidad* y otros semejantes. Tal devaluación dispone el terreno a toda suerte de movimientos revolucionarios.

Al margen de interpretaciones partidistas, cabe afirmar que en el proceso de desarrollo industrial se cometieron errores graves de planteamiento que hicieron inviable la instauración de una vida humana digna. Se concibió el progreso como un incremento de saber, de poder, de bienes materiales y culturales. En

un primer momento, el hombre occidental se sintió enardecido por las posibilidades vitales de todo orden que esta orientación parecía otorgarle. Pero no tardaron en llegar las grandes conmociones sociales y bélicas que pusieron un adusto signo de interrogación sobre el estilo de pensar de la llamada Edad Moderna. Este magno interrogante abrió una época de reflexión. Enfriada la euforia de los éxitos parciales del principio, todo apareció a una nueva luz. La seguridad que otorga la abundancia de bienes no garantiza la paz y el equilibrio espirituales en épocas acosadas por los manipuladores de la opinión pública a través de los medios de comunicación social. La participación política se reduce con frecuencia a una sarcástica colaboración ocasional con los eternos detentadores del poder. La libertad de elección se halla de hecho sometida a los dictados de la propaganda y a los intereses de los grandes mercaderes. El cultivo del saber teórico y del consiguiente saber técnico no aboca necesariamente a una mayor perfección del hombre porque el dominio sobre la naturaleza que tales saberes instauran puede acabar destruyendo el equilibrio ecológico e incluso la vida humana si falta una sólida “ética del poder”<sup>15</sup>. Actualmente, los científicos –singularmente, los pioneros de la ingeniería genética– empiezan a mostrar grave preocupación por los problemas éticos que plantea el desarrollo de un saber que abre perspectivas alucinantes acerca del poder decisorio de unos cuantos hombres sobre el futuro de los demás.

La ambigüedad turbia de esta situación afecta al espíritu sensible de los jóvenes y lo llena de inquietud. Basados más bien en su poder intuitivo, espontáneo, que en un análisis reflexivo de los fenómenos, los jóvenes adivinan que algo decisivo falla en el humanismo actual y gritan de modo expeditivo su airado “no a la sociedad de consumo”, sin reparar en el hecho gravísimo de que millones de seres humanos necesitan realizar todavía su particular revolución industrial.

La falta de un conocimiento preciso de los hechos y de la lógica que los rige confiere a la rebelión juvenil un signo más bien negativo. Se delatan de modo ambiguo diversos fallos, pero

<sup>15</sup> Romano Guardini supo delatar este fenómeno a su debido tiempo. Ver GUARDINI, R.: *Die Macht*. Werkbund, Würzburg, 4ª ed., 1957 (trad. castellana: *El poder*. Cristiandad, Madrid, 2ª ed., 1977).

apenas se indican vías positivas de renovación. Se ataca la primacía concedida a la producción de bienes materiales de consumo y se reclama el fomento de la creatividad, del poder expresivo, imaginativo y estético. (“Viva la revolución apasionada de la inteligencia creadora”, proclamaban las pancartas de la rebelión estudiantil francesa.) Contra la uniformidad y empastamiento culturales que siguen a la invasión tecnológica de la vida humana, se valora la actitud “anárquica” que defiende lo individual por su condición irrepetible, intransferible, diversa, única. Con el mismo espíritu se ensalza lo particular, lo inefable y originario, lo nacionalista y regionalista, lo diversificado y multicolor. Frente a toda clase de culto a lo permanente, lo rígido, inmutable y estereotipado, se subraya el valor del movimiento, el cambio, la apertura, el desarrollo continuo, la adaptación a las circunstancias cambiantes, la capacidad de vivir al día y afrontar el presente. En franca oposición a los diversos géneros de centralismo, se demanda participación y cogestión en toda suerte de instituciones —empresas, escuelas, etc.—, orientación creativa en las tareas educativas, espontaneidad y sinceridad en las relaciones interhumanas de cualquier orden, sustitución de la relación vertical jerárquica por la relación horizontal de encuentro, homogeneidad de trato en las relaciones sociales, igualdad de oportunidades para personas y pueblos.

De este modo impreciso pero enérgico, las dos formas de revolución —la industrial y la postindustrial— se unen indiscriminadamente en la protesta juvenil. El eco de la primera revolución se advierte:

1. En el ataque a todo género de explotación del indefenso, al imperialismo y la discriminación racial, a la violencia de la guerra —entendida como colisión de intereses de los poderosos.
2. En la defensa de la justicia social y la participación política. La segunda revolución persigue el logro de formas de convivencia de alta calidad personal, modos de existencia creativos, abiertos, auténticamente libres.

Los fines de la primera revolución pueden ser conseguidos en buena parte con los medios contundentes de la lucha subversiva, de la que han sido maestros en todo tiempo los estrategas del marxismo. Por eso los líderes estudiantiles han visto en ellos

el módulo revolucionario por excelencia. Tanto mayor es su decepción al descubrir que el marxismo no satisface ninguna de las exigencias de la segunda revolución. Los fines que ésta persigue reclaman una capacidad creadora que desborda años luz las técnicas de la demolición. Seguir aplicando a las acciones de la segunda revolución la retórica belicista de la primera es una incongruencia histórica que provoca el desconcierto tanto en los rebeldes como en sus atónitos observadores.

Si ha de ser realizada con éxito, la segunda revolución exige un grado de preparación mucho mayor que la primera. Las causas de los males y errores que combate son de tal sutileza y hondura que sólo un conocimiento filosófico riguroso puede ponerlos a descubierto y abrir vías de solución. El enemigo a batir no ofrece rostro, se halla diluido en multitud de fenómenos sociales, de corrientes filosóficas, de sutiles estrategias metodológicas que enturbian el estilo de pensar de las gentes. Liberarse de este opresor significa ganar libertad frente a uno mismo, a la inveterada tendencia hacia la unilateralidad en el pensar, el desconcierto en el querer y la banalidad en el sentir. Samuel Beckett, aguerrido partisano durante la resistencia francesa contra el invasor "nazi", se sintió anonadado al encontrarse inerme ante la invasión del "americanismo" que sufrió la sociedad europea en el interior de su espíritu tras el final de la guerra. Los giros en el modo de concebir la existencia implican una forma de revolución soterrada, temiblemente poderosa, que puede arrollar a los mismos que la promueven si no se cuidan de clarificar al máximo el sentido de cada fenómeno y acontecimiento. Se ha hecho extensivo a todas las clases sociales el uso de los más avanzados medios de comunicación de masas, pero ¿a qué fines se consagra el poder que éstos ejercen sobre la opinión pública? Se ha realizado un esfuerzo benemérito por facilitar medios educativos a todos los estratos de los pueblos, pero ¿qué se entiende en rigor por educación? Las posibilidades económicas están en la actualidad ampliamente repartidas, pero ¿a quién sirven, a medio y largo plazo, en las sociedades dominadas por la propaganda? Los regímenes políticos de Occidente abren amplios cauces de participación ciudadana, pero ¿qué tipo de sociedad se está configurando en este gran campo de lucha por el poder donde a

menudo es más rentable halagar al pueblo que ayudarlo a descubrir la verdad?

Los jóvenes más reflexivos sienten alentar en su ánimo estos graves interrogantes, pero no siempre disponen de la perspectiva necesaria para darles cumplida respuesta. En su rebelión se encabalgan los propósitos de dos revoluciones. Son intenciones distintas, pero no opuestas. Pueden integrarse en un movimiento unitario de reforma. *Lo que necesita ser cambiado en ambos casos es el planteamiento.* El incremento de producción no debe entenderse radicalmente como acrecentamiento del dominio sobre lo real sino del poder de dialogar con el entorno, visto como compañero en el juego de la existencia. El diálogo es una experiencia de éxtasis, no de vértigo. El afán de llevar la capacidad de manipulación al infinito significa una entrega desmesurada a la voluntad de poder, constituye un tipo de vértigo y aboca, como tal, al vacío y la desesperación. No es sino perfectamente lógico el sentimiento de decepción de los jóvenes actuales y la entusiasta acogida que los mismos otorgan a los pensadores que adoptan una actitud crítica ante todo fenómeno que provoque la alienación humana.

Como es sabido, los autores de la Escuela de Frankfurt –Th. Adorno, M. Horkheimer, J. Habermas, H. Marcuse...– delatan las diversas formas de manipulación del hombre y la sociedad. Otros pensadores contemporáneos, entre ellos E. Fromm, subrayan la necesidad de superar las formas de mera unión biológica, perder el miedo a la libertad creadora y conceder la primacía al “ser” sobre el “tener”. Esta línea de clarificación crítica de la situación del hombre actual –que el pensamiento existencial y el personalista dialógico iniciaron a buen ritmo– debe ser proseguida a la luz de la teoría de la creatividad, con objeto de precisar de modo positivo las vías de instalación auténtica –no represiva, no alienante– del hombre en lo real.

Realizado el salto de la actitud manipuladora a la actitud lúdica, respetuosa con la realidad, pueden llevarse a cabo los propósitos de la segunda revolución sin necesidad de renunciar indiscriminadamente a los logros de la primera y dejar de lado las formas de experiencia ya consagradas, muchas de las cuales implican modos auténticos de juego y de éxtasis.

Ambas revoluciones cometieron un mismo error de fondo: *orientar el desarrollo del hombre de modo gravemente unilateral*. La primera revolución se movió en nivel objetivista y adoptó una actitud de dominio. La segunda revolución quiso superar los errores de la primera renunciando a toda forma de distancia respecto a lo real. Su intento era recuperar la unidad con lo real perdida a causa de la primacía otorgada al entendimiento calculador, dominante, frío e incomprometido. Indudablemente, el hombre moderno había puesto demasiada confianza en el conocimiento científico y le había concedido excesivos poderes. Restablecer el diálogo con lo real era una medida ineludible y urgente. Por una inferencia precipitada, se juzgó que, si el entendimiento distancia al hombre de lo real —ya que, para conocer, debe proyectar los objetos a distancia del sujeto—, la unión con la realidad debe recuperarse mediante el descenso a los planos preintelectivos de la vida humana. En esta línea de razonamiento superficial, poco o nada matizado, se concluyó que la forma más intensa de unidad con lo real radica en la vinculación fusional, infrarracional, prerreflexiva. Esta convicción —ampliamente difundida y nunca debidamente revisada— se halla en el origen de la campaña a favor de las experiencias de relax y de vértigo. El ardor panegirista llevó a confundir la exaltación del vértigo con la fecundidad del éxtasis y a pensar que, para vencer la distancia que había provocado entre el hombre y la naturaleza el afán racionalista de cálculo, seguridad y dominio, bastaba fomentar diversos modos empastantes de unión, mediante el simple recurso de dejarse arrastrar por la fascinación del erotismo, el ritmo, los juegos de azar y toda clase de experiencias de relax.

La confusión secular de las experiencias de vértigo y éxtasis explica que los hombres hayan consagrado entusiásticamente sus vidas a una tarea que, ofreciendo un aspecto redentor, los desplazó a un callejón sin salida: *el estado de no-creatividad*. Este error metodológico ha minado las bases de la segunda revolución. Postular el retorno a lo real, a la unión intensa con la naturaleza y al cultivo de modos de existencia originarios, y organizar al mismo tiempo una campaña sistemática contra las formas de actividad humana que instauran modos diversos de distancia de perspectiva respecto al entorno, entraña una *contradictio in adjecto* que lleva obviamente en sí el germen del fracaso.

so. En ciertos movimientos juveniles contemporáneos andan a la par la nobleza de los propósitos y la precariedad de los métodos empleados para realizarlos.

Sin saberlo de modo preciso sus promotores, la segunda revolución tiene, en el fondo, un cometido *metodológico*: intenta operar un giro radical en el modo de pensar, de sentir y de querer. Este cambio no puede ser provocado con medidas de fuerza. Exige una renovación interior en cada hombre, una rigurosa conversión hacia actitudes menos individualistas y más comunitarias, menos egoístamente crispadas en el afán de dominio y más generosamente abiertas al riesgo de la colaboración dialógica.

Esta apertura —urge insistir en ello— no se logra mediante formas de entregas apasionadas, no reflexivas, fusionantes y —por consiguiente— masificadoras. Se consigue haciendo justicia a las diversas vertientes del hombre y de la realidad, e integrándolas en una forma de actividad bien coordinada. Esta coordinación resulta inviable cuando se concede a un aspecto del hombre o de la realidad entorno una primacía injusta sobre otras vertientes no menos relevantes. Exaltar el erotismo sobre el amor personal, comprometido, creador de vínculos estables; conceder a la *libertad de maniobra* mayor prestigio social que a la *libertad para la realización esforzada de los valores* —que a veces restringen el margen de posibilidades de acción—; estimar la manipulación de objetos como superior en efectividad a la creación de ámbitos...; éstas y otras formas semejantes de valoración unilateral no hacen sino alejar al hombre actual de las metas marcadas con certera visión de futuro por la segunda revolución. Constituye, por ello, un sarcasmo que se enarbole la bandera revolucionaria y se defiendan a la vez, como una cuestión de honor, orientaciones filosóficas unidimensionales, metodológicamente toscas, incapaces de captar sinópticamente la gran envergadura y complejidad de lo real.

Si se hace entre bastidores una lectura hermenéutica rigurosa de los acontecimientos fundamentales de los dos últimos siglos, se advierte que la segunda revolución no se alza contra la primera en un intento desesperado y resentido de retornar al estado preindustrial, “romántico”. Ciertamente, en la época postindus-



trial en que viven desde hace unos lustros los países más avanzados tecnológicamente se siente una grave preocupación ecológica a la vista de la degradación de la calidad de vida provocada por el desmesurado crecimiento industrial, y ello despierta en el ánimo de los pueblos un profundo sentimiento de nostalgia hacia modos de existencia más acordes con la naturaleza. Pero los estudiantes de la era postindustrial no quieren remedar a los obreros que destruían las máquinas al comienzo de la Revolución Industrial. Añoran una forma de instalación en lo real más auténtica, no saben precisar de modo positivo cómo debe realizarse, pero intuyen que la primera revolución planteó mal el problema y llevó a los hombres a un grado intolerable de envilecimiento personal<sup>16</sup>. Contra este decisivo error metodológico se dirige la segunda revolución, aunque lo ignoren las cabezas visibles de la agitación callejera. Es una cuestión muy honda y compleja la que aquí se ha planteado abruptamente a la sociedad contemporánea<sup>17</sup>.

El hombre actual, si quiere proyectar sólidamente el futuro sin hacer almoneda de los logros obtenidos con tan gran esfuerzo en el pasado, debe rehacer el largo camino que lo llevó a alejarse de lo real y a embriagarse con el ficticio poderío que le otorgan la masificación y la unidimensionalidad. Pero no se trata

---

<sup>16</sup> La vaguedad de las propuestas estudiantiles no puede ser interpretada despectivamente como signo de un afán “romántico” y “sentimental” de retornar a un “orden caduco”. No es justo interpretar como un retroceso el deseo de ajustar la vida a las exigencias de lo real. Por otra parte, el romanticismo, visto con rigor, constituye un fenómeno cultural de alta calidad. El sentimiento –en sus formas más altas– es una vertiente del hombre que va unida frecuentemente con la capacidad creadora. Los calificativos “sentimental” y “romántico” no pueden ser empleados como términos despectivos, descalificadores, a no ser por vía de estrategia.

<sup>17</sup> En la línea psicoanalista se ha intentado explicar la rebelión estudiantil como una consecuencia patológica del “complejo de Edipo”. Las generaciones jóvenes –se afirma– desahogan su “odio edipiano” hacia el “padre” mediante una actividad demoleadora de órdenes e instituciones, y emboscan tácticamente sus impulsos destructivos bajo un amable decorado “idealista” –en el sentido de generoso, desinteresado, utópicamente abierto a la implantación de formas más justas de existencia–. Los estudios sociológicos no avalan esta interpretación, ya que, en los momentos de mayor conflictividad, la vida familiar de los contestatarios mostraba más bien rasgos de “solidaridad generacional” que de “oposición edipiana”. En un nivel de consideración todavía más hondo, debe afirmarse que la rebelión juvenil no obedece a meras razones psicológicas; compromete graves cuestiones culturales de muy diverso orden.

—bien entendido— de un retorno, sino del ascenso al nivel de creatividad perdido. ¿En qué relación se halla esta pérdida con el fenómeno contemporáneo de transmutación de los valores? ¿Tiene sentido, en un plano filosófico riguroso, levantar las barricadas de la revolución contra la llamada cultura burguesa y fomentar a la vez la inversión de los valores tradicionales?

El empeño de la segunda revolución radica en reconquistar al hombre, devolverle su auténtica estructura, integrarlo debidamente en los cuadros de la naturaleza nutricia. Toda forma de integración verdadera exige esfuerzo, tensión creadora, capacidad de instaurar vínculos relevantes. El camino de la integración hay que trazarlo mirando creadoramente al futuro sobre la base de la experiencia que la Historia —maestra de la vida— nos depara cuando en los momentos de crisis la contemplamos a la debida distancia y hondura.

Esta mirada suscita en nosotros dos cuestiones decisivas:

1. ¿Qué significa la inversión actual de valores, qué fenómenos básicos la integran y cómo se articulan entre sí?
2. ¿Existe la posibilidad de reeducar al hombre actual en los valores? ¿Qué realidades son capaces de apelar al hombre de la era postindustrial a una entusiasta labor creadora? Una contestación de urgencia intentaré ofrecerla en los apartados siguientes.

## La inversión de los valores

Los graves acontecimientos que tejen la crisis moral y cultural del momento presente son todo menos ilógicos y sorprendidos. Un mediano conocedor de la lógica de los procesos creadores podría haberlos predicho de antemano. Propalar la idea de que se trata de fenómenos sociales imprevisibles, difícilmente catalogables, es un recurso más de la estrategia de la confusión que tiende a ocultar el verdadero sentido de cada evento histórico para eludir responsabilidades.

Contra lo que podía esperarse, a juzgar por la promesa demagógica de que una secularización de la existencia implicaría el ascenso a niveles de mayor libertad y dignidad humanas, la experiencia nos advierte infelizmente que la calidad ética, el im-

pulso creador de personas y pueblos ha descendido en forma alarmante durante los últimos decenios.

El descenso de la calidad ética sigue lógicamente a la caída de la tensión creadora. El voltaje creador desciende cuando el *reduccionismo intelectual* revierte sobre la vida del hombre y apaga el entusiasmo de éste por toda empresa existencial elevada. El impulso creador se enciende a la vista de las realidades que por su gran relevancia invitan a crear con ellas un campo de juego. *Reducido* al valor de tales realidades por un afán de supuesto “desenmascaramiento” de falsos ídolos, el entorno humano se empobrece y pierde capacidad de apelación. En medida directamente proporcional a esta pérdida, el hombre –ser constitutivamente dialógico– siente amenguarse su capacidad de juego. Cuando su capacidad lúdica se acerca al grado cero, el ser humano entra en un estado de asfixia espiritual.

Este bloqueo absoluto de la vida personal afecta directamente a la vida comunitaria. El hombre, en tal situación, no crea vínculos, campos de juego, ámbitos de convivencia, estructuras comunitarias. Al carecer de una sólida estructura, los grupos humanos se convierten en montones amorfos de individuos, meras unidades en un conjunto. Estos conglomerados faltos de forma constituyen una *masa*.

La masificación –como hemos visto– es un fenómeno cualitativo, no cuantitativo. No depende del número de personas, sino de la falta de estructura y, más radicalmente, de creatividad. La estructura –según la ciencia actual– es fuente a la vez de solidez y dinamismo. Un conjunto humano estructurado en comunidad por ideales firmes, por una voluntad de mantenerse al servicio de cometidos nobles, por el poder de crear formas recias, altamente cualificadas, de unidad, resulta inexpugnable. Un pueblo masificado, privado de estructura, pierde cohesión, poder de iniciativa, capacidad de lucha y resistencia; se torna extremadamente vulnerable.

Con toda lógica, el primer empeño de un tirano consiste en golpear el flanco de todo aquello que estructura al pueblo: valores éticos, creencias religiosas, instituciones que constituyen un testimonio vivo de realidades trascendentes, etc. En la actualidad, este ataque suele hacerse de modo artero, mediante los

recursos de la estrategia ideológica. Con el pretexto demagógico de incrementar la libertad, se practica una política de “liberalización”, a fin de entregar al pueblo –sobre todo a su parte menos experimentada y alerta: la juventud– a toda clase de experiencias de vértigo: juegos de azar, alcoholismo, droga, erotismo, violencia...

A esta luz se adivina fácilmente la conexión real, astutamente planificada, que media entre la lucha por el poder en las escuelas<sup>18</sup>, la poca o nula voluntad de reprimir la venta y uso de la droga, la legalización de la pornografía, los ataques –velados o expresos– contra la unidad familiar, la comercialización del sexo, la exaltación de ritmos musicales frenéticos a caballo entre la orgía y el delirio.

Una vez que los hombres y los pueblos se entregan al halago de lo sensible, de la manipulación de objetos, de la posesión de bienes, son dominados por una serie de impulsos primarios que ofrecen una gratificación inmediata pero precaria porque amenugan la capacidad creadora. Estimulando en forma bien calculada estos impulsos instintivos del hombre mediante la propaganda, los afanosos de poder –económico, político, ideológico...– pueden controlar y determinar la conducta de las personas, reduciéndolas a medio para el logro de sus intereses. El hombre es visto como *mero cliente*, cliente de las urnas, de las salas de espectáculos, de los salones de belleza, de las agencias de turismo, de las farmacias y tiendas. El ser personal sólo interesa por la *función* que ejerce, por el poder que tiene de votar, de comprar, de sacar entradas, de elegir diversiones.

Reducido a mera función, el hombre se convierte en *presa*. Los depredadores salen diariamente a la caza del cliente, y lo hacen sin reparar siquiera en la antigua ley de que no debe haber demasiada desigualdad de fuerzas entre el cazador y la presa. En la actual lucha por el poder se ponen en juego los medios más sofisticados y eficaces. El hombre, al verse inerme, acaba por entregarse. Y, para hacer menos lacerante la capitulación, suele dejarse caer en la trampa que le tienden los estrategas del len-

---

<sup>18</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Notas sobre la situación universitaria actual*, en “Sillar”, núm. 2, 1981, págs. 52-69.

guaje al sugerirle que están promocionando su libertad. Al parecer, el hombre cree verse menos envilecido si se funde en la masa y considera como normal el estado de sujeción espiritual a que se ve sometido. Con este fin se deja arrastrar por el vértigo de la rutina, de las modas impuestas por instancias desconocidas que operan de forma anónima a modo de niebla envarante que todo lo penetra. Esta entrega sumisa y casi agradecida a los profesionales de la demagogia deja, sarcásticamente, a personas y pueblos al borde del grado cero de creatividad, y, por tanto, en la situación de absoluto desamparo propia del gregarismo llevado a su grado límite. Este desplazamiento del hombre hacia el vacío de su vida personal significa una distorsión extremadamente violenta del recto orden de las cosas. Es la violencia radical del reduccionismo.

Esta dolosa manipulación reduccionista del hombre está en la base de la trasmutación actual de los valores. Sorprende el ímpetu y decisión con que se atacan hoy día los valores tradicionales y el arrojo con que se defienden posturas marginadas. pasado el asombro del primer empujón, se advierte, sin embargo, que esta audacia y aquella impetuosidad encubren una debilidad radical. Los movimientos demoledores adquieren su fuerza expresiva merced a la riqueza de las realidades que impugnan. En sí, carecen de toda luminosidad porque se sitúan —expresa y agresivamente— fuera de juego, al margen del juego creador de ámbitos que es el lugar nato de alumbramiento de sentido y expresividad. Se presentan como heraldos de unos valores nuevos, una moral nueva, un humanismo renovado, pero, a la hora de ofrecer los pilares de su concepción del hombre, se limitan a proponer —en diversas vertientes— una entrega radical a la experiencia de vértigo, tan expeditiva y fácil como destructora del ser humano integral. Nada ilógico que, tras proclamar los derechos de la *contracultura* y los valores de la vida espontánea, infracreadora, se exalte el *nihilismo*.

Visto entre líneas el movimiento de subversión de los valores, se advierte que en un primer momento las posiciones tradicionales son impugnadas con notable éxito merced al uso contundente de diversos recursos estratégicos. A este momento de euforia demoledora sigue una etapa de sombrío silencio decepcionante. Al perder prestigio las realidades impugnadas, los

profesionales de la destrucción quedan oscurecidos, a falta del fulgor –lúgubre, pero vivo– que emite una realidad valiosa cuando es internamente desgarrada. Se podría estudiar detenidamente la producción de ciertos pensadores y mostrar el desajuste que se da entre un primer período febril de publicaciones agresivas y en apariencia enérgicas y una segunda época de obras alicaídas, faltas de toda vertebración sólida y proyección al futuro.

Ya Nietzsche, el brillante pionero –a la sombra de Schopenhauer– del movimiento desenmascarador, predijo con palabras sobrecogedoras el inmenso vacío que seguiría a la “muerte de Dios”.

Pocas cosas hay sin duda más eficaces para neutralizar la campaña de alteración de los valores que comprender a fondo la raíz de su espectacular brillantez primera y de su posterior opacidad y pobreza de iniciativas.

### *Violencia y audacia en la demolición de valores*

La ruptura de órdenes, estructuras y valores implica violencia y engendra violencia. Si se agrega una cierta dosis de resentimiento por parte de los demolidores, la actividad de ruptura puede fácilmente adquirir caracteres en extremo virulentos, como sucede en el caso de Nietzsche.

De modo análogo a lo dicho sobre la expresividad, esta forma de violencia está alimentada soterradamente por la energía que poseen las realidades escindidas y que es liberada en el acontecimiento de la ruptura.

En ciertas épocas, la actitud rupturista aparece orlada de un especial prestigio por lo que parece ofrecer de apertura decidida, heroicamente tenaz, al cambio hacia formas más auténticas de existencia. Esta irreflexiva tendencia a la exaltación de las posturas revolucionarias debe ser debidamente controlada a fin de no caer en la trampa que nos tiende la estrategia de la “valoración por contraste”<sup>19</sup>. Derribar ídolos constituye una hazaña proporcional a la supuesta grandeza de éstos. Con frecuencia se

---

<sup>19</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, pág. 159.

intenta demoler gigantes de barro –“maniqueos” configurados al efecto– a fin de ampararse al amparo de su grandeza.

Para incrementar el efecto de esta labor destructiva, suelen unirla sus promotores a la crítica de la sociedad “burguesa”. Con este procedimiento estratégico consiguen que el carácter repulsivo de ciertos fallos y lacras atribuidos a la sociedad capitalista y al racionalismo calculador y dominante caiga como un manto raído sobre el mundo de los valores.

La metodología filosófica nos advierte con toda energía que debemos deslindar cuidadosamente los distintos frentes que moviliza el movimiento de subversión axiológica si queremos evitar encabalgamientos estratégicos que benefician el propósito nihilista que alienta en el fondo. Quienes estiman los valores, por considerarlos piedra angular de todo Humanismo reciamente estructurado, han de exigir con la mayor decisión que no se enmascaren unas razones con otras. En plena época “postindustrial”, como es la nuestra, no tiene sentido seguir considerando la mentalidad “burguesa” como el gran enemigo a derrotar. Hay que instar a los profesionales de la demolición a ofrecer el rostro, dejar de lado la obsesión adolescente de mantenerse al ataque y abordar las cuestiones a cuerpo limpio.

Cuando se inició la campaña a favor del divorcio, se movilizaron muy diversos argumentos, todos ellos estratégicos y elusivos de la verdadera cuestión. Se apeló en términos sentimentales y dramáticos al hecho de los matrimonios rotos; se hizo valer la circunstancia de que todas las naciones “civilizadas” han introducido ya la ley divorcista; se difundió la idea de que, en el fondo, la disputa acerca de la introducción de una ley de divorcio se reduce a un litigio entre dos poderes: la iglesia y el Estado no confesional. *Este planteamiento no admite un mínimo análisis crítico de carácter filosófico*<sup>20</sup>.

Estos días, para sentar las bases de un movimiento a favor de la despenalización del aborto, se comienza a magnificar el problema, exagerando la cifra de abortistas y subrayando el hecho penoso de que sólo pueden acudir a clínicas extranjeras las mu-

---

<sup>20</sup> Un amplio estudio de esta cuestión se halla en mi librito *La manipulación del hombre en la defensa del divorcio*. Madrid, 1980.

jeros pudientes. Una vez más se contamina una cuestión con otras que afectan a la fibra sentimental de las gentes y se muestran propicias para suscitar actitudes de resentimiento.

Esta “estrategia de la contaminación” produce efectos especialmente contundentes sobre el público poco avezado a cuestiones metodológicas cuando es puesta en juego con fiereza bélica. La decisión en el ataque inhibe a las personas afecta a los valores y –como tales– más proclives a la paz que a la lucha–; paraliza su voluntad de defensa, sobre todo porque despierta en su interior cierto sentimiento de culpabilidad, casi siempre indefinido pero temiblemente eficaz. La fuerza parece estar del lado de los que atacan. Los que representan la parte impugnada se dan a menudo por satisfechos con salvar la situación, es decir, con lograr que el ataque se mantenga dentro de ciertos límites.

Sería sumamente ilustrativo a este respecto estudiar:

1. El uso estratégico que se ha hecho, en los últimos años, de los términos “diálogo” y “reconciliación”.
2. El efecto inhibitorio que sobre millones de personas produjeron estos vocablos aparentemente pacíficos en lo tocante a la defensa de los valores humanos fundamentales.
3. La libertad de maniobra que esta inhibición concedió a determinadas corrientes ideológicas para defender agresivamente sus propias concepciones.
4. La dureza con que los portavoces de esta nueva visión de la existencia humana han cortado de raíz todo intento de posición crítica respecto a la misma.

Este análisis pondría netamente de manifiesto que un mismo término –diálogo, reconciliación, libertad, respeto, derechos humanos, cogestión, etc.– presenta un sentido muy distinto, a veces de hecho opuesto, para las personas educadas en un clima de amor y para las formuladas en una atmósfera de lucha.

Análogo efecto de intimidación e inhibición lo produce la audacia y el arrojo con que los debeladores de la ética tradicional desbordan toda contención espiritual y adoptan actitudes de automarginación, glorifican el error, se complacen en provocar el escándalo, exaltan altaneramente lo proscrito, tienen a gala



exhibir lo procaz y obsceno de forma desgarrada, a veces abiertamente profanatoria. Hasta hace poco tiempo, se afirmaba que ello respondía al deseo de inquietar a los espíritus burgueses y superar su estrechez de horizontes y criterios. Actualmente, se reacciona de esta forma con ánimo positivo de provocar, de romper normas, de operar una radical *delicuescencia de límites* y convertir la vida humana en un magma amorfo donde no cabe preguntarse por el sentido, la belleza y la bondad.

Con objeto de situar esta actitud desmesurada en las coordenadas de la cultura, se afirma que la transgresión de normas y barreras es una forma de *éxtasis* que hace fluctuar las caducas ordenaciones y delimitaciones heredadas de la tradición. Obviamente, se pretende sacar partido al eco prestigioso que tiene la palabra “éxtasis” en toda época que siente el cansancio de los límites y las ordenaciones que marca y configura la razón. Pero el mero diluir fronteras no implica el paso a la trascendencia propio de la experiencia extática. El intento de violentar los órdenes naturales, interfiriendo el plano del hombre y el del animal —como acontece en ciertas películas actuales—, obedece a la táctica de identificar vértigo y éxtasis, concediendo a la exaltación que produce el primero el poder creador y la fecundidad personal que implica el segundo. Esta forzada identificación significa un ataque, no contra el espíritu “burgués” y el código moral cristiano, sino contra el núcleo mismo de la vida humana.

La actitud provocativa se presenta en principio como enérgica y poderosa. Pero se trata asimismo de un reflejo de la riqueza de los valores socavados. Cuando el clima social se enturbia y todo vacila, estas posturas “originales” pierden todo su vigor y se revelan como esencialmente vacías.

Una impresión afín de fuerza desbordante e incontenibles es producida por los ritmos musicales frenéticos —el rock, por ejemplo— y las películas de acción violenta y ruidosa. Siguiendo el lema de que “sólo se siente la vida en la exasperación” (Sade), se piensa que las únicas experiencias humanas intensas son las que implican vértigo y constituyen una forma de juego que no es sino desgaste de energía, liberación absoluta de normas y ordenaciones. En perfecta lógica, los estrategias de la subversión de los valores recurren a todos los medios de la estrategia del len-

guaje –mofa, ironía, sarcasmo...– para defender los derechos de la “farsa” y del “juego” –entendido en sentido vulgar como actividad no seria, no trabajosa, no sometida a cálculo y medida racionales– y descalificar la “seriedad” de los cultivadores del saber científico y filosófico que asientan el pensamiento y fundamental la realidad en los conceptos de *orden*, *norma*, *absolutidad*, *perennidad* y otros semejantes.

Esta táctica desvirtuadora de la realidad debe ser sometida a severa confrontación con los resultados de la investigación filosófica contemporánea, según la cual el juego extático implica creación de ámbitos bajo unas determinadas normas y presenta por ello una “finalidad interna”, una condición “envolvente”, un carácter de “seriedad”, de “originariedad” y de “lujo”. Todo el que conoce la lógica de la creatividad sabe que éstas son las condiciones que posibilitan el proceso creador<sup>21</sup>.

Como tales condiciones implican un esfuerzo tensionado, la demagogia –sostenida siempre por el halago de promesas infundadas– se apresura a desplazarlas y a depreciar las características de la existencia humana que sólo una actitud creadora puede valorar rectamente. Por esta razón profunda se cuestiona el carácter *indisoluble* de la unión matrimonial, el respeto *absoluto* a la vida, la *articulación normal* del lenguaje, la *firmeza* de las formas artísticas... A la decisión en la defensa de las propias opiniones se la denomina expeditivamente *dogmatismo* y se le opone como supuesto antídoto el género de “ironía” corrosiva impuesto en Europa por Voltaire, Nietzsche, Gide y otros<sup>22</sup>. En esta línea irónica, que no busca la verdad en diálogo respetuoso con los demás, al modo socrático, sino que impone una determinada perspectiva con las armas de la mordacidad cáustica, se halla la tendencia a parodiar ideas básicas de la moral, la religión y la historia patria, oponiendo a la visión tradicional –motejada de triunfalista– una imagen reducida a nivel casero, caricaturesca, caleidoscópicamente deformada, en casos exótica,

---

<sup>21</sup> La relación que media entre la creatividad y las diferentes características del juego fue objeto de amplio análisis en mi *Estética de la creatividad*, págs. 29-150.

<sup>22</sup> Con frecuencia, todo el que se muestra enérgico en la defensa de convicciones personales, por bien fundadas y razonadas que estén, es denunciado ruidosamente como extremista, inquisitorial y conflictivo.

enigmática, alejada de los cuadros de las valoraciones y ordenaciones racionales.

### *Impugnación de cuanto colabora a la experiencia de éxtasis*

La atención en exclusiva a lo a-normativo, lo infrarracional y amorfo lleva a rechazar de modo contundente toda concepción metafísica de la realidad y del hombre bajo pretexto de que se trata de especulaciones grandilocuentes e infundadas que urge desenmascarar y reducir. A lo largo de la historia han surgido aquí y allá modos apriorísticos y deductivos de hacer filosofía que parecen imponer desde fuera a la mente humana unos modelos racionales artificiosos, no contrastados con la realidad. Esta metodología debe ser objeto sin duda de revisión. Pero con la misma energía puede afirmarse que la reflexión metafísica, *en cuanto intenta penetrar en las estructuras nucleares de la realidad*, pertenece por derecho propio a todo estudio radical del hombre.

En la promoción de las experiencias de vértigo juega un papel nada secundario la quiebra de prestigio que ha sufrido la razón debido a los recortes de que fue objeto en diversas épocas históricas. Si Merleau-Ponty pudo afirmar que la gran tarea del siglo XX consiste en “integrar lo irracional a una razón ampliada”, ello es debido a la restricción de competencias que se operó sobre la vida racional confinándola a una región alejada de la vida, del sentimiento, de los impulsos básicos, de la imaginación, de la capacidad creadora, de la experiencia vital inmediata y espontánea... Con intención de largo alcance se difundió la idea de que los códigos racionales cohiben el libre despliegue imaginativo, la libertad, las emociones de todo género, el desarrollo integral de la persona. La depotenciación de la vida racional explica la campaña a favor de los valores biocéntricos y en contra de los logocéntricos.

Esta peligrosa exaltación vitalista hace urgente un estudio aquilatado del carácter vital de la razón, entendida de modo profundo, más allá del pseudodilema “o vida o razón”, impuesto de modo drástico por ciertas corrientes vitalistas que asumieron en forma indiscriminada el ambiguo concepto nietzscheano de

*vida* como santo y seña de autenticidad filosófica y humana. Es hora de extremar la precisión intelectual en el uso del término *vida* y sus derivados. En la psicología y pedagogía actuales se subraya insistentemente la necesidad de no violentar el desarrollo espontáneo del alumno porque la vida es fuente de luz y de creatividad, y, cuando no encuentra barreras artificiosas lleva al hombre a la plenitud de sí mismo. Esta idea encierra indudablemente una gran fecundidad, pero puede conducir a graves malentendidos si no se clarifica el sentido exacto de *vida, libertad* y “*sí mismo*”.

La línea vitalista impugna acerbamente todo valor de dominación que pueda provocar la represión y alienación de seres personales. Alienta en esta postura una fina sensibilidad hacia los valores de la persona. Sin embargo, se observa en ella una grave laguna: la de no advertir con la debida claridad que la raíz de la violencia dominadora se halla en el reduccionismo y en la unilateralidad del estilo de pensar. *La unidimensionalidad es una fuente temible de opresión espiritual para el hombre, porque lo es de asfixia lúdica.* De forma demagógica, carente de todo matiz, se reclama libertad de expresión, y, una vez conseguida, se cometen toda clase de abusos estratégicos del lenguaje que significan para los ciudadanos indefensos una fuente de injustas coacciones. En los medios de comunicación abundan los “mártires” de la campaña a favor de la libertad de expresión que ahora blanden la pluma como una espada, con conciencia de superioridad e invulnerabilidad. Esta acción prepotente se pone con frecuencia al servicio de metas políticas o ideológicas que son defendidas de forma tan expeditiva como superficial. Los planteamientos banales son terreno propicio para ejercitar la coacción intelectual propia de la demagogia. Toda persona un tanto formada se siente fuera de juego en un clima dominado por los que hacen de la libertad de expresión una patente de corso para imponer drásticamente sus puntos de vista. Este género de represión y alienación, que afecta a la “mayoría silenciosa” de los ciudadanos, no es menos devastadora que el denunciado espectacularmente por la corriente marxista. Un auténtico movimiento de liberación sería aquel que delatara todos los fenómenos que enajenan al hombre y precisara el poder destructivo de cada uno. En esta clasificación obtendrían un lugar elevado las

formas de propaganda que someten las obras literarias, artísticas y filosóficas a intereses ideológicos partidistas<sup>23</sup>.

Se solicita vehementemente una política de cogestión en la actividad directiva de diversos tipos de centros. Cuando se tiene oportunidad de aplicarla, se concede una absoluta libertad de maniobra a los miembros de las juntas más arteros y violentos, que no dudan en imponer su ley a los demás, dando lugar a formas de tiranía que hacen soñar los viejos tiempos del dirigismo paternalista. La técnica de la cogestión se postula en muchos casos por el deseo justificado de fomentar en los subordinados –trabajadores, alumnos, hijos de familia, etc.– la capacidad creadora. En efecto, el orden jerárquico, cuando es rígido e impositivo, puede anular la capacidad de iniciativa en quienes limitan su poder creador al mero hecho de recibir órdenes. Por suponer que la configuración *de arriba abajo* responde a meras especulaciones racionales que operan con principios inmutables, suele oponerse al racionalismo jurídico un *antirracionalismo anárquico utópico*. Esta tendencia –a primera vista bien fundamentada– comete el fallo metodológico de confundir la libertad con el vacío que sigue a la anulación de toda instancia directiva. La creatividad es una actividad lúdica que reclama de por sí los cauces propios de todo juego. El juego configurador de la personalidad necesita las pautas de interpretación que anticipa el maestro, como horizonte de comprensión que hace posible al educando instaurar un campo de juego creador, y alumbrar así la luz que le permita orientar luego sus pasos conforme a un criterio dialógico de justeza. El orden que ayuda el maestro a instaurar mediante sus indicaciones no se presenta como inmutable y coaccionante; constituye el campo de libre juego donde es posible la forma de creatividad que configura un modo de ser personal. La labor del maestro no ejerce una labor *mediatizadora* sino *mediacional*; no limita las facultades creadoras del educando, antes les ofrece campo propicio de aplicación y expansión. No se olvide que el desarrollo de la persona humana implica la integración de potencias y posibilidades. Las potencias necesitan campos de posibilidades en los cuales ejercitarse y acrecentarse.

---

<sup>23</sup> Ver LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, pág. 184 y ss.

Mostrar los campos más propicios para esta tarea no implica una coacción sino un encauzamiento de la actividad creadora, que es siempre bipolar dialógica y, como tal, alumbradora de sentido y posibilitadora de criterios personales de actuación.

### *Valoración estratégica de las experiencias de vértigo*

La observación diaria nos descubre que el ataque a diversos valores no va seguido de la instauración de auténticos valores nuevos. Se habla de la “genealogía de la moral”, de la instauración de una moral nueva, revitalizada. A la hora de concretar las grandes promesas, se afirma una y otra vez, con insistencia mecánica, que urge recuperar lo instintivo, las fuerzas y dinamis-mos elementales e incontrolables del organismo, y restaurar la confianza en las emociones espontáneas que se evaden al control del cálculo racional, a la sutil trama de los sistemas conceptuales que el hombre elabora para someter la vida a cauces seguros.

Frente a la falsedad de lo impuesto artificialmente al hombre, se exalta la jugosidad y autenticidad de lo espontáneo-inmediato, dejando de lado estratégicamente la posibilidad de unir la espontaneidad más vital y la mediación más compleja. Bajo el lema rousseauiano y nietzscheano de “fidelidad a la tierra” y en orden a recuperar la unidad con lo real, se supervalora todo aquello que parece exaltar el deseo de vivir: la relación erótica, la salud corpórea, el deporte y la gimnasia, el retorno al campo, la práctica del turismo...

En reacción contra los grandes lemas totalitarios, se tiende a ver la realidad desde muy cerca, para atender a los pormenores y resaltar el sentido que en ellos se alumbra de modo gratuito instantáneo, como un don que debe recibirse con actitud disponible. Esta visión puntillista, alicorta, carente de perspectiva, acentúa el valor de la dimensión erótica como manifestación gratuita de los enigmáticos trasfondos del ser humano. La entrega a la fascinación erótica es vivida como una inmersión en la totalidad de lo creado y una participación en la “alegría cósmica” de la fiesta que supone la ruptura de barreras entre los individuos.

Obviamente, al acercar demasiado la vista a las realidades del entorno se pierde distancia de perspectiva y la capacidad de situar cada realidad en el contexto del que recibe su *sentido*

*cabal*. Con ello, la *unión fusional* aparece como la única y suprema forma de unión, semejante a la unión de integración que da lugar a los fenómenos de encuentro y de fiesta. La fiesta verdadera brota de la unión extática que adquiere grados elevadísimos de intimidad sin dejar de guardar las distancias que implica el juego. El erotismo —como forma de vértigo— no instaura clima festivo, como tampoco la orgía, la embriaguez, el bullicio tumultuoso. La fiesta mexicana que describe bellamente Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*<sup>24</sup> aboca a tragedia porque no se plantea como éxtasis sino como vértigo.

Basta reflexionar en el hecho deprimente de que el erotismo sea susceptible de ser reducido a mercancía, a “manjar enlatado” —revistas pornográficas, *sex-shops*, etc.— para comprender su carácter su carácter degenerativo, su incapacidad de fundar auténticas relaciones de unidad con lo real y redimir al hombre de la angustia, sentimiento de asfixia espiritual que supieron reflejar con impresionante brillantez los “poetas malditos” del romanticismo tardío. No sin honda razón se ha dicho que “la carne es triste”.

### *Experimentalismo, vértigo dionisiaco y nihilismo*

El cultivo de lo espontáneo-inmediato impulsa a supervalorar las potencias “interiores” de cada individuo frente a toda instancia que parezca venir impuesta *desde fuera* (maestros, instituciones, valores, proyectos existenciales...). La juventud, aleccionada por diversos autores contemporáneos —H. Hesse, C.R. Rogers...—, intuye que hay en el hombre secretas voces internas que le revelan con más claridad que los discursos de los adoctrinadores cuanto debe realizar. De ahí la proclividad actual al *experimentalismo*, a la multiplicación de experiencias personales que amplíen el arco de la sensibilidad: sensaciones, emociones, fantasías. A ello responde la exigencia de una “vida itinerante” (J. Kerouac) que rompa la fidelidad a sistemas establecidos, y el fomento de la “cultura alucinógena” (T. Leary y W. Borroughs) que intenta conseguir la realización personal a través de “éxtasis

---

<sup>24</sup> PAZ, O.: “Todos los Santos, día de muertos”, en *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 1976, págs. 42-58.

cósmicos” y sentimientos religiosos ambiguos y evanescentes, inspirados con frecuencia en la mentalidad oriental.

Este espíritu de espontaneidad no mediacionada por una articulación recia, llena de sentido, es denominado con frecuencia “inocencia utópica”, y es entendido como la capacidad de situarse más allá del bien y del mal, y superar los límites de la finitud a los que se debe nuestra conciencia de estar vinculados a normas trascendentes y ser —consiguientemente— posibles reos de culpa. A ese estado infantil de inocencia y puro juego —en el sentido reducido de Nietzsche— se llega mediante el conocimiento que facilitan el arte y ciertas experiencias “místicas”<sup>25</sup>. De ahí la importancia que se concede a la música en diversas obras literarias actuales, por ejemplo de H. Hesse.

En esa aspiración romántico-fáustica a una unidad inmediata con la naturaleza se hallan fecundas virtualidades, pero late el riesgo abisal de identificar el éxtasis con el vértigo. Para soslayarlo, se debe clarificar la posibilidad de integrar la inmediatez y la distancia, el cambio y la permanencia, la autonomía personal y la vinculación activa a realidades distintas pero no distantes. Si nos limitamos a afirmar, con la ambigüedad propia de un romanticismo decadente, que el hombre debe afirmarse en sí, realizarse de dentro afuera sin atenerse a ninguna instancia normativa, y al mismo tiempo abrirse a una convivencia espontánea y generosa con los demás a través de una relación sexual liberada de trabas mediatizadoras, no será fácil fundar una vida comunitaria sólida, pues la interacción personal que se postula ofrece más características de vértigo que de éxtasis.

Por otra parte, la experiencia musical, bien analizada en su estructura básica, nos permite ver cómo las formas más logradas de unión con las realidades del entorno se dan en la entreveración de ámbitos, en la potenciación de dos campos de posibilidades, no en el abandono propio del relax, del sueño embriagante.

Para que los movimientos actuales de retorno a lo espontáneo-natural den todo el fruto que cabe esperar de ellos en mate-

---

<sup>25</sup> Pongo este vocablo entre comillas para distinguirlo de la música cristiana en sentido estricto y referirlo a los movimientos que tienden a desbordar los límites de lo finito y a hallar alguna forma, por imprecisa y vaga que sea, de trascendencia.



ria educativa, debemos poner de manifiesto la vinculación lógica que media entre la vitalidad dionisiaca, entendida al modo nietzscheano, y el nihilismo. *La buena voluntad no anula las leyes que rigen la vida del espíritu*. Si el hombre adopta una actitud posesiva de manipulación de objetos y se entrega al halago de lo sensible inmediato, no logrará nunca modos auténticos de unidad con lo real. La unidad de relax es un sucedáneo que atrae poderosamente al hombre por cuanto parece redimirlo de la responsabilidad que implica la vida creadora, libre, consciente, reflexiva. Pero acaba sumiéndolo en la soledad, la asfixia lúdica y la desesperación.

La vuelta a lo concreto inmediato espontáneo frente a la tendencia racionalista abstracta se muestra extraordinariamente sugestiva y fecunda en orden al incremento de la vida personal. Esta fecundidad se anula de raíz si se entiende lo concreto como algo individual, ocluido en sí y sólo comunicable con los demás a través de modos fusionales de unión fascinante.

## La formación en los valores

La formación humana es, en rigor, una configuración de la personalidad desde los valores y para los valores, desde los campos de posibilidades creadoras que ofrecen los valores a los hombres y para la fundación de modos elevados de unidad que albergan todo género de virtualidades.

La educación en los valores radica en disponer al hombre para la vida creadora en todas las vertientes<sup>26</sup>. Este modo radical y amplio de creatividad —que abarca desde la creación artística genial hasta la vida escondida y sólo en apariencia anodina del ama de casa— exige una transformación a fondo del estilo de pensar y orientar la existencia. Este cambio entraña, entre otras, las difíciles tareas siguientes: habituarse a un modo de pensar abierto, flexible, dialógico, relacional; fomentar la capacidad de ver los fenómenos en bloque, “en suspensión” (Jaspers), sin fijar unilateralmente la atención en los pormenores; disciplinar la mente con una metodología rigurosa, fina, orfebresca, plegada fielmente a

<sup>26</sup> Véase mi obra *El conocimiento de los valores*, Verbo Divino, Estella, 1989.

las exigencias de los diversos objetos de conocimiento; educar la sensibilidad en orden a la captación fiel de los más diversos valores y al establecimiento de la debida ordenación y jerarquización de los mismos; aprender a estar a la escucha, de modo activo-receptivo, y a dialogar de forma rigurosa, buscando en común la verdad; desarrollar al máximo el poder creador en todos los ámbitos humanos y la capacidad de valorar en alto grado la realización de experiencias relevantes; tematizar las experiencias ya realizadas, analizarlas y promocionarlas a niveles superiores<sup>27</sup>.

Esta diversificada y difícil tarea debe ser iniciada en los primeros años de la vida familiar y acrecentada sistemáticamente en el período escolar. Contra lo que, tal vez, puedan pensar buen número de docentes, ninguna disciplina académica queda al margen de esta labor decisiva, incomprensiblemente descuidada hasta el presente por diversas corrientes pedagógicas.

Qué vertientes y aspectos deben subrayarse en cada actividad escolar para ir configurando la formación del alumno en lo que toca al conocimiento y asimilación de los valores es puesto en claro de forma sorprendente por la teoría de la creatividad, del juego y de los ámbitos, que no por azar desempeña un papel relevante en la hermenéutica contemporánea. Cuando se tenga una idea precisa de las amplísimas posibilidades de juego creador que se abren al hombre en todos los ángulos del saber y del obrar, se descubrirá la vida escolar como un gran campo de ejercitación en los valores, no sólo en el aspecto deportivo, el moral y el religioso, sino también en el estrictamente intelectual. Mostrarlo en pormenor será objeto de un trabajo monográfico que intentará asumir y proseguir desde el campo filosófico diversas investigaciones emprendidas animosamente en el plano pedagógico<sup>28</sup>. Baste aquí señalar someramente algunas ideas fundamentales.

---

<sup>27</sup> Sobre la tematización y promoción de diversas experiencias humanas básicas puede verse mi obra *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, págs. 80-119.

<sup>28</sup> Ver, por ejemplo, las obras publicadas por el equipo de trabajo IEPS (Instituto de Estudios Pedagógicos Somosaguas): *Educación y valores*. Narcea, Madrid, 1979, y *Estudios y experiencias sobre educación en valores*. Narcea, Madrid, 1981.

La estética y la historia del arte disponen de espléndidas posibilidades para mostrar de modo vivaz y experiencial los diferentes modos de juego humano y la capacidad indelimitada que tiene el hombre para abrirse a campos de expresividad siempre nuevos. El análisis de obras literarias y artísticas ofrece un amplio campo para hacer experiencias básicas de carácter estético, ético y religioso, de suerte que incluso el contacto con autores considerados como disolventes puede resultar altamente beneficioso a los alumnos<sup>29</sup>. La historia ofrece, asimismo, multitud de ocasiones para abordar temas sobremanera formativos. La historia de la humanidad es un campo de juego y, como tal, constituye una fuente de luz. Acostumbrarse a distinguir lo histórico y lo meramente cambiante, los hechos y los eventos históricos, las potencias y las posibilidades, significa un paso gigantesco en orden a superar el escollo *relativista* en el que naufragan tantos jóvenes bien dotados. No se olvide que el mensaje cristiano viene dado en una “historia de salvación”.

Las diferentes disciplinas filológicas están óptimamente dotadas para revelar al joven la riqueza de las estructuras lingüísticas y hacerle vivir por dentro la experiencia de la inmersión en el lenguaje, verdadera clave para adentrarse en la lógica de los procesos creadores.

Las ciencias del hombre –geografía humana, antropología, psicología, paleontología, sociología, etc.– poseen recursos suficientes para descubrir al alumno el enigma del ser humano –su origen, el nexa entre los procesos filogenéticos y ontogenéticos, su sorprendente capacidad de adaptación al entorno...– y los múltiples interrogantes que plantea. Introducir al joven en el dédalo de problemas que suscita el complejo ser itinerante del hombre es una tarea extremadamente delicada. Si el profesor la lleva a cabo con serenidad y apertura de espíritu, sin precipitarse a dar interpretaciones parciales, que no hacen sino esclerosar la voluntad de búsqueda, contribuye no poco a incrementar en el alumno la capacidad de aceptar situaciones ambiguas, llenas de

---

<sup>29</sup> Queda de manifiesto en los análisis realizados en mis obras *Estética de la creatividad*, págs. 367-451, *Análisis estético de obras literarias (Tirso, Lorca, Saint-Exupéry, Beckett...)*. Narcea, Madrid, 1982, y *Análisis literario y formación humanística*. Edit. Escuela Española, Madrid, 1986.

tensión para la mente, e incrementar a través de ellas el amor insobornable a la verdad última de las cosas.

La filosofía está llamada a múltiples tareas formativas. Entre ellas destacan la afirmación de una voluntad indeclinable de fidelidad a lo real y la configuración correlativa de un estilo de pensar riguroso que haga justicia a los diversos objetos de conocimiento, sin practicar extrapolaciones indebidas de conceptos y esquemas mentales.

Las ciencias matemáticas y naturales –vistas con la debida hondura– pueden colaborar en pie de igualdad con las disciplinas humanísticas en la tarea de ejercitación de los valores. Sólo con mostrar de cerca y de forma vivamente experiencial la vinculación enigmática que se da entre el orden, el número, las formas, la estructura de lo real, la perfección de los seres, la bondad y la belleza se abren a la mirada del alumno horizontes de creatividad extraordinariamente sugestivos, capaces de enardecer su afán de búsqueda de sentido y belleza. El gran científico y humanista Werner Heisenberg subraya de forma particularmente emotiva que en el concepto de *orden* resplandece el origen común de la belleza artística y la belleza de las realidades naturales<sup>30</sup>.

Captar las relaciones más hondas entre los diversos fenómenos naturales es la meta del auténtico saber, de esa forma de sabiduría que nace con la *admiración* y culmina en el *sobrecogimiento*. Para admirarse y sobrecogerse, se requiere estar a la escucha, cultivar el sentido del respeto a lo profundo y ejercitar la voluntad de perseguir su secreto reverentemente hasta sus últimas implicaciones. En este nivel profundo anida la unidad de lo real.

Formarse es conferir a la propia persona una figura coherente, unificada, en vinculación dinámica al entorno. Para evitar que esta vinculación se realice de modo anárquico, unilateral o extre-

---

<sup>30</sup> Ver HEISENBERG, W.: *Más allá de la Física*. BAC, Madrid, 1947, y *Diálogos sobre la Física atómica*. BAC, Madrid, 1972. Ver, asimismo, los trabajos del ingeniero y académico de Bellas Artes, Carlos Fernández Casado. FERNÁNDEZ CASADO, C.: “Tres momentos del ingeniero en la Historia”, en *Homenaje a Xavier Zubiri*. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 19709, vol. I, págs. 525-543, y *Naturaleza y artificio en la obra del ingeniero*, en “Realitas”, vol. II, 1976, págs. 351-404.

mista, el joven debe conocer tempranamente la sobrecogedora riqueza que alberga la realidad en esos estratos últimos en que lo aparentemente disperso se aúna en una comunidad de origen. Esta profundidad que genera unidad, interrelación, campos de juego, es la fuente primaria de la vida, de las formas de existencia auténticamente vitales. Muy bella y hondamente lo sugirió Hölderlin en sus conocidos versos: “Wer das Tiefste gedacht / liebt das lebendigste”. (Quien ha pensado lo más profundo / ama lo más viviente).

La calidad de la vida humana pende de la relevancia de los modos de unidad que en ella se instauran. Los modos relevantes de unidad no se logran mediante la anulación de las distancias, sino fundando positivamente formas valiosas de cercanía. Los géneros elevados de vecindad no surgen cuando el hombre “sale de sí” para “perderse” en otro; se alumbran cuando supera radicalmente los esquemas espaciales “dentro-fuera”, “aquí-allí”, “entrar en mí-salir de mí”.

Esta superación acontece cuando el hombre se decide a orientar su vida de modo lúdico, renunciando al halago de las ganancias inmediatas, dejando de conceder primacía al dominio y manipulación de objetos y consagrándose de forma generosa a crear ámbitos de convivencia, campos de juego en los que se fundan realidades nuevas y se incrementa la riqueza del universo.

He aquí por qué profundas vías la realidad misma –suprema maestra– nos ha conducido de nuevo a la idea de que “educar es enseñar a jugar”. Y, dado que jugar es una forma excelente de creatividad, bien puede afirmarse –en frase de la Academia Francesa– que “la creatividad es la palabra clave de la nueva cultura”.

Esta cultura nueva, si ha de ser verdaderamente renovadora y no meramente novedosa, no debe apoyarse en la crítica de lo supuestamente anticuado. Ha de entregarse a una tenaz labor creadora en todas las vertientes de lo real, cuyo estudio es confiado a las distintas ramas del saber. De ahora en adelante, la pedagogía debe eludir toda tentación de excesivo especialismo y movilizar la gama entera de los conocimientos humanos. El pedagogo es un profesional que se sitúa en cada una de las pers-

pectivas que adoptan las diversas disciplinas académicas e intenta destacar con precisión todo aquello que pueden contribuir a la formación del hombre. Esta grande y difícil tarea exige obviamente un trabajo interdisciplinar. Los pedagogos de profesión tienen el cometido urgente de sensibilizar a todos los hombres respecto a la responsabilidad educativa. Todo hombre posee en algún grado, siquiera mínimo, una capacidad creadora y, en la misma medida, un poder cognoscitivo. Esta facultad de discernimiento ha de ser puesta al servicio del común empeño educativo, en el que se juega, sin duda alguna, el destino humano.

Según propio testimonio, el pensador alemán F. Schleiermacher prosiguió sus estudios de pastor protestante, a pensar de la crisis profunda de fe que estaba padeciendo, debido a la sugestión que ejercía sobre su espíritu la palabra “pastor”. Ser “pedagogo”, conductor y guía de seres en formación ha sido en toda época una profesión extraordinariamente sugestiva. Hoy día, a su nobleza de siempre añade un matiz no leve de dramatismo. Si, por falta de “responsabilidad”, no respondemos los hombres actuales a la gran apelación que nos dirigen las generaciones jóvenes –desorientadas a menudo hasta el desamparo por los todopoderosos medios de comunicación–, entraremos en una época sombría de decadencia. No es hora de recaer en la inveterada tentación de presumir que la ingente cultura del momento actual no puede desaparecer. Las culturas son alumbradas por unas cuantas mentes privilegiadas y pueden ser disueltas por un puñado de estrategias bien aleccionados. Cuando la mayoría de los hombres se limitan a usufructuar hedonísticamente los productos del esforzado saber cultural, la sociedad está a merced de los profesionales de la demagogia, que no sirven a la verdad y al bien de los pueblos sino a los intereses tribales de grupos partidistas. Frente al avasallador poderío que concede a los demagogos el poder que engendra la fidelidad insobornable a lo real. Una vez más, y ahora con perfiles más nítidos si cabe, aflora la idea básica de este trabajo: *educar es enseñar a jugar, a realizar día a día, creadoramente, la gran tarea dialógica de instalarse plenamente en lo real.*

# 9

## CREATIVIDAD Y APERTURA OPTIMISTA AL FUTURO

La situación actual presenta condiciones y posibilidades sumamente propicias a la fundación de un Humanismo de altísima calidad. Nuestra época muestra una sensibilidad peculiar para comprender y valorar las riquezas indefinidas que alberga el fenómeno de la unidad. En general, el estudio de la vida interpersonal no ha hecho sino empezar y nos ofrece perspectivas apasionantes. Para que esta apertura de horizontes no se quede en una vaga y estéril promesa, se requiere –como condición ineludible– aplicar los inmensos recursos de los medios de comunicación al fomento de las experiencias de éxtasis en todos los planos de la vida

Para orientar de este modo la existencia, necesitamos operar un giro de 180 grados hacia una mentalidad realista que conceda su sentido cabal a las diversas vertientes de la realidad y establezca entre ellas las prelación y jerarquías debidas. La vertiente objetivista –medurable, ponderable, asible– y la vertiente relacional, ambital, no se excluyen dilemáticamente; se integran en el campo de juego de la existencia humana. Esta integración

la percibe y co-realiza el hombre cuando hace juego de modo creador, abierto, reverente, no manipulador. La voluntad de dominio escinde lo real en cuanto desgaja y autonomiza la vertiente objetivista con el fin de someterla a vasallaje. La actitud lúdica funda, por el contrario, unidad, integra las diversas realidades y vertientes de lo real porque sólo las entidades dotadas de estructura y, por tanto, de cierta iniciativa son capaces de ser “compañeros de juego”. El hombre de mentalidad lúdica no tiende a degradar las realidades del entorno, sino, bien al contrario, a incrementar su valor y sentido.

Si damos el salto de la actitud unilateralmente *objetivista* —que ansía en exclusiva manipular objetos— a la actitud *lúdica* —que toma como meta crear ámbitos—, toda la existencia se transfigura, adquiere una dimensión inédita, llena de profundo humanismo. Todas las realidades ganan entonces un poder nuevo de intercomunicación y acrecientan su densidad propia al entreverarse con las demás. La vida se convierte así en un lugar de encuentro, y cobra, por lo mismo, un exultante carácter festivo y luminoso. A esta luz, el hombre va descubriendo progresivamente el valor de la unidad. Tal descubrimiento enciende su entusiasmo creador y fortalece en alto grado su capacidad de esfuerzo y sacrificio. La fundación de modos elevados de unidad acaba mostrándose como una meta que el hombre debe conquistar a todo precio.

Puesta la vida del hombre a la sola carta de incrementar los modos elevados de unidad a través de las experiencias de éxtasis, las inmensas posibilidades que laten en las formas actuales de existencia contribuirán a configurar el género de Humanismo integral que hoy añoramos.

Las facilidades crecientes que se conceden al hombre en orden a la educación, al recreo y deporte, al cultivo del arte, a la participación política, al conocimiento de otros países y a la comunicación de ideas se traducirán en medios espléndidos para el cultivo de la vida personal y la fundación de modos auténticamente humanos de vida y convivencia.

Si, por una torsión violenta de la realidad de las cosas, los recursos que la civilización actual pone a disposición del hombre son empleados para dominar las realidades del entorno —in-



cluidos los otros hombres—, la Humanidad tendrá que enfrentarse a los mayores riesgos. En momentos, como los actuales, en los que el hombre posee un poder sobre los demás hombres que sobrecoge a los investigadores científicos —hombres amantes de la ciencia y siempre temerosos ante la posible transformación del saber en poder—, cualquier error de fondo en la concepción del ser humano y en la orientación de la existencia tiene consecuencias muy graves y a menudo irreversibles.

Estamos en una encrucijada sin igual en la historia, pues los medios de que el hombre dispone superan, en cantidad y calidad, las previsiones más optimistas. movilizadas a favor de la creación de unidad, abrirán horizontes grandiosos de realización personal y comunitarias. Empleados en orden a la manipulación de hombres y pueblos, darán lugar a fenómenos degenerativos de dimensiones hoy día difícilmente calculables.

En la situación actual, adquieren un renovado vigor las enérgicas frases que Romano Guardini, atento auscultador de la intimidad humana, escribió hace años en un pequeño libro lleno de sensibilidad pedagógica: *Cartas desde el lago de Como*.

«Nuestro lugar está en el futuro que se está gestando. Nuestro entusiasmo vibra ante su imponente fuerza y su voluntad de responsabilidad (...). Un nuevo tipo de hombre debe surgir, un hombre de profunda espiritualidad, de un nuevo sentido de la libertad y la intimidad, una nueva conformación y poder de configuración (...). Lo que necesitamos no es menos técnica, sino más; mejor dicho: una técnica más fuerte, más reflexiva, más humana. Más Ciencia, pero más espiritual, mejor conformada. Más energía económica y política, pero más desarrollada, más madura, más consciente de su responsabilidad, de modo que sepa encuadrar a cada individuo en el lugar que le compete. Pero todo esto sólo es posible si el hombre viviente se hace valer a sí mismo en el ámbito de la naturaleza objetiva; si la pone en relación consigo y crea nuevamente de este modo un “mundo”»<sup>1</sup>.

Esta espléndida tarea, tan vinculada al mejor legado de la tradición como abierta al futuro que debe ser proyectado sin

---

<sup>1</sup> GUARDINI, R.: *Briefe vom Comer See*. Matthias-Grünwald, Mainz, 4ª ed., 1956, págs. 87-89.

tardanza con brío creador, podrá ser realizada por el hombre actual si consagra sus inmensos recursos a un solo empeño: *la defensa de la verdad*. En un momento de máxima tensión espiritual, cuando se hallaba sobre la cubierta de un barco fondeado en el puerto de Génova, el gran Newman exclamó: “Nunca he pecado contra la luz.” Aceptar la luz, sea cual fuere su fuente, e incrementar así el conocimiento de lo real incesantemente, es la vía regia para vivir en la verdad, de la verdad y para la verdad. Esta vinculación nutricia con la verdad instala al hombre definitivamente en lo real y lo inunda de posibilidades de todo orden. Beethoven, hombre arraigado nuclearmente en la naturaleza como huella del Creador, confesó que, al salir al campo, le asaltaban las ideas musicales, y todo su trabajo consistía en acogerlas, seleccionarlas y estructurarlas.

No sólo en estética sino también en ética y religión la instalación en lo real permite al hombre entrar plenamente en juego. Alcanzar esta plenitud lúdica es la meta de la formación humana.

Vista en toda su energía creadora, la orientación lúdica de la tarea educativa alberga un poder sugestivo incomparablemente mayor que la fuerza de arrastre de que hace gala el movimiento de subversión de los valores. Las grandes luchas ideológicas del momento actual se centran en torno al dilema “o construir al hombre o destruirlo”, mucho más que los dilemas decimonónicos “o fe o ciencia”, “o religión o laicismo”. El que opte por construir un auténtico humanismo tiene la teoría del juego y de los ámbitos un punto de apoyo realista y eficaz que le permitirá realizar su labor constructiva sin complejo alguno de inferioridad ante quienes se arrogan la exclusiva de la “modernidad” y el “progreso”. A la altura histórica en que nos hallamos, disponemos de experiencia sobrada para saber que el criterio de autenticidad humana no radica en ser “antiguo” o “moderno”, “conservador” o “progresista”, sino sencilla y pulcramente en ser *realista*. El hombre puede imponer como justa en un determinado momento una manera artificiosa, irreal, de concebir la existencia. La estrategia del lenguaje le ofrece múltiples recursos para hacer valer ante la opinión pública sus puntos de vista. Pero la realidad no tolera torsiones y acaba vengándose. La venganza de lo real consiste en amenguar la capacidad creadora del

hombre desarraigado. El afán prometeico de ganarlo todo provoca a la postre el envilecimiento absoluto.

Esta infeliz circunstancia confirma, por la vía negativa, la idea básica de la *Philosophie de l'esprit* ("Filosofía del espíritu" francesa):

"Los valores, al tiempo que se presentan a nosotros desde fuera, se convierten en creadores de una libertad más alta y pura (...). Nosotros llegamos a nosotros mismos cuando acogemos el impulso que nos lleva al ser y nos permite acceder al valor (...). El realismo espiritual expresa el acceso a nuestra plenitud interior en el acto mismo de una esencial fidelidad"<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> FOREST, A.: *La vocation de l'esprit*. Aubier, París, 1953, págs. 12-13.

# EPÍLOGO

## EL JOVEN ACTUAL Y SU PODER DE DECISIÓN:

### Aplicación concreta al tema vocacional

Me parece sumamente útil orientar ahora lo dicho anteriormente a una cuestión práctica del mayor interés: *la capacidad del joven actual de consagrar su vida a un ideal muy exigente.*

Para ello analizaré, de forma casi telegramática, tres puntos:

1. Características de los jóvenes actuales y su carácter ambivalente.
2. Medidas que deben tomar los educadores para que tal ambivalencia no anule el poder de decisión de los jóvenes.
3. Relación que media entre el cultivo de las experiencias de éxtasis y la decisión de los jóvenes para responder a la llamada vocacional de carácter religioso.

### I. Actitudes generales del joven actual

Si sobrevolamos los datos que nos facilitan las encuestas y recopilamos las diversas informaciones que hemos obtenido du-

rante años en nuestro trato con los jóvenes, podemos trazar un bosquejo de la figura que éstos ofrecen en la actualidad. Naturalmente, se trata de una visión muy incompleta, menesterosa de análisis ulteriores. Pero puede ser útil a efectos de orientar el modo de conducirnos los mayores respecto a la juventud. Con frecuencia, los rasgos que son considerados como peculiares de la juventud sólo son propios de ciertos grupos minoritarios que destacan por su mayor protagonismo. Cabe, no obstante, hallar algunas características que aparecen en la mayoría de los jóvenes actuales. Con este sentido de provisionalidad y con fines meramente orientativos, destacamos las condiciones siguientes:

1. *Afán de reforma y mejora.* El joven, de por sí idealista y amante del progreso, siente una necesidad imperiosa de mejorar la situación de la sociedad en que se encuentra. Por eso suele iniciar acciones de protesta y se enrola de buen grado en movimientos que alzan la bandera de la rebelión contra todo lo caduco y lo injusto.

2. *Sentido de la personalidad.* Los jóvenes actuales no están dispuestos a aceptar mensaje alguno en virtud del simple argumento de autoridad. No toleran que se les impongan ideas por el mero hecho de haber sido recibidas de la tradición. El concepto de *tradición* va vinculado en su mente con el de *autoridad* e *imposición*. Exigen que se les muestre el sentido cabal de cuanto se les propone en orden a ser creído o realizado. Esta exigencia presenta un aspecto positivo, en cuanto supone el deseo por parte de los jóvenes de asumir personalmente, de modo activo, aquello que se les transmite.

3. *Proclividad a la ruptura generacional.* Diversos pensadores occidentales sembraron en su día un puñado de ideas disolventes y, a la hora de sacar las consecuencias, practicaron la técnica dolosa de la inhibición. Las generaciones jóvenes, más desenfadadas, se apresuraron a hacerlo, dejando al descubierto los abisales peligros que se abren con ello para la vida social. Alarmados, los mayores intentaron salvaguardar un mínimo de orden y estructura. Los jóvenes no aceptaron, comprensiblemente, esta actitud inconsecuente, y sobrevino la ruptura generacional. Esta no responde tanto a una falta de entendimiento de los

jóvenes con las personas de generaciones anteriores cuanto al desajuste de todos –jóvenes y mayores– respecto a la realidad.

4. *Tendencia a entender la ruptura como liberación.* Cuando las tres circunstancias antedichas –rechazo del argumento de autoridad, afán de clarificación del sentido de ideas y acciones, ruptura generacional– se unen a una defectuosa formación por parte de los padres, se produce la inhibición de éstos y la permisividad. Hoy día, existen en España un número elevado de padres y educadores que siguen creyendo en la eficacia de los valores cristianos sobre los que han edificado y estructurado su existencia, pero no se hallan en condiciones de mostrarlo con cierta eficacia ante aquellos que, influidos por un clima adverso a tales valores y seducidos por la mística del cambio por el cambio, exigen que se les explique a fondo qué razones existen para mantener unas pautas de conducta que el mundo actual parece desechar como un vestido que se ha quedado corto y ridículo. Obviamente, ante esta falta de justificación radical de la actitud ética y religiosa de los padres y educadores, los jóvenes sacan la conclusión –injusta, sin duda, pero comprensible– de que los mayores actúan por simple inercia o por sumisión servil a presiones sociales o a “tabúes”. Con ello vienen a calificar, indirectamente, la ruptura que ellos llevan a cabo como un acto de liberación valiente y sincera, lo que supone una valoración muy positiva en su ambiente. A partir de la Revolución de Mayo de 1968, los estudiantes han cobrado una conciencia acusada de poder, y sienten a menudo la tentación de imponer sus criterios a los profesores e incluso a las autoridades académicas. Con frecuencia, al dirigirse a los profesores para determinar una cuestión académica –una fecha de examen, por ejemplo– comienzan la conversación diciendo: “Hemos decidido...”.

5. *Apertura al otro.* Hoy se advierte en muchos jóvenes una aguda sensibilidad para cuanto significa preocupación por el prójimo, apertura, solidaridad, encuentro, camaradería, amistad, trato en condiciones de igualdad, participación de bienes, comunión personal en acontecimientos lúdicos –canto, fiestas, marchas...–. Cuando se les hace ver la conexión íntima que existe entre el juego y la asunción de una norma ética, entre la entrega amorosa y la aceptación activa de una estructura comunitaria, entre la actividad creadora y la sumisión obediente a un

cauce, los jóvenes reaccionan de modo positivo, con profunda comprensión e incluso, a veces, con entusiasmo. Los jóvenes actuales sienten especial satisfacción en romper barreras, en desbordar los límites del individualismo, superar la diferencia de clases, ayudar a oprimidos y desheredados, fomentar un clima de camaradería y mutua ayuda, y crear formas valiosas de unidad. De ahí la aceptación que tienen entre ellos los movimientos carismáticos, que tienden a desbordar las barreras del encapsulamiento egoísta y crear formas de unidad supraindividual.

6. *Simpatía hacia los movimientos ecologistas, pacifistas, nacionalistas y feministas.* Los jóvenes se muestran con frecuencia bastante ásperos e incluso violentos en la defensa de sus puntos de vista *individuales*, pero muestran inclinación a insertarse en todo *movimiento social* que alce la bandera de la oposición a la sociedad establecida, considerada como proclive a fomentar cuanto implica dominio sobre la naturaleza y alejamiento de lo originario e indefenso. De ahí su simpatía por los movimientos antedichos.

7. *Deseo de vivir intensamente la vida.* Los jóvenes participan ampliamente del afán del hombre contemporáneo por llevar una existencia colmada de experiencias de todo orden. A ello aluden cuando manifiestan deseos de *autorrealizarse*, palabra que figura en el elenco de términos “talismán” del momento actual.

8. *Voluntad de disponer de amplia libertad de maniobra.* Este anhelo de plenitud vital va unido con la exigencia de disponer de una *amplia libertad de maniobra*, libertad de disposición libre de todo cuanto el joven estima necesario para la satisfacción de sus necesidades. Pocas cosas rechaza el joven con tanta decisión como las medidas que restringen su capacidad de realizar en cada momento aquello que a su juicio pertenece al ámbito de sus apetencias y necesidades básicas.

9. *Afán de independencia* respecto a los mayores y a las normas que regulan la conducta en todos los órdenes. La *libertad de maniobra* la considera el joven como la capacidad de llevar a cabo en todo momento lo que juzga necesario a la luz de un criterio *interno* –privado, individual– de justeza, oportunidad y legitimidad.

10. *Voluntad de autonomía.* El joven actual desea autonomía, liberación de la tutela familiar, eclesiástica, docente... ello indica en casos una voluntad de configurar personalmente la propia existencia con un alto sentido de la responsabilidad.

11. *Posición crítica frente a la sociedad actual,* a la que un tanto indiscriminadamente se la califica de consumista, manipuladora, enemiga de lo originario-natural. Los jóvenes suelen aceptar de modo indiscriminado los tópicos que circulan acerca de la técnica, la relación entre la informática y el paro, la incidencia adversa del progreso industrial en los ámbitos naturales, los peligros que se abaten sobre el individuo inerte debido al progreso científico.

12. *Cultivo de los valores humanísticos.* Los jóvenes actuales manifiestan una clara tendencia a conceder primacía en su estimación a los valores que dignifican a la persona y a los grupos sociales.

13. *Asunción de valores morales.* El joven suele considerar el *ser* como un valor superior al *tener* y al *hacer*. La persona como fuente de posibilidades de rendimiento —en diversos órdenes— es considerada como inferior en valor a la persona como *realidad valiosa en sí*, centro de iniciativa en orden a la fundación de ámbitos de convivencia, de ayuda, de comprensión... De esta alta valoración de la vida en comunidad se deriva la aguda sensibilidad de los jóvenes actuales por los acontecimientos de encuentro, fiesta, canto en común, danza, marchas, trabajo solidario.

14. *Posición frente a los valores económicos.* De ordinario, los jóvenes sienten cierta complacencia en atacar a la sociedad de consumo, que concede primacía al *tener* sobre el *ser*, al *dominar* sobre el *convivir*.

15. *Aceptación de los valores culturales.* Muy a menudo los jóvenes consideran la cultura como un *medio para* conseguir una posición social, un recurso para mantenerse en la existencia, no como una forma de creatividad que afecta a la misma existencia del hombre como persona. Es cierto, por otra parte, que suelen rechazar la confusión de *cultura* y mera *erudición*. Sin saber a veces exactamente qué método sería el ideal, se oponen a los métodos de enseñanza que fomentan el memorismo falto de



toda creatividad, y valoran en cambio positivamente las formas de docencia que tienden a facilitar claves de interpretación de los fenómenos básicos de la cultura, por cuanto tales claves incrementan su poder de discernimiento y les confieren libertad ante el juego de la vida.

16. *Actitud frente a los valores políticos.* Si dejamos de lado la minoría que participa activamente en algún movimiento político, actualmente los jóvenes muestran en España cierto desencanto y decepción frente a la política como valor humano. En la contestación a encuestas, suelen posponer los valores políticos a los sociales, morales, estéticos, religiosos.

17. *Valoración del pensamiento filosófico.* Los jóvenes muestran gran respeto e incluso admiración por las figuras de pensadores que determinan la marcha de la opinión pública, singularmente los que adoptan cierto aire de rebeldía, aunque se trate de una *pose*.

18. *Asunción y defensa de los valores religiosos.* Buen número de jóvenes se muestran alejados de la Iglesia y de las prácticas religiosas. No distinguen con suficiente claridad la Iglesia como institución y la iglesia como misterio de comunión, y se hallan muy afectados por los manidos tópicos de la propaganda anticlerical de todos los tiempos. Su actitud de indiferencia respecto a ciertas expresiones concretas de la vida religiosa –Eucaristía, Confesión, oraciones vocales...– suelen explicarla mediante la simple indicación de que “no les dicen nada”.

Existen grupos apostólicos de jóvenes que actúan con decisión y eficacia, incluso en ambientes poco favorables. La mayoría de los jóvenes, sin embargo, no parecen considerar que la práctica de una actividad apostólica sea una exigencia de su fe. Los estudiantes tienden a considerar su lugar de estudio como un puro centro académico en el que no tiene sentido llevar a cabo acción apostólica alguna.

19. *Preocupación por situarse pronto en la vida.* El afán de independencia, de tener poder de decisión y disfrutar de amplias posibilidades en diversos órdenes enciende en los jóvenes el deseo de ocupar tempranamente un puesto de trabajo que les permita abrirse paso en la vida.

20. *Disposición para realizar proyectos de futuro.* Ciertos observadores afirman que los jóvenes se hallan actualmente en una situación de apatía y no se sienten con ánimo de hacer proyectos firmes de futuro. Hay que investigar en qué medida se da este fenómeno y cuáles son sus causas. Una de ellas es sin duda la decepción provocada en los jóvenes por el fracaso de ciertos movimientos juveniles bienintencionados en su búsqueda de formas nuevas de conducta frente a la sociedad de consumo, anquilosada en modos egoístas de existencia.

Estos movimientos fueron eclipsándose, con la visible complacencia de la sociedad. Pero ésta sigue sin gustar a los jóvenes. De cuando en cuando, surgen profetas que anuncian la destrucción –más o menos abierta y violenta– de los fundamentos de esta vida social caduca. Los jóvenes los exaltan y mitifican esperanzados, pero pronto observan que en el fondo esa labor de denuncia no va seguida de un efecto positivo para la comunidad. Al contrario, los problemas parecen agudizarse si se toma en serio la orientación marcada por tales debeladores, que a menudo sólo persiguen una fácil gloria personal.

En el Congreso “Univ 84”, universitarios de diversos países pusieron de relieve que, para cambiar eficazmente el curso de la educación, influida actualmente por el derrotismo de doctrinas autodenominadas pomposamente “postmodernismo”, deben plantearse y contestarse adecuadamente preguntas tan graves como éstas: “¿Qué hemos de hacer con el tiempo que tenemos por delante? ¿Qué puede significar hoy el entusiasmo, la capacidad de comprometerse, la ilusión, el ideal? ¿Qué riesgos vale la pena correr? ¿qué merece ser soñado? ¿qué peligros se han de temer? ¿qué sentido tiene para mí la historia de los hombres, de las sociedades, de mi patria? Y, en definitiva, ¿qué nos cabe esperar?”. Documentos como éste ponen de manifiesto que, más allá de la apariencia de superficialidad, los jóvenes universitarios siguen preocupados por configurar un proyecto válido de futuro, no obstante su desilusión ante fórmulas desgastadas y al margen de los falsos profetas que les han hecho concebir expectativas infundadas.

## II. Carácter ambivalente de las características del joven actual

Encierra el mayor interés –en orden a la programación de una acción formativa– advertir que las características antedichas, y otras afines que omito por razón de espacio, presentan una notable *ambivalencia*. Una misma característica puede ofrecer sentidos diversos, a veces polarmente opuestas. Si no se clarifica a fondo, con máxima lucidez, esta circunstancia, nos moveremos en un campo minado de paradojas cuando tratemos de iniciar alguna labor formativa, especialmente en el campo religioso. Lo decisivo no es, por tanto, realizar un análisis exhaustivo de las cualidades y tendencias que muestra el joven actual, sino advertir y analizar de cerca la imprecisión con que se mueve éste de ordinario, tanto en el aspecto teórico como en el práctico y afectivo, y poner al descubierto las causas de este fenómeno inquietante.

Veamos esquemáticamente esta ambivalencia respecto a las características antes reseñadas.

1. El joven proclama su voluntad de mejorar la sociedad y oponerse a todo lo caduco y anticuado, pero a menudo se muestra más dispuesto a disfrutar de las ventajas que le ofrece la sociedad de consumo a la que fustiga que a realizar los sacrificios necesarios para llevar a cabo la tarea purificadora que él propugna.

2. Los jóvenes desean configurar su personalidad de forma autónoma, pero, al confundir *autonomía* con *autarquía* y *desarraigo*, suelen tender a interpretar todo lo recibido de fuera y de la tradición como algo *impuesto* y *alienante*, con lo cual fácilmente se encapsulan en actitudes poco dialógicas, insolidarias, que llevan a la asfíxia lúdica y al depauperamiento espiritual.

3. La oposición a las actitudes inconsecuentes de los mayores conduce al joven no pocas veces a la prepotencia y al despeto altanero frente a toda forma de tradición y experiencia.

4. Esta actitud rupturista constituye el humus propicio para la planificación de movimientos de subversión de valores. En alguna universidad francesa he podido advertir que, a partir de mayo del 68, los temas de estudio y análisis literario son seleccionados

e impuestos a los profesores por los alumnos pertenecientes a movimientos extremistas.

5. La apertura hacia los demás, si no va temperada por una voluntad de respeto incondicional a cada persona, vista en toda su riqueza de valores, degenera a menudo en afán nivelador –igualador por abajo– y consiguientemente en chabacanería y rudeza de trato. Por otra parte, si esa tendencia a la comunicación fácil carece de una suficiente dosis de generosidad, no florece en auténtica creación de ámbitos de convivencia, de modo que puede muy bien unir la campechanía con el egoísmo. Así, es frecuente ver a jóvenes que con largueza invitan a los demás a compartir lo suyo –por ejemplo, el tabaco–, pero esta actitud de apertura parece no existir cuando se trata de dejar de fumar en atención a un compañero que padece de la vista. La reticencia de los universitarios a obedecer la orden de no fumar en clase es buena prueba de los límites de su apertura al prójimo.

6. La actitud *ecologista* manifiesta un profundo respeto hacia la *naturaleza*, real o supuestamente atacada por la irrupción del poderío técnico del hombre moderno. Sin embargo, este respeto no implica, como pudiera pensarse en principio, la rehabilitación de la idea de *ley natural*. Se advierte en el movimiento ecologista una tendencia a la restricción mental que le lleva a no extender la actitud de respeto hacia la naturaleza *humana*, obviamente objeto de manipulación violenta en el caso del aborto.

El *regionalismo o nacionalismo regionalista* significa una vuelta al hogar, a lo entrañable, lo que aúna al hombre y le confiere personalidad y autenticidad frente a un cosmopolitismo despersonalizador y abstracto, frío, carente de sustancia espiritual, nivelador de hombres y pueblos. Pero a menudo los que defienden la autonomía regional sostienen posiciones exclusivistas, insolidarias, que conducen al acantonamiento estéril y a la marginación espiritual.

El *pacifismo* juega a favor de corriente porque saca partido al horror que produce en la sensibilidad del hombre contemporáneo la palabra *guerra*, asociada a mil imágenes televisivas. Resulta incoherente y chocante que una y otra vez los portavoces de este movimiento se manifiesten con extrema violencia contra una de las potencias detentadoras de gran poder bélico y guarden

cauteloso silencio respecto al afán armamentista de la otra. Bajo el nombre de *pacifismo* parece guarecerse una hábil campaña de agresividad política.

El *feminismo*, en cuanto defensor y reivindicador de los derechos de la mujer, se halla en la línea del cristianismo, primero y máximo defensor de la igualdad de la mujer como persona humana, y promotor incansable de las manifestaciones típicas del ser femenino: poder intuitivo, sentido del pormenor, versión atenta a lo concreto, sobre todo a lo viviente indefenso, actitud de apertura y acogimiento... Buen número de feministas, no obstante, parecen infravalorar estas cualidades o intentan igualar a la mujer con el varón en lo que concierne a las condiciones más destacadas en la antigüedad precristiana: el poder político, la fuerza física, el status social. Ello les lleva a hacer tabla rasa de las costumbres tradicionales en torno a la vida familiar y enfrentarse a las posiciones cristianas.

7. El deseo de autorrealizarse y vivir con intensidad está asistido por un derecho básico del hombre, pero su cumplimiento puede verse truncado de raíz si el joven no aprende tempranamente a distinguir entre la *intensidad* y la *fecundidad*. Se dan en la vida experiencias muy intensas en el aspecto psicológico que resultan del todo infecundas en el aspecto creador. El parecido entre los términos *exultación* y *exaltación* permite confundir estratégicamente las experiencias humanas de *éxtasis* y las de *vértigo*, las que llevan a la edificación de la personalidad y las que conducen a la destrucción y desguace de la misma. Apenas se encuentra un joven, incluso en el nivel universitario, que se cuide de precisar con rigor en qué sentido entiende la autorrealización: si la ve como un movimiento autonómico o bien heteronómico, y si es posible vincular la fidelidad a sí mismo y la entrega a instancias distintas de uno que vienen en principio propuestas desde fuera. Esta falta de clarificación hace vanos, incluso a veces perjudiciales, buen número de esfuerzos nobles de la juventud.

8. Al solicitar *libertad de maniobra*, persigue con frecuencia el joven el logro fácil de cuanto halaga sus tendencias espontáneas. Las distintas libertades de maniobra suelen ser libertades para entregarse a formas distintas de vértigo o fascinación. No

muchos jóvenes tienen una clara conciencia 1) de la distinción entre *libertad de maniobra* y *libertad para la creatividad* y 2) de la necesidad de renunciar a distintos modos de libertad de maniobra a fin de conseguir modos relevantes de *libertad creativa*.

9. La voluntad de independizarse de toda norma o instancia que sea distinta, distante, externa y extraña no responde de ordinario a la decisión firme de operar de modo responsable, ya que *ser responsable* es estar en disposición de *responder creadoramente* a las instancias que le ofrecen a uno campos de posibilidades de juego. Viene determinada, más bien, por la falta de una metodología o estilo de pensar adecuado a los procesos espirituales. Ello explica la aparente paradoja de que alguien tan partidario de la *apertura* a los demás pretenda realizarse *a solas*, en un recinto *interior* desvinculado de lo real. Todo criterio que le venga dado *de fuera* y, por tanto, *propuesto* a su libre opción suele ser considerado por el joven expeditivamente como *impuesto* y *alienante*.

Resulta chocante que jóvenes tan ansiosos de imponer su personalidad ante sus padres y profesores 1) se sometan estrictamente a las convenciones del momento respecto al modo de vestir, a la selección de lecturas, de periódicos, etc., 2) dejen que el “respeto humano” frene su libertad e independencia espiritual, 3) tengan escasa capacidad de discernimiento, a la hora de descubrir las fuerzas manipuladoras que intentan dominarlos soterriamente en el aspecto económico, moral, político, religioso... Los jóvenes actuales se entregan con la misma decisión al *desarraigo individualista* que al *gregarismo*.

10. Los jóvenes actuales se ven obligados con frecuencia a prolongar su juventud más allá de los límites biológicos debido a su falta de recursos económicos. Cuando anticipan el momento de tomar estado, suelen pagarlo a muy alto precio porque pierden posibilidades en orden a perfilar debidamente su formación. Esta circunstancia suele suscitar en los jóvenes una actitud más o menos explícita de resentimiento frente a los mayores que ya gozan de una situación estable y digna. Como el joven no suele tener sentido histórico, que va unido con la madurez personal, olvida casi siempre el largo y penoso proceso que los mayores han tenido que seguir para procurarse el status social que po-

seen. De esta actitud resentida se derivan buena parte de las manifestaciones juveniles de protesta, rebeldía, crítica amarga, negativa al diálogo, adopción de actitudes no dialógicas, más bien displicentes o incluso agresivas. La actitud complaciente por parte de padres y educadores no suele resolver el problema, pues a menudo es tomada por los jóvenes como señal de paternalismo prepotente, y acentúa la distancia generacional y la aversión. Los jóvenes suelen ser fáciles para la comunicación entre ellos, sobre todo cuando se trata de formar grupos afines, pero conectan difícilmente con los mayores y son en casos despegados, desconsiderados y incluso abiertamente hostiles respecto a los mismos. Cuando disponen de medios suficientes, no son raros los jóvenes que se independizan de la casa paterna aunque hayan de dejar a sus progenitores en situaciones de penosa soledad y abandono espiritual.

11. La crítica de la sociedad consumista que en plano teórico suelen hacer los universitarios no corre pareja con la propensión al derroche que muestran muchos de ellos.

12. Los mismos jóvenes que proclaman su opción por la vida de apertura comunitaria, de comunicación e igualdad, manifiestan aversión y una absoluta incompreensión respecto a las instituciones, entidades que vienen exigidas por la tensión comunitaria del hombre y que, pese a los riesgos de esclerosamiento inherentes a lo humano, constituyen para la vida comunitaria la mayor garantía de perduración y vitalidad. La falta de un conocimiento preciso de lo que es una institución como algo personal- envolvente que acoge a los hombres al tiempo que desborda a los individuos particulares lleva a los jóvenes a considerar como dilemáticamente separadas a personas e instituciones. Estas son entendidas como estructuras rígidas que se imponen a las personas desde fuera y coartan su libertad. La orientación actual de ciertas artes fomenta dicha convicción. A menudo se oye decir a jóvenes que creen en Dios pero no aceptan a la Iglesia...

Los jóvenes se inclinan decididamente por el régimen democrático y recurren a las normas democráticas de convivencia cuando quieren reivindicar una mayor libertad y más amplias posibilidades de participación. Sin embargo, cuando se sienten amparados por la fuerza del número o la capacidad de presión,

suelen comportarse frente a los mayores de manera intransigente y prepotente. Parecen *abiertos*, pero se muestran poco dispuestos a un verdadero diálogo, y menos a admitir consejos.

13. Las relaciones personales desea vivirlas el joven de modo espontáneo, siguiendo más bien sus impulsos *internos* que cualquier género de normas o instrucciones que provengan de alguna institución o instancia *externa*. La falta de claridad respecto a los esquemas “autonomía-heteronomía”, “interior-exterior”, “dentro-fuera”, “acción-pasión”, y otros afines lleva a los jóvenes con frecuencia a adoptar actitudes de desarraigo respecto a la religión, las instituciones docentes, los padres, y a refugiarse en la camaradería, entendida como un lugar de amparo frente a cuanto se considera externo y hostil, contrario a las propias tendencias y necesidades.

14. Los jóvenes son, sin duda, sinceros al destacar los riesgos del espíritu consumista pero desconocen a menudo la oposición que existe entre el consumismo y la auténtica creatividad. Ello les lleva a vincular erróneamente el desarrollo de la personalidad —la ansiada autorrealización— y la posesión de objetos y artefactos.

15. Los jóvenes protestan con razón por los métodos rutinarios de ciertas orientaciones didácticas, pero se muestran reticentes y remisos ante toda tarea creativa que se les propone. Si un profesor orienta el curso de forma no memorística, los alumnos frenan su iniciativa porque añoran el sistema de exámenes por vía de repetición memorística de apuntes esquemáticos y deslazados.

16. A juzgar por la decisión con que algunos grupos juveniles participan a veces en actos de carácter político o asambleario, podría colegirse que el universitario vive en serio la vida política, pero la realidad es más bien decepcionante a este respecto. El joven apenas se cuida de penetrar en los secretos de la vida política y toma opciones por vía más bien sentimental y arbitraria que estrictamente racional, sopesada, como correspondería a personas que quieren desempeñar un papel de adultos en la sociedad. Los jóvenes, en general, someten a escasa reflexión crítica sus actitudes, y apenas advierten la razón soterrada de las mismas y la red de influjos que le han llevado de forma incons-



ciente a adoptarlas. Esta falta de clarividencia crítica se traduce en una mengua de auténtica libertad creativa. Tal menesterosidad intelectual constituye una de las características del joven más digna de atención, porque en la situación espiritual contemporánea la falta de discernimiento opera en sentido muy negativo respecto a la asunción y realización de los valores cristianos. *Todo planteamiento superficial es radicalmente inadecuado a la comprensión y recta valoración de las orientaciones del humanismo cristiano.*

17. Muchos jóvenes aceptan como verdad incontestable lo que afirman los autores de moda o las páginas culturales de los periódicos considerados en el ambiente estudiantil como progresistas, sin adoptar la debida postura crítica.

18. Hay un contraste brusco entre la energía que muestran los jóvenes ante los padres y profesores para defender sus exigencias y reivindicaciones, y la timidez con que reaccionan ante los ataques infringidos a los valores que constituyen el suelo espiritual en que se apoyan. Lo mismo cabe afirmar de la actitud medrosa con que muchos jóvenes abordan la vida universitaria, entregándose al vértigo del *gregarismo*.

19. La preocupación por abrirse paso en la vida no se traduce en una actitud laboriosa y abierta al incremento del saber con talante desinteresado, propio de todo saber teórico. Se observa en los jóvenes cierto talante hedonista más propio de lo que Kierkegaard consideraba como el “primer estadio en el camino de la vida” que del segundo estadio o estadio ético, creativo. En general, los jóvenes no aceptan el esfuerzo que exige la preparación profesional, y no parecen dispuestos a realizar sacrificios que no signifiquen una puerta para el logro de ganancias *inmediatas*. Estudian lo indispensable para salvar los exámenes, y apenas consagran tiempo al cultivo de otras materias –por ejemplo, lenguas– a no ser que las consideren como un mérito que hacer valer en el momento de presentarse a una prueba o concurso.

20. Cierta número de jóvenes cualificados se plantean con toda decisión la necesidad de estructurar la vida social de modo más equilibrado y fecundo pero no aciertan a ver todavía con claridad el camino que puede hacer viable este noble propósito. Los jóvenes actuales tienen a menudo buena intención respecto

a la mejora de la sociedad y de las condiciones generales de vida, en todos los órdenes, y poseen decisión y arrojo para hacerse oír. *Siguen, no obstante, careciendo de la base cultural necesaria para realizar una acción renovadora eficaz.* Si los mayores no se apresuran a mostrarles la causa del fracaso de tantos proyectos bienintencionados, no tendrán los jóvenes la vía expedita para una acción llena de sentido y se verán entregados una y otra vez a muy amargas decepciones y frustraciones.

Estas circunstancias nos llevan a tratar una cuestión decisiva: *el origen y causa de la ambivalencia que muestran los valores vividos por los jóvenes.* Sólo poniéndola de manifiesto, estaremos en disposición de realizar una labor eficaz en el plano de la pastoral juvenil.

### III. Causas de la ambivalencia de la conducta juvenil

#### 1. *La escisión del pensamiento contemporáneo*

La *ambivalencia* de la actitud de los jóvenes responde a la *vacilación* del pensamiento contemporáneo entre la vida del espíritu y el mero “soñar con el espíritu”, entre la vida creadora y la vida instintiva, entre la vida responsable y la vida espontánea, entre la búsqueda de la unidad a través de la fusión y a través de la integración creadora. Si eminentes pensadores confunden las experiencias de vértigo y éxtasis, la distancia de perspectiva y la distancia de alejamiento, la *exaltación* de la unión fusional, fascinante, y la *exultación* de la unión integradora, estática, lúdica, no es extraño que el joven sienta dificultad en mantener debidamente clarificada la diferencia que media entre el amor y el erotismo, el deporte y la pura competición, la apertura y la alienación, la pérdida de sí en el frenesí orgiástico y la elevación extática a lo mejor de sí mismo, la mera libertad de maniobra y la libertad para la creatividad<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Esta ambivalencia de actitudes y concepciones es la raíz de la serie de escamoteos de términos, esquemas mentales, procedimientos y planteamientos que están en la base de la estrategia del lenguaje y la manipulación del hombre y grupos sociales. Sobre esta importante cuestión puede verse mi obra *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid 1988<sup>4</sup>.

El diagnóstico que de la sociedad actual nos ofrecen diversos autores muy cualificados se polariza en torno a esta confusión básica de los bloques de experiencias que podemos llamar *vértigo* y *éxtasis*. Cuando Zubiri afirma que el hombre actual está desorientado y confuso por haber intentado “poseer verdades” en vez de “dejarse poseer por la verdad”, está aludiendo en el fondo al *vértigo del dominio* y al *éxtasis del sobrecojimiento*. El clima cultural de las sociedades occidentales está dominado en buena medida por los dos factores siguientes:

1. La vaga presunción —no por imprecisa, menos eficiente de que la plenitud humana se adquiere sólo a través de la *fusión infracreadora con lo real*. Desde el final de la primera Gran Guerra (1918), se advierte en diversas corrientes intelectuales de Europa una nostalgia profunda por el mundo infrahumano, infrarresponsable, infracreador<sup>2</sup>.

2. La sensación de poder que produce el dominio de las realidades manipulables, meramente objetivas —o que, no siéndolo, son tratadas como si lo fueran, previa la consiguiente reducción—.

Con el factor 1) se hallan estrechamente vinculadas las características siguientes de la juventud<sup>3</sup>: vagabundeo, nomadismo, aventurerismo, amor a la vida novedosa, espontánea, original y flexible, siempre abierta a un juego diferente e intrascendente, en un eterno volver a empezar; marginación; primitivismo; utopismo; hedonismo; superación dionisíaca de límites que lleva a la indefinición, a la confusión espiritual, a la indecisión; pasotismo.

Del factor 2) penden las condiciones siguientes: supervaloración exclusivista de los modos de conocimiento exactos y comprobables; depreciación de toda forma de acceso intelectual a la realidad que no sea controlable con un método científico; senti-

<sup>2</sup> Ejemplos de esta nostalgia en el mundo filosófico (Ortega), artístico (Franz Marc) y literario (Sartre y Camus) pueden verse en mi obra *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora*, Ed. San Pío X, Madrid 1985, 1991<sup>2</sup>.

<sup>3</sup> Naturalmente, estas características no se dan en todos los jóvenes, sino en ciertos grupos singulares que por diversas razones adquieren una notoriedad especial. Puede decirse, sin embargo, que tales notas responden a una orientación o tendencia general a favor de la cual el joven contemporáneo puede verse tentado a optar.

miento de independencia respecto a los mayores y su mundo; afirmación de sí un tanto arisca y desarraigada.

El factor 1) explica en buena parte ciertos movimientos contemporáneos juveniles –como el movimiento “hippie”–, la admiración por algunas doctrinas orientales, el cultivo de ciertas prácticas de relax, la tendencia a justificar y practicar el amor libre, la aceptación del emparejamiento frente al estado de matrimonio institucionalizado; la entrega a formas fusionales de unión con lo real, lo cual implica el recurso al erotismo banal y la droga, así como a diversos géneros de violencia. *La voluntad de disolución fascina al hombre que tiene nostalgia por el plano infracreativo, infrarresponsable.* Por eso, en la época actual, las campañas a favor de la facilitación de la ruptura del vínculo matrimonial, del quebranto de las normas éticas y de la fidelidad a las prácticas religiosas, de la mengua de la responsabilidad paterna respecto al niño concebido, del alejamiento de toda institución religiosa, etc., tiene ya en principio el camino expedito sin que el pueblo se percate de ello. El que defiende la unión matrimonial, la vida concebida, la atencencia a normas éticas, etc., lleva en principio la peor parte; podría decirse que juega en campo contrario.

El factor 2) opera, de un lado, en el despego de los jóvenes respecto a los padres, a los profesores, a todo el que pueda ser considerado como instancia externa normativa y fijadora de un orden; y, de otro, en la admiración por los “desenmascaradores”, los “filósofos de la sospecha”, los “profetas” de un nuevo orden social, los comprometidos en la lucha revolucionaria. (El término “revolución” fue la palabra talismán en el siglo XIX, y todavía gravita actualmente, en el aspecto político y social, sobre ciertos grupos). Esta admiración se mueve a menudo en un plano pseudo-romántico, imaginativo, poco sometido a una clarificación seria.

La eficacia de estos factores inconscientes es tanto mayor cuanto menor es la capacidad de los jóvenes para sopesar el alcance de los eslóganes de una propaganda teledirigida por expertos en movimientos de masas y en la formación de corrientes de opinión. Piénsese, por ejemplo, en la popularidad adquirida últimamente por algunos escritores que extraen su fuerza expresiva de las realidades que intentan disolver.

## 2. La falta en la sociedad actual de coherencia en las actitudes y de precisión en el lenguaje

Por diversas razones —que deberíamos conocer en pormenor—, la sociedad actual se halla *desconcertada*, falta de ideales firmes, de valores elevados y convicciones sólidas, pero esta meñesterosidad no la induce a ser humilde y precavida; muestra más bien un afán *proselitista* y *dominador* que la lleva a movilizar técnicas de *manipulación*.

La mezcla de ambos rasgos —voluntad manipuladora y desconcerto— produce una singular incoherencia y confusión en la conducta y en el lenguaje. En muchos aspectos de la sociedad actual se complace en jugar un *doble juego*: fomenta lo que destruye y lamenta la destrucción. Esta incoherencia resta credibilidad a la sociedad contemporánea e instaura un clima de falsedad e inautenticidad que no constituye un ámbito propicio para despertar en niños y jóvenes la sensibilidad para los valores.

## 3. La falta de una concepción sólida de los valores

El pensamiento del siglo XX ha elaborado teorías muy lúcidas sobre los valores, teorías que destacan la relación del valor y la creatividad humana, explican cómo se fomenta o se ciega la sensibilidad para el valor, por qué vías puede incentivarse el entusiasmo por la realización creativa de los diferentes valores. Tales concepciones, sin embargo, no han llegado a jugar en la vida de las gentes el papel decisivo a que están llamadas porque la metodología o estilo de pensar y escribir con que suelen explicarse los fenómenos y procesos espirituales —que son procesos y fenómenos *creativos*— es inadecuada a los mismos. Ello explica que muy a menudo las disertaciones sobre los valores que encierra el humanismo cristiano hayan ofrecido el aspecto desvaído de mera *literatura edificante*, carente de hondura y poder de convicción para una juventud impresionada por los mensajes adustos de los “filósofos de la sospecha”, los autodenominados “desenmascaradores”.

Si, al hablar de valores cristianos, no hay una mínima precisión y densidad en los conceptos, el discurso queda desdibujado,

y el joven, lejos de sentir entusiasmo por el humanismo cristiano –que exige el esfuerzo de la creatividad–, tenderá a refugiarse en experiencias de vértigo que presentan una especial contundencia y satisfacen el afán elemental de exaltación.

#### 4. *La tendencia actual a confundir los dos tipos básicos y opuestos de experiencias humanas: las de vértigo o fascinación y las de éxtasis*

La actitud egoísta lleva a cultivar las experiencias exaltantes que producen ganancias inmediatas, gratificantes en principio, pero nada creativas. Son las experiencias de *vértigo*. Estas experiencias se oponen polarmente a las de *éxtasis*, que se dan cuando el hombre no se deja fascinar por lo atractivo antes entra con él en relación de juego creador, uniéndose a la debida distancia, la distancia que permite hacer juego. Las experiencias de fascinación o vértigo no exigen sino dejarse arrastrar. Por otra parte, parecen prometer una rápida y conmovedora plenitud, pero inmediatamente, al no permitir hacer juego –por empastar al sujeto fascinado con la realidad fascinante–, provocan decepción, tristeza, angustia, desesperación. La desesperación suele abocar a la destrucción, la propia o la ajena. La experiencia de éxtasis, por el contrario, es exigente, requiere la renuncia a la voluntad de dominar. A cambio promete el logro cabal de la personalidad y lo cumple. Por ello produce gozo y entusiasmo<sup>4</sup>.

El hombre no acostumbrado a los matices del lenguaje filosófico corre riesgo de oscilar insensiblemente de las experiencias de éxtasis a las de vértigo. No es difícil confundir la *exaltación* del vértigo y la *exultación* del éxtasis, el *entusiasmo amoroso* y el *frenesí erótico*, el *ímpetu deportivo* y la *violencia de la pura competición*, el *ardor* de la música noble, densa en el *contenido* y el *poder seductor* de los ritmos electrizantes.

En esta confusión cae a menudo el joven –por su falta de experiencia y de sana astucia ante la vida– cuando opta entre los diversos valores y concede la primacía a una actitud sobre otra.

---

<sup>4</sup> Cf. mi obra *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid 1991<sup>2</sup>. En ella expongo con cierta amplitud la *lógica de la creatividad*, o *éxtasis*, y la *lógica de la destrucción o vértigo*.

*Todos los resultados de las encuestas, por sesudas y rigurosas que sean, quedan afectadas por esta posibilidad de confusión y ambivalencia.*

#### IV. Cómo orientar la tarea pastoral en orden a superar la ambivalencia de la conducta juvenil

Si las causas de esta ambivalencia son muy complejas y profundas, la única vía de solución deberá consistir en una tarea de clarificación a fondo de los temas que deciden el sentido de la existencia humana. Indico seguidamente, con fin orientativo, algunos de los puntos que requieren un análisis bien aquilatado.

1. En la actualidad, el dilema que polariza las luchas ideológicas ya no es “o fe o ciencia”, “o defender la religión o atacarla”, sino uno más radical y peligroso: “o construir al hombre o destruirlo”. La actividad pastoral debe tender a construir al hombre desde sus cimientos. Esta labor radical sólo es posible si se conocen con precisión las leyes del desarrollo personal y de la vida creadora. Es de trascendental importancia hacer ver a los jóvenes universitarios que la vida religiosa no frena ni mucho menos anula el dinamismo del hombre hacia su plenitud como persona. Se opone a los *dinamismos de vértigo*, pero incrementa los *dinamismos de éxtasis*. El conocimiento bien articulado de la lógica que rige los procesos espirituales –los creativos y los disolventes– permite a los jóvenes disponer de claves certeras de interpretación de los fenómenos que ellos empiezan a vivir con intensidad y, en casos, con preocupación en su vida cotidiana. al observar que los análisis realizados por los mayores les ayudan a comprender por dentro su experiencia personal, cobran fe en ellos y se disponen a estar atentos a sus enseñanzas.

La posesión de dichas claves de conocimiento prepara al joven para algo decisivo en su vida: *pensar con rigor*, haciendo las debidas matizaciones, y no permitiéndose ni permitiendo a los demás extrapolación alguna de categorías y de esquemas mentales que no son de provecho sino para el demagogo que quiere vencer a las gentes –sin necesidad de convencerlas– mediante la estrategia del lenguaje.

2. El ser humano sólo desarrolla su personalidad a través del ejercicio del poder creador. Ofrecer a niños y jóvenes los campos de posibilidades necesarios para desarrollarse creativamente es la tarea de toda formación adecuada. El niño y el joven deben conocer tempranamente la *lógica de la creatividad*, es decir: las condiciones y exigencias de la actividad creadora, así como sus frutos. Un diálogo, una interpretación musical, el trato con otra persona son actividades potencialmente creadoras. Qué condiciones hay que cumplir para que lo sean de hecho es una cuestión que los padres y formadores debieran explicar con toda precisión. Lo que se considera en la ascética como *actitudes virtuosas* –apertura de espíritu, disponibilidad, amor, humildad, piedad, sencillez, fidelidad...– son en el fondo las *condiciones de la creatividad*. Si el joven, por una u otra razón –por ejemplo, la lectura de autores como Nietzsche–, piensa o teme que tales actitudes responden a blandura de carácter y cierran el camino a una forma de actividad reciamente varonil, tiene mucho hecho para rechazar la vía del éxtasis y encaminarse por la del vértigo.

3. Toda forma de creatividad humana encierra un modo de racionalidad peculiar, no reductible a la racionalidad científica y tampoco inferior o superior a ella. Es sencillamente distinta. Durante siglos se vino estimando que sólo existía un género de racionalidad auténtica, la científica. La experiencia artística, la religiosa y la amorosa quedaban así relegadas al ámbito desprestigiado de lo “irracional”, lo meramente “sentimental”. De esta forma, muchos creyentes se vieron y siguen viendo obligados a llevar una “doble vida”, en el sentido desgarrador de la expresión. En épocas que exaltan la vida racional como prototipo de vida transparente, justificable en sus fundamentos, resulta sobremanera penoso para toda persona reflexiva optar a favor de los valores cristianos y la práctica religiosa y no saber dar razón lógica de tal opción. al ser tachados de anticuados y alienados, estos creyentes poco formados se quedan indefensos por falta de recursos intelectuales.

La influencia soterrada que puede ejercer paulatinamente este sentimiento de inferioridad y casi de culpabilidad e inautenticidad sobre el ánimo de los creyentes alcanza grados insospechados y se manifiesta de modo palpable en personas que ocupan puestos de responsabilidad en el parlamento, en la docencia, en



el periodismo, en la misma vida de familia. Es urgente e ineludible realizar los análisis necesarios para superar de raíz este infundado complejo, y otros semejantes.

4. Debe elaborarse una metodología bien articulada que se ajuste con la mayor perfección posible a la riqueza y sutileza de los fenómenos espirituales, a fin de que el joven aprenda a pensar de modo ajustado y no tolere abusos estratégicos del lenguaje. Los jóvenes son sensibles de suyo, por ejemplo, a toda exigencia de cambio. Para que no acepten cualquier oferta demagógica de alteración de cosas y situaciones, urge hacerles ver que hay formas de cambio que significan *progreso* y otras que implican *regreso*. A esta luz, los jóvenes podrán percibir por sí mismos que el simple autocalificarse de progresistas debido al hecho de introducir cambios drásticos no tiene el menor valor, pues queda por demostrar con hechos que dicha alteración implica un *verdadero progreso*, en sentido de *ascenso a una cota más alta de vida humana*.

5. Filósofos clarividentes señalan como la gran tarea del momento actual el *cambio de mentalidad*, de la mentalidad objetivista, manipuladora, a la lúdica o creadora. Este es el cambio que debe realizarse en orden a una mejora de la sociedad. Pero ello exige una *conversión interior* por parte de cada persona, no una simple reforma de estructuras, por necesaria que ésta pueda ser en alguna circunstancia. Diversos observadores destacan la formación entre los jóvenes actuales de una “nueva sensibilidad”, tan prometedora como ambigua y vacilante. Esta vacilación —con los riesgos que implica— sólo podrá ser superada mediante un análisis a fondo de los supuestos del pensamiento actual.

6. La tarea apostólica no puede realizarse con las mismas armas que esgrimen los enemigos de los valores cristianos. A veces, en la vida diaria siente uno cierta impotencia al hallarse, por lo que toca a recursos contundentes, en condiciones de inferioridad. Nuestra única arma es la *gran calidad de nuestro humanismo*. Pero ¿cómo hacer valer esta calidad frente a la eficacia inmediata de los cuantiosos medios que otros movilizan sin mayores escrúpulos?

Con frecuencia, se proponen al quehacer pastoral ciertas tareas relevantes, pero parece pasarse por alto que la realización de las mismas exige una preparación que posiblemente la inmensa mayoría de los responsables no poseemos. Se afirma, por ejemplo, que es urgente encontrar un lenguaje nuevo para proclamar el mensaje evangélico, un modo de expresión adecuado a la sensibilidad del joven actual. Nada más acertado. Pero poco se adelanta con tal indicación si no se aclara que un lenguaje nuevo está muy lejos de ser una mera cuestión de cambio de palabras o de estilo: implica toda una manera distinta de ver y analizar la vida espiritual. Permítaseme aclarar mi pensamiento con un caso concreto que he sometido últimamente a estudio.

En diversas ocasiones he explicado a grupos numerosos de jóvenes de bachillerato y universidad la diferencia entre las experiencias de vértigo y éxtasis. Han prestado siempre la mayor atención y han reaccionado del modo más positivo en los coloquios. Podríamos decir, a primera vista, que se trata de un nuevo lenguaje respecto a cuanto en la ascética clásica se venían denominando actividades *viciosas* y actividades *virtuosas*. Es cierto, pero no se trata de un mero cambio de palabras, porque lo que sin duda opera un giro en la actitud de los jóvenes no es el mero oír *vértigo* en vez de *vicio* y *éxtasis* en vez de *virtud*, sino el penetrar en la articulación interna de los diversos procesos de fascinación, por una parte, y de apelación a la creatividad, por otra. Respecto a estos últimos —los procesos de éxtasis—, yo procuraba que los jóvenes advirtiesen por sí mismos, sobre la base de su propia experiencia, toda la riqueza que poseen las diversas experiencias extáticas, en deporte, en arte, en la convivencia humana, en todas las actividades creadoras que una persona normal realiza en su vida cotidiana. Seguidamente, aprovechando la ampliación de la perspectiva intelectual que estos análisis producían, abría ante ellos el horizonte de la experiencia religiosa. De esta forma, los jóvenes aprendían a descubrir en el éxtasis un *dinamismo personalizador del mayor empuje*, pues lo extático dejaba de aparecer como un impulso que saca al hombre de sí para convertirse en una fuerza que eleva serenamente al ser humano a lo mejor de sí mismo, a sus posibilidades de realización más altas. Desde esta atalaya, no es difícil conseguir que los jóvenes caigan en la cuenta de la impor-

tancia que encierra para su vida personal la práctica del recogimiento, la contemplación, la oración, la proclamación y escucha de la palabra revelada, el sacrificio, el encuentro, el canto, la fiesta, la entrega oblativa, los ritos y símbolos, la participación personal en la vida de una institución como es la Iglesia. El pensamiento filosófico, y, consiguientemente, la literatura y el arte han contribuido en los últimos siglos a sembrar toda suerte de prejuicios en contra de estas actividades humanas. Una pastoral juvenil debe hallar la vía más eficaz para disolver los equívocos en orden a percibir lo que pueda haber de grande y fecundo en unas prácticas religiosas que no responden a una mera imposición eclesiástica antes llevan a la base siglos de ejercitación cuidadosa en los secretos de la vida personal<sup>5</sup>.

Actualmente, se subraya el papel “sacramental” de muchas realidades que integran el mundo cotidiano del hombre<sup>6</sup>. Esta valiosa orientación sólo tendrá plena eficacia, a mi entender, si se apoya en una teoría de los “ámbitos” y del juego, tal como intenté describirlos en la *Estética de la creatividad*. Este enraizamiento del término “sacramental” en una teoría sólida de los diferentes modos de realidad que constituyen la trama del entorno humano es ineludible si no queremos que los jóvenes interpreten nuestro mensaje pastoral como mera “literatura edificante”, falta de fundamento riguroso. Es nefasto proclamar el mensaje evangélico con un lenguaje ambiguo, intermedio entre el mundo teológico y el vagamente poético. Nuestro lenguaje ha de ser sugestivo y conservar toda la ambigüedad peculiar de lo trascendente, pero debe estar formulado con el rigor propio de las realidades y acontecimientos “inobjetivos” (en el sentido técnico que tiene este término en el pensamiento existencial de Marcel, Jaspers y Heidegger).

A veces, no hace falta cambiar las palabras, sino infundirles un sentido renovado. Piénsese en las aportaciones que ha hecho la filosofía contemporánea —G. Marcel, Jaspers, especialmente— a una comprensión más aquilatada y sugestiva de cuanto impli-

<sup>5</sup> He dedicado amplia atención a todos estos temas en la obra *El encuentro y la plenitud de vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, págs. 195-266.

<sup>6</sup> Cf. L. Boff: *Los sacramentos de la vida*, Sal Terrae, Santander, 1979; Ph. Roqueplo: *Experiencia del mundo, ¿experiencia de Dios?* Sígueme, Salamanca.

can las realidades “misteriosas”. Frente a “problema”, el “misterio” es para Marcel una realidad que no puede ser proyectada por el hombre a distancia, ya que se siente comprometido por ella, nutrido por su riqueza, impulsado por su fuerza de atracción. A esta luz, lo misterioso no aparece tanto como lo recóndito, oculto, incognoscible, sino como algo que, por su riqueza, resulta inexhaustible, inagotable por el pensamiento humano más penetrante e inaccesible al modo de conocimiento “objetivista”, que desea objetivar los objetos de conocimiento para dominarlos. *Misterioso*, en este sentido, es todo aquello que ofrece campos de posibilidades a la acción *creativa* del hombre. Todo se transforma, en lo tocante al estilo de pensar y de hablar, cuando se mueve uno en nivel de creatividad y se acostumbra a ver las realidades valiosas del entorno más como “ámbitos” que como “objetos”. Esta transformación permite llegar a vivir lo misterioso como algo cercano, íntimo, y en esta intimidad las palabras que aluden al misterio presentan un sentido preciso y se hacen inteligibles.

La existencia de este nexo profundo entre el conocimiento de lo misterioso y la participación personal explica muchos fenómenos de la vida espiritual, tales como la vinculación de sabiduría y amor, defección moral y mengua de la vida de fe.

7. La tarea formativa consiste fundamentalmente en *entusiasmar a los jóvenes con los valores cristianos*. El entusiasmo es un sentimiento producido por las experiencias de éxtasis. Cuando un joven realiza una auténtica experiencia de éxtasis, en cualquiera de sus modalidades, empieza a entrever lo que significa de veras “vivir con intensidad”. Esta adivinación lo enardece con el humanismo basado en las experiencias de éxtasis y dispone su ánimo para ir descubriendo por sí mismo, emocionadamente, la riqueza de lo humano rectamente orientado y vivido. Sin que nadie le fuerce a ello, el joven acaba aceptando de buen grado que los valores y metas que desea conseguir se logran mediante la entrega esforzada a la participación extática en lo valioso. La Religión deja de aparecérselo como una huida de lo humano para mostrársele como su único logro posible. El camino hacia las experiencias extáticas es cegado de raíz por la entrega a las experiencias de vértigo, a las que se ve impulsado el joven actual por la propaganda manipuladora. Para hacer eficaz

la tarea positiva de entusiasmar con los valores, se requiere una labor previa de inmunización de los jóvenes frente a la avalancha de la manipulación.

8. Una formación sólida y adecuada a las necesidades actuales confiere firmeza y seguridad a los educadores, y desbloquea los ánimos inhibidos a causa de innecesarios complejos de inferioridad y —en casos— de la agresividad de los grupos adversarios.

En el momento actual, los grandes gestos son insuficientes. Visitas papales, documentos episcopales y otros acontecimientos semejantes pueden significar un balón de oxígeno, y han de ser acogidos con máximo interés, pero resultan baldíos si no van acompañados de una labor diaria de formación permanente y muy cualificada.

9. Es sabido que el ámbito temporal en que vive propiamente el joven es el *futuro*. Todo joven se halla tenso hacia la elaboración de un *proyecto de futuro*. Si halla las fuentes de la creatividad cegadas ante sí, se siente defraudado, y encauza sus energías hacia experiencias destructoras. Hoy día puede parecer que la juventud ha renunciado a su voluntad de forjar proyectos de futuro y vive al día, entregada al halago de fáciles ganancias inmediatas. Se trata de una apariencia en parte engañosa. El joven no puede vivir de espaldas al futuro; si no tiene un futuro de edificación, lo tendrá de aniquilación. Su imaginación no puede ser represada. Si no la emplea el joven en elaborar proyectos existenciales de éxtasis y crear una cultura de vida, la consumirá entregándose a las fugaces fulguraciones de las experiencias fascinantes, que no producen sino una *cultura de muerte*. Debe tenerse muy en cuenta que las experiencias de éxtasis avivan la imaginación creadora, la nutren y desarrollan, mientras que las experiencias de vértigo la embotan y agostan. Toda forma de entrega pasiva a lo fascinante tiene una apariencia de novedad y originalidad porque saca a uno de sí, lo desmadra, lo lanza a una aventura exaltante, pero la energía que se da en este lanzamiento no lleva sino a dar vueltas sobre el propio eje sin avanzar, como pasa con un tornillo loco.

Para hacer proyectos valiosos de futuro, se requiere poner en forma la imaginación creadora, y ésta se anquilosa y anula cuan-

do el hombre vive atenido rígidamente al afán de ganancias *inmediatas*. El hombre egoísta y narcisista se empasta en la parte del entorno que le ofrece posibilidades de halago, y pierde perspectiva, capacidad de ver a lo lejos, en bloque, y de adivinar la existencia de valores e ideales cargados de sentido para la vida humana vista de modo integral. ¿Pero qué significan el sentido, el ideal, el valor con toda precisión? Sin una comprensión adecuada de estas sutiles entidades, de su carácter relacional, de su vinculación constitutiva a la creatividad humana no pisaremos ni el umbral de la labor formativa. Recientemente, se ha hecho una encuesta pormenorizada sobre el mundo de valores, tendencias y preferencias de los jóvenes creyentes españoles. A modo de corona de los amplios análisis, se ofrece una nota sobre los valores basada en una teoría poco penetrante y aquilatada de los mismos. el formador que, pertrechado con los datos de la encuesta, intente montar una acción educativa a la luz de la idea de los valores que aquí se expone tiene el fracaso asegurado de antemano.

## V. La capacidad de responder a la llamada vocacional

La actitud de los jóvenes suele presentar, según vimos, una patente ambivalencia, pero la experiencia revela que los jóvenes no muestran predilección por las posiciones ambiguas e indecisas. Con motivo de la visita a España de Juan Pablo II, muchos jóvenes manifestaron que la razón de su simpatía hacia la figura del Papa radica en su carácter enérgico, su temple de luchador, su recia voluntad de ir con valentía al núcleo de las cuestiones, sin concesión alguna a los débiles de espíritu. De hecho, en todo tiempo los jóvenes han sentido admiración por las personas que no temen el riesgo y se sacrifican por un ideal. ¿Cómo dirigirse a los jóvenes para suscitar en ellos la voluntad de tomar decisiones en orden a la vocación sacerdotal y religiosa?

### 1. *El relativismo y el poder de decisión*

Debido a muy diversas circunstancias, el joven actual halla grandes dificultades para comprender de modo teórico la justificación de la validez inquebrantable de los valores. Palabras

“talismán”, como libertad, cambio, autonomía personal, autorrealización, independencia y otras semejantes, operan sobre el espíritu de los jóvenes de modo muy efectivo y lo predisponen en contra de la aceptación incondicional de los valores y normas. Comprometerse para siempre implica notables riesgos y pone aparentemente en cuestión la libertad personal. El joven de hoy pocas veces está en condiciones de acertar a ver cómo puede coordinarse la libertad y la sumisión constante a normas y valores que le vienen propuestos *desde fuera*. Prometer hoy para cumplir en todo tiempo parece en principio al joven actual un ataque a la posibilidad de adaptarse en cada momento a los vaivenes del sentimiento, a las exigencias del estado de ánimo, a las nuevas necesidades que la edad y las circunstancias hagan surgir.

Esta dificultad que experimenta el joven actual en el plano teórico apenas puede ser superada con buenas razones. Debe acudirse a la *experiencia propia* del joven, a su capacidad creadora y a su poder intuitivo para adivinar la existencia de grandes valores en la experiencia viva de los demás. En reuniones de jóvenes dotados de sensibilidad religiosa se observa que éstos tienden a recurrir a la experiencia personal en busca de razones para justificar sus convicciones y actitudes. Más que grandes ideas y bien acabados razonamientos, suelen aducir, para mostrar la relevancia de la vida religiosa, la transformación que Jesús ha operado en sus vidas, la carga de sentido que cierta actividad apostólica ha otorgado a su existencia, el sentimiento de alegría y plenitud que experimentan al entregarse al servicio de los demás para cumplir el mandato de Jesús, la constatación personal de que Jesús se halla en medio de ellos cuando están unidos en su nombre... Una larga práctica en encuentros de tipo carismático –con grupos de distinta naturaleza– nos revela el poder sugestivo que encierra para los jóvenes abrir el espíritu y relatar a los demás la propia experiencia espiritual. Existen grupos que han convertido esa confesión espontánea en el centro de los encuentros. En tales reuniones se instaura un clima de confianza que mueve a los jóvenes, incluso a los más tímidos, a participar activamente. Se crea entre ellos un campo de juego común en el cual los límites entre el yo y los otros quedan felizmente desbordados. Esta superación de límites no da lugar a

una indelimitación amorfa, sino a una integración lúdica extraordinariamente fecunda en el aspecto espiritual ya que la creatividad pide entreveramiento de ámbitos.

Al ahondar en la experiencia propia y en la ajena, el joven va descubriendo los distintos valores cristianos y percatándose de su capacidad de perduración. Los valores no se *imponen* como algo inquebrantable y eterno. Perduran *porque tienen valor*, como un buen paño resiste los embates del uso y del tiempo. Lo importante no es *durar*, sino *perdurar*, afirmarse a través del tiempo, en todo momento.

Descubierto, siquiera sea en esbozo, el mundo de los valores, el joven advierte con satisfacción interior que prometer la realización de algo cargado de valor no significa un encadenamiento a una obligación impuesta *desde el exterior* sino la instalación voluntaria en un ámbito de vida lleno de grandes posibilidades de realización personal. Hacer una promesa implica siempre un riesgo, el riesgo propio de toda creatividad humana. Para ser creador, hay que poder dar diversas respuestas a un mismo estímulo. Esta capacidad indica distanciamiento respecto al entorno y la consiguiente necesidad de tomar iniciativa y asumir responsabilidades. El hombre contemporáneo, responsable de dos guerras devastadoras, siente una profunda añoranza por el mundo infracreador, en el que no existe el riesgo de la creatividad. El que promete la realización de un valor concede primacía a la creatividad humana sobre la seguridad del animal. El que es fiel a las promesas desborda la sumisión al tiempo y espacio, se sitúa por encima de las oscilaciones del sentimiento, de los caprichos de la voluntad, de las exigencias de la moda o del espíritu de la época, y toma como guía única de sus actos el valor que desea realizar y que constituye no tanto una meta lejana cuanto el sentido profundo de cada instante de su existencia.

## 2. Decisión y captación de valores

El que aspire a optar con decisión debe esforzarse por poseer ideas claras y actitudes firmes, libres de ambivalencias que producen ansiedad y labilidad. Saber optar implica saber pensar y tener poder de discernimiento suficiente para resistir a las manipulaciones de conceptos. Hoy día reina un clima de confusión



provocado por la falta de un pensamiento hondo que vaya a la raíz de las cosas. Si deseamos fomentar la capacidad de decidir, hemos de incrementar la capacidad de pensar con *rigor*, de sentir con *entusiasmo* —no con *exaltación*—, de querer con *tenacidad* —no con *rigidez*, producto de un modo de pensar inarticulado, elemental—.

Para querer sentir y pensar de este modo altamente cualificado, debe el hombre hallarse imantado por los valores, impulsado internamente por las posibilidades de juego creador que los mismos ofrecen. La capacidad de tomar decisiones trascendentales pende de la capacidad para percibir los valores y su riqueza interna, es decir, su poder promocionador de la libertad y la creatividad humanas. La sensibilidad para el valor se acrecienta a través de las experiencias de *éxtasis* y se amengua hasta anularse en las experiencias de *vértigo* o *fascinación*. El vértigo empasta, no permite estar *cerca* a *distancia*, crear un campo de libre juego, abrirse al sentido de los acontecimientos humanos. La entrega a las experiencias de fascinación produce exaltación y aviva las pulsiones instintivas, pero amengua la capacidad de decisión. Decidirse implica ver a lo lejos, salvar las barreras del instante presente, superar la rigidez espiritual que envara a quien vive apegado a las ganancias inmediatas. La vida entregada a experiencias de vértigo se desarrolla en el “primer estadio en el camino de la vida” (Kierkegaard), el plano de la atención unilateral a las impresiones sensoriales. Es obvio que el hombre fascinado por lo sensible, indiferente a cuanto desborde el halago inmediato de lo gratificante, no se halla en disposición de estimar el valor de la fidelidad y de ser fiel a las promesas; malentenderá, más bien, la fidelidad como enquistamiento y falta de movilidad creadora. El “Don Juan” que exalta lo sensible y vive una forma de existencia infracreadora no hace promesas sino como recurso para manipular las voluntades ajenas y conseguir alguna forma de dominio.

Toda decisión importante implica un *riesgo* y sólo puede ser realizada bajo el impulso del *entusiasmo*. El entusiasmo se enciende al entregarse a una realidad valiosa que ofrece grandes posibilidades de juego, que, al ser asumidas activamente por el hombre, elevan a éste a un nivel de madurez personal. Tal eleva-

ción se da en las experiencias de éxtasis. *La decisión es un resultado de las experiencias extáticas*<sup>7</sup>.

El poder de tomar decisiones es bloqueado por el afán de autorrealizarse mediante la mera expansión de las apetencias individuales, instintivas. A menudo se entiende la autenticidad personal como un modo de obrar espontáneo, en sentido arbitrario, insolidario, falta de la energía que procede de la inmersión activa en las realidades valiosas. El *vértigo de la autarquía* conduce al hombre a la insolidaridad y, consiguientemente, a la asfixia lúdica, que agosta la personalidad humana. Por el contrario, las experiencias de éxtasis abocan siempre a una forma de fecunda solidaridad.

### 3. Decisión para la vida religiosa y experiencias de éxtasis

La decisión para la vida religiosa viene siempre impulsada por un sentimiento básico de amor, en torno al cual se polariza la vida creadora del hombre. El amor es un movimiento de entrega respetuosa a lo valioso. Constituye una forma de experiencia extática. Si deseamos incrementar la capacidad de los jóvenes para decidirse en favor de la vida religiosa –sacerdotal o regular–, debemos otorgarles posibilidades claras de incrementar las experiencias de éxtasis. Destaquemos algunas de las posibilidades básicas que afectan, en una u otra medida, a la vida religiosa sacerdotal y regular.

1. A los jóvenes ha de ofrecerse una *vida en comunión*. Comunión implica no sólo cercanía física, comunidad de bienes, participación en tareas comunes, sino entreveramiento de ámbitos personales, asunción comunitaria de valores, creación de campos comunes de juego en diversos aspectos. Este tipo de unidad requiere la participación de todos en un mismo gran valor: *el encuentro con Dios*. Este encuentro se realiza a través de diversas mediaciones, tales como el hecho de estar unidos en nombre de Jesús, de rezar y cantar en común, de crear conjuntamente un clima de recogimiento y sobrecogimiento. El encuen-

---

<sup>7</sup> Sobre la relación entre experiencias de éxtasis y asunción de valores puede verse mi obra *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora*. Ed. San Pío X, Madrid 1984, págs. 90 ss.

tro es fuente de luz y de energía. “Con el Pueblo de Dios, con los hombres de toda la tierra estás invitado a vivir lo inesperado. Tú solo ¿cómo llegarías a conocer el resplandor de Dios?”<sup>8</sup>.

a) Una aportación del seminario o del convento al joven es el espíritu constante de diálogo con lo valioso, de participación en algo superior. En tales lugares debe sentirse este espíritu, palparse, transmitirse por una especie de ósmosis. En ellos ha de darse de modo patente e impresionante el hecho subrayado por G. Marcel de que “unos vivimos a menudo con la fe de los otros”. Si existe esta tensión de trascendencia, el clima del seminario o convento se transfigura, adquiere una dimensión peculiar y resulta sumamente atractivo para todo joven que desee responder a una llamada que le invita a realizar una ascensión espiritual. Este ámbito patente de participación en lo elevado y relevante constituye una “parábola de comunión, de comunidad, de reconciliación”<sup>9</sup> y, consiguientemente una “parábola del Reino”. En la misma medida tiene una capacidad insospechada de convocatoria.

b) La unidad de quienes están en tal forma a la escucha de las apelaciones que vienen de lo alto, del reino de lo valioso, supera toda forma de mera yuxtaposición, de canje de diversas soledades, de intercambio de intereses egoístas; forma un entreveramiento de ámbitos, de seres con iniciativa que fundan un campo de juego común y superan por ello los límites entre el yo y el otro, lo mío y lo tuyo, el dentro y el fuera. Cuando todos se entregan a lo trascendente, cada uno es lugar viviente del Cristo que se hace presente en medio de ellos, y está dispuesto a dar la vida por los demás, a olvidarse de sí para servir a los otros. Esta decisión engendra una auténtica *solidaridad en el amor* que lleva a compartir los bienes materiales y, sobre todo los espirituales. Frente al lema unamuniano “ponte en marcha solo”, los hombres inmersos en el ámbito religioso ponen la vida a la carta de la *solidaridad*, porque presienten que la comunión es fuente de *energía*, de poder ascensional, de clarificación del sentido

<sup>8</sup> Cf. Hermano Roger, de Taizé: *Las fuentes de Taizé*, Herder 1983, pág. 59.

<sup>9</sup> Cf. Hermano Roger, de Taizé: *Las fuentes de Taizé*, pág. 51; *Florecerán tus desiertos*, Herder, págs. 53, 102; “Una entrevista con Roger de Taizé”, en José Miguel de Haro, *Taizé, río de vida*, Central catequística salesiana, Madrid 1985, pág. 32.

último de la existencia, de belleza y de fiesta. La vida en comunión adquiere un peculiar carácter festivo, noble, gozoso.

c) La alegría en las comunidades religiosas no es sólo expresión de un estado de ánimo individual; es signo de una existencia en comunión. Siempre que se hace juego creador con una realidad valiosa, se siente gozo, porque se cobra conciencia de estar en camino de plenitud. Este gozo se trueca en *entusiasmo* cuando se asumen posibilidades sobremanera valiosas que elevan al hombre a lo mejor de sí mismo. El entusiasmo lleva a la edificación de la personalidad. Entusiasmarse es sentir de modo sereno pero eficiente un impulso interno hacia el encuentro con lo que ofrece posibilidades de realización personal. *De tal impulso procede la decisión a favor de los valores.*

El fomento de las vocaciones requiere el incremento del entusiasmo. Para ello es necesario revalorizar de nuevo la emotividad, el aprecio por los modos elevados de sentimiento. El clima de sana alegría y entusiasmo tiene poder atractivo porque es la expresión viva de una existencia entregada a las formas más fecundas de éxtasis. Un ambiente de indolencia y depresión no atrae a ningún joven porque delata la entrega a las experiencias de vértigo.

d) A este género de alegría y entusiasmo va unida la práctica del *canto*. Cantar es elevar el voltaje expresivo. Cantar en común implica acordar el ritmo y el sentimiento, aunarse en una oración compartida, inmergirse en un mismo acto de alabanza, crear un espacio de profundísima unidad, al tiempo que se deja uno llevar por él, nutrir, cohesionar, impulsar. Al cantar en comunidad un canto religioso, se hace uno cargo personalmente de lo que son las experiencias reversibles que constituyen el fondo de la vida espiritual: se funda un espacio de unidad y este espacio incrementa tu unión con los demás; configuras un lenguaje y el lenguaje nutre tu capacidad expresiva; instauras una comunidad y la comunidad colabora a articularte en un ámbito de solidaridad y comunión.

Entrever la existencia de lugares privilegiados donde la vida está impulsada, regulada y vivificada por experiencias de este género constituye un incentivo poderoso en orden a tomar la decisión de pertenecer a ellas. Roger de Taizé suele subrayar al

mismo tiempo la necesidad de fundar una parábola de comunión, orar en común a integrarse en un canto que no cesa...<sup>10</sup>. La canción une a personas de muy distinta condición, formación y procedencia en una misma oración y suscita una comunidad de sentimientos y afectos. La música crea estructuras y funda armonía, instaura ámbitos de concordia, encauza los impulsos por una vía de comunión. Cuando el canto es sencillo y se repite con cierta insistencia, se graba en el espíritu de quienes se inmergen en el espacio de armonía que crea, y se convierte de esta forma en una especie de vía expresiva de hondos sentimientos espirituales. La música tiene una función “ambitalizadora” de primer orden. Por eso desempeña un papel fundamental en todo acontecimiento festivo. Las fiestas reclaman música porque son de por sí musicales, armónicas, bien estructuradas, entusiastas, edificadoras de vida comunitaria. El canto en común es un diálogo de participación en lo valioso a que se tiende. Se ensalza aquello que se anhela en virtud de la fuerza elevadora que procede de lo mismo que se busca. Cantamos comunitariamente para adentrarnos más y más en aquello que impulsa nuestra creatividad y constituye nuestro hogar espiritual, nuestro lugar de despliegue como personas. Después de un rato de oración silenciosa, el canto en común aún intenciones, vehicula sentimientos, instaura vida de comunidad.

2. El impulso creativo que da lugar a esta vida en comunión festiva, entusiasta, alegre, solidaria decrece a medida que las personas se entregan al vértigo de la *disipación*, de la entrega pasiva a ríos de impresiones sensoriales. Una comunidad vertida a lo exterior superficial pierde capacidad cohesiva y fuerza ascensional. Con ello queda privada de todo poder de atracción.

La disipación se combate mediante el cultivo del *recogimiento*, no entendido como una retracción a la soledad del despego sino como la renuncia a lo superficial disperso para entregarse al diálogo con lo profundo esencial. *Recogerse* tiene por fin *sobrecojerse* ante lo valioso para asumirlo activamente y fundar ámbitos llenos de sentido. El recogimiento interior va unido con el

---

<sup>10</sup> Una orientación análoga se observa en los escritos de Chiara Lubich, fundadora de los *Focolares de la unidad. Obra de María*.

silencio que es *campo de resonancia de la palabra esencial*. Las muchas palabras dispersan la atención, la atenazan, la vierten al exterior. El silencio funda unidad, porque ensambla a los hombres en torno a lo esencial.

Seminarios y conventos deben ofrecer un clima de recogimiento, de cultivo intenso de la vida espiritual, que es vida fundadora de comunión. La vida religiosa debe constituir un *espacio de comunión* donde el responsable entienda el poder como un servicio y sea un promotor de unidad, no un mero defensor de estructuras impersonales rígidas que ahogan el espíritu por no dejar huelgo al ejercicio de la capacidad de opción y decisión.

La aceptación de tareas comunes de tipo apostólico ejerce asimismo un papel cohesionante de las voluntades y sentimientos individuales, a condición de que los espíritus estén aunados por un ejercicio constante de ensamblamiento en un espacio compartido de oración. Insistir en la necesidad de vivir en común para lograr una mayor efectividad apostólica puede en determinados casos carecer de toda fuerza apeladora en momentos como el presente en que los laicos están mostrando una notable eficiencia en diversos órdenes de la vida apostólica. La vida religiosa —en sus diversas formas— debe ser propuesta como una posibilidad de fundar modos eminentes de unidad. Al mostrarse uno dispuesto a entregarse a seres que no ha elegido se halla en óptima disposición para unirse “en nombre de Jesús” y hacerse acreedor a la promesa de que tal unidad será bendecida con su presencia.

3. Esta vida de creatividad o de éxtasis presenta un rostro atractivo a pesar de los *sacrificios* que implica. Toda forma de éxtasis —deportiva, estética, amorosa, ética, religiosa...— exige la purificación previa de la voluntad de dominio, de reducirlo todo a medio para los propios fines. Jesús no ha venido a liberarnos del dolor de la renuncia que exigen las diversas formas de éxtasis, sino del sinsentido del dolor producido por la decepción desoladora que sigue a las experiencias exaltantes del vértigo. Todo joven que vea con claridad la relación entre sacrificio y éxtasis no dejará de responder positivamente a la llamada de la vocación por el temor a las renunciaciones que implica. La experien-

cia de éxtasis produce entusiasmo, y éste otorga energía suficiente para superar el apego a cuanto debe el hombre religioso renunciar. De ahí que sólo el hombre de éxtasis pueda prometer en serio, porque, lejos de polarizar todas las realidades en torno a su yo egoísta, apegado a la propia complacencia, se abre a realidades que lo apelan a una vida de intensa y fecunda creatividad. El hombre extático sabe jerarquizar los valores y acierta a descubrir que la realización de un valor más alto exige la renuncia al logro de un valor inferior. Por eso está disponible para afrontar tareas arduas aunque impliquen renunciaciones y riesgos.

4. Si los seminarios y los conventos se presentan como lugares donde, con un espíritu de prontitud para el valor, se cultiva extáticamente la forma elevada de creatividad que llamamos vida espiritual, los jóvenes tendrán la intuición de que en esos hogares de comunión y recogimiento se superan las ambigüedades que torturan a menudo su espíritu. La ambivalencia de los valores en la juventud actual responde con harta frecuencia a la confusión de las experiencias de vértigo y éxtasis. El seminario y el convento son espacios de encuentro donde se procura incrementar al máximo las experiencias de éxtasis y reducir al mínimo las de vértigo. El hombre religioso se cuida de no autonomizar ningún aspecto de la vida, ni los deleitables ni los penosos. Todos son aceptados como elementos que median el ascenso hacia la actividad rigurosamente creadora. Esta orientación ascensional libera a ciertas experiencias humanas de lo que pueden tener de proclividad al vértigo. La ascética no consiste en despreciar lo humano, sino en jerarquizar los distintos valores en orden al logro de experiencias creadoras cada vez más relevantes. En la unión erótica, por ejemplo, se da una forma de unidad que posee cierta significación, pero la unidad que instaura la unión de amor conyugal auténtico presenta unos valores muy superiores y un *sentido* pleno.

Esta primacía de las experiencias extáticas abre una vida fecunda para la realización cabal de las tendencias positivas de los jóvenes actuales: apertura, igualdad de trato, disponibilidad, espíritu de justicia, realización de sí, autenticidad, servicio a los demás, búsqueda de ideales llenos de sentido, conquista de la libertad, deseo de obrar por impulso interior y ganar sabiduría a través de la propia experiencia.

Si, al tratar a algún sacerdote o religioso, los jóvenes advierten en su vida una profunda coherencia y plenitud, se sentirán ansiosos de participar en su forma de existencia. En caso de iniciar la experiencia, ésta les descubrirá día a día nuevas riquezas, más amplios horizontes y los confirmará en lo que sólo habían adivinado al principio.



# Bibliografía

- ANDERSON, H.H.: *Creativity and its cultivation*. Harper, Nueva York, 1959.
- BACHELAND, G.: *La poética del espacio*. FCE, México, 1978.
- BATES AMES, L.: *Summerhill, pro y contra*. FCE, México, 1966.
- BEAUDOT, A.: *La creatividad en la escuela*. Studium, Madrid, 1973.  
– *La creatividad*. Narcea, Madrid, 1980.
- BERGMANN, H.: *Hacia la personalidad*. Sígueme, Salamanca, 1969.
- BLAY FONTCUBERTA, A.: *Creatividad y plenitud de vida*. Iberia, Barcelona, 2ª ed., 1977.
- BLOCH, M.A.: *Philosophie de l' Education Nouvelle*. PUF, París, 1948.
- BOIREL, R.: *Théorie générale de l' invention*. PUF, París, 1961.
- BOLLNOW, O.F.: *Mensch und Raum*. Kohlhammer, Stuttgart, 1963.
- CENCILLO, L.: *Líbido, terapia y sueño*. Verbo Divino, Estella, 1974.  
– *Método y base humana*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense, Madrid, 1973.  
– *Tratado de las realidades*. Madrid, 1971.  
– *Tratado de la intimidad y de los saberes*. Madrid, 1971.
- CODERCH, J.: *Psiquiatría dinámica*. Herder, Barcelona, 1975.

- CHARBONNEAU, P.E.: *Educar. Diálogo de generaciones*. Herder, Barcelona, 1978.
- *Educar. Problemas de la juventud*. Herder, Barcelona, 1979.
- CHAUCHARD, P.: *El cerebro y la mano creadora*. Narcea, Madrid, 1972.
- DEMORY, B.: *La créativité en 50 questions*. Chotard, París, 1976.
- DURR, O.: *Educación en la libertad*. Rialp, Madrid, 1971.
- FERRY, G.: *Matériaux pour un débat sur la non-directivité*, en “Les amis de Sèvres”, núm. 1, 1970, págs. 14-16.
- FOREST, A.: *La vocation de l'esprit*. Aubier, París, 1953.
- *Consentement et création*. Aubier, París, 1943.
- FREINET, C.: *Ensayo de pedagogía sensitiva*. Villalar, Madrid, 1977.
- *La educación por el trabajo*. FCE, México, 1971.
- FROMM, E.: *El lenguaje olvidado*. Paidós, Buenos Aires, 4ª ed., 1971.
- *La condición humana actual*. Paidós, Buenos Aires, 1970.
- *El miedo a la libertad*. Paidós, Buenos Aires, 1971.
- *El arte de amar*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1980.
- FULLAT, O.: *Juventud actual, nuestro futuro*. Nova Terra, Barcelona, 1969.
- FUNDACIÓN “ORIOI-URQUIJO”: *Educación y sociedad pluralista*. Madrid, 1980.
- GABRIEL, L.: *Logik der Weltanschauung*. Pustet, Graz, 1947.
- *Integrale Logik. Die Wahrheit des Ganzen*. Herder, Viena, 1965.
- GARCÍA MORENO, C.: *El cambio de actitudes en la juventud española* (conferencia). Ministerio de Cultura, Madrid, 1980.
- GHISELIN, B.: *The Creative Process*. University of California Press, 1952.
- HASKAMP, R.J.: *Spekulativer und phänomenologischer Personalismus*. Alber, Friburgo, 1966.
- HUBERT, R.: *Tratado de pedagogía general*. El Ateneo, Buenos Aires, 1962.
- HURLOCK, E.: *Psicología de la adolescencia*. Paidós Ibérica, Barcelona, 4ª ed., 1980.
- IEPS: *Educación y valores*. Narcea, Madrid, 1979.
- *Estudios y experiencias sobre educación en valores*. Narcea, Madrid, 1981.

- Informe sobre la Encuesta sobre la juventud 1977*, en “Cuadernos de Documentación, núm. 1, 1978, págs. 1-207, editado por el Instituto de la Juventud, Madrid.
- JUIF, P. y LEGRAND, L.: *Grandes orientaciones de la pedagogía contemporánea*. Narcea, Madrid, 1980.
- KAAM, A. VAN: *Encuentro e integración*. Sígueme, Salamanca, 1969.
- KAMPMANN, Th.: *Conocer para educar*. Herder, Barcelona, 1974.
- KENISTON, K.: *La juventud en un mundo cambiante*, en “Revista de Occidente”, núm. 66, 1968, págs. 245-264.
- *Las dos revoluciones de la juventud contemporánea*, en “Revista de Occidente”, núm. 87, 1970, págs. 265-289.
- KUNZ, H.: *Die Agressivität und die Zärtlichkeit*. Francke, Berna, 1946.
- KÖHLER, H.: *Teología de la educación*. Studium, Madrid, 1975.
- LAIN ENTRALGO, P.: *Teoría y realidad del otro*. Revista de Occidente, Madrid, 1961.
- *La amistad*. Revista de Occidente, Madrid, 1972.
- LAVELLE, L.: *Traité des valeurs*. PUF, París, 1951, 1955.
- LE SENNE, R.: *Obstacle et valeur*. Aubier, París, 1934.
- LEGRAND, L.: *Pour une pédagogie de l'étonnement*. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1972.
- LEIF, J. y JUIF, P.: *Textos de psicología del niño y del adolescente*. Narcea, Madrid, 2ª ed., 1980.
- LEWIN, K.: *Psicología dinámica*. Paidós, Buenos Aires, 1970.
- LIDZ, Th.: *La persona. Su desarrollo a través del ciclo vital*. Herder, Barcelona, 1973.
- LÓPEZ CASTELLÓN, E.: *La nueva dimensión del conflicto de generaciones*, en “Revista de Ciencias de la Educación”, octubre-diciembre, 1972.
- LÓPEZ IBOR, J.J., *Rasgos neuróticos del hombre contemporáneo*. Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1964.
- *Rebeldes*. Rialp, Madrid, 1976.
- LÓPEZ NOGUEIRA, J.L., *Sobre la juventud actual*. Narcea, Madrid, 1980.
- LÓPEZ QUINTÁS, A.: “La antropología filosófica de F. Ebner”, en *Antropologías del siglo XX*. Sígueme, Salamanca, 1977.
- *Estética de la creatividad. Juego, Arte, Literatura*, Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1987<sup>2</sup>

- *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid, 1988.
- *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora*, Ed. San Pío X, Madrid, 1991.
- *El conocimiento de los valores*, Verbo divino, Estella, 1992<sup>2</sup>.
- *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1990.
- *El secuestro del lenguaje*, PPC, Madrid 1991<sup>2</sup>.
- *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid 1991<sup>2</sup>.
- *El amor humano. Su sentido y su alcance*. Edibesa, Madrid 1992<sup>4</sup>.
- *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, PPC, Madrid 1993.
- LOWE, G.R.: *El desarrollo de la personalidad. De la infancia a la senectud*. Alianza Editorial, Madrid, 1974.
- MADER, J.: *Die Logische Struktur des personalen Denkens*. Herder, Viena, 1965.
- MALRIEU, Ph.: *La construcción de lo imaginario*. Guadarrama, Madrid, 1971.
- MARCEL, G.: *Les hommes contre l'humain*. La Colombe, París, 1951.
- *Le mystère de l'être*. Aubier, París, 1951.
- *Le déclin de la sagesse*. Plon, París, 1954.
- MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional*. J. Ortiz, México, 1968.
- *Eros y civilización*. Barral, Barcelona, 1968.
- MARÍN IBÁÑEZ, R.: *La creatividad*. Ceac, Barcelona, 1968.
- MARTÍN, G.: *Fest und Alltag. Bausteine zu einer Theorie des Festes*. Berlín, 1973.
- MARTÍNEZ BELTRÁN, J.M.: *Pedagogía de la creatividad*. Bruño, Madrid, 1976.
- MÄRZ, F.: *Dos ensayos de pedagogía existencial*. Herder, Barcelona, 1965.
- MASLOW, A.H.: *New Knowledge of Human Values*. Harper, Nueva York, 1959.
- *El hombre autorrealizado. Hacia una pedagogía del ser*. Kairós, Barcelona, 1973.
- MIALARET, G.: *Education nouvelle et monde moderne*. PUF, París, 1966.
- MIGUEL, A. de: *Los narcisos*. Kairós, Barcelona, 1979.
- MOLTMANN, J.: *El hombre. Antropología cristiana en los conflictos del presente*. Sígueme, Salamanca, 1973.

- MOOR, P.: *El juego en la educación*. Herder, Barcelona, 1972.
- MULLER-ECKHARD, H.: *Educación sin coerción*. Herder, Barcelona, 1966.
- NEILL, A.S.: *Summerhill*. FCE, México, 1972.
- ONTORIA, A.: *Personalidad e intereses vocacionales del adolescente*. ICCE, Madrid, 1979.
- PERKINS, J.A.: *The University in transition*. Princeton University Press, 1966.
- PIEPER, J.: *Zustimmung zur Welt. Eine Theorie des Festes*. Kösel, Munich, 1963.
- POWEL, T.: *El educador y la creatividad del niño*. Narcea, Madrid, 1972.
- READ, H.: *Educación por el arte*. Paidós, Buenos Aires, 1959.
- REINPRECHT, H.: *Educar con optimismo a la juventud*. Herder, Barcelona, 1974.
- REVAULT D'ALLONNES, O.: *La création artistique et les promesses de la liberté*. Klincksieck, París, 1973.
- REYMOND-RIVIER, B.: *El desarrollo social del niño y del adolescente*. Herder, Barcelona, 1980.
- ROBERTS, Th.: *Cuatro psicologías aplicadas a la educación. I. Freudiana. Transpersonal. II. Behaviorista. Humanística*. Narcea, Madrid, 1978.
- ROCEK, R. y SCHATZ, O.: *Philosophische Antropologie heute*. Beck, Munich, 1972.
- ROCHEBLAVE-SPENLE, A.M.: *El adolescente y su mundo*. Herder, Barcelona, 1980.
- ROCHER, G.: *Introducción a la sociología general*. Herder, Barcelona, 1973.
- ROF CARBALLO, J.: *Violencia y ternura*. Prensa Española, Madrid, 1977.
- *Medicina y actividad creadora*. Revista de Occidente, Madrid, 1964.
- *El hombre como encuentro*. Alfaguara, Madrid, 1973.
- *Biología y psicoanálisis*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1972.
- “El futuro del hombre”, en *La evolución*, BAC, Madrid, 1967, págs. 912-952.
- ROGERS, C.: *Libertad y creatividad en la educación*. Paidós, Buenos Aires, 1975.

- *El proceso de convertirse en persona. Mi técnica terapéutica*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1981.
- RUYER, R.: *Le monde des valeurs*. Aubier, París, 1948.
- SÁNCHEZ, E.: *Los valores éticos y la clase psicosocial de la juventud española*, en “Revista de Ciencias de la Educación”, núm. 23, 1977, págs. 221-257.
- SPITZ, R.: *El primer año de la vida del niño*. Aguilar, Madrid, 3ª ed., 1977.
- TOINET, P.: *L'homme en sa vérité. Essai d'anthropologie philosophique*. Aubier, París, 1966.
- ULMANN, G.: *Creatividad*. Rialp, Madrid, 1972.
- VARIOS (LAIN ENTRALGO, P.; TOVAR, A.; LATORRE, A.; NIETO, A.; DEL CAMPO, S.; GARAGORRI, P.): *Encuesta sobre los movimientos estudiantiles*, en “Revista de Occidente”, núm. 68, 1968, págs. 162-230.
- VASTO, L. del: *Umbral de la vida interior*. Sígueme, Salamanca, 1976.

**E**STE breve trabajo tiene un carácter programático: ofrece un diagnóstico de urgencia acerca de la situación de la juventud actual y muestra una vía para fundamentar sólidamente —a mi entender— la acción educativa. Una trama compleja de causas —uso estratégico del lenguaje, manipulación del hombre a través de los medios de comunicación, creciente libertad de maniobra por parte de los jóvenes, ambiente hedonista, etc.— dificulta en la actualidad sobremedida la tarea pedagógica. Tanto más urge ofrecer a los jóvenes recursos suficientes para llevar adelante su desarrollo personal a través de campos minados de obstáculos. En un momento histórico en el cual la juventud se ve anegada por toda suerte de estímulos y zarandeada por apelaciones de muy diverso signo, los errores de enfoque se pagan a muy alto precio. Más que nunca debe hoy el pedagogo ser realista. Si la meta es formar a los jóvenes, llevar su ser a madurez, y el ser humano es progrediente por no venir dado, del todo hecho, el medio por excelencia de la formación será, obviamente, la creatividad.